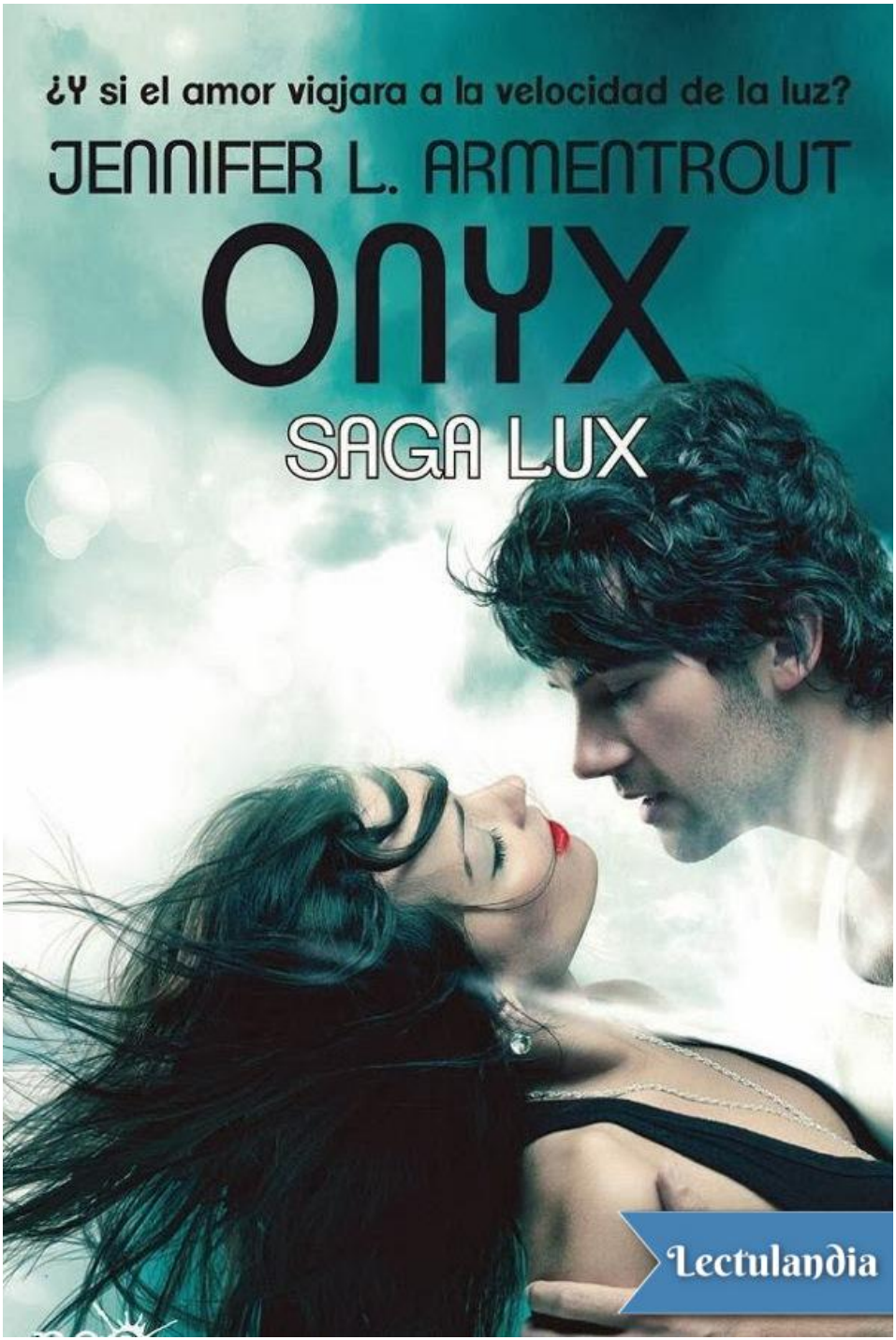
¿Y si el amor viajara a la velocidad de la luz?
JENNIFER L. ARMENTROUT
ONYX
SAGA LUX
Lectulandia

Desde que Daemon me curó con sus poderes alienígenas, vivimos conectados. Y él está empeñado en demostrarme que sus sentimientos hacia mí no se deben solo a nuestra extraña unión extraterrestre. Me he propuesto no acercarme a él, a pesar de que me resulta complicado resistirme a sus encantos.

Pero tenemos problemas más graves. Algo peor que los Arum ha llegado al pueblo…

El Departamento de Defensa está aquí. Si descubren que Daemon tiene poderes y que estamos conectados, podemos darnos por muertos. Además, hay un chico nuevo en el instituto. Y tengo la sensación de que guarda un secreto.

Lectulandia

Jennifer L. Armentrout

Onyx

Lux - 2

ePub r1.0
Kundalpanico 24.11.13

Título original: *Onyx*
Jennifer L. Armentrout, 2012
Traducción: Aida Candelario Castro
Diseño/Retoque de portada: Lola Rodríguez

Editor digital: Kundalpanico
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

A los amantes de los libros,
y a los blogueros literarios de todo el mundo

1

Transcurrieron diez segundos desde que Daemon Black se sentó hasta que me propinó un toquecito en la espalda con el dichoso boli. Diez segundos enteros. Me di la vuelta en la silla y aspiré aquel aroma a aire libre que lo caracterizaba.

Daemon apartó la mano y se dio golpecitos en la comisura de los labios con la tapa del bolígrafo. Unos labios que yo conocía perfectamente.

—Buenos días, gatita.

Me obligué a dirigir la mirada a sus ojos. Eran de un verde intenso, como el tallo de una rosa recién cortada.

—Buenos días, Daemon.

Unos mechones rebeldes de pelo oscuro le cayeron sobre la frente cuando ladeó la cabeza.

—No te olvides de que tenemos planes para esta noche.

—Lo sé. Estoy impaciente —respondí con tono seco.

Daemon se inclinó hacia delante, empujando el pupitre hacia abajo, y el jersey se le tensó sobre los anchos hombros. Oí cómo mis amigas Carissa y Lesa ahogaban una exclamación. Toda la clase nos observaba. Daemon levantó la comisura de sus labios, como si estuviera riéndose por dentro.

No pude soportar más aquel silencio.

—¿Qué pasa?

—Tenemos que deshacernos de tu rastro —dijo lo bastante bajo para que solo yo pudiera oírlo.

Gracias a Dios. No me apetecía nada intentar explicar a la gente normal lo que era ese rastro. «Bueno, es un residuo alienígena que se les pega a los humanos y los ilumina como si fueran un árbol de Navidad y actúa como una especie de faro para una malvada raza extraterrestre. ¿Quieres un poco?»

Ni de coña.

Cogí mi bolígrafo y me planteé clavárselo.

—Sí, ya me lo imaginaba.

—Y se me ha ocurrido una manera muy divertida de conseguirlo.

Ya suponía en qué consistía esa manera tan divertida: pegarnos el lote. Sonreí y sus ojos verdes brillaron.

—¿Te gusta la idea? —murmuró bajando la mirada hasta mis labios.

Una abrumadora oleada de deseo me provocó un estremecimiento por todo el cuerpo, y tuve que recordarme que el repentino cambio de actitud de Daemon tenía más que ver con el efecto que sus extrañas habilidades alienígenas tenían en mí que conmigo misma. Desde que Daemon me curó tras la batalla con los Arum, estábamos conectados, y aunque a él eso parecía bastarle para meterse en una relación, a mí no.

No era real.

Yo quería lo que habían tenido mis padres: amor eterno. Intenso y auténtico. No me conformaría con esa locura de vínculo extraterrestre.

—Ni lo sueñes, chaval —dije al fin.

—Es inútil que te resistas, gatita.

—Tan inútil como tus encantos.

—Ya veremos.

Puse los ojos en blanco y me volví hacia la parte delantera del aula. Daemon estaba como un tren, pero a veces me entraban ganas de matarlo, lo que hacía que me olvidara de lo guapo que era. Aunque no siempre.

Nuestro anciano profesor de Trigonometría entró arrastrando los pies y aferrando un grueso fajo de papeles mientras esperaba a que sonara la campana, que ya se retrasaba.

Daemon me dio otro toquecito con el boli.

Apreté los puños y pensé en ignorarlo, pero sabía que él seguiría insistiendo, así que me volví y lo fulminé con la mirada.

—¿Qué quieres, Daemon?

Se movió veloz como un rayo. Con una sonrisa que me provocó una sensación extraña en el estómago, me pasó los dedos por la

mejilla mientras me sacaba una pelusilla del pelo.

Me quedé mirándolo.

—Cuando terminen las clases…

Se me pasaron por la cabeza todo tipo de locuras cuando su sonrisa adquirió un aire pícaro, pero no pensaba seguir con ese jueguecito. Puse los ojos en blanco y me di la vuelta. No me dejaría llevar por mis hormonas… ni por el modo en que aquel chico me sacaba de mis casillas.

Durante el resto de la mañana noté un ligero dolor detrás del ojo izquierdo, del que hice completamente responsable a Daemon. Cuando llegó la hora de la comida, me sentía como si me hubieran dado un buen mamporro en la cabeza. El ruido constante de la cafetería y la mezcla del olor a desinfectante y comida quemada hicieron que me entraran ganas de salir corriendo de allí.

—¿Vas a comerte eso? —Dee Black señaló el requesón con piña que seguía intacto en mi plato.

Negué con la cabeza y le pasé la bandeja. El estómago se me revolvió cuando mi amiga empezó a zamparse mi comida.

—Pareces un saco sin fondo. —En los oscuros ojos de Lesa se reflejó claramente la envidia mientras observaba a Dee. No la culpaba. Una vez vi a Dee comerse un paquete entero de galletas Oreo de una sentada—. ¿Cómo lo haces?

Dee encogió sus delicados hombros.

—Supongo que tengo un metabolismo rápido.

—¿Qué habéis hecho el fin de semana? —preguntó Carissa frunciendo el ceño mientras se limpiaba las gafas con la manga de la camisa—. Yo he estado rellenando solicitudes para la universidad.

—Pues yo he estado dándome el lote con Chad todo el fin de semana —soltó Lesa con una amplia sonrisa.

Las dos chicas nos miraron a Dee y a mí, esperando que explicáramos a qué habíamos dedicado el fin de semana. Supuse que no sería apropiado comentar lo de matar a un alienígena psicópata y casi morir en el intento.

—Quedamos y vimos películas malas —contestó Dee, quien me dirigió una leve sonrisa mientras se colocaba un mechón de reluciente pelo negro detrás de la oreja—. Nos aburrimos bastante,

la verdad.

Lesa resopló.

—Pero qué sosas sois.

Empecé a esbozar una sonrisa, pero entonces noté un cálido hormigueo en la nuca. El sonido de la conversación se desvaneció a mi alrededor y, unos segundos después, Daemon ocupó el asiento situado a mi izquierda. Me colocó delante un vaso de plástico lleno de batido de fresa (mi preferido). Me dejó completamente asombrada recibir un regalo de Daemon, más aún tratándose de una de mis bebidas favoritas. Mis dedos rozaron los suyos cuando cogí el vaso y sentí que un chispazo de electricidad me recorría la piel.

Aparté la mano y di un sorbo. Estaba riquísimo. Quizá consiguiera que se me pasara el malestar. Y quizá pudiera acostumbrarme a ese nuevo Daemon que hacía regalos. Era mucho mejor que su otra versión, la que actuaba como un cretino.

—Gracias.

Sonrió a modo de respuesta.

—¿Y los nuestros? —bromeó Lesa.

Daemon se rió.

—Solo me dedico a complacer a una persona en particular.

Las mejillas me ardían mientras apartaba un poco la silla.

—No haces nada para complacerme.

Daemon se inclinó hacia mí, anulando la distancia que yo acababa de conseguir.

—Todavía no.

—¡Por el amor de Dios, Daemon, que estoy aquí! —exclamó Dee con el ceño fruncido—. Vas a hacer que pierda el apetito.

—Como si eso fuera posible —repuso Lesa poniendo los ojos en blanco.

Daemon sacó un bocadillo de la mochila. Todas las chicas de la mesa, salvo su hermana, se habían quedado mirándolo. Y algunos chicos también. Impasible, le ofreció una galleta de avena a Dee.

—¿No tenemos que hacer planes? —preguntó Carissa con las mejillas coloradas.

—Así es —respondió Dee sonriéndole a Lesa—. Grandes planes.

—¿Qué planes son esos? —Me pasé una mano por la frente húmeda.

—Dee y yo hemos estado hablando en clase de Inglés de montar una fiesta dentro de dos semanas —me informó Carissa—. Algo…

—Bestial —intervino Lesa.

—Pequeño —la corrigió Carissa con cara seria—. Solo algunas personas.

Dee asintió con la cabeza y el entusiasmo se reflejó en sus brillantes ojos verdes.

—Nuestros padres van a estar fuera el viernes, así que es perfecto.

Miré a Daemon. Me guiñó un ojo y sentí que mi estúpido corazón daba un vuelco.

—Es genial que vuestros padres os permitan dar una fiesta en casa —dijo Carissa—. A los míos les daría un infarto si les sugiriera algo así.

—Nuestros padres son bastante guays. —Dee se encogió de hombros y apartó la mirada.

Me obligué a poner cara de póquer mientras sentía una punzada de dolor en el pecho. Estaba segura de que Dee deseaba que sus padres estuvieran vivos más que nada en este mundo. Y probablemente Daemon también. De ese modo no tendría que cargar con la responsabilidad de ocuparse de su familia. Durante el tiempo que habíamos pasado juntos, había llegado a entender que la mayor parte de su horrible actitud se debía al estrés. Y además estaba el asunto de la muerte de su hermano gemelo…

La fiesta se convirtió en el tema de conversación durante el resto de la comida. La fecha fijada me venía genial, puesto que mi cumpleaños era el siguiente sábado. Sin embargo, para cuando llegara el viernes, todo el instituto se habría enterado de lo de la fiesta. En un pueblo en el que beber en un maizal un viernes por la noche se consideraba lo más emocionante del mundo, no había forma de que aquello siguiera siendo una fiesta «pequeña». ¿Acaso Dee no se daba cuenta?

—¿Tú estás de acuerdo con esto? —le susurré a Daemon.

—No puedo impedírselo —dijo encogiéndose de hombros.

Sabía que podría hacerlo si quisiera, lo que significaba que no le importaba que montara la fiesta.

—¿Una galletita? —me ofreció mientras sostenía una galleta con

trozos de chocolate.

A pesar de tener la barriga revuelta, no podía rechazar algo así.

—Claro.

Levantó el labio y se inclinó hacia mí. Su boca quedó a pocos centímetros de la mía.

—Ven a cogerla.

¿Que fuera a cogerla…? Daemon se colocó media galleta entre aquellos labios carnosos que daban ganas de besar.

«Dios mío…»

Me quedé boquiabierta. Varias de las chicas sentadas a la mesa emitieron unos ruiditos que me hicieron pensar que se estaban ahogando en babas, pero no logré apartar la mirada para comprobar qué estaba pasando. Tenía la galleta, y aquellos labios, justo delante de mí.

Me puse roja como un tomate. Santo cielo, podía sentir que todo el mundo nos miraba mientras Daemon enarcaba las cejas, retándome.

Dee simuló una arcada.

—Creo que voy a vomitar.

Deseé que la tierra me tragara. Pero ¿qué pensaba Daemon que iba a hacer? ¿Coger la galleta de su boca como si estuviéramos en una versión para mayores de edad de *La dama y el vagabundo*? Mierda, la verdad era que me apetecía hacerlo, y no estaba segura de en qué me convertía eso.

Daemon se sacó la galleta de la boca. Le brillaban los ojos, como si hubiera ganado una batalla.

—Se te acabó el tiempo, gatita.

Me quedé mirándolo sin decir nada mientras partía la galleta en dos y me pasaba el trozo más grande. Lo cogí enfadada y estuve tentada de tirárselo a la cara… pero tenía trozos de chocolate. Así que me lo comí. Me encantó.

Tomé otro sorbo de batido y sentí un escalofrío en la espalda, como si alguien estuviera observándome. Recorrí la cafetería con la mirada, esperando encontrar a la ex novia alienígena de Daemon fulminándome con la mirada, pero Ash Thompson estaba charlando con un chico. Vaya, ¿sería otro Luxen? No había muchos de su edad, pero dudaba que la creída de Ash se dignara sonreírle a un

humano. Aparté la vista de su mesa y seguí examinando el resto de la cafetería.

El señor Garrison estaba junto a las puertas dobles que conducían a la biblioteca, pero tenía la mirada clavada en una mesa llena de deportistas que realizaban elaborados diseños con el puré de patatas. Nadie nos prestaba la más mínima atención.

Negué con la cabeza; me preocupaba sin motivo. Como si un Arum fuera a asaltar la cafetería del instituto. Quizá había pillado la gripe. Las manos me temblaron levemente cuando toqué la cadena que me rodeaba el cuello. Noté el reconfortante tacto frío del colgante de obsidiana contra mi piel: aquello era mi salvación. Tenía que dejar de imaginarme cosas. Tal vez por eso me sentía aturdida y mareada.

No tenía nada que ver con el chico que estaba sentado a mi lado. Claro que no.

Había varios paquetes esperándome en la oficina de correos, pero apenas chillé de emoción. Se trataba de copias adelantadas de libros que otros blogueros me habían pasado para reseñar. Y yo ni me inmuté. Prueba irrefutable de que había contraído la enfermedad de las vacas locas.

El viaje a casa fue una tortura. Sentía las manos débiles y no podía pensar con claridad. Apreté el paquete contra el pecho e ignoré el hormigueo que noté en la nuca mientras subía los escalones del porche. Y también ignoré al chico de más de metro ochenta que estaba apoyado contra la barandilla.

—No has venido directa a casa después de clase —dijo malhumorado, como si fuera un neurótico y supersexy agente del servicio secreto y yo hubiera logrado darle esquinazo.

—¿No es evidente que tenía que ir a la oficina de correos? —contesté mientras sacaba las llaves con la mano libre.

Abrí la puerta y dejé el paquete en la mesita del recibidor. Daemon estaba justo detrás de mí, naturalmente, sin aguardar a que lo invitara a pasar.

—El correo podía haber esperado —repuso mientras me seguía hasta la cocina—. ¿Había algo importante o solo libros?

Saqué el zumo de naranja de la nevera dando un suspiro. La

gente a la que no le entusiasman los libros no lo entiende.

—Pues no, solo había libros.

—Lo más probable es que no haya ningún Arum merodeando por la zona, pero no podemos bajar la guardia, y además con ese rastro los guiarías derechitos a nuestra puerta. Ahora mismo, eso es más importante que tus libros.

Qué va, los libros eran más importantes que los Arum.

Me serví un vaso de zumo, demasiado hecha polvo para discutir con Daemon. Estaba claro que aún no dominábamos el arte de mantener conversaciones educadas.

—¿Tienes sed?

Suspiró.

—Pues sí. ¿Tienes leche?

Señalé la nevera.

—Sírvete tú mismo.

—¿Me ofreces algo de beber y no me lo sirves?

—Te he ofrecido zumo de naranja —contesté mientras llevaba el vaso a la mesa—, y tú has elegido leche. Y baja la voz, que mi madre está durmiendo.

Se sirvió un vaso de leche mientras mascullaba algo. Cuando se sentó a mi lado, me di cuenta de que llevaba unos pantalones de chándal negros, lo que me recordó la última vez que había estado en mi casa vestido así. Nos habíamos enrollado. Nuestra discusión se había convertido en un apasionado beso sacado de una de esas noveluchas románticas que me gustaba leer. Aquel encuentro todavía me quitaba el sueño. Pero no pensaba admitirlo ni en un millón de años.

Fue tan intenso que los poderes extraterrestres de Daemon habían reventado la mayor parte de las bombillas de la casa y me habían frito el portátil. Echaba tantísimo de menos mi ordenador y mi blog… Mamá me había prometido uno nuevo por mi cumpleaños, pero aún faltaban dos semanas.

Jugueteé con el vaso sin levantar la vista.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Eso depende —contestó con soltura.

—¿Sientes… algo cuando estamos juntos?

—¿Aparte de lo que he sentido esta mañana cuando he visto lo

bien que te quedaban esos vaqueros?

—Daemon. —Suspiré a la vez que intentaba ignorar a la adolescente que gritaba en mi interior: «¡Se ha fijado en mí!»—. Hablo en serio.

Trazó círculos, distraído, sobre la mesa de madera con sus largos dedos.

—Noto calor y un cosquilleo en la nuca. ¿Te refieres a eso?

Levanté la mirada y vi que se le había dibujado una media sonrisa.

—Sí. Así que tú también lo sientes, ¿no?

—Siempre que estamos cerca.

—¿Y no te molesta?

—¿A ti sí?

No sabía qué decir. El cosquilleo no resultaba doloroso ni nada por el estilo, solo raro. Pero lo que sí me molestaba era lo que simbolizaba: aquella maldita conexión de la que no sabíamos nada. Hasta nuestros corazones latían al mismo ritmo.

—Podría ser un… efecto secundario de la curación. —Daemon me observaba por encima de su vaso. Seguro que estaría sexy hasta con un bigote de leche—. ¿Te encuentras bien? —me preguntó.

No mucho, la verdad.

—¿Por qué?

—Estás que das pena.

En cualquier otro momento, ese comentario habría desencadenado una guerra entre ambos, pero ese día simplemente dejé el vaso medio vacío sobre la mesa y dije:

—Creo que estoy enferma.

Daemon arrugó el ceño. La idea de estar enfermo era algo desconocido para él, pues los Luxen jamás enfermaban.

—¿Qué te pasa?

—No lo sé. Probablemente haya cogido algún virus extraterrestre.

Resopló.

—Lo dudo. No puedo permitirme el lujo de que te pongas enferma. Tenemos que salir e intentar eliminar tu rastro. Hasta entonces eres…

—Como te atrevas a decir que soy un problema, te doy una

patada. —La rabia se impuso a las náuseas—. Me parece que ya he demostrado que no lo soy, sobre todo cuando alejé a Baruck de tu casa y lo maté. —Me esforcé por no alzar la voz—. Que sea humana no significa que sea débil.

Daemon se recostó en la silla enarcando las cejas.

—Iba a decir que hasta entonces eres vulnerable; estás en peligro.

—Ah. —Me puse colorada. Qué corte—. Vale, pero que conste que no soy débil.

Daemon estaba sentado a la mesa y, un segundo después, lo tenía de rodillas a mi lado. Tuvo que levantar ligeramente la cabeza para mirarme.

—Ya sé que no eres débil. Lo has demostrado. Y en cuanto a lo que hiciste este fin de semana, lo de usar nuestros poderes, todavía no entiendo cómo ocurrió, solo sé que no eres débil. Nunca lo has sido.

Caramba. Me resultaba difícil mantenerme firme en mi decisión de no ceder a la ridícula idea de que podíamos estar juntos cuando se mostraba tan… amable o cuando me miraba como si quisiera comerme. Lo que me hizo pensar en aquella maldita galleta con trozos de chocolate en su boca.

Le temblaron los labios, como si me hubiera leído el pensamiento y luchara por contener una sonrisa. No aquella sonrisilla burlona tan típica en él, sino una sonrisa de verdad.

Se puso en pie de pronto, irguiéndose sobre mí.

—Ahora necesito que demuestres que no eres débil. Mueve el culo y eliminemos parte de ese rastro.

Solté un gemido.

—Daemon, de verdad que no me encuentro bien.

—Kat…

—No lo digo para complicar las cosas. Tengo ganas de vomitar.

Cruzó los musculosos brazos, y se le tensó la camiseta de deporte por la parte del pecho.

—No es seguro que te pasees por ahí cuando pareces un maldito faro. Mientras tengas el rastro, no podrás hacer nada ni ir a ninguna parte.

Me levanté de la mesa haciendo caso omiso de las náuseas.

—Iré a cambiarme.

Daemon abrió mucho los ojos en un gesto de sorpresa mientras retrocedía un paso.

—¿Cedes tan fácil?

—¿Ceder? —Me reí sin ganas—. Solo quiero que desaparezcas de mi vista.

—Sigue diciéndote eso, gatita —repuso con una risita grave.

—Sigue alimentando tu ego…

En un abrir y cerrar de ojos, lo tenía delante de mí, bloqueándome el paso. Entonces empezó a avanzar lentamente, con la cabeza gacha y una mirada penetrante. Retrocedí hasta que toqué el borde de la mesa de la cocina con las manos.

—¿Qué pasa? —espeté.

Colocó las manos a ambos lados de mis caderas y se inclinó hacia delante. Sentí su cálido aliento en la mejilla y nuestras miradas se encontraron. Se acercó un milímetro más y me rozó el mentón con los labios. Un gemido ahogado escapó del fondo de mi garganta cuando me balanceé hacia él.

Un instante después, Daemon se apartó con una risilla petulante.

—Vaya… parece que no es falta de modestia, gatita. Ve a prepararte.

«¡Mierda!»

Salí de la cocina y fui al piso de arriba, no sin antes dedicarle un gesto con el dedo corazón. Todavía notaba la piel húmeda y pegajosa, y no tenía nada que ver con lo que acababa de suceder, pero aun así me puse unos pantalones de chándal y una camiseta térmica. Correr era lo que menos me apetecía en ese momento. Pero a Daemon no le importaba que no me encontrara bien.

Lo único que le importaba era él mismo y su hermana.

«Eso no es verdad», susurró una voz insidiosa e irritante en mi cabeza. Aunque quizá la voz estuviera en lo cierto. Me había curado cuando podría haberme dejado morir y además había oído sus pensamientos, lo había oído suplicarme que no lo abandonara.

De cualquier forma, tenía que tragarme las ganas de vomitar y salir a correr, aunque un sexto sentido me decía que aquello no iba a terminar bien.

2

Aguanté veinte minutos.

Entre el terreno irregular del bosque, el fresco viento de noviembre y el chico que iba a mi lado, no pude más. Dejé a Daemon a medio camino del lago y regresé a casa a paso rápido. Me llamó un par de veces, pero hice como si no lo oyera.

Vomité menos de un minuto después de llegar al baño. Devolví aferrada al váter y con lágrimas bajándome por la cara. Hice tanto ruido que hasta desperté a mamá, que entró corriendo en el baño y me apartó el pelo de la cara.

—¿Cuánto hace que te encuentras mal, cielo? ¿Unas horas, todo el día o ha sido de repente?

Mi madre, la eterna enfermera.

—Llevo así todo el día. Va y viene —contesté con la cabeza contra la bañera.

Mamá chasqueó suavemente la lengua en señal de desaprobación mientras me colocaba una mano en la frente.

—Estás ardiendo. —Cogió una toalla y la humedeció—. Debería llamar al trabajo…

—No, estoy bien. —Me hice con la toalla y la apreté contra la frente. El frescor resultaba maravilloso—. Solo es gripe. Y ya me siento mejor.

Mi madre no se despegó de mi lado hasta que me levanté y me duché. Tardé una eternidad en ponerme una camiseta ancha para dormir. La habitación dio vueltas cuando me metí bajo las sábanas. Cerré bien los ojos y esperé a que mamá regresara.

—Aquí tienes tu teléfono y un poco de agua. —Dejó ambas cosas en la mesilla y se sentó a mi lado—. Abre.

Abrí un ojo a duras penas y vi que tenía un termómetro delante de la cara, por lo que abrí la boca obedientemente.

—Decidiremos si me quedo en casa dependiendo de cuánta fiebre tengas —me informó—. Lo más probable es que solo sea la gripe, pero…

—Hum… —gemí.

Me miró con cara de póquer y esperó a que el aparato pitara.

—Treinta y ocho. Tómate esto. —Hizo una pausa para entregarme dos pastillas. Me las tragué sin preguntar—. No es mucha fiebre, pero quiero que te quedes en la cama descansando. Llamaré para ver cómo estás antes de las diez, ¿vale?

Dije que sí con la cabeza y luego me acurruqué. Lo único que quería era dormir.

Mamá dobló otro paño húmedo y me lo puso sobre la frente. Cerré los ojos. Estaba casi segura de que estaba entrando en la fase uno de una infección zombi.

Una extraña niebla me invadió el cerebro. Me dormí, pero me desperté para hablar con mi madre y luego otra vez después de medianoche. La ropa húmeda se pegaba a mi piel sudorosa por la fiebre. Decidí apartar las sábanas y me di cuenta de que estaban en el otro lado de la habitación, cubriendo el abarrotado escritorio.

Un sudor frío me empapó la frente cuando me senté. El martilleo del corazón me retumbaba en la cabeza, fuerte e irregular. Parecían dos latidos a la vez. Notaba la piel tirante sobre los músculos; caliente y con un constante hormigueo. Me puse en pie y la habitación dio vueltas.

Sentía un intenso calor que me quemaba por dentro. Era como si se me hubieran derretido las tripas. Los pensamientos se me agolpaban en un torrente interminable carente de sentido. Lo único que sabía con certeza era que tenía que refrescarme.

La puerta del cuarto se abrió, llamándome. No sabía adónde iba, pero recorrí el pasillo a trompicones y luego bajé por las escaleras. La puerta principal era como un faro que prometía alivio. Fuera estaría fresco. Y yo me refrescaría.

Pero no era suficiente.

Salí al porche y el viento me agitó la ropa húmeda y me apartó el pelo de la cara. El cielo nocturno estaba abarrotado de estrellas, que brillaban con intensidad. Bajé la mirada y los árboles que bordeaban la calle cambiaron de color. Amarillo, dorado, rojo.

Luego adquirieron un tono marrón apagado.

Comprendí que estaba soñando.

Bajé del porche, aturdida. La grava me pinchó los pies, pero seguí caminando, con la luz de la luna guiándome. Me dio la impresión de que el mundo se volvía del revés, pero continué adelante.

No tardé en llegar al lago. El agua del color del ónix se rizaba bajo la pálida luz. Avancé y me detuve cuando los dedos de los pies se hundieron en la tierra. Un ardiente hormigueo me abrasó la piel mientras permanecía allí. Quemándome, sofocándome…

—¿Kat?

Me volví despacio. El viento soplaba a mi alrededor al tiempo que yo contemplaba aquella aparición. La luz de la luna proyectaba sombras en su rostro y se reflejaba en sus grandes ojos verdes. No podía ser real.

—¿Qué haces, gatita? —preguntó Daemon.

Parecía borroso, y Daemon nunca se volvía borroso. Puede que a veces se moviera tan rápido que resultara difícil verlo, pero nunca estaba borroso.

—Tengo… tengo que refrescarme.

Le cambió la expresión cuando entendió qué me proponía.

—No te atrevas a meterte en ese lago.

Retrocedí y el agua helada me acarició los tobillos y luego las rodillas.

—¿Por qué?

—¿Que por qué? —Dio un paso adelante—. Porque el agua está demasiado fría. Gatita, no me hagas entrar a sacarte.

La cabeza iba a estallarme. No cabía duda de que se me estaban derritiendo las neuronas. Me adentré más y el agua fría alivió el ardor que me recorría la piel. Me cubrió la cabeza, quitándome el aliento y el fuego. El ardor disminuyó hasta casi desaparecer. Podría haberme quedado allí abajo para siempre.

Unos brazos fuertes y sólidos me rodearon y me sacaron de nuevo a la superficie. El aire gélido me invadió, pero yo tenía los pulmones abrasados. Tomé bocanadas profundas con la esperanza de apagar las llamas. Daemon estaba sacándome de la maravillosa agua; se movía tan rápido que primero me encontraba en el agua y,

un segundo después, de pie en la orilla.

—Pero ¿a ti qué te pasa? —me espetó mientras me agarraba de los hombros y me sacudía levemente—. ¿Se te ha ido la pinza o qué?

—Déjame. —Lo empujé sin apenas fuerzas—. Tengo fuego en el cuerpo.

Su intensa mirada me recorrió de la cabeza a los pies.

—Sí, desde luego que sí. Esa camiseta blanca mojada te queda de maravilla, gatita, pero ¿no te parece un poco temerario salir a nadar a medianoche en noviembre?

Lo que decía no tenía sentido. El respiro había acabado y la piel me ardía de nuevo. Me aparté de sus manos tambaleándome e intenté regresar al lago.

Sus brazos me rodearon antes de poder dar dos pasos y me hicieron volverme.

—Kat, no puedes meterte en el lago. Está demasiado frío. Vas a ponerte enferma. —Me apartó el pelo que se me había quedado pegado a las mejillas—. Mierda… más de lo que ya estás. Estás ardiendo.

Algo de lo que dijo despejó un poco la niebla de mi cerebro. Me incliné hacia él y apoyé la mejilla contra su pecho. Su olor era maravilloso: masculino y a especias.

—No te deseo.

—Este no es el mejor momento para tener esta conversación.

Aquello solo era un sueño, así que suspiré y le rodeé la firme cintura con los brazos.

—Pero te deseo.

Daemon me abrazó con fuerza.

—Ya lo sé, gatita. No engañas a nadie. Vamos.

Lo solté y los brazos me colgaron inertes a los costados.

—No… no me encuentro bien.

—Kat. —Se apartó y me cogió la cara entre las manos, manteniéndome la cabeza erguida—. Kat, mírame.

¿Acaso no estaba mirándolo? Las piernas me fallaron. Y entonces no quedó nada. Ni Daemon, ni pensamientos, ni fuego, ni Katy.

Todo era confuso e inconexo. Unas manos cálidas me apartaron el pelo de la cara. Unos dedos me acariciaron la mejilla. Una voz profunda me habló en un idioma musical y suave. Era como una canción, pero más… hermoso y reconfortante. Me sumergí en aquel sonido, perdiéndome un momento.

Oí voces.

Y me pareció oír a Dee:

—No puedes hacerlo. Solo empeorará el rastro.

Me movieron. Me quitaron la ropa mojada y algo cálido y suave se deslizó sobre mi piel. Intenté hablar con las voces que me rodeaban, y tal vez lo conseguí. No estaba segura.

En algún momento, me envolvieron en una nube y me llevaron a otra parte. Un corazón palpitó a ritmo constante bajo mi mejilla, arrullándome hasta que las voces se apagaron y al final unas manos frías reemplazaron a las cálidas. Percibí unas molestas luces brillantes. Oí más voces. ¿Una era la de mi madre? Sonaba preocupada. Estaba hablando con… alguien. Alguien a quien no reconocí. Él era el de las manos frías. Noté un pinchazo en el brazo, un dolor sordo que se extendió hasta los dedos. Me llegaron más voces apagadas, y luego ya no oí nada.

No había día ni noche, sino ese extraño punto intermedio en el que un fuego me abrasaba el cuerpo. Entonces, las manos frías regresaron y me sacaron el brazo de debajo de las sábanas. Esta vez no oí a mamá cuando sentí de nuevo el pinchazo en la piel. Un calor se abrió paso en mi interior, recorriéndome las venas. Jadeé y arqueé la espalda sobre la cama. Un grito ahogado escapó del fondo de mi garganta. Todo me ardía. Un fuego diez veces peor que el anterior me devoraba por dentro, y supe que me moría. Tenía que ser eso…

De pronto, sentí un frescor en las venas, como una ráfaga de viento invernal, que se movió rápido, sofocando las llamas y dejando un rastro de hielo a su paso.

Las manos se desplazaron a mi cuello y tiraron de algo. Una cadena… ¿Mi collar? Las manos habían desaparecido, pero podía notar la obsidiana zumbando, vibrando por encima de mí.

Y entonces dormí durante lo que me pareció una eternidad, sin estar segura de si alguna vez despertaría.

Había pasado cuatro días en el hospital y prácticamente no me acordaba de nada. Solo sabía que había despertado el miércoles en una habitación con techo blanco. Y que me sentía bien. Genial, incluso. Después de pasarme el jueves diciéndole a todo el que se acercaba a mi puerta que quería irme a casa, no paré de quejarme hasta que me dieron el alta. Era evidente que había sufrido una gripe fuerte, pero nada serio.

Mamá estaba a mi lado y me observaba con un rostro marcado por las ojeras mientras me bebía a toda prisa el vaso de zumo de naranja que había sacado de la nevera. Llevaba vaqueros y un jersey fino; resultaba raro verla sin el uniforme.

—Cielo, ¿estás segura de que te encuentras lo bastante bien para regresar a clase? Puedes tomarte el día libre y volver el lunes.

Negué con la cabeza. Faltar clase tres días ya me había supuesto una montaña de deberes, que Dee me había traído la noche anterior.

—Estoy bien.

—Has estado hospitalizada. Deberías tomártelo con calma.

—Estoy bien, de verdad —le aseguré al tiempo que lavaba el vaso.

—Ya sé que crees que te sientes mejor. —Me arregló la rebeca, que al parecer me había abotonado mal—. Puede que Will, el doctor Michaels, te haya permitido volver a casa, pero me diste un buen susto. Nunca te había visto tan enferma. ¿Por qué no lo llamo para ver si puede echarte un vistazo antes de empezar a visitar pacientes?

Para rematar, resultaba que ahora mi madre se tuteaba con mi médico; al parecer, su relación se había vuelto seria y me lo había perdido. Cogí la mochila e hice una pausa.

—¿Mamá?

—¿Sí?

—El lunes volviste a casa de madrugada, antes de terminar el turno, ¿verdad? —Cuando negó con la cabeza, me quedé aún más desconcertada—. Entonces, ¿cómo llegué al hospital?

—¿Estás segura de que te encuentras bien? —Me puso una mano en la frente—. No tienes fiebre, pero… Tu amigo te llevó al hospital.

—¿Mi amigo?

—Sí, te llevó Daemon. Aunque me pregunto cómo sabía que estabas tan enferma a las tres de la madrugada. —Entrecerró los ojos—. En realidad, me gustaría mucho saberlo.

«Ay, mierda.»

—A mí también.

3

En toda mi vida, nunca había tenido tantas ganas de llegar a clase de Trigonometría. ¿Cómo diablos había sabido Daemon que estaba enferma? El sueño que tuve sobre el lago no podía haber sido real. Ni hablar. Si lo había sido, iba a… no sabía lo que haría, pero seguro que acababa roja como un tomate.

Lesa fue la primera en llegar.

—¡Eh! ¡Has vuelto! ¿Te encuentras mejor?

—Sí, estoy bien.

Miré hacia la puerta. Carissa entró unos segundos después. Me tiró de un mechón de pelo al pasar, con una sonrisa.

—Me alegro de que estés mejor. Nos tenías preocupadas. Sobre todo cuando fuimos a visitarte y estabas totalmente ida.

Me pregunté qué habría hecho delante de ellas que no podía recordar.

—¿Quiero saberlo?

A Lesa le entró la risa mientras sacaba el libro de texto.

—Farfullabas un montón. Y no dejabas de llamar a alguien.

«Oh, no.»

—¿De verdad?

—Llamabas a Daemon. —Carissa se apiadó de mí y mantuvo la voz baja.

Oculté la cara entre las manos y dejé escapar un gemido.

—Ay, Dios.

—Fue muy tierno. —Lesa soltó una risita.

Un minuto antes de que la campana sonara por fin, levanté la mirada al sentir una conocida calidez en el cuello. Daemon entró en clase pavoneándose. No llevaba libro, como de costumbre. Traía una libreta, pero no creo que fuera a escribir nada en ella. Empezaba a sospechar que nuestro profesor de Mates era

alienígena, porque si no ¿cómo rayos le permitía a Daemon no hacer nada en clase?

Pasó a mi lado sin mirarme siquiera. Me di la vuelta en la silla.

—Tengo que hablar contigo.

—Vale —respondió mientras se sentaba.

—En privado —susurré.

Su expresión se mantuvo inmutable cuando se recostó en la silla.

—Reúnete conmigo en la biblioteca a la hora de comer. Allí nunca entra nadie; con tanto libro y eso, ya sabes.

Le dediqué una mueca antes de volverme hacia la pizarra. Unos cinco segundos después, sentí que me daba un toquecito en la espalda con el boli. Respiré hondo para armarme de paciencia y me volví hacia él. Daemon había inclinado el pupitre hacia delante, y solo nos separaban unos centímetros.

—¿Qué quieres?

Sonrió.

—Tienes mucho mejor aspecto que la última vez que te vi.

—Gracias —refunfuñé.

Miró a mi alrededor y supe lo que estaba haciendo. Estaba observando el rastro.

—¿Sabes qué?

Ladeé la cabeza, esperando.

—No brillas —susurró.

Me quedé boquiabierta. ¿El lunes brillaba como una bola de discoteca y ahora no tenía rastro?

—¿Nada de nada?

Daemon negó con la cabeza. El profesor comenzó la clase, así que tuve que mirar hacia delante otra vez, aunque era incapaz de prestar atención. No podía dejar de pensar en que ya no brillaba. Debería estar… no, estaba contentísima, pero la conexión seguía ahí. Tenía la estúpida esperanza de que desapareciera junto con el rastro.

Después de clase, les pedí a las chicas que le dijeran a Dee que llegaría tarde a almorzar. Habían oído parte de la conversación, y a Carissa le entró la risa tonta y Lesa empezó a fantasear con hacerlo en la biblioteca. Algo que yo no necesitaba saber. Pero ahora no lograba quitármelo de la cabeza, porque podía imaginarme

perfectamente a Daemon en esa situación.

Las clases de la mañana se me hicieron eternas. El señor Garrison me dedicó su habitual mirada de desconfianza durante toda la clase de Biología después de mostrar sorpresa al verme. Se podría decir que era el guardián extraoficial de los Luxen que vivían fuera de la colonia alienígena y, al parecer, que yo no brillara llamaba tanto la atención como que sí lo hiciera. Aunque probablemente tuviera más que ver con el hecho de que no le entusiasmaba que yo supiera lo que eran de verdad.

La puerta se abrió justo cuando iba a por el proyector y entró un chico con una camiseta retro de Pac-Man que era la bomba. Un murmullo se extendió por la clase mientras el desconocido le entregaba una nota al señor Garrison.

Estaba claro que era nuevo. Iba cuidadosamente despeinado, como si lo hubiera hecho a propósito. Era guapo, de pelo castaño, con la piel bronceada. Su sonrisa transmitía seguridad en sí mismo.

—Parece que tenemos un nuevo alumno —anunció el señor Garrison mientras dejaba la nota en la mesa—. Blake Saunders de…

—California —añadió el chico—. Santa Mónica.

Se oyeron varias exclamaciones ante esa información. Lesa se enderezó en la silla. Genial, así yo dejaría de ser «la nueva».

—Muy bien, Blake de Santa Mónica. —El profesor examinó la clase y su mirada se detuvo en el asiento vacío que había a mi lado —. Ahí tienes tu sitio y a tu compañera de laboratorio. Que te diviertas.

Miré al señor Garrison entrecerrando los ojos, pues no estaba segura de si lo de «que te diviertas» era una broma o un anhelo secreto de que el chico humano me distrajera del alienígena. Blake, que parecía ajeno a las miradas de curiosidad, ocupó su asiento y sonrió.

—Hola.

—Hola. Soy Katy de Florida. —Se me dibujó una amplia sonrisa —. Anteriormente conocida como «la nueva».

—Ah, ya veo. —Miró al señor Garrison, que empujaba el proyector hasta el centro de la clase—. En un sitio tan pequeño, una cara nueva llama la atención, ¿no?

—Eso es.

Se rió bajito.

—Menos mal. Estaba empezando a pensar que me pasaba algo. —Nuestros brazos se rozaron cuando sacó un cuaderno. Una chispa de electricidad estática me sobresaltó—. Lo siento.

—No pasa nada —aseguré.

Blake me dedicó otra sonrisa antes de dirigir la mirada hacia la pizarra. Jugueteé con la cadena que me rodeaba el cuello mientras miraba con disimulo al nuevo. Bueno, al menos ahora había algo con lo que alegrarse la vista en Biología. No tenía nada que objetar.

Daemon no estaba esperándome junto a las puertas dobles de la biblioteca, así que me colgué la mochila al hombro y entré en la sala con olor a humedad. Una bibliotecaria joven levantó la vista y sonrió mientras yo recorría el lugar con la mirada. Sentía calor en la nuca, pero no veía a Daemon. Conociéndolo, lo más probable era que estuviera escondiéndose, para que nadie viera a alguien tan guay como él en la biblioteca. Pasé junto a unos cuantos alumnos de primero que estaban almorzando en las mesas o delante de los ordenadores y, a continuación, deambulé por la biblioteca hasta que lo encontré en el último rincón: la sección de cultura de Europa del Este. La típica zona por la que nunca pasaba nadie.

Estaba repantigado en un cubículo junto a un anticuado ordenador, con las manos en los bolsillos de los tejanos desteñidos. Un ondulado mechón de pelo le caía sobre la frente, rozándole las espesas pestañas. Curvó los labios en una media sonrisa.

—Me preguntaba cuándo ibas a encontrarme.

No hizo ademán de dejarme sitio en el minúsculo recinto. Puse la mochila fuera y me senté encima de la mesa situada frente a él.

—¿Te da vergüenza que alguien te vea y crea que sabes leer?

—Tengo una reputación que mantener.

—Sí, menuda reputación tienes.

Estiró las piernas de modo que sus pies quedaron debajo de los míos.

—Bueno, ¿de qué querías hablar —bajó la voz hasta convertirla en un susurro profundo y sexy— en privado?

Me estremecí… y no tuvo nada que ver con la temperatura.

—No de lo que tú crees.

Daemon me dedicó una sonrisita sexy.

—Vale. —Me aferré al borde de la mesa—. ¿Cómo supiste que estaba enferma en mitad de la noche?

Daemon se quedó mirándome un momento.

—¿No te acuerdas?

Sus perturbadores ojos me resultaron demasiado intensos. Bajé la vista… hasta su boca. Mala idea. Clavé la mirada en el mapa de Europa que había encima de su hombro. Eso estaba mejor.

—No. La verdad es que no.

—Bueno, seguramente fue por la fiebre. Estabas ardiendo.

Volví a mirarlo de inmediato a los ojos.

—¿Me tocaste?

—Pues sí, te toqué… y no llevabas mucha ropa. —La sonrisa de suficiencia se ensanchó—. Estabas empapada… y llevabas una camiseta blanca. Era una bonita vista. Sí, señor.

Me puse colorada.

—Lo del lago… ¿no fue un sueño?

Daemon negó con la cabeza.

—Ay, Dios. ¿Así que estuve nadando en el lago de verdad?

Se apartó de la mesa y dio un paso adelante. Estábamos tan cerca que respirábamos el mismo aire… si es que él necesitaba respirar, claro.

—En efecto. No es lo que esperaba ver un lunes por la noche, pero no me quejo. Y vi muchas cosas.

—Cierra el pico —solté entre dientes.

—Que no te dé corte. —Alargó la mano y me tiró de la manga de la rebeca, pero se la aparté de un manotazo—. De todos modos, ya había visto la parte de arriba, y no pude ver bien la de abajo…

Me bajé de la mesa blandiendo el brazo. Solo conseguí rozarle la cara con los nudillos antes de que me atrapara la mano. Qué rápido era. Daemon me apretó contra su pecho y bajó la cabeza; tenía un destello de ira contenida en los ojos.

—No se pega a la gente, gatita. Es de mala educación.

—Tú sí que eres un maleducado. —Intenté apartarme, pero me sujetaba la muñeca con la mano—. Suéltame.

—No sé si debo. Tengo que protegerme.

Aun así, me soltó.

—¿Ah, sí? ¿Ese es el motivo de… de este maltrato?

—¿Maltrato? —Avanzó hasta que toqué la mesa del cubículo con la parte baja de la espalda—. Esto no es ningún maltrato ni nada que se le parezca.

Se me pasaron por la cabeza unas deliciosas imágenes de Daemon apretándome contra la pared de mi casa mientras me besaba. Sentí un cosquilleo en algunas partes del cuerpo. Ay, eso era mala señal.

—Alguien va a vernos.

—¿Y? —Me cogió la mano con delicadeza—. Nadie va a decir nada.

Respiré hondo. Noté su aroma en la lengua y nuestros pechos se tocaron. Mi cuerpo decía «sí»; Katy decía «no». Aquello no me afectaba. Ni lo cerca que estábamos ni el modo en que sus dedos se deslizaban bajo la manga de mi rebeca. No era real.

—Así que mi rastro ha desaparecido, pero esta estúpida conexión no.

—Eso es.

Negué con la cabeza, decepcionada.

—¿Y eso qué significa?

—No lo sé.

Había introducido los dedos en mi manga y subía por el antebrazo. La piel le vibraba como si estuviera cargada de electricidad.

—¿Por qué no dejas de tocarme? —pregunté turbada.

—Me gusta.

Dios, a mí también me gustaba, y no debería.

—Daemon…

—Pero, volviendo a lo del rastro, ya sabes lo que significa.

—¿Que ya no tengo que verte la cara fuera del instituto?

Se rió y el eco de aquel sonido me recorrió entera.

—Que ya no estás en peligro.

De algún modo, y no sabía cómo había pasado, tenía la mano libre apoyada contra su pecho. El corazón le palpitaba fuerte y rápido. Igual que el mío.

—Creo que lo de no tener que verte la cara supera a lo de estar a salvo.

—Sigue repitiéndote eso, si te hace sentir mejor. —Su mentón me rozó el pelo y luego se deslizó sobre mi mejilla. Me estremecí. Una chispa pasó de su piel a la mía emitiendo un zumbido en el aire cargado que nos rodeaba—. Pero los dos sabemos que es mentira.

—No lo es.

Eché la cabeza hacia atrás. Su aliento era una cálida caricia contra mis labios.

—Vamos a seguir viéndonos —murmuró—. Y no te atrevas a mentir. Sé que te alegras. Me dijiste que me deseabas.

«Para el carro.»

—¿Cuándo?

—En el lago. —Inclinó la cabeza, y debí haberme apartado. Curvó los labios contra los míos en una sonrisa de complicidad mientras me soltaba la muñeca—. Dijiste que me deseabas.

Ahora tenía las dos manos apoyadas en su pecho. Era como si tuvieran voluntad propia; no me responsabilizaba de sus actos.

—Tenía fiebre. No sabía lo que decía.

—Lo que tú digas, gatita. —Daemon me agarró de las caderas y me sentó en el borde de la mesa con una facilidad que me resultó inquietante—. Yo sé la verdad.

La respiración me salía entrecortada.

—Tú no sabes nada.

—Ya. Me tenías preocupado, ¿sabes? —admitió mientras avanzaba separándome las piernas—. No dejabas de llamarme y yo te respondía, pero era como si no me oyeras.

¿De qué estábamos hablando? Mis manos se habían deslizado hasta la parte baja de su estómago. Noté los músculos firmes bajo el jersey. Llevé las manos hasta sus costados, con toda la intención de apartarlo. Pero, en cambio, lo agarré y tiré de él hacia delante.

—Vaya, debía de estar completamente ida.

—Me… asustaste.

Antes de poder responder o considerar siquiera que mi enfermedad lo había asustado, nuestros labios se encontraron. Mi cerebro desconectó al tiempo que le hundía los dedos en el jersey y… Oh, Dios, sus profundos besos me abrasaron los labios a la vez que sus manos se tensaban en mi cintura, apretándome contra él.

Daemon me besaba como si estuviera muerto de sed y diera

largos tragos sin respirar. Me atrapó el labio inferior con los dientes cuando se apartó y luego regresó a por más. Una embriagadora mezcla de emociones batallaba en mi interior. No quería que pasara eso, ya que se trataba únicamente de la conexión que había entre ambos. No dejé de repetírmelo, incluso mientras subía las manos por su pecho y le rodeaba el cuello. Cuando deslizó las manos lentamente bajo mi camiseta, fue como si me tocara en lo más hondo, calentando cada célula y llenando cada rincón oscuro de mi ser con el calor de su piel.

Tocarlo, besarlo, era como volver a tener fiebre. Las llamas se habían apoderado de mí, el cuerpo me ardía, el mundo ardía, saltaban chispas. Gemí contra su boca.

Se oyó un chasquido y luego un estallido, y el cubículo se llenó de olor a plástico quemado.

Nos separamos jadeando. Por encima de su hombro vi unos hilitos de humo que salían de la parte superior del viejísimo monitor. Madre mía, ¿iba a pasar eso cada vez que nos besáramos? ¿Y qué rayos se suponía que estaba haciendo? Había decidido que no iba a permitir que pasara nada con Daemon; es decir, ni besos… ni caricias. Todavía me sentía herida por la forma en que me había tratado cuando nos conocimos. El dolor y la vergüenza aún no habían desaparecido.

Lo empujé con fuerza. Daemon me soltó y me miró como si acabara de arrojar a su cachorrito en medio del tráfico. Aparté la mirada mientras me pasaba la palma de la mano por la boca. No sirvió de nada. Todo él seguía a mi alrededor, en mi interior.

—Dios, ni siquiera me gusta esto… lo de besarte.

Daemon se enderezó.

—Lo siento, pero no estoy de acuerdo. Y creo que ese ordenador tampoco.

Le dediqué una mirada asesina.

—No… no volverá a pasar.

—Me parece que ya has dicho eso antes —me recordó. Suspiró al ver mi expresión—. Kat, te gusta… tanto como a mí. ¿Para qué mentir?

—Porque no es real —protesté—. Antes no me deseabas.

—Sí te…

—No te atrevas a decir que me deseabas, ¡porque me trataste como si fuera el Anticristo! No puedes borrarlo solo porque ahora haya una estúpida conexión entre nosotros. —Respiré bruscamente mientras notaba cómo una sensación desagradable se extendía por mi pecho—. Me hiciste mucho daño, pero creo que no te das cuenta. ¡Me humillaste delante de toda la cafetería!

Daemon apartó la vista. Se pasó los dedos por el pelo al tiempo que tensaba la mandíbula.

—Ya lo sé. Y… y siento haberte tratado así, Kat.

Me quedé mirándolo estupefacta. Daemon nunca se disculpaba, jamás de los jamases. Quizá de verdad… Negué con la cabeza. No bastaba con una disculpa.

—Incluso ahora estamos escondidos en la biblioteca, como si no quisieras que supieran que aquel día te equivocaste y te comportaste como un gilipollas. ¿Y se supone que ahora tiene que parecerme bien?

Daemon puso cara de sorpresa.

—Kat…

—No digo que no podamos ser amigos, porque quiero que lo seamos. Me gustas mu… —Me callé antes de decir demasiado—. Mira, esto no ha pasado. Voy a achacarlo a una secuela de la gripe o a que un zombi me ha devorado el cerebro.

—¿Qué? —preguntó frunciendo el ceño.

—No quiero hacer esto contigo. —Empecé a darme la vuelta, pero me cogió del brazo. Lo fulminé con la mirada—. Daemon…

Me miró directamente a los ojos.

—Se te da fatal mentir. Sí quieres. Lo deseas tanto como yo.

Abrí la boca para contestar, pero no me salieron las palabras.

—Lo deseas tanto como ir a la ALA.

Ahora sí que estaba atónita.

—Pero ¡si tú ni siquiera sabes lo que es la ALA!

—La convención de la American Library Association que se celebra en invierno —respondió sonriendo con arrogancia—. Vi en tu blog que estabas obsesionada con eso antes de ponerte enferma. Estoy casi seguro de que dijiste que darías un riñón por ir.

Sí que dije algo por el estilo.

Le destellaron los ojos.

—En fin, volviendo a lo de desearme…

Negué con la cabeza, anonadada.

—Sí me deseas.

Respiré hondo y me esforcé por contener el enfado… y la diversión.

—Estás demasiado seguro de ti mismo.

—Lo bastante como para hacer una apuesta.

—Tienes que estar de coña.

Sonrió de oreja a oreja.

—Apuesto a que, antes de Año Nuevo, habrás admitido que estás loca, profunda e irremediablemente…

—Vaya. ¿No quieres añadir otro adverbio? —intervine con las mejillas ardiendo.

—¿Qué tal «irresistiblemente»?

Puse los ojos en blanco y mascullé:

—Me sorprende que sepas lo que es un adverbio.

—Deja de distraerme, gatita. Volviendo a la apuesta: antes de Año Nuevo, habrás admitido que estás loca, profunda, irremediable e irresistiblemente enamorada de mí.

Solté una carcajada estrangulada a causa del asombro.

—Y que sueñas conmigo. —Me liberó y se cruzó de brazos arqueando una ceja—. Apuesto a que admitirás todo eso. Es probable que hasta me enseñes esa libreta en la que has escrito mi nombre rodeado de corazoncitos…

—Oh, por el amor de Dios…

Me guiñó un ojo.

—Está en marcha.

Di media vuelta, cogí la mochila y corrí a toda prisa entre las estanterías, dejando a Daemon en el cubículo antes de que se me ocurriera cometer alguna locura. Como arrojar el sentido común por la borda y volver corriendo para lanzarme encima de él, fingiendo que todo lo que había dicho y hecho meses atrás no me había dejado una herida abierta en el corazón. Porque estaría fingiendo, ¿verdad?

No aflojé el paso hasta que estuve delante de mi taquilla, en el otro extremo del instituto. Metí la mano en la mochila y saqué la carpeta de dibujo llena. Menuda mierda de primer día. Me había

pasado la mitad de las clases con la cabeza en las nubes, me había enrollado con Daemon y había hecho explotar otro ordenador. Estaba claro que debería haberme quedado en casa.

Alargué una mano hacia la puerta de la taquilla, pero esta se abrió de par en par antes de tocarla. Retrocedí ahogando una exclamación, y la carpeta de dibujo se me cayó al suelo.

Santo cielo, ¿qué acababa de pasar?

No podía ser… El corazón estaba a punto de salírseme por la boca.

¿Había sido cosa de Daemon? Podía manipular objetos y, teniendo en cuenta que lograba arrancar árboles de cuajo, abrir la puerta de una taquilla con la mente sería pan comido para él. Recorrí con la mirada el pasillo cada vez menos concurrido, aunque ya sabía que no estaba por allí. No lo había sentido mediante nuestro escalofriante vínculo alienígena. Me aparté de la taquilla.

—Oye, mira por dónde vas —dijo de pronto alguien con tono burlón.

Aspiré bruscamente y me volví a toda velocidad. Simon Cutters estaba detrás de mí, sujetando una mochila deshilachada con su puño rollizo.

—Lo siento —me disculpé con voz ronca a la vez que volvía a mirar hacia la taquilla.

¿Simon habría visto lo que había pasado? Me arrodillé para recoger los dibujos, pero él fue más rápido. Se produjo una situación de lo más incómoda mientras intentábamos recuperar los papeles sin tocarnos.

Simon me pasó un puñado de dibujos de flores malísimos. La verdad es que no tengo ni pizca de talento artístico.

—Toma.

—Gracias.

Me puse en pie y metí la carpeta en la taquilla. Lista para salir huyendo.

—Espera un momento —añadió agarrándome del brazo—. Quería hablar contigo.

Bajé la mirada hasta su mano. Tenía cinco segundos antes de que le diera una patada en la entrepierna con la punta del zapato. Al parecer, Simon se dio cuenta, porque me soltó y se puso rojo.

—Solo quiero disculparme por todo lo que pasó la noche del baile. Estaba borracho y… hago estupideces cuando me emborracho.

Lo fulminé con la mirada.

—En ese caso, tal vez deberías dejar de beber.

—Sí, puede que sí.

Se pasó una mano por el pelo, que llevaba muy corto. La luz se reflejó en el reloj azul y dorado que le rodeaba la gruesa muñeca. Había algo grabado en la correa, pero no pude distinguirlo.

—En fin, yo solo…

—Eh, Simon, ¿qué haces?

Billy Crump, un jugador de fútbol americano de mirada vidriosa que al parecer únicamente se fijó en mis tetas cuando me vio, se acercó a Simon. Tras él llegó una panda de compañeros de equipo. Billy sonrió de oreja a oreja cuando centró su atención en mí.

—Vaya, vaya… ¿Qué tenemos aquí?

Simon abrió la boca para responder, pero uno de los chicos se le adelantó.

—Déjame adivinar: ha vuelto a por más.

Varios chicos soltaron risitas e intercambiaron codazos. Miré a Simon, confusa.

—¿Cómo?

Simon empezó a ruborizarse. Billy se tambaleó y me pasó un brazo por encima del hombro. El olor de su colonia por poco me deja K.O.

—Mira, nena, a Simon no le interesas.

Uno de los chicos soltó una carcajada.

—Como siempre decía mi madre: ¿por qué comprar la vaca si tienes la leche gratis?

Un lento torrente de rabia se extendió por mis venas. Pero ¿qué mierda les había contado Simon a esos cretinos? Me saqué de encima el brazo de Billy.

—Esta leche no es gratis y nunca ha estado a la venta.

—Eso no es lo que dicen por ahí. —Billy le dedicó un gesto con el puño en señal de victoria a Simon, que estaba colorado—. ¿Verdad, Cutters?

Todos sus amigos lo miraban. Simon soltó una risa ahogada y se

apartó mientras se echaba la mochila al hombro.

—Así es, tío, pero no me interesa repetir. Es lo que intentaba decirle, pero no quiere darse por enterada.

Me quedé boquiabierta.

—Mentiroso hijo de…

—¿Qué pasa ahí? —preguntó el entrenador Vincent desde el otro extremo del pasillo—. ¿No deberíais estar ya en clase?

Los chicos se separaron entre risas y se marcharon pasillo abajo. Uno de ellos se volvió y me dedicó una señal de «llámame» con la mano mientras otro hacía un gesto bastante obsceno con la boca y la mano.

Quería pegarle un puñetazo a algo, pero Simon no era mi mayor problema. Me volví de nuevo hacia la taquilla y me estremecí mientras se me hacía un nudo en el estómago. Se había abierto sola.

4

Mamá se había ido, pues ya había empezado su turno en Winchester. Había esperado que estuviera en casa para poder charlar con ella un rato y quitarme de la cabeza el asunto de la taquilla, pero había olvidado que era miércoles… también conocido como «el día de arréglatelas sola».

Sentía un dolor extraño detrás de los ojos, como si me hubiera dislocado los ojos, aunque no sabía si eso era posible. Había empezado después del incidente de la taquilla y no parecía que fuera a aliviarse.

Llené la secadora antes de darme cuenta de que no había toallitas suavizantes. Maldita sea. Rebusqué en el armario esperando encontrar algo. Al final, me di por vencida y decidí que lo único que iba a mejorar un poco aquel día era el té helado que había visto en la nevera por la mañana.

Y, de repente, algo de cristal se hizo añicos.

Di un brinco al oírlo y fui corriendo a la cocina, creyendo que alguien había roto la ventana desde fuera; aunque tampoco teníamos muchos visitantes, a menos que un agente del Departamento de Defensa estuviera asaltando la casa. El corazón se me aceleró un poco al pensarlo mientras mi mirada se posaba en la encimera situada debajo de un armario abierto. Sobre la encimera había un vaso alto de cristal partido en tres trozos grandes.

Plop. Plop. Plop.

Miré a mi alrededor frunciendo el ceño, sin saber de dónde venía aquel ruido. Cristal roto y líquido goteando… Entonces se me ocurrió. El pulso se me disparó al abrir la nevera.

La jarra de té estaba volcada. Se había destapado y el líquido marrón se extendía por la balda y bajaba por los lados. Miré hacia la encimera. Había pensado en tomar té, para lo que se precisa un

vaso… y té, claro.

—Ni hablar —susurré mientras retrocedía.

Era imposible que el hecho de querer tomar té hubiera acabado causando aquello.

Pero ¿qué otra explicación podía haber? Ni que hubiera un extraterrestre escondido debajo de la mesa moviendo las cosas para divertirse.

Lo comprobé para asegurarme.

Era la segunda vez en un día que algo se movía solo. ¿Dos coincidencias?

Cogí un paño y limpié aquel desastre. Tenía la mente entumecida, no conseguía dejar de pensar en la puerta de la taquilla. Se había abierto antes de que la tocara. Pero no pude haberlo hecho yo. Los alienígenas eran capaces de hacer ese tipo de cosas, pero yo no. Tal vez se había producido un pequeño terremoto o algo por el estilo. ¿Un terremoto que solo afectaba a vasos y a té? No me lo tragaba.

Aquello era demasiado. Cogí un libro del sofá y me tumbé. Necesitaba distraerme urgentemente.

Mamá odiaba que hubiera libros por todas partes. Aunque, en realidad, no estaban por todas partes, solo donde yo pasaba tiempo: el sofá, el sillón reclinable, la encimera de la cocina, el cuarto de la lavadora e incluso el baño. Eso no ocurriría si mamá aceptara colocar una librería que llegara hasta el techo.

Sin embargo, por mucho que me esforcé por concentrarme en el libro que estaba leyendo, no funcionó. En parte era culpa del libro. Iba de amor a primera vista, la cruz de mi vida. Chica ve a chico y se enamora al instante. Es su alma gemela, la deja sin aliento, la hace estremecer, el amor surge después de una sola conversación. El chico aparta a la chica por tal o cual razón paranormal. La chica sigue enamorada del chico. Al final, el chico admite que también la ama.

¿A quién quería engañar? En realidad me encantaba aquel rollo. No era culpa del libro, sino mía. No podía despejar la mente y enfrascarme por completo en los personajes. Cogí un marcapáginas de la mesa de centro y lo metí en el libro. Doblar las páginas es un sacrilegio para cualquier amante de la lectura.

Ignorar lo que estaba sucediendo no funcionaba. No era propio de mí huir así de los problemas. Además, para ser sincera, debía admitir que lo que estaba pasando me asustaba bastante. ¿Y si estaba imaginándome que podía mover cosas? La fiebre podía haberme matado unas cuantas neuronas. Respiré tan rápido que me dio vueltas la cabeza. ¿La fiebre podía causar esquizofrenia?

Menuda estupidez.

Me senté y apoyé la cabeza contra las rodillas. No me pasaba nada. Lo que estaba ocurriendo… seguro que tenía una explicación lógica. No había cerrado bien la puerta de la taquilla y los pesados pasos de Simon la sacudieron y se abrió. En cuanto al vaso… simplemente estaba en el borde. Y era muy probable que mamá hubiera dejado floja la tapa de la jarra de té. Siempre hacía cosas así.

Respiré hondo varias veces más. Todo iba bien. Las explicaciones lógicas movían el mundo. El único fallo en esa teoría era que mis vecinos eran extraterrestres, y eso no tenía nada de lógico.

Me levanté del sofá y miré por la ventana para comprobar si el coche de Dee estaba aparcado fuera. Me puse una sudadera y me dirigí a su casa.

Dee me llevó de inmediato a la cocina, que olía a algo dulce y a quemado.

—Es genial que hayas venido. Estaba a punto de ir a buscarte —dijo mientras me soltaba el brazo y se acercaba rápidamente a la encimera, donde había varias ollas.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté echando un vistazo por encima de su hombro. Una de las ollas parecía estar llena de alquitrán—. Puaj.

Dee suspiró.

—Estaba intentando derretir chocolate.

—¿Con tus manos de efecto microondas?

—Es un fracaso total. —Pinchó aquel pringue con una espátula —. No consigo la temperatura adecuada.

—¿Y por qué no usas un fogón y ya está?

—Uf, odio los fogones. —Dee levantó la espátula. Casi se había derretido—. Caramba.

—Muy chulo —comenté mientras me acercaba a la mesa.

Dee agitó una mano y las ollas volaron hasta el fregadero. El grifo se abrió.

—Cada vez se me da mejor. —Cogió un poco de detergente—. ¿Qué hicisteis Daemon y tú a la hora de la comida?

Dudé.

—Quería hablar con él del asunto del lago. Pensaba que… lo había soñado.

Dee se estremeció.

—No, fue real. Me llamó cuando te trajo de vuelta. Por cierto, fui yo quien te puso ropa seca.

—Eso esperaba. —Me reí.

—Aunque se ofreció voluntario para la tarea —dijo poniendo los ojos en blanco—. Daemon es muy amable.

—Desde luego. Y… ¿dónde está?

Dee se encogió de hombros.

—Ni idea. —Me miró entrecerrando los ojos—. ¿Por qué no dejas de rascarte el brazo?

—¿Cómo? —Me detuve; ni siquiera me había dado cuenta de que lo estaba haciendo—. Ah, me sacaron sangre en el hospital para asegurarse de que no tenía la rabia ni nada por el estilo.

Soltó una risa mientras me remangaba la sudadera.

—Tengo algo que puedes ponerte en… Madre mía, Katy.

—¿Qué? —Me miré el brazo y contuve bruscamente el aliento—. Qué grima.

Toda la parte interna del codo parecía una fresa carnosa. Lo único que le faltaba era una corona de hojitas verdes. Los manchones hinchados de piel roja estaban moteados de puntos más oscuros.

Dee pasó un dedo por encima.

—¿Te duele? —Negué con la cabeza. Solo picaba una barbaridad. Me soltó la mano—. ¿Lo único que hicieron fue sacarte sangre?

—Sí —contesté sin apartar la mirada del brazo.

—Qué raro. Es como si hubieras sufrido algún tipo de reacción a algo. Voy a buscar un poco de aloe. Eso debería ayudar.

—Vale.

Me contemplé el brazo con el ceño fruncido. ¿Qué podría haber causado eso?

Dee regresó con un tarro lleno de una sustancia pringosa y refrescante que me alivió el picor. Cuando volvió a bajarme la manga, mi vecina pareció olvidarse del tema. Me quedé con ella un par de horas, observándola destruir una olla tras otra. Me reí tanto que me dolió el estómago cuando se acercó demasiado a un recipiente que estaba calentando y le prendió fuego a su camiseta por accidente. Ella enarcó una ceja haciendo un gesto en dirección a mi pecho (más voluminoso), como diciéndome que le habría gustado ver cómo hubiera evitado yo el mismo error, lo que me provocó otro ataque de risa.

Cuando se quedó sin chocolate ni espátulas de plástico, Dee aceptó al fin la derrota. Eran más de las diez, así que me despedí y me fui a casa a descansar un poco. Había sido un primer día de clase muy largo, pero me alegraba de haber ido a casa de Dee y haber pasado la tarde con ella.

Daemon estaba cruzando la carretera justo cuando cerré la puerta principal detrás de mí. Menos de un segundo después, ya se encontraba en el último escalón.

—Gatita.

—Hola. —Evité sus increíbles ojos e incluso su cara, porque… bueno, me estaba costando una barbaridad olvidar la sensación de su boca sobre la mía horas antes—. ¿Dónde…? Esto, ¿qué has estado haciendo?

—Patrullar. —Pisó el porche y, aunque yo estaba muy ocupada observando una grieta en el suelo de madera, pude sentir su mirada en mi cara y el calor que emanaba de su cuerpo. Estaba cerca, demasiado cerca—. Sin novedad en el frente.

Esbocé una sonrisa.

—Buena referencia.

Cuando habló, su aliento me agitó el pelo suelto que me rodeaba la sien.

—Resulta que es mi libro favorito.

Levanté la cabeza bruscamente hacia él, evitando una colisión por los pelos. Disimulé la sorpresa.

—No sabía que leyeras clásicos.

Una perezosa sonrisa apareció en su rostro, y juraría que se las arregló para acercarse más. Nuestras piernas se tocaron y me rozó el brazo con el hombro.

—Bueno, por lo general prefiero libros con ilustraciones y frases cortas, pero a veces me gusta probar cosas nuevas.

No pude contener una carcajada.

—Déjame adivinar: los libros con ilustraciones que más te gustan son los de colorear, ¿no?

—Siempre me salgo de las líneas —contestó guiñándome un ojo. Solo a él se le ocurriría soltar algo así.

—Ya me lo imagino.

Aparté la mirada mientras tragaba saliva. A veces resultaba demasiado fácil ponerme a bromear con él. Maldita sea, era demasiado fácil imaginarme haciendo eso mismo con él todas las noches. Tomándonos el pelo y riéndonos. Involucrándome demasiado.

—Tengo… que irme.

Daemon dio media vuelta.

—Te acompaño a casa.

—Esto… vivo ahí mismo.

«Menuda tontería, como si él no lo supiera.» Aquella sonrisilla perezosa se hizo más pronunciada.

—Oye, que estoy siendo caballeroso. —Me ofreció el brazo—. ¿Me permites?

Negué con la cabeza, riéndome entre dientes, pero le di el brazo. Cuando quise darme cuenta, me había cogido en brazos. Casi se me sale el corazón por la boca.

—Daemon…

—¿Te había dicho que te llevé a casa en brazos la noche que te pusiste enferma? Así que pensaste que fue un sueño, ¿eh? Pues no, fue real. —Bajó un escalón mientras yo lo miraba boquiabierta—. Dos veces en una semana. Se está convirtiendo en una costumbre.

Entonces salió disparado del porche y el rugido del viento ahogó mi chillido de sorpresa. Un segundo después, estaba delante de la puerta de mi casa, sonriéndome.

—La última vez fui más rápido.

—Ya te vale —repuse despacio, casi sin habla. Tenía las mejillas

entumecidas—. ¿Piensas… bajarme algún día?

—Pues… —Nuestros ojos se encontraron. En los suyos se reflejó una mirada tierna que me reconfortó y me asustó a la vez—. ¿Has pensado en nuestra apuesta? ¿Quieres rendirte ya?

Y así arruinó del todo aquel momento tierno.

—Bájame, Daemon.

Me dejó sobre mis pies, aunque siguió rodeándome con los brazos, y no supe qué decir.

—He estado pensando…

—Ay, Dios… —murmuré.

Le temblaron los labios.

—Esta apuesta no es nada justa para ti. ¿Año Nuevo? Por favor, conseguiré que me jures amor eterno antes de Acción de Gracias.

Puse los ojos en blanco.

—Estoy segura de que podré aguantar hasta Halloween.

—Eso ya ha pasado.

—Exactamente —mascullé.

Daemon alargó una mano, riéndose entre dientes, y me colocó un mechón de pelo detrás de la oreja. Me rozó la mejilla con los nudillos y tuve que apretar los labios para contener un suspiro. En el pecho me brotó una calidez que no tenía ninguna relación con aquella sencilla caricia, sino con el dolor que pude ver en sus ojos. Pero entonces Daemon dio media vuelta y echó la cabeza hacia atrás. Transcurrieron varios segundos en silencio.

—Las estrellas… están preciosas esta noche.

Seguí su mirada, un tanto confundida por el repentino cambio de tema. El cielo estaba oscuro, aunque había centenares de puntitos brillantes que parpadeaban contra el negro manto nocturno.

—Sí, es verdad. —Me mordí el labio—. ¿Te recuerdan a tu casa?

Hubo una pausa.

—Ojalá. Los recuerdos, incluso los agridulces, son mejor que nada, ¿sabes?

Se me hizo un nudo en la garganta. ¿Por qué había tenido que preguntarle eso? Ya sabía que no recordaba nada de su planeta. Volví a apartarme el pelo de la cara y me situé a su lado, observando el cielo con los ojos entrecerrados.

—¿Los mayores… recuerdan algo de Lux? —Daemon asintió con la cabeza—. ¿Les has pedido alguna vez que te hablen de aquello?

Empezó a responder y luego se rió.

—Así de simple, ¿no? El problema es que intento evitar la colonia en la medida de lo posible.

Algo comprensible, aunque no estaba del todo segura de cuál era el motivo. Daemon y Dee casi nunca hablaban de los Luxen que seguían viviendo en la colonia ubicada en lo más recóndito del bosque que rodeaba Seneca Rocks.

—¿Y qué me dices del señor Garrison?

—¿Matthew? —Negó con la cabeza—. No le gusta hablar de eso. Creo que le resulta demasiado duro… por la guerra y lo de perder a su familia.

Me olvidé de las estrellas y miré a Daemon. En su perfil pude ver una expresión dura y atormentada. Santo cielo, todos los Luxen habían tenido una vida dura. La guerra los había convertido en refugiados y, teniendo en cuenta cómo debían vivir, la Tierra era prácticamente un planeta hostil para ellos. Daemon y Dee no recordaban a sus padres y habían perdido a su hermano. El señor Garrison lo había perdido todo, y quién sabe cuántos de ellos habían sufrido la misma tragedia.

El nudo que me atenazaba la garganta era cada vez mayor.

—Lo siento.

Daemon volvió la cabeza hacia mí bruscamente.

—¿Por qué te disculpas?

—Es que… siento todo por lo que habéis tenido que pasar. —Y lo decía de corazón.

Me sostuvo la mirada un instante y luego la apartó, riéndose entre dientes. Aquel sonido carecía de humor, por lo que me pregunté si habría dicho algo que no debía. No me habría extrañado nada.

—Ay, gatita, si sigues hablando así voy a…

—¿Qué vas a hacer?

Daemon bajó del porche esbozando su típica sonrisa misteriosa.

—He decidido ir despacio contigo, así que voy a mantener el día de Año Nuevo como fecha tope.

Quise responder, pero desapareció en un visto y no visto antes

de que pudiera decir nada. Me llevé una mano al pecho y me quedé allí de pie intentando entender lo que acababa de ocurrir. Durante un instante, un demencial instante, habíamos compartido algo infinitamente más intenso que una desenfrenada lujuria animal.

Y eso me asustaba.

Entré en casa y, al cabo de un rato, logré relegar a Daemon al fondo de mi mente. Cogí el móvil y fui de habitación en habitación hasta que conseguí cobertura. Llamé a mamá y le dejé un mensaje. Cuando me devolvió la llamada, le conté lo del brazo. Me respondió que probablemente me habría dado un golpe con algo, aunque no me doliera ni tuviera un moratón, y me prometió que me traería una pomada. El simple hecho de oír su voz me hizo sentir mejor.

Me senté en la cama e intenté olvidarme de todas las cosas raras que habían pasado y concentrarme en los deberes de Historia. Teníamos un examen el lunes. No había nada más patético que pasarse un viernes estudiando, pero era eso o suspender. Y me negaba a suspender. Historia era una de mis asignaturas favoritas.

Horas después, sentí que me subía por el cuello aquella extraña calidez que cada vez me resultaba más familiar. Cerré el libro, me bajé de la cama y me acerqué poco a poco a la ventana. La luna llena lo iluminaba todo con un pálido resplandor plateado.

Me remangué la blusa y vi que la piel seguía roja e irregular. ¿Mi enfermedad tendría algo que ver con la taquilla, el vaso de té y la conexión con Daemon?

Volví a mirar por la ventana y examiné el terreno, pero no vi a nadie. Un anhelo despertó en mi pecho. Abrí más la cortina y apreté la frente contra el frío cristal. No podía entender ni explicar cómo lo sabía, pero era así. En algún lugar, oculto entre las sombras, estaba Daemon.

Y cada fibra de mi ser quería (no, necesitaba) ir con él. Aquel dolor que había visto en sus ojos… era inmensamente profundo, iba más allá de nosotros dos. Era más profundo de lo que, sin lugar a dudas, yo podría entender.

Ignorar aquella ansia fue una de las cosas más difíciles que había hecho nunca, pero solté la cortina y regresé a la cama. Volví a abrir el libro de Historia y me concentré en el capítulo.

«¿Año Nuevo? Ni hablar.»

Estaba teniendo uno de esos días en los que me daban ganas de empezar a tirar cosas porque romper algo era lo único que me haría sentir mejor. Ya había superado el límite de sucesos extraños que podía aceptar en mi vida cotidiana.

El sábado, el agua de la ducha empezó a salir antes de abrir el grifo. El domingo por la noche, la puerta de mi habitación se abrió cuando iba hacia ella y me dio en plena cara. Y esa mañana, para rematar, me había quedado dormida y me había perdido las dos primeras clases; eso sin mencionar que todo el armario se había vaciado solo en el suelo mientras decidía qué ponerme.

O bien estaba convirtiéndome en una alienígena, y pronto un ser extraterrestre me desgarraría el estómago para salir, o me había vuelto loca.

Lo único bueno de ese día era que al despertar ya no tenía aquel incómodo sarpullido en el brazo.

De camino al instituto, no dejé de pensar en lo que debía hacer. Ya no podía fingir que todo aquello eran coincidencias. Tenía que admitirlo y afrontarlo. Mi nueva actitud de no limitarme a ser una mera espectadora en la vida implicaba que tenía que hacer frente al hecho de que algo había cambiado en mí. Y debía hacer algo al respecto antes de exponerlos a todos. Considerar esa posibilidad me dejó un sabor amargo en la boca. No podía acudir a Dee, porque le había prometido a Daemon que no le contaría a nadie que me había curado. Así que no me quedaba más alternativa que agobiarlo con otro de mis problemas.

Así me sentía, al menos. No le había causado más que problemas desde que me mudé allí: me hice amiga de su hermana, planteé demasiadas preguntas y casi consigo que me maten… dos veces. Además, descubrí su gran secreto y acabé con un rastro infinidad de veces.

Me bajé del coche con el ceño fruncido y cerré de un portazo. No era de extrañar que Daemon se hubiera comportado como un auténtico cretino todos esos meses. No causaba más que problemas. Se podría decir lo mismo de él, pero ese era otro tema.

Llegaba tarde a Biología, así que eché a correr sin aliento por el pasillo casi desierto, rezando para poder estar ya sentada en mi sitio cuando el señor Garrison entrara en el aula. Estiré una mano hacia

la pesada puerta, pero esta se abrió con un potente impulso y se estrelló contra la pared. El ruido retumbó por el pasillo, llamando la atención de algunos alumnos que también llegaban tarde.

Me quedé pálida poco a poco al oír una exclamación de sorpresa a mi espalda, y supe que me habían pillado. Un millar de ideas se agolparon en mi cerebro entumecido, pero todas eran un asco. Cerré los ojos y noté cómo el miedo hacía que se me revolviera el estómago. ¿Qué me pasaba? Algo iba… algo iba muy mal.

—Malditas corrientes —dijo el señor Garrison, y luego carraspeó —. Menudo susto.

Abrí los ojos de golpe. Mi profesor se enderezó la corbata mientras aferraba el maletín marrón con la mano derecha. Abrí la boca para asentir. Asentir estaría bien. «Sí, malditas corrientes.» Pero no salió ningún sonido. Simplemente me quedé allí plantada abriendo y cerrando la boca como un pez.

El señor Garrison entrecerró sus ojos azules y frunció tanto el ceño que pensé que le quedaría una marca permanente en la cara.

—¿No debería estar en clase, señorita Swartz?

—Sí, lo siento —conseguí responder con voz ronca.

—Bueno, pues muévase. —Extendió los brazos y me hizo entrar —. Y llega tarde. Es su segunda falta.

No estaba segura de por qué había recibido la primera, pero entré en clase arrastrando los pies e intentando ignorar las risitas de los otros alumnos, que al parecer habían oído cómo me echaba la bronca. Me puse colorada.

—Putón —murmuró Kimmy tapándose con una mano.

Se oyeron más risas en ese lado de la clase, pero, antes de que yo pudiera decir nada, Lesa fulminó a la chica rubia con la mirada.

—Qué gracia viniendo de ti —dijo—. ¿No eres tú la animadora que olvidó ponerse ropa interior durante la concentración del año pasado?

Kimmy se puso como un tomate.

—Atención —dijo el señor Garrison entrecerrando los ojos—. Ya basta.

Le dediqué una sonrisa de gratitud a Lesa y ocupé mi asiento junto a Blake. Saqué el libro de la mochila con movimientos bruscos mientras el señor Garrison empezaba a pasar lista, dando golpecitos

con su querido bolígrafo rojo. Se saltó mi nombre, pero estaba segura de que lo había hecho a propósito.

Blake me dio un toque con el codo.

—¿Va todo bien?

Asentí con la cabeza. No iba a permitir que pensara que Kimmy era la razón por la que me había quedado blanca como el papel. Además, que Kimmy me llamara «putón» probablemente tuviera que ver con Simon, algo por lo que ahora mismo ni siquiera merecía la pena que me enfadara.

—Sí, perfectamente.

Me sonrió, pero el gesto parecía forzado.

El señor Garrison apagó las luces y se lanzó a una estimulante charla sobre la savia. Me olvidé del chico sentado a mi lado y empecé a reproducir en mi cabeza el incidente de la puerta una y otra vez. ¿El señor Garrison había pensado de verdad que había sido una corriente? Y, si no era así, ¿qué le impedía llamar al Departamento de Defensa para entregarme?

La inquietud me provocó un nudo en el estómago. ¿Iba a terminar como Bethany?

5

Carissa estaba esperándome junto a mi taquilla después de Biología.

—¿Puedo irme a casa? —le pregunté mientras cambiaba de libro.

Mi amiga soltó una carcajada.

—¿Estás teniendo un mal día?

—Algo por el estilo. —Durante un segundo, pensé en entrar en detalles, pero ¿qué podía contarle?—. Esta mañana me he retrasado. Ya sabes cómo te joroba eso el resto del día.

Caminamos por el pasillo, charlando de la fiesta del viernes y de lo que íbamos a ponernos. En realidad, yo no había pensado mucho en ello y suponía que acabaría poniéndome unos vaqueros y una camiseta.

—Todo el mundo va a ir arreglado —me explicó—, ya que por aquí no tenemos muchas ocasiones para ponernos algo bonito.

—Acaba de ser el baile de comienzo del curso —refunfuñé, pues no tenía nada elegante que llevar.

Carissa empezó a preguntarme sobre las universidades en las que iba a solicitar plaza. Ella esperaba que enviara una solicitud a la Universidad de Virginia Occidental, que era lo que hacía la mayoría de los alumnos.

—Katy, tienes que ponerte las pilas —insistió mientras cogía un plato de algo que parecía un filete ruso—. Se te va a acabar el plazo.

—Ya lo sé, mi madre me lo recuerda todos los días. Lo haré cuando decida adónde quiero ir. —El problema era que no tenía ni idea de adónde quería ir ni qué quería hacer.

—Que no te pille el toro —me advirtió.

En cuanto me senté, empecé a soltarle el rollo a Dee, que ya estaba en la mesa.

—¿Así que no puedo llevar vaqueros a la fiesta? ¿Tengo que ponerme un vestido?

—¿Qué? —Dee parpadeó y me miró.

—Carissa acaba de decirme que tengo que ponerme un vestido el viernes por la noche. No es lo que había planeado.

Dee cogió el tenedor y se dedicó a juguetear con la comida que tenía en el plato.

—Deberías ponerte un vestido. Nos arreglaremos para la fiesta y durante una noche seremos hermosas princesas.

—Venga ya, que no tenemos seis años.

Lesa resopló y repitió:

—¿Hermosas princesas?

—Sí, hermosas princesas. Puedo prestarte un vestido. Tengo muchos —dijo Dee mientras pinchaba las habichuelas.

Estaba claro que le pasaba algo. No estaba comiendo y encima sugería que podía ponerme uno de sus vestidos.

—No creo que me quepa un vestido tuyo.

Volvió su rostro angelical hacia mí.

—No seas tonta. Tengo un montón de vestidos que puedes ponerte.

Me quedé mirándola, boquiabierta.

—Si me pongo un vestido tuyo, voy a acabar embutida como una salchicha.

Dee miró de pronto hacia un punto situado por encima de mis hombros y, fuera lo que fuera lo que iba a decir, murió en sus labios. Abrió mucho los ojos y se puso pálida. Me dio miedo volverme, por si me encontraba a un grupo de agentes del Departamento de Defensa vestidos de negro atravesando la cafetería del instituto.

Aquella imagen me resultó tronchante y aterradora a partes iguales.

Me volví despacio en la silla, preparándome para que me tiraran al suelo y me esposaran, o lo que sea que le hicieran a la gente. Tardé un momento en identificar qué había dejado completamente pasmada a Dee y, cuando lo conseguí, me quedé confundida.

Se trataba de Adam Thompson (el gemelo bueno, como me gustaba llamarlo), que además era el… amigo de Dee. ¿O era su

novio?

—¿Qué pasa? —pregunté mientras me daba la vuelta.

Dee me miró otra vez.

—¿Podemos hablar luego?

En otras palabras, era algo que no podía decir delante de las demás. Asentí con la cabeza y eché un vistazo a mi espalda. Adam se estaba sirviendo comida, pero entonces me fijé en otra persona.

Blake estaba junto a las puertas de la cafetería, buscando a alguien entre la multitud. Localizó nuestra mesa y sus ojos color avellana se posaron en mí. Sonrió, mostrando unos dientes blanquísimos, y me saludó con la mano.

Respondí al saludo con un pequeño gesto de la mano.

—¿Quién es ese? —preguntó Dee frunciendo el ceño.

—Se llama Blake Saunders —contestó Lesa mientras observaba su comida. La pinchó con el tenedor como si pensara que iba a saltar del plato y salir huyendo—. Es nuevo en nuestra clase de Biología. Me he enterado de que vive con su tío.

—¿Has revisado su archivo personal o qué? —le pregunté, divertida.

Lesa soltó un resoplido.

—Lo oí hablar con Whitney Samuels, que estaba haciéndole un interrogatorio.

—Creo que viene hacia aquí. —Dee se volvió hacia mí con una expresión inescrutable en el rostro—. Es mono, ¿no crees, Katy?

Me encogí de hombros. La verdad es que era muy mono. Me recordaba a un surfista, y eso me resultaba sexy. Y era humano, lo que sumaba más puntos.

—También es simpático.

—Eso está bien —opinó Carissa.

Estaba genial, pero… Miré hacia la mesa del fondo. Daemon no se había sentado con nosotras ese día. Parecía estar enzarzado en una acalorada discusión con Andrew. Tampoco había ni rastro de Ash. Qué raro.

Volví a concentrarme en Daemon, que levantó la mirada justo en ese momento. La sonrisilla de suficiencia desapareció de su rostro y apretó los dientes. Parecía… cabreado. Madre mía, ¿y yo qué había hecho ahora?

Dee me dio una patada por debajo de la mesa y me volví.

Blake estaba de pie a mi lado. Una sonrisa nerviosa se dibujó en su rostro mientras recorría la mesa con la mirada.

—Hola.

—Hola —contesté—. ¿Quieres sentarte?

Asintió con la cabeza y ocupó el asiento vacío que había junto al mío.

—Todo el mundo sigue mirándome.

—Ya, se les pasará en un mes más o menos —le aseguré.

—Hola —saludó Lesa con tono alegre—. Yo soy Lesa, con «e», y estas son Carissa y Dee. Somos las fantásticas amigas de Katy.

Blake se rió.

—Encantado de conoceros. Tú estás en Biología, ¿no?

Lesa asintió con la cabeza.

—¿Y tú de dónde eres? —preguntó Dee con una voz sorprendentemente dura.

La última vez que la había oído usar ese tono fue cuando Ash se había presentado en la cafetería con Daemon antes de que empezaran las clases.

—De Santa Mónica. —Blake sonrió tras otra serie de exclamaciones de entusiasmo—. Mi tío se cansó de la ciudad y quiso irse lo más lejos posible.

—Bueno, pues lo consiguió. —Lesa hizo una mueca después de darle un bocado a su almuerzo—. Apuesto a que la comida era mejor en Santa Mónica.

—Qué va. Allí tampoco es nada del otro mundo.

—¿Te está costando adaptarte a las clases? —Carissa cruzó las manos sobre la mesa, como si fuera a hacer una entrevista para el periódico del instituto. Lo único que le faltaba era bolígrafo y papel.

—No. Este instituto es mucho más pequeño que en el que estaba, así que he conseguido orientarme sin problemas. Además, aquí la gente es más amable, salvo por lo de quedarse mirando. ¿Y cómo te va a ti? —Se volvió hacia mí—. Técnicamente, todavía eres nueva…

—Ah, no, te cedo por completo el papel de recién llegado. Pero esto está muy bien.

—Aunque nunca pasa nada —añadió Lesa.

La conversación transcurrió con facilidad. Blake respondió a

todas nuestras preguntas; era supersimpático y se reía mucho. Resultó que tenía Gimnasia con Lesa y Arte con Carissa.

De vez en cuando, me miraba y sonreía, mostrando unos dientes blancos y rectos. No tenía ni punto de comparación con la sonrisa de Daemon (cuando se dignaba concedernos una), pero estaba bien. Las otras chicas también se fijaron; no dejaban de mirarnos y me puse cada vez más colorada.

—Hay una fiesta el viernes por la noche. —Lesa me dedicó una sonrisa rápida—. Nos encantaría que fueras. Los padres de Dee nos dejan celebrarla en su casa mientras están fuera el fin de semana.

Dee se puso tensa con el tenedor a medio camino de la boca. No dijo nada, pero me di cuenta de que no le gustaba aquella idea. ¿Qué mosca le había picado? Medio instituto estaba invitado.

—Suena genial. —Blake me miró—. ¿Tú vas a ir?

Asentí con la cabeza mientras abría la botella de agua.

—No tiene pareja —aportó Lesa con una mirada astuta.

Me quedé atónita. Qué sutil.

—¿No tienes novio? —Blake parecía sorprendido.

—No. —A Lesa le brillaron los ojos—. ¿Tú dejaste una novia en California?

Dee carraspeó como si la comida que tenía en el plato le resultara sumamente interesante. Deseé que la tierra me tragara.

Blake soltó una risita.

—No, no tengo novia. —Volvió a concentrarse en mí—. Pero me sorprende que tú no tengas novio.

—¿Por qué? —quise saber, preguntándome si debería sentirme halagada. ¿Acaso era tan superguay que resultaba increíble que no tuviera novio?

—Pues… —contestó Blake inclinándose hacia mí. Luego me dijo al oído—: Por ese tipo de ahí. No te ha quitado los ojos de encima desde que me he sentado. Y no parece contento.

Dee fue la primera en mirar.

—Es mi hermano —dijo con una sonrisa tensa.

Blake asintió con la cabeza mientras se echaba hacia atrás.

—¿Salíais juntos?

—No —le aseguré. Todos los músculos de mi cuerpo me exigían que echara un vistazo—. Solo es… Daemon.

—Ajá —dijo Blake mientras se estiraba. Me dio un golpecito en el brazo con el codo—. Entonces, ¿no tengo competencia?

Me quedé boquiabierta. Vaya, sí que era audaz. Su atractivo mejoraba por momentos.

—Para nada.

Una lenta sonrisa se dibujó en los labios de Blake. Tenía el inferior más carnoso; daban ganas de besarlo.

—Es bueno saberlo, porque me preguntaba si te gustaría comer algo después de clase.

Madre mía. Miré a Dee, que parecía tan sorprendida como yo. Había planeado averiguar qué le pasaba con Adam y luego hablar con Daemon de las cosas raras que habían estado ocurriendo.

Dee malinterpretó mi vacilación.

—Podemos vernos mañana después de clase.

—Pero…

—Está bien. —Su mirada parecía decir: «Sal, diviértete. Sé normal». O quizá eso era lo que yo quería creer, porque no parecía entusiasmarle que Blake se interesara por mí—. No pasa nada —agregó.

Podía esperar un día más para hablar con Daemon. Me volví hacia Blake y nuestras miradas se encontraron. Asentí con la cabeza casi sin darme cuenta.

Blake no dejó de sonreír el resto de la comida. Hacia el final, no pude aguantar más y tuve que mirar porque todavía lo sentía. Blake estaba en lo cierto: Daemon tenía la mirada clavada en nuestra mesa. Pero no me miraba a mí, sino al chico sentado a mi lado. No había nada amistoso en la línea tensa de su mandíbula ni en su mirada penetrante.

Entonces Daemon me miró y noté un revoloteo en el pecho. Intenté coger aire, pero sentí que no podía. Los labios me temblaron.

Desde luego que él no era competencia.

Blake y yo decidimos ir al Smoke Hole después de clase. Cuando llegamos allí en coches separados, el viento soplaba con fuerza, tirando de las ramas desnudas de los árboles que rodeaban el aparcamiento, así que nos apresuramos a entrar.

Nos sentamos cerca de la crepitante chimenea y noté que Blake tenía las mejillas rojas bajo la piel bronceada.

—Creo que nunca me acostumbraré a este viento. Es bestial.

—A mí me pasa lo mismo —dije frotándome los brazos con las manos heladas—. Y me han dicho que suele nevar un montón en invierno.

Un brillo de interés iluminó sus ojos, haciendo que las motas verdes destacaran. Aunque no eran ni de lejos tan brillantes como los de Daemon.

—Entonces es un clima perfecto para hacer snowboard. ¿Tú lo practicas?

Solté una carcajada.

—Acabaría matándome en menos de dos segundos. Una vez fui a esquiar con mi madre y no salió bien.

Blake sonrió y luego se puso a hablar con la camarera que nos atendía. Era sorprendente, pero no estaba nerviosa. No sentía un revoloteo en el estómago cuando nos mirábamos ni notaba la piel demasiado tirante, y no estaba segura de lo que significaba eso. Parecía tan… normal.

Me habló de surf mientras esperábamos mi porción de pizza de queso y su plato de chile. Yo le conté que toda mi experiencia con el surf se limitaba a observar a los chicos en Florida. Yo no poseía la coordinación necesaria, aunque él intentó convencerme de que no era tan difícil.

Me reí mucho mientras comíamos con calma. Con él, no tenía que pensar en extraterrestres del espacio exterior ni en la inminente amenaza del Departamento de Defensa o los Arum. Fue la hora más relajante que había pasado en mucho tiempo.

Casi habíamos terminado y Blake se entretuvo rompiendo una servilleta en trocitos mientras me sonreía.

—Así que tienes un blog.

Asentí con la cabeza, sorprendida, y supuse que lo mejor sería confesar de una vez que era una friki.

—Sí, me encantan los libros. Escribo reseñas en el blog. —Me quedé callada un momento—. ¿Cómo te has enterado?

Blake se inclinó hacia delante y susurró:

—Te busqué. Ya sé que es lo que haría un empollón, pero

encontré tu blog. Me gusta cómo escribes tus reseñas. Eres muy ingeniosa. Y se nota que te apasiona.

Sonreí, halagada. Se había ganado toda mi simpatía por haber leído mis reseñas.

—Gracias. El blog es muy importante para mí, pero la mayoría de la gente no lo entiende.

—Oh, yo sí te entiendo. Antes tenía un blog de surf.

—¿De verdad?

Asintió con la cabeza.

—Sí. Echo de menos el surf y escribir en el blog. Conectar con gente de todo el mundo que comparte la misma pasión. Es una comunidad alucinante.

Ese tío era perfecto: no se había burlado por lo del blog, como había hecho Daemon. Más puntos para Blake. Tomé un sorbo de mi bebida mientras miraba por la ventana. Unas densas nubes oscuras cubrían el cielo.

—La primera vez que te vi, me pareció que tenías pinta de surfista —comenté.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que tienes aire de surfista: el pelo, el bronceado… Es mono.

—¿Mono? —preguntó arqueando una ceja.

—Vale, es muy sexy.

—Eso me gusta —respondió con una sonrisa.

Al igual que Dee, Blake poseía ese tipo de personalidad que inevitablemente me hacía sentir cómoda. Algo agradable comparado con el hormigueo que me invadía cuando estaba con Daemon.

Cuando salimos de la cafetería, cerca de las cinco, me sorprendió cuánto tiempo había pasado. El viento me sacudió el pelo, pero yo seguía demasiado emocionada después de pasar la tarde con Blake como para preocuparme por el hecho de que todavía no me había comprado una chaqueta.

Blake me dio un golpecito con el codo.

—Me alegro de haber pasado tiempo contigo.

—Yo también —contesté haciendo girar las llaves de mi coche mientras nos deteníamos junto a su camioneta.

—No suelo ser tan lanzado. —Se apoyó en el capó y cruzó los tobillos—. Ya sabes, pedirle salir a una chica delante de una mesa repleta de desconocidos y eso.

El vigorizante viento me refrescó las mejillas calientes.

—Parecías bastante seguro de ti mismo.

—Lo estoy cuando quiero algo.

Se apartó del capó y se colocó delante de mí. Ay, Dios. ¿Iba a besarme? Me había encantado la agradable tarde que acabábamos de pasar juntos, pero, bueno… me parecía mal darle esperanzas. No sabía qué había entre Daemon y yo, si es que había algo, pero no era justo aparentar que no tenía ningún tipo de compromiso. Sentía algo por Daemon, pero no estaba segura de lo que significaba.

Blake se inclinó hacia mí y me quedé paralizada.

Por encima de él, las ramas se sacudieron y gimieron debido a la fuerza del viento.

Levanté la cabeza al oír un fuerte crujido. Una de las gruesas ramas se rompió bajo el peso del viento. El pánico me atenazó la garganta mientras la rama descendía en espiral hacia donde se encontraba Blake. No conseguiría apartarse lo bastante rápido y el tamaño de la rama amenazaba con hacerle mucho daño.

Una descarga de energía estática me recorrió la piel, crepitando entre las capas de ropa, y sentí que se me erizaba el vello de la nuca. Me lancé hacia delante, con el corazón desbocado, y me pareció que grité «¡para!», aunque solo ocurrió en mi cabeza.

Y la rama se paró… en el aire, suspendida en la nada.

6

La rama se quedó allí colgando, flotando como si estuviera atada a una cuerda invisible. La respiración se me quedó atascada en la garganta. Había detenido la rama… lo había hecho yo. Me invadió una mezcla de pánico y energía que me dejó mareada.

Blake me miraba fijamente. En sus ojos había algo: ¿miedo?, ¿emoción? Luego dio un paso a un lado y levantó la mirada. El torrente de energía me abandonó de repente y la pesada rama se estrelló, agrietando el pavimento como habría hecho con el cráneo de Blake. Encorvé los hombros mientras tomaba aire. Hice una mueca al sentir un dolor agudo y cortante detrás de los ojos.

—Madre mía… —Blake se pasó una mano por el pelo peinado en punta—. Eso me habría matado.

Tragué saliva, incapaz de hablar. Una sensación de horror me recorrió, envolviéndome. Noté un cálido cosquilleo en la nuca y lo reconocí, pero no podía moverme. Ese pequeño «suceso» me había dejado sin energías y la cabeza iba a estallarme: esa clase de dolor aterrador que indicaba que algo iba muy mal.

Ay, Dios, ¿qué estaba pasando? ¿Estaba sufriendo un aneurisma?

—Katy… no pasa nada —dijo Blake dando un paso al frente mientras miraba algo situado a mi espalda.

Una mano cálida y fuerte me rodeó el brazo.

—Kat.

Flaqueé al oír la voz de Daemon. Me volví hacia él y bajé la cabeza dejando que el pelo me ocultara la cara.

—Lo siento —susurré.

—¿Está bien? —preguntó Blake, que parecía preocupado—. La rama…

—Sí, está bien. La ha asustado que la rama se cayera. —Cada palabra sonaba como si la pronunciara con los dientes apretados—.

Eso es todo.

—Pero…

—Hasta luego. —Daemon empezó a caminar, llevándome con él —. ¿Estás bien?

Asentí mirando al frente. Todo parecía demasiado brillante para ser un día nublado. Demasiado real. Toda la tarde había sido perfecta, normal, y yo la había estropeado. Como no respondí, Daemon me quitó las llaves de los dedos entumecidos y abrió la puerta del pasajero.

Blake me llamó, pero no me atreví a mirarlo. No tenía ni idea de lo que debía de estar pensando, pero sabía que no podía ser nada bueno.

—Entra —dijo Daemon, casi con suavidad.

Por una vez, obedecí sin rechistar. Cuando se subió por el lado del conductor y echó el asiento hacia atrás, al fin reaccioné.

—¿Qué… qué haces aquí?

No me miró mientras le daba al contacto y salía del aparcamiento.

—Estaba dando una vuelta. Les diré a Dee y a Adam que se lleven mi coche.

Me volví en el asiento y vi a Blake junto a su vehículo. Seguía allí de pie donde lo habíamos dejado. Notaba un nudo en el estómago y tenía ganas de vomitar; me sentía mal por lo que había hecho.

—Daemon…

Apretó la mandíbula antes de contestar.

—Vas a hacer como si no hubiera pasado nada. Si saca el tema, le dices que le dio tiempo de apartarse. Si llega siquiera a sugerir que tú… que tú detuviste esa rama, tómatelo a risa.

Poco a poco, fui comprendiendo lo que se proponía.

—Tengo que comportarme como lo hacías tú al principio, ¿no?

Asintió con un gesto brusco.

—Lo que ha ocurrido ahí nunca ha pasado. ¿Entendido?

Dije que sí con la cabeza, a punto de echarme a llorar.

Los minutos transcurrieron en silencio. A medio camino de casa, el dolor de cabeza disminuyó y me sentí casi normal, salvo por el hecho de que era como si hubiera pasado toda la noche en vela.

Ninguno de los dos habló hasta que aparcó en la entrada de mi casa.

Daemon sacó las llaves del contacto y se recostó en el asiento. Un largo mechón de pelo le ocultó los ojos cuando se volvió hacia mí.

—Tenemos que hablar. Y tienes que ser sincera conmigo. No parece sorprenderte lo que acabas de hacer.

Asentí de nuevo. Estaba furioso, y no podía culparlo. Era probable que hubiera revelado su secreto frente a un humano. Un humano que podía ir a la prensa, hablar en el instituto y llamar la atención del Departamento de Defensa. El Gobierno averiguaría que los Luxen poseían habilidades especiales, y repararían en mí.

Entramos en mi casa, que estaba vacía. A pesar de que la calefacción soltaba calor por los conductos de ventilación, yo temblaba de manera incontrolada cuando me senté en el sillón reclinable.

—Iba a contártelo.

—¿En serio? —Daemon estaba de pie delante de mí y abría y cerraba las manos—. ¿Y cuándo, exactamente? ¿Antes o después de hacer algo que te pusiera en peligro?

Me estremecí.

—¡No me imaginé que pasaría eso! Lo único que quería era pasar una tarde normal con un chico…

—¿Con un chico? —me soltó con un intenso destello verde en los ojos.

—¡Sí, con un chico normal! —¿De qué se extrañaba? Respiré hondo—. Lo siento. Iba a venir a verte esta noche, pero Blake me invitó a salir con él. Maldita sea, solo quería pasar una tarde con alguien como yo.

Frunció tanto el ceño que pensé que iba a resquebrajársele la cara.

—Ya tienes amigos normales, Kat.

—¡No es lo mismo!

Daemon pareció comprender lo que no había dicho. Durante un instante, abrió mucho los ojos y habría jurado que había una chispa de dolor en ellos, pero luego desapareció.

—Cuéntame qué ha estado pasando.

La culpa me invadió, arrastrando a su paso púas afiladas que se me clavaron en las entrañas.

—Creo que sí he pillado algún virus extraterrestre, porque he estado moviendo cosas… sin tocarlas. Hoy, sin ir más lejos, he abierto la puerta de la clase del señor Garrison sin llegar a tocarla. Al parecer, él ha creído que fue una corriente de aire.

—¿Con qué frecuencia ha estado ocurriendo?

—De vez en cuando durante una semana, más o menos. La primera vez fue la puerta de mi taquilla; pero pensé que había sido una casualidad, así que no dije nada. Luego se me ocurrió tomar un vaso de té y el vaso salió volando del armario y el té empezó a derramarse en la nevera. La ducha se puso en marcha sola, algunas puertas se abrieron y, un par de veces, la ropa salió volando de mi armario. —Suspiré—. Mi habitación quedó hecha un desastre.

Se le escapó una risita.

—No está mal.

Apreté los puños.

—¿Cómo puede parecerte divertido? ¡Fíjate en lo que ha pasado hoy! ¡No quería detener la rama! Por supuesto que no quería que ocurriera nada, pero no he parado la dichosa rama a propósito. Todo eso de curarme… me ha cambiado, Daemon. Por si no te lo habías imaginado todavía, antes no podía mover cosas. Y no sé qué me pasa. Después me entra un dolor de cabeza espantoso y me siento agotada. ¿Y si me estoy muriendo?

Daemon parpadeó y de pronto estaba a mi lado, sentado en el brazo del sillón. Nuestras piernas se rozaron y su respiración me agitó el pelo. Me eché hacia atrás con el corazón acelerado.

—¿Por qué tienes que moverte tan rápido? Es… raro.

Daemon suspiró.

—Lo siento, gatita. Para nosotros, movernos rápido es lo natural. En realidad, nos cuesta más esfuerzo reducir la velocidad y parecer «normales», como tú lo llamas. Supongo que a veces me olvido de fingir estando contigo.

Se me cayó el alma a los pies. ¿Por qué últimamente todo lo que decía parecía una crítica?

—No te estás muriendo —me aseguró.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque yo nunca permitiría que eso pasara —contestó mirándome a los ojos. Lo dijo con tanta convicción que lo creí.

—¿Y si me estoy convirtiendo en una extraterrestre?

Una rara expresión le cruzó la cara, como si quisiera echarse a reír, pero entendí por qué. Sonaba ridículo.

—No sé si eso es posible.

—Tampoco debería ser posible que moviera cosas con la mente.

Volvió a suspirar.

—¿Por qué no me lo contaste la primera vez que pasó?

—No lo sé —dije, sin poder apartar la mirada—. Debería haberlo hecho. No quiero poneros en peligro. Te juro que no lo hago aposta.

Daemon se reclinó y se le iluminaron las pupilas.

—Ya sé que no lo haces aposta. Nunca pensaría eso de ti.

Me quedé sin respiración mientras me sostenía la mirada con sus extraños ojos. Volví a sentir aquel hormigueo, que se me extendió por la piel. Cada centímetro de mi ser era plenamente consciente de su presencia.

Daemon guardó silencio un momento.

—No sé si es resultado de las veces que te he curado o de cuando conectaste con nosotros durante el ataque de Baruck. De cualquier forma, es evidente que estás usando algunas de mis habilidades. Nunca había oído que esto ocurriera.

—¿Nunca? —susurré.

—No curamos a los humanos. —Daemon se quedó callado un instante, frunciendo los labios—. Siempre había creído que tenía algo que ver con poner al descubierto nuestras habilidades, pero ahora me pregunto si hay algo más. Si la verdadera razón es que… cambiamos a los humanos.

Tragué saliva.

—¿Así que estoy convirtiéndome en una extraterrestre?

—Gatita…

En lo único en que yo podía pensar era en la película *Alien* y en aquella cosa que le salía a un tipo del estómago; salvo que la mía sería una brillante bola de luz o algo por el estilo.

—¿Y cómo hacemos que pare?

Daemon se puso de pie.

—Quiero intentar algo, ¿vale?

—Vale —acepté enarcando las cejas.

Daemon cerró los ojos y soltó un largo suspiro. Su cuerpo parpadeó y se desvaneció. Unos segundos después, había adquirido su verdadero aspecto, que irradiaba una potente luz blanca rojiza. Tenía forma humana y yo sabía que sería cálida al tacto. Todavía me resultaba extraño verlo así. Me recordó con total claridad el hecho, que yo olvidaba a veces, de que no era de este planeta.

«Dime algo.» Su voz fue un susurro dentro de mi cabeza. En su verdadera forma, los Luxen no hablaban en voz alta.

—Esto… ¿hola?

Su carcajada me hizo cosquillas por dentro.

«Así no. Dime algo, pero no en voz alta. Como en el claro, como me hablaste entonces.»

Cuando estaba curándome, había oído sus pensamientos. ¿Volvería a ocurrir?

«Tu luz es muy bonita, pero me está dejando ciega.»

Oí su respiración incorpórea.

«Todavía podemos oírnos.»

Su luz se fue atenuando y enseguida lo tuve de nuevo de pie delante de mí, sólido y con una mirada de preocupación en los ojos.

—Así que te estaba dejando ciega, ¿eh?

—Pues sí. —Jugueteé con la cadena que me rodeaba el cuello—. ¿Ahora brillo?

Por lo general ocurría cuando adquirían su verdadera forma, lo que dejaba un leve rastro.

—No.

Así que eso también había cambiado.

—¿Por qué sigo oyéndote? Por tu actitud, supongo que no debería.

—Así es, pero continuamos conectados.

—Bueno, ¿y cómo nos desconectamos?

—Buena pregunta. —Se desperezó mientras recorría la habitación con la mirada—. Tienes libros por todas partes, gatita.

—Ahora mismo, eso no importa.

Daemon estiró la mano y un libro salió volando del brazo del sofá hasta él. Le dio la vuelta y arqueó las cejas mientras le echaba

un vistazo.

—¿El tío mata lo que toca? Por el amor de Dios, ¿qué rayos estás leyendo?

Salí disparada del sillón, le arranqué el libro de las manos y lo apreté contra mi pecho.

—Cállate. Me encanta este libro.

—Ya veo —murmuró Daemon.

—Bueno, vayamos a lo importante. Y deja de tocar mis libros. —Volví a ponerlo donde estaba—. ¿Qué vamos a hacer?

Daemon me miró.

—Voy a averiguar qué te está pasando. Tú dame un poco de tiempo.

Asentí con la cabeza, esperando que tuviéramos tiempo suficiente. No había forma de saber qué era lo siguiente que haría por accidente y no quería, por nada del mundo, poner en peligro a Dee y los demás.

—¿Te das cuenta de que este es el motivo por el que te…? —Daemon enarcó una ceja—. ¿Por el que te gusto de repente?

—Estoy seguro de que me gustabas antes de eso, gatita.

—Vaya, pues menuda forma tenías de demostrarlo.

—Es verdad —admitió—. Y ya me he disculpado por el modo en que te traté. —Respiró hondo para tranquilizarse—. Siempre me has gustado. Desde la primera vez que me enseñaste el dedo.

—Pero no empezaste a querer pasar tiempo conmigo hasta después del primer ataque, cuando me curaste. Tal vez ya estábamos empezando a… fusionarnos.

Daemon frunció el ceño.

—Pero ¿a ti qué te pasa? Es como si necesitaras convencerte de que es completamente imposible que me gustes. ¿Eso hace que te sea más fácil decirte a ti misma que no sientes nada por mí?

—Me trataste como a una apestada durante meses. Siento mucho que me cueste creer que tus sentimientos son reales. —Me senté en el sofá—. Y no tiene nada que ver con lo que yo sienta.

—¿Te gusta ese chico con el que estabas? —me preguntó de pronto con los hombros tensos

—¿Blake? No lo sé. Es simpático.

—Hoy se ha sentado contigo a la hora de comer.

Fruncí el ceño.

—Porque había un asiento vacío y estamos en un país libre donde la gente puede elegir dónde quiere sentarse.

—Había otros asientos vacíos. Podía haberse sentado en cualquier otra parte de la cafetería.

Tardé unos segundos en responder.

—Está en mi clase de Biología. Quizá simplemente se encuentra a gusto conmigo porque los dos somos más o menos nuevos.

Una expresión fugaz apareció en su cara y, de pronto, estaba de pie delante de mí.

—No dejaba de mirarte. Y es evidente que quería pasar tiempo contigo fuera del instituto.

—Tal vez le gusto —dije, encogiéndome de hombros—. Lesa lo ha invitado a la fiesta del viernes.

Los ojos de Daemon adquirieron un tono verde oscuro.

—No creo que debas andar por ahí con él hasta que sepamos de qué va todo esto de que puedas mover cosas. Lo de la rama ha sido solo un ejemplo de lo que puede pasar. No podemos permitir que se repita.

—¿Qué? ¿Ahora se supone que no puedo salir ni quedar con nadie?

Daemon sonrió.

—Si es humano, no.

—Ya, claro. —Sacudí la cabeza mientras me ponía en pie—. Esta conversación es una tontería. De todas formas, no estoy saliendo con nadie; pero, si estuviera haciéndolo, no lo dejaría solo porque tú lo dices.

—¿De verdad? —Su mano se movió a toda velocidad y me colocó un mechón de pelo detrás de la oreja—. Ya lo veremos.

Me aparté a un lado, dejando un espacio entre ambos.

—No hay nada que ver.

El desafío se reflejó en sus ojos.

—Si tú lo dices, gatita…

Crucé los brazos con un suspiro.

—Esto no es un juego.

—Ya lo sé; pero, si lo fuera, ganaría yo. —Desapareció y volvió a aparecer en la entrada del recibidor—. Por cierto, me he enterado

de lo que ha estado diciendo Simon.

Me puse colorada. Otro problema, pero menos importante en comparación.

—Sí, se está comportando como un cretino. Creo que es cosa de sus amigos. En realidad, me pidió disculpas y luego, cuando aparecieron sus amigos, les dijo que quería enrollarme con él.

Daemon entrecerró los ojos.

—Eso no está bien.

—No es para tanto —contesté con un suspiro.

—Puede que no para ti; pero, para mí, sí. —Se quedó callado un momento y luego enderezó la espalda—. Yo me ocuparé de ello.

7

No dormí mucho esa noche, así que al día siguiente Trigonometría me resultó más pesada de lo normal. Había un extraterrestre de casi metro noventa detrás de mí; aunque no me hablaba, solo respiraba suavemente contra mi nuca. Y por mucho que intentaba apartarme, aún podía sentirlo. Era muy consciente de su presencia: cuándo se movía, cuándo escribía algo o cuándo se rascaba la cabeza. A media clase, consideré la posibilidad de echar a correr hacia la puerta.

También era el segundo día que no me daba golpecitos con el boli.

Simon, por otro lado, no dejó de mirar por encima del hombro durante toda la clase. Necesitaba distraerme, así que le clavé una mirada hostil. Un lento rubor empezó a subirle por la nuca; podía sentirme taladrándolo con la mirada. Chúpate esa, imbécil.

El pelo castaño se le ondulaba sobre la piel ligeramente colorada. Por lo general lo llevaba rapado; supuse que necesitaba cortárselo, pues aquí la mayoría de los chicos no se lo dejaba crecer más de unos centímetros. La sosa camiseta gris que llevaba se estiró sobre sus anchos hombros mientras se ponía tenso bajo mi escrutinio.

Me miró por encima del hombro y yo enarqué una ceja.

Simon se volvió con rigidez y respiró hondo levantando los hombros. Me cabreé y noté calor en los dedos. Aquel idiota le había hecho creer a medio instituto que era una chica fácil.

Me concentré en el libro que Simon tenía delante. El pesado libro de texto salió despedido del pupitre y le dio en plena cara.

Me quedé boquiabierta mientras me sentaba recta. «Mierda…»

Simon se levantó de un salto y se quedó mirando el libro (que ahora estaba tirado en el suelo) como si fuera algún tipo de criatura desconocida. El profesor entrecerró los ojos buscando el origen de la

interrupción.

—¿Le gustaría comunicarle algo al resto de la clase, señor Cutters? —preguntó con voz cansada y aburrida.

—¿Qué? —balbuceó Simon. Miró a su alrededor de modo frenético y luego posó la mirada en el libro—. No, solo se me ha caído el libro del pupitre. Lo siento.

El profesor dejó escapar un profundo suspiro.

—Bueno, pues recójalo.

Algunos alumnos se rieron entre dientes y Simon se puso rojo como un tomate mientras cogía el libro del suelo. Lo colocó en el centro del pupitre y siguió mirándolo fijamente.

Después de que la clase se tranquilizara y el profesor se volviera de nuevo hacia la pizarra, Daemon me dio un toquecito con el bolígrafo. Me giré.

—¿Qué ha sido eso? —susurró con los ojos entrecerrados, aunque la sonrisa ladeada delataba que le había parecido divertido —. Gatita mala…

Blake llegó a Biología minutos antes de que sonara la campana. Ese día llevaba una camiseta retro de Super Mario Bros.

—Pareces…

—¿Un zombi? —sugerí apoyando la mejilla en el puño.

No tenía ni idea de cómo prepararme para verlo después del incidente de la rama. Lo de hacer como si nada no se me daba especialmente bien.

—Iba a decir cansada. —Me observó entrecerrando los ojos—. ¿Estás bien?

Asentí con la cabeza.

—Oye, en cuanto a lo de ayer… Siento haberme puesto así. La rama…

—¿Te asustó? —me preguntó mirándome a los ojos—. No pasa nada. A mí también me impresionó. Todo pasó muy rápido, pero juraría que la rama se detuvo. —Inclinó la cabeza a un lado—. Como si se hubiera quedado suspendida unos segundos.

—Ah… —¿Qué se suponía que debía responder a eso? «Disimula, disimula»—. Pues no sé. Tal vez fue cosa del viento.

—Sí, tal vez. En fin, se acerca la gran fiesta.

Esbocé una leve sonrisa, aliviada por el cambio de tema. ¿Sería así de fácil? Vaya, era mejor mentirosa de lo que Daemon creía.

—¿Vas a venir?

—No me la perdería por nada del mundo.

—Qué bien. —Jugueteé con el boli recordando lo que me había dicho Daemon acerca de no quedar con Blake. A la mierda—. Me alegro de que vengas.

La sonrisa de Blake resultaba contagiosa. Hablamos un rato sobre la fiesta mientras esperábamos a que empezara la clase. Me rozó la mano un par de veces; dudaba que hubiera sido un accidente, y eso me gustaba. No había nada que lo obligara a hacerlo, salvo que quizá quería tocarme. Parecía interesado en mí, y eso lo hacía mil veces más atractivo. Y, bueno, aquella sonrisa angelical ayudaba. Podía imaginármelo sin camiseta, deslizándose sobre las olas. Cualquier chica se moriría por salir con él.

Respiré hondo e hice algo que casi nunca hacía.

—Puedes pasarte por mi casa primero, antes de la fiesta, si quieres.

Blake bajó las pestañas, que le abanicaron las bronceadas mejillas.

—Guay. ¿Como una cita?

—Sí, algo así, supongo —contesté ruborizándome.

Blake se inclinó hacia mí y sentí su aliento sorprendentemente fresco contra las mejillas. Olía a menta.

—No sé si me gusta eso de «algo así». Prefiero considerarlo una cita.

Levanté la vista y lo miré a los ojos. Las motitas verdes no eran ni por asomo de un color tan vivo como las de los ojos de Daemon… ¿Por qué diantres pensaba en él?

—Podemos considerarlo una cita.

—Eso está mejor. —Blake se recostó en la silla.

Sonreí, con la mirada puesta en mi libreta. Una cita; no de las de cena y peli, pero una cita de todas formas. Nos dimos los números de teléfono y le expliqué cómo llegar a mi casa. Estaba entusiasmada. Lo miré de reojo y descubrí que me observaba con una sonrisa torcida en los labios.

Vaya, vaya, la fiesta acababa de ponerse mucho más interesante.

Me negué a pensar qué haría Daemon cuando me viera llegar con Blake. Una pequeña parte de mí se preguntó si le había pedido que me acompañara solo para averiguarlo.

El jueves después de clase, Dee estaba acurrucada en mi sofá jugueteando con el anillo que llevaba en el dedo. Hablábamos en voz baja porque mamá estaba arriba durmiendo.

—Parece que el nuevo está coladito por ti.

—¿Tú crees? —pregunté mientras me dejaba caer a su lado.

Dee sonrió con desgana.

—Pues sí. En realidad, me sorprende que te parezca bien que venga a la fiesta. Yo pensaba…

—¿El qué?

—Es que pensaba que tal vez había algo entre Daemon y tú —respondió apartando la mirada.

—Oh, no, entre nosotros no hay nada. —Aparte de una absurda conexión alienígena y muchos secretos. Carraspeé—. No quiero hablar de tu hermano, ¿vale? ¿Qué pasa con Adam?

Las pálidas mejillas se le tiñeron de carmesí.

—Adam y yo hemos estado intentando pasar más tiempo juntos, ¿sabes? Todo el mundo espera que estemos juntos, y a una parte de mí le gusta estar con él. Los ancianos saben que, puesto que los dos tenemos ya dieciocho años, estamos alcanzando la mayoría de edad.

—¿La mayoría de edad?

Dee asintió con la cabeza.

—Cuando cumplimos los dieciocho, somos lo bastante mayores para emparejarnos.

—¿Qué? —Casi se me salen los ojos de las órbitas—. ¿Emparejaros? ¿Te refieres a casaros y tener bebés?

—Sí —dijo suspirando—. Por lo general, esperamos a terminar el instituto; pero, como sabemos que nos queda poco tiempo, Adam y yo estamos intentando decidir qué queremos hacer.

Yo seguía dándole vueltas al asunto del emparejamiento.

—¿Los ancianos te dicen con quién puedes estar?

Dee frunció el ceño.

—No exactamente. Me refiero a que ellos quieren que nos unamos a otro Luxen y nos reproduzcamos lo antes posible. Sé que

parece una locura, pero nuestra raza se está muriendo.

—Eso lo entiendo, pero ¿y si no quisieras tener hijos? ¿Y si te enamoraras de otro chico o… de un humano?

—Nos marginarían. —Desapareció y volvió a aparecer de pie al otro lado de la mesa de centro—. Todos nos darían la espalda. Es lo que le habrían hecho a Dawson si… si aún estuviera vivo y siguiera con Bethany. Y yo sé que seguiría con ella. Dawson amaba a Beth.

Y el amor de su hermano había acabado llevándolos a la muerte. Bajé la mirada, llena de compasión por Dee y Daemon.

—¿Te obligarían a marcharte?

Negó con la cabeza.

—Harían que quisiéramos irnos, pero no podríamos, necesitaríamos el permiso del Departamento de Defensa. Es mucha presión.

«Ya te digo.» Yo solo tenía que preocuparme de qué universidad elegir, no de quedarme preñada lo antes posible. ¿Y Daemon quería arriesgarse a todo eso por estar conmigo? Tenía que estar fumado.

—¿Qué pasó entre Adam y tú?

Dee se detuvo delante del televisor y se pasó las manos por el pelo rizado.

—Nos acostamos.

—¿Qué? —Hasta hacía cinco segundos estaba convencida de que a Dee ni siquiera la atraía Adam.

Dee agitó las manos a los costados.

—Ya. Sorprendente, ¿eh?

—Pues sí, sí que lo es. —Parpadeé.

—No sabía lo que sentía por él, aparte de que lo respeto muchísimo y me parece guapo. —Se puso a caminar de un lado a otro de la sala de nuevo—. Pero, en realidad, solo hemos sido amigos. O, por lo menos, eso es lo único que le he permitido. Ya no sé nada. De todas formas, decidí que quería ver si podíamos… ya sabes, hacerlo. Así que le dije que deberíamos intentar acostarnos. Y lo hicimos.

«¡Vaya, qué romántico!»

—¿Y qué tal?

Volvió a ponerse colorada.

—Estuvo… estuvo bien.

—¿Bien?

Dee apareció a mi lado, sentada en el sofá y retorciéndose las manos.

—Estuvo más que bien. Un poco raro al principio… vale, muy raro, pero… funcionó.

No estaba segura de si debería sentirme feliz por ella o no.

—Bueno, ¿y ahora qué?

—No lo sé. Ese es el problema. Me gusta, pero no sé si me gusta porque se supone que debe ser así o si es real. —Se dejó caer de espaldas, con un brazo colgando del sofá—. Ni siquiera sé lo que es el amor. Me pareció que lo amaba cuando estábamos haciéndolo pero ahora no lo sé.

—Dios, Dee, no sé qué decirte. Pero me alegro de que estuviera… bien.

—Estuvo genial —repuso con un suspiro—. ¿Quieres saber cuánto? Quiero repetir.

Solté una carcajada y Dee abrió uno de sus ojos verde jade.

—Pero ahora tengo este… nudo en el estómago. No puedo dejar de pensar en él, de preguntarme qué opina.

—¿Has probado a hablar con él?

—No. ¿Debería?

—Pues sí, acabas de acostarte con él. Probablemente deberías llamarlo.

Dee se incorporó con los ojos muy abiertos.

—¿Y si no siente lo mismo?

Resultaba extraño ver a Dee así, teniendo una reacción tan… humana.

—Seguro que él siente lo mismo.

—No lo sé… Éramos solo amigos. Ni siquiera queríamos ir al baile de comienzo de curso juntos. —Se puso en pie de nuevo—. Pero no estoy segura de si pensaba eso por cómo me comportaba yo. Quizá siempre haya sentido algo más por mí.

—Llámalo. —Ese era el mejor consejo que podía darle, puesto que yo carecía por completo de experiencia en el tema—. Un momento. ¿Usasteis protección?

Dee puso los ojos en blanco.

—No estoy preparada para tener un bebé. Claro que usamos

protección.

El alivio me inundó.

Dee se quedó un rato más y luego se fue a llamar a Adam. Todavía estaba alucinada porque se hubiera acostado con un chico. Era un gran paso, incluso para… los alienígenas. Por lo menos había estado genial. Pero ¿acostarse con alguien solo para averiguar si te gusta? ¿Qué tenía eso de romántico? Aunque, claro, ¿quién era yo para juzgarla? Había invitado a salir a un chico y estaba segura de que había sido únicamente para ver si a otro le importaba. Estaba claro que yo no era la persona adecuada a la que acudir en busca de consejo sentimental. Pobre Dee.

Cuando mamá despertó, pedimos una pizza antes de que tuviera que irse a trabajar. Mientras esperábamos, nos relajamos en el sofá como solíamos hacer antes de que papá muriera.

Mamá me pasó una taza de chocolate humeante.

—No te olvides de que el sábado te tengo para mí todo el día hasta que me vaya a trabajar, así que no hagas planes.

Sonreí mientras rodeaba la taza caliente con las manos.

—Soy toda tuya.

—Genial. —Colocó los pies con zapatillas sobre la mesa de centro—. Quería comentarte algo.

Di un sorbo enarcando las cejas. Mamá cruzó los tobillos y luego volvió a cruzarlos para el otro lado.

—Will quiere cenar con nosotras el sábado, por tu cumpleaños.

—Vaya.

Una leve sonrisa le curvó los labios.

—Le dije que quería consultarlo contigo primero, para asegurarme de que te parecía bien. —Se quedó callada un instante, arrugando la nariz—. Después de todo, es tu cumpleaños.

—Y solo cumpliré dieciocho una vez, ¿no? —respondí con una sonrisa—. No pasa nada, mamá, podemos cenar con tu Will.

Me miró entrecerrando los ojos mientras yo tomaba otro sorbo de chocolate.

—¿Debería ponerme elegante? Como es médico y eso… ¡Ostras!, ¿iremos a un restaurante caro y hablaremos de política y actualidad?

—Cállate, anda. —Se recostó con una sonrisa—. Creo que te

caerá bien. No es estirado ni arrogante. En realidad, es como…

El corazón me dio un vuelco.

—¿Como papá?

Mamá sonrió con tristeza.

—Sí, como papá.

Ninguna de las dos habló durante unos minutos. Mamá había conocido a papá en su primer año de residencia de enfermería en un hospital en Florida. Él era un paciente: se había caído de una terraza y se había torcido un pie intentando impresionar a una chica. Sin embargo, según mi padre, en cuanto miró a mi madre a los ojos, se olvidó hasta del nombre de la otra. Estuvieron saliendo seis meses, se prometieron y se casaron aquel mismo año. Yo vine al mundo poco después, y no había habido dos personas más enamoradas que ellos. Incluso cuando discutían, sus palabras estaban cargadas de amor.

Yo daría lo que fuera por tener una relación como esa.

Me terminé el chocolate y me acerqué a mi madre. Ella levantó el brazo y me acurruqué a su lado, inhalando el aroma a manzana de la loción corporal que usaba en otoño. Mamá tenía la manía de cambiar de perfume y loción según la estación.

—Me alegro de que lo hayas conocido —dije al fin—. Will parece un tipo muy agradable.

—Sí que lo es. —Me dio un beso en la coronilla—. Quiero creer que tu padre lo aprobaría.

Papá aprobaría a cualquiera que la hiciera feliz. Yo estaba en el hospital el día que nos comunicaron que no le quedaba mucho tiempo. Desde fuera de la habitación, lo oí pedirle a mamá que volviera a enamorarse; le dijo que eso era lo único que quería.

Cerré los ojos. Esa clase de amor debería haber podido derrotar a la enfermedad. Esa clase de amor debería haber vencido cualquier obstáculo.

8

Volví a ajustarme los finos tirantes negros por tercera vez, pero al final me rendí. Por mucho que tirase, el escote del vestido no subía más. No podía creer que me sirviera, aunque se me ajustaba al cuerpo resaltando la enorme diferencia entre la figura de Dee y la mía. Las tetas parecían a punto de salírseme. El vestido era ceñido en la parte del pecho y tenía la cintura alta, para luego caer en suaves ondas que me llegaban por encima de las rodillas.

Estaba bastante sexy, la verdad.

Pero tenía que cubrirme la delantera. Abrí la puerta del armario y me puse a buscar una rebeca roja que no desentonaría demasiado con ese vestido, pero no pude encontrarla en medio de aquel revoltijo. Tardé unos minutos en caer en la cuenta de que estaba en la secadora.

—Joder —gemí.

Bajé las escaleras a la carrera vestida de negro y con zapatos de tacón. Menos mal que mamá ya se había ido a trabajar. Si me hubiera visto así, le habría dado un infarto o se habría enamorado del vestido; en cualquier caso, me habría muerto de la vergüenza. Bajé por el pasillo, nerviosa y con el estómago revuelto. Desde fuera me llegó el sonido de las risas y las puertas de los coches mientras sacaba la rebeca, la sacudía y me la ponía. ¿Y si cometía alguna estupidez? ¿Algo como levantar un televisor delante de toda la casa llena de compañeros de clase?

Justo en ese momento alguien llamó a la puerta. Respiré hondo, fui hasta la puerta principal y la abrí.

—Hola.

Blake entró con media docena de rosas. Me recorrió con la mirada.

—¡Madre mía, estás preciosa! —exclamó sonriendo mientras me

entregaba las flores.

Acepté las rosas, colorada, e inhalé el fresco aroma. Sentí que me daba vueltas la cabeza.

—Gracias, pero no tenías que haberte molestado.

—Quería hacerlo.

Ah, la palabra clave: «querer».

—Bueno, pues son muy bonitas. Y tú también estás muy bien. —Y así era. Llevaba un jersey oscuro de pico y una camisa debajo. Retrocedí aferrando las rosas. Nadie me había regalado nunca flores —. ¿Quieres beber algo antes de irnos?

Blake asintió con la cabeza y me siguió hasta la cocina. Las opciones eran limitadas, así que se decidió por uno de los refrescos de vino de mamá. Se apoyó en la encimera y miró a su alrededor mientras yo buscaba un florero para las rosas.

—Tienes libros por todas partes. Es encantador.

Coloqué las rosas sobre la encimera, sonriendo.

—Mamá lo odia. Anda siempre recogiéndolos.

—Y tú vuelves a ponerlos donde estaban, ¿no?

Solté una carcajada.

—Sí, más o menos.

Se acercó con el refresco en la mano. Bajó la mirada y alargó la otra mano para coger mi cadena de plata, rozándome un poco el pecho con los nudillos.

—Interesante collar. ¿Qué tipo de piedra es?

—Una obsidiana —respondí—. Me la regaló un amigo.

—Es original. —La dejó caer—. Está guay.

—Gracias. —Toqué el collar con los dedos intentando apartar las imágenes de Daemon que me trajo. Tenía que decir algo—. Gracias otra vez por las flores. Son preciosas.

—Me alegro de que te gusten. Me preocupaba parecer un memo por regalártelas.

—Qué va. Son perfectas —le aseguré con una sonrisa—. ¿Estás listo para irnos?

Se terminó el refresco y enjuagó la botella antes de tirarla a la basura. A mamá le habría encantado… salvo por el detalle de que un menor de edad se bebiera su refresco de vino.

—Claro —contestó—. Pero tengo una mala noticia. Solo puedo

quedarme media hora como mucho. Unos parientes han venido de visita de repente. Lo siento mucho.

—No te preocupes —dije esperando que no se me notara la decepción en la voz—. No pasa nada. Te invitamos con poca antelación.

—¿Estás segura? Me siento como un imbécil.

—Por supuesto que no eres un imbécil. Me has traído rosas.

Blake sonrió de oreja a oreja.

—Vale, pero quiero compensarte. ¿Puedes cenar conmigo mañana por la noche?

Negué con la cabeza.

—Mañana no puedo. Voy a pasar el día con mi madre.

—¿Y el lunes? —preguntó—. ¿Tus padres te dejan salir por la noche entre semana?

—Vivo solo con mi madre; pero sí, no hay problema.

—Bien. He visto un pequeño restaurante indio en la ciudad. —Se acercó un poco más. Noté un ligero aroma a *aftershave* que me recordó una conversación que mantuve con Lesa acerca de cómo olían los chicos. Blake olía bien—. ¿Te apuntas?

—Por supuesto. —Miré a mi alrededor mordiéndome el labio—. ¿Nos vamos?

—Sí, si haces una cosa.

—¿El qué?

—Bueno, dos cosas. —Se acercó otro paso más y sus zapatos rozaron los míos. Tuve que echar la cabeza hacia atrás para mirarlo a la cara—. Luego podemos irnos.

Me sentí un poco mareada al mirarlo a los ojos.

—¿Qué dos cosas son esas?

—Tienes que darme la mano. Si esto es una cita rápida, tenemos que hacer que sea creíble. —Bajó la cabeza, sosteniéndome la mirada en todo momento—. Y un beso.

—¿Un beso? —susurré.

Sus labios formaron una sonrisa torcida.

—Necesito que me recuerdes cuando me vaya. Con ese vestido, los chicos no van a dejar de acosarte.

—No lo creo.

—Ya lo verás. Bueno, ¿trato hecho?

Me quedé sin aliento y me invadió la curiosidad. ¿Besarlo sería como besar a Daemon? ¿El mundo estallaría en llamas o simplemente ardería a fuego lento? Quería averiguarlo, necesitaba descubrir si podía olvidar al chico de al lado con un simple beso.

—Trato hecho —murmuré.

Me colocó una mano en la mejilla y cerré los ojos. Blake susurró mi nombre y yo abrí la boca, pero no tenía palabras que pronunciar. Solo había expectación y la necesidad de perderme. Al principio, sus labios rozaron los míos con suavidad, comprobando mi respuesta, y la delicadeza de aquel beso me desarmó. Apoyé las manos en sus hombros y las apreté cuando sus labios volvieron a cubrir los míos.

Blake profundizó el beso, y me sentí inmersa en un mar de emociones primitivas: eufórica y confusa al mismo tiempo. Le devolví el beso y me rodeó la cintura con las manos, acercándome a él. Deseaba ansiosa sentir algo, cualquier cosa, aparte de la inquietud que bullía en mi interior. Entonces me invadió una sensación de frustración, ira y tristeza, todo a la vez; y eso no era lo que estaba buscando.

Blake interrumpió el contacto, jadeando. Tenía los labios rojos e hinchados.

—Bueno, yo sí que me acordaré de ti cuando me vaya.

Bajé la barbilla, pestañeando. El beso no había tenido nada de malo, pero le faltaba algo. Debía de ser cosa mía, el estrés. Con todo lo que estaba pasando, le daba demasiadas vueltas a las cosas. Además, era demasiado pronto para besarlo. Me sentía como una de esas chicas de los libros que leía, involucrándome a lo loco con un chico sin meditarlo siquiera. Katy, la práctica, aún vivía en mi interior, y no le gustaba lo que acababa de hacer. Pero había algo más: una amarga punzada de culpa que me indicaba que no había puesto todo de mi parte en aquel beso. Estaba pensando en otro.

—Una cosa más —dijo, y me cogió la mano—. ¿Lista?

¿Lo estaba? Me invadieron emociones contradictorias. Tal vez si Daemon me veía feliz con Blake, no se sentiría obligado a fomentar aquella conexión irreal. Me entraron náuseas.

—Sí, estoy lista.

Fuera, había un montón de coches que bajaban hasta la casa

vacía situada al principio de la calle.

—Por el amor de Dios, creía que iba a ser una fiesta pequeña.

Dee se había superado, no cabía duda. Había conseguido muchos farolillos y los había colgado a lo largo del porche. A través de las ventanas, unas velas gruesas repartidas por toda la casa titilaban suavemente. Un cálido y agradable aroma a sidra y especias flotaba en el aire. Me hizo cosquillas en la nariz, recordándome cuánto me encantaba el olor del otoño.

Dentro había gente por todas partes. Algunos se amontonaban en el sofá rodeando a dos chicos enzarzados en un duelo a muerte con la Wii. Vi varias caras conocidas en la abarrotada escalera, riéndose mientras bebían en vasos de plástico rojo. Blake y yo no podíamos dar ni dos pasos sin chocar con alguien.

Dee me saludó con la mano en medio de la multitud, haciendo de anfitriona. Estaba preciosa con un delicado vestido blanco que realzaba el tono oscuro de su pelo y el color esmeralda de sus ojos. Apenas se molestó en ocultar la sorpresa, o la decepción, cuando nos vio cogidos de la mano.

Me sentí como si estuviera haciendo algo malo, así que me solté y le di un fuerte abrazo.

—Ostras. La casa está genial.

—¿A que sí? Tengo un talento innato. ¿Katy…? —preguntó mirando por encima de mi hombro.

Me puse colorada.

—Es mi…

—Pareja —intervino Blake mientras me cogía la mano y me la apretaba—. Tengo que largarme pronto, pero quería escoltarla hasta la fiesta.

—¿Escoltarla? —Lo miró un momento y luego a mí—. Vale. Bueno, voy a… comprobar algo. —Y se alejó majestuosa, con la espalda recta.

Intenté que su decepción no me afectara. No podía desear que estuviera con su hermano. Uno de ellos ya había seguido ese camino con una humana, y las cosas no habían acabado bien.

De los rincones oscuros de la gran casa salían unos ruidos sospechosos, que me distrajeron de mis pensamientos. Luego vi fugazmente a Adam, que parecía acechar a Dee a través de la

multitud. Tomé nota mentalmente de preguntarle cómo había ido la llamada.

—¿Quieres beber algo? —me preguntó Blake.

Cuando asentí con la cabeza, me llevó hacia el comedor, donde se veían varias botellas. Incluso había un gran cuenco de ponche (aderezado con alcohol, sin duda).

—Solíamos celebrar fiestas como esta en casa —comentó Blake mientras me pasaba un vaso de plástico rojo—. Aunque eran en casas en la playa y todo el mundo olía a mar y protector solar.

—Parece que lo echas de menos.

—A veces sí; pero, oye, cambiar no es tan malo. Hace que la vida sea interesante. —Dio un sorbo y tosió—. ¿Qué le han puesto a esto? ¿Garrafón?

Solté una carcajada.

—Con esta gente, quién sabe.

A alguien le dio un ataque de risa en la cocina. Nos volvimos justo a tiempo para ver a Carissa salir corriendo de allí, con cara de enfado, y dirigirse a toda velocidad hacia la entrada, donde se encontraba Dee.

—Dee, tus amigos están como una cabra.

—También son amigos tuyos —comentó con tono seco Lesa, que apareció detrás de Dee. Al vernos a Blake y a mí, se detuvo. Luego me dio un golpecito con la cadera—. ¡Esa es mi chica!

Carissa se cruzó de brazos.

—Mis amigos nunca harían eso con nata montada.

Me eché a reír al ver la expresión de horror que apareció en la cara de Dee y la de curiosidad que cruzó la de Lesa. Blake me sonrió, como si le gustara el sonido de mi risa.

—¿Qué? —chilló Dee antes de dirigirse a la cocina.

—Eso tengo que verlo —murmuró Lesa, y acto seguido se fue tras el torbellino blanco.

Miré a Carissa, que tenía las mejillas tan rojas como mi chaqueta.

—Estabas de coña, ¿no?

Mi amiga negó con un gesto enérgico de la cabeza.

—No tienes ni idea de lo que Donnie y Becca están haciendo ahí.

—¿No son los que planeaban casarse después de la graduación?

—Esos mismos. Y puedo asegurarte que no han esperado al matrimonio para muchas cosas.

Se me escapó la risa.

—Increíble.

—No pretendo ir de mojigata, pero ¿quién se comporta así en público o en la casa de un amigo? Venga ya, es asqueroso. —Carissa respiró hondo y levantó la mirada—. Hola, Blake. Siento todo esto.

—No pasa nada. La nata montada solo debería usarse para hacer pasteles.

Tuve que apartar la vista para contener la risa. Todo aquello daba un poco de repelús, pero aun así me resultaba divertido; y no estaba segura de lo que eso decía de mí. ¿A quién quería engañar? El viernes pasado yo me estaba dando el lote en la biblioteca. Volví a sentir un nudo en el estómago al recordarlo y recorrí rápidamente la sala con la mirada.

Un grupo de chicos nos interrumpió. Querían hablar con Carissa de su hermano mayor, que estaba en la universidad. Vaya, había olvidado que tenía hermanos mayores. Segunda nota mental: dejar de pensar solo en mí.

Blake debía de haber hecho muchos amigos rápido, porque varios chicos se acercaron a hablar con él. Varias chicas le lanzaban miraditas de reojo, y me regodeé sabiendo que me envidiaban. Me apoyé contra su brazo, más que nada para hacer el paripé, y me quedé así, disfrutando de la sensación de los abultados bíceps contra mi pecho. A él no pareció molestarlo. Cerró la mano que tenía apoyada en mi espalda, apretando un puñado de seda del vestido, y luego se detuvo a media frase, se inclinó y me susurró:

—Ojalá pudiera quedarme.

Volví la cabeza, sonriendo.

—Sí, estaría bien.

Deslizó la mano por mi espalda y me rodeó la cintura. Eso, fuera lo que fuera, me gustaba. Parecía algo normal estar con un chico, coquetear, divertirnos… besarnos; todo fluía de forma natural.

Nos quedamos así después de que Carissa se alejara y luego llegó el momento en el que él tuvo que marcharse. Todavía me rodeaba la cintura con el brazo cuando lo acompañé a la puerta.

—¿La cena sigue en pie? —me preguntó.

—Por supuesto. En realidad me…

Estaba de espaldas a las escaleras, pero aun así supe el momento exacto en el que él bajó. El aire cambió, se hizo más pesado y cálido, y sentí un cosquilleo en la nuca.

—¿Te qué? —preguntó Blake frunciendo el ceño.

Se me aceleró el corazón.

—Me… me apetece mucho.

Blake empezó a sonreír y luego levantó la vista. Sus ojos reflejaron cierta sorpresa, y supe que Daemon estaba allí. No quería darme la vuelta, pero habría sido raro que no lo hiciera.

Y fue como si me golpeara un rayo. Odiaba el efecto que tenía en mí, pero al mismo tiempo me excitaba. Aquello sí que no tenía nada de natural.

Daemon iba vestido de manera informal comparado con el resto de nosotros, pero de todas formas estaba más guapo que cualquier otro chico de la sala. Llevaba unos tejanos desgastados y una camiseta con el nombre de un grupo del que ya nadie se acordaba. Se colocó un mechón de pelo negro detrás de la oreja izquierda con aire distraído y respondió con una sonrisa maliciosa a algún comentario. Sus ojos magnéticos brillaban bajo la tenue luz de las velas. Caí en la cuenta de que era la primera vez que lo veía con alguien que no fuera de su familia o con un par de amigos fuera del instituto.

Daemon tenía el mismo efecto en todo el mundo, sin importar el género. Era evidente que la gente quería estar cerca de él; pero, al mismo tiempo, era como si tuvieran miedo de acercarse demasiado. Se sentían atraídos hacia él, como yo, les gustara o no. Varias personas se aproximaron, pero se detuvieron a un metro. Él, sin embargo, no apartó la vista de mí ni un momento y, durante unos instantes, me olvidé por completo del chico que me agarraba de la cintura.

Daemon se detuvo delante de nosotros.

—¿Qué tal?

Blake me apretó con la mano mientras se daba la vuelta.

—Me parece que no pudimos presentarnos la otra noche en la cafetería. Soy Blake Saunders —dijo ofreciéndole la mano libre.

Daemon miró la mano de Blake antes de clavar sus ojos en mí.

—Ya sé quién eres.

«Ay, Dios.» Me volví hacia Blake.

—Este es Daemon Black.

La sonrisa de Blake flaqueó.

—Ya, yo también sé quién es él.

Daemon se puso recto, riéndose entre dientes. Bien erguido, le sacaba una cabeza a Blake.

—Siempre es un placer conocer a otro fan.

Por supuesto, Blake no supo qué contestar a eso. Negó con la cabeza y se volvió hacia mí.

—Bueno, tengo que irme ya.

—Vale. Gracias por… todo —dije con una sonrisa.

Blake esbozó una leve sonrisa y se inclinó, rodeándome suavemente con los brazos. Consciente de la intensa mirada de Daemon, le apoyé las manos en la espalda y me puse de puntillas para darle un beso en la suave mejilla.

Daemon carraspeó y Blake me soltó una risita al oído.

—Te llamo pronto. Pórtate bien.

—Como siempre —contesté mientras lo soltaba.

Blake le dedicó una última sonrisa a Daemon y luego salió tranquilamente por la puerta. Había que admitir que había sabido hacerle frente, más o menos, a Daemon.

Me volví hacia él, con el ceño fruncido, mientras me ponía a juguetear con la obsidiana que me colgaba del cuello.

—No habrías sido más cretino ni intentándolo, ¿sabes?

Daemon enarcó una ceja.

—Pensaba que te había dicho que no podías salir con él.

—Y yo pensaba que te había explicado que el que tú digas que no puedo hacerlo no significa que no lo haga.

—¿En serio? —Clavó la mirada en la obsidiana y luego bajó la cabeza—. Esta noche estás muy guapa, gatita.

Sentí un nudo en el estómago. «Ignóralo, ignóralo.»

—Dee ha hecho un gran trabajo decorando la casa.

—Que no te haga creer que ha hecho todo esto sola. Me reclutó en cuanto llegué.

—Vaya. —Estaba asombrada. No me imaginaba a Daemon colgando farolillos sin prenderles fuego y arrojarlos por los aires—.

Pues los dos habéis hecho un gran trabajo.

Daemon volvió a bajar la vista y me estremecí ante su penetrante mirada. ¿Por qué, Dios, por qué Blake había tenido que irse pronto?

—¿De dónde has sacado ese vestido? —me preguntó.

—De tu hermana —contesté con tono neutro.

Daemon frunció el ceño; parecía un tanto indignado.

—Ni siquiera sé qué decir a eso.

—¿Decir a qué, cariño?

Daemon se puso tenso. Aparté los ojos de él y me encontré con los de Ash, que me sostuvo la mirada mientras sonreía con dulzura y le rodeaba la cintura con un esbelto brazo. A continuación, se inclinó hacia él como si estuviera muy familiarizada con las líneas de su cuerpo. Y así era, habían estado saliendo de manera intermitente un tiempo.

Oh, genial. Daemon acababa de mirar a Blake como si quisiera estrangularlo y ahora tenía a Ash pegada como una lapa. Y no me gustaba nada. Menuda ironía.

—Qué vestido más mono. Es de Dee, ¿no? —me preguntó Ash—. Creo que lo compró cuando fuimos de tiendas juntas, pero a ella le queda más suelto.

Ah, eso me dolió. Noté que una emoción irracional iba subiéndome por la espalda al tiempo que Ash permanecía allí, con su ceñido minivestido de punto que le llegaba hasta unos centímetros por debajo del trasero.

—Creo que se te ha olvidado ponerte unos vaqueros o la parte de abajo del vestido.

Ash sonrió de forma burlona, pero luego centró de nuevo su atención en Daemon.

—Te has ido corriendo, cariño. He tenido que buscarte por toda la planta de arriba. ¿Por qué no volvemos a tu cuarto y terminamos lo que empezamos?

Me sentí como si me hubieran propinado un puñetazo en el estómago, y el dolor casi me partió en dos. No tenía ni idea de dónde surgía aquel sentimiento ni por qué me sentía así. No era razonable, no me gustaba Daemon… En serio que no. Por mí podía enrollarse con quien le diera la real gana. Además, yo acababa de

besarme con Blake. Pero aquel ardor seguía allí, recorriéndome las venas.

Daemon se apartó del brazo de Ash mientras se rascaba en un punto situado por encima del corazón. Me miró a los ojos y yo levanté las cejas, expectante. ¿Así que quería estar conmigo? Ya, seguro… cuando no estuviera ocupado haciendo lo que fuera que hiciese con Ash.

Di media vuelta antes de decir algo de lo que pudiera avergonzarme. Oí la aguda risita de Dee mientras me alejaba. Daemon dijo algo, pero sus palabras se perdieron en medio de la multitud. Necesitaba respirar y alejarme, así que salí al abarrotado porche.

No conseguía entender de qué iba todo eso. Era imposible que estuviera celosa; eso no era para nada lo que sentía. Además, iba a salir con un chico sexy, normal y humano. No me importaba lo más mínimo lo que hicieran Daemon y Ash.

Entonces lo comprendí de pronto mientras bajaba los escalones. Ay, Dios mío, sí que me importaba. Me importaba… me importaba que hubiera estado arriba con Ash haciendo cosas que… que ni siquiera podía plantearme sin desear darle un puñetazo a alguien. La cabeza me daba vueltas. La idea de Ash besándolo me dejó sin aliento. ¿Qué me pasaba?

Empecé a caminar, aturdida. Llegado cierto momento, me quité los tacones y los tiré a un lado. Seguí caminando, notando la gravilla y la hierba fría contra los pies descalzos. No me detuve hasta que me encontré junto a la casa vacía situada al final de la calle. Respiré hondo varias veces, inhalando el aire fresco y limpio, e intenté dominar aquella sobrecarga emocional. Una parte de mí sabía que lo que sentía era absurdo, pero aun así era como si el mundo hubiera dejado de girar. Me sentía como si quisiera estallar y tenía frío y calor al mismo tiempo.

Respiraba de manera entrecortada. Cerré los ojos con fuerza y solté una palabrota. No debería sentir eso. La última vez que estuve tan celosa fue cuando todos los blogueros fueron a una reunión literaria el año pasado y mamá no me dejó ir. Mierda, esto era peor. Tenía ganas de gritar, de volver allí corriendo y arrancarle hasta el último mechón de pelo a Ash. Unos celos que no tenía derecho a

sentir se extendieron por mis venas, anulando cualquier pensamiento racional que intentara advertirme que estaba comportándome como una idiota. Pero me hervía la sangre; notaba las palmas de las manos sudadas y frías, como si fueran de otra persona, y me temblaba todo el cuerpo.

Me quedé allí de pie, perdida en aquel torbellino de emociones e ideas descabelladas, hasta que oí el crujido de unos pasos sobre la hierba. Una figura salió de las negras sombras y un rayo de luna se reflejó en un reloj dorado y azul.

Simon.

Se me hizo un nudo en el estómago. Pero ¿qué narices hacía allí? ¿Dee lo había invitado? No le había contado lo que había ocurrido entre nosotros, pero seguro que había oído los rumores.

—¿Eres tú, Katy? —Se tambaleó hacia un lado y se apoyó contra la casa.

Ahora que podía verlo con claridad, observé que tenía un ojo de un feo tono violeta, tan hinchado que no podía abrirlo; la mandíbula llena de moratones y el labio partido. Me quedé boquiabierta.

—¿Qué te ha pasado en la cara?

Simon se llevó una petaca a la boca.

—Tu novio, eso me ha pasado.

—¿Qué?

Dio un trago e hizo una mueca.

—Daemon Black.

—Daemon no es mi novio.

—Da igual. —Simon se acercó un paso—. He venido a hablar… contigo. Tienes que decirle que me deje en paz.

Abrí los ojos como platos. Cuando Daemon dijo que él se encargaría del problema, no bromeaba. Una parte de mí sintió pena por aquel tipo, pero se vio eclipsada por el hecho de que él y sus amigos habían conseguido que la mitad del instituto me llamara «putón».

—Tienes que decirle que no iba en serio aquella noche. Lo… lo siento. —Avanzó tambaleándose y se le cayó la petaca de las manos. Santo cielo, Daemon lo había acojonado a base de bien—. Tienes que decirle que ya se lo he aclarado a todos.

Retrocedí un paso cuando me golpeó una ola de alcohol y desesperación.

—Simon, creo que deberías sentarte porque…

—Tienes que decírselo. —Me agarró el brazo con unos dedos húmedos y fornidos—. La gente está empezando a hablar. No puedo… permitir que digan algo así de mí. Como no se lo digas, vas a ver.

Se me erizó el vello de la nuca y la rabia me invadió a la velocidad de una bala. No iba a permitir que me amenazaran. Ni Simon ni nadie.

—¿Qué voy a ver?

—Mi padre es abogado. —Apretó la mano tambaleándose—. Te…

Y entonces sucedió algo. Simon se inclinó hacia mí, demasiado cerca, y el corazón se me aceleró. Un crujido espantoso me dejó sorda. Cuatro de las cinco ventanas junto a las que estábamos temblaron y luego se resquebrajaron. Una larga grieta irregular bajó por el centro de cada ventana, y después se multiplicó en otras más pequeñas hasta que las ventanas se sacudieron bajo el efecto de una fuerza invisible y estallaron, haciendo que nos cayera encima una lluvia de fragmentos de cristal.

9

Simon gritó mientras se apartaba a trompicones de la trayectoria de los cristales.

—Pero ¿qué narices…?

Yo me quedé inmóvil, completamente horrorizada. Simon sacudió los brazos y le cayeron más cristales de la ropa. Unos fragmentos pequeños se me deslizaron por el pelo; algunos se desprendieron y otros se quedaron enredados en las ondas enmarañadas. Noté algo en el brazo, como si alguien me hubiera pellizcado, y supe que se me había desgarrado el vestido de Dee. La otra ventana se estremeció. No sabía cómo controlarlo. El cristal siguió temblando bruscamente y se oyó otro fuerte chasquido.

Simon empezó a retroceder con la mirada clavada primero en las ventanas y luego en mí. Tenía los vidriosos ojos abiertos como platos.

—Estás…

Sentí que no podía respirar y un resplandor blanco rojizo me empañó la vista. La única ventana que quedaba en el segundo piso empezó a vibrar.

Simon tropezó, blanco como el papel, y se cayó al suelo.

—Estás… estás brillando. ¡Eres… un monstruo!

¿Que estaba brillando?

—No. No soy yo. No sé qué está pasando, pero ¡no es cosa mía!

Simon consiguió incorporarse y di un paso hacia él, pero levantó las manos tambaleándose.

—¡Apártate de mí! No te acerques.

Incapaz de reaccionar, vi cómo desaparecía detrás de la casa con paso vacilante. La puerta de un coche se abrió y el motor arrancó con un rugido. Una remota parte de mi cerebro me dijo que debía detenerlo, porque era evidente que estaba demasiado borracho para

conducir.

Pero entonces la ventana de arriba estalló.

Me encogí, cubriéndome la cara, mientras la lluvia de cristales tintineaba al chocar contra el suelo y contra mí. Respiré entre jadeos hasta que cayó el último fragmento de cristal. Me quedé allí de pie, avergonzada y asustada por lo que había hecho. No solo había vuelto a dejar al descubierto mis habilidades de bicho raro, sino que por poco convierto a Simon en un alfiletero. Dios, había metido la pata hasta el fondo.

Transcurrieron varios segundos hasta que me enderecé y me dirigí hacia la espesa zona arbolada. Una fina capa de sudor frío me resbalaba por la frente, y todavía podía sentir los vestigios del miedo en el fondo de mi estómago. ¿Qué había hecho? Cuando ya tenía mi casa a la vista, sentí aquel conocido hormigueo en el cuello. Oí crujir las ramas y las hojas y me volví.

Daemon aflojó el paso cuando me vio y luego apartó una rama baja mientras se acercaba.

—¿Qué estás haciendo por aquí, Kat?

Transcurrieron unos instantes antes de sentirme capaz de hablar.

—Acabo de hacer estallar un montón de ventanas.

—¿Qué? —Daemon se acercó más, con los ojos muy abiertos por la sorpresa—. Estás sangrando. ¿Qué ha pasado? —Se quedó callado un instante—. ¿Dónde están tus zapatos?

Me miré los pies.

—Me los he quitado.

En un abrir y cerrar de ojos, Daemon estaba a mi lado, sacudiéndome diminutos fragmentos de cristal.

—¿Qué ha pasado, Kat?

Levanté la cabeza e inhalé bruscamente. Una sensación de auténtico pánico me atenazaba el pecho.

—Estaba paseando y me encontré con Simon…

—¿Él te ha hecho esto? —Empleó un tono tan bajo que me hizo estremecer.

—¡No, no! Simplemente me encontré con él y parecía estar enfadado por tu culpa. —Hice una pausa, buscando su mirada—. Me dijo que le habías dado una paliza. ¿Es verdad?

—Pues sí. —No había ni atisbo de disculpa en su voz.

—Daemon, no puedes ir por ahí pegándoles a los chicos solo porque hablen mal de mí.

—Claro que sí. —Apretó el puño—. Se lo merecía. No voy a mentirte, no lo hice solo por lo que andaba diciendo por ahí. No eran más que chorradas. —No supe qué decir. Increíble; yo, sin habla—. Él sabe lo que hizo… lo que intentó hacer, ¿y ahora va y le da la vuelta para hacerte quedar mal a ti? —Clavó la mirada en las sombras que se filtraban entre los árboles—. No pienso permitir que un humano gilipollas hable así de ti.

—Caramba —murmuré parpadeando rápido. A veces olvidaba lo protector que podía ser Daemon… o lo absolutamente aterrador—. No creo que deba darte las gracias, porque no me parece lo correcto; pero, esto… gracias.

—En fin, eso no importa. ¿Qué ha pasado?

Respiré hondo varias veces y dejé salir un torrente de palabras. Cuando terminé, Daemon me rodeó con un brazo y me acercó a su pecho. No me resistí, apreté la cara contra su cuerpo y me aferré a él. Me sentía más segura en sus brazos que en ningún otro lugar del mundo. Y no podía culpar de eso a la conexión. Incluso antes de que existiera, sus brazos siempre habían representado una especie de santuario.

—Sé que no lo has hecho a propósito, gatita. —Su mano se movía por mi espalda trazando un círculo relajante—. Simon estaba borracho, así que es probable que ni siquiera lo recuerde. Y si se acuerda, nadie lo creerá.

Sentí una chispa de esperanza.

—¿Estás seguro?

—Sí. La gente pensará que está loco. —Daemon se apartó y bajó la cabeza, de modo que nuestros ojos quedaron a la misma altura—. Nadie lo creerá, ¿vale? Y si comienza a hablar, le…

—No harás nada. —Me retorcí para liberarme y respiré hondo —. Creo que ya has traumatizado a ese chico de por vida.

—Está claro que no —masculló—. ¿En qué estabas pensando cuando pasó? ¿Por qué estabas disgustada?

Me puse colorada y empecé a caminar hacia mi casa. Daemon dejó escapar un largo suspiro de resignación y en un instante estuvo a mi lado.

—Kat, háblame.

—Puedo volver a casa sin tu ayuda, muchas gracias.

Apartó una rama para que yo pasara por debajo.

—Eso espero. Está ahí mismo.

—En fin, ¿no deberías estar dándote el lote con Ash?

Daemon se quedó mirándome como si me hubiera vuelto loca y comprendí de inmediato que había cometido un error.

—¿De eso va todo esto?

—No. No tiene nada que ver contigo… ni con ella.

—Estás celosa —dijo, petulante—. Qué fácil va a ser ganar esta apuesta.

Me puse en marcha dando unos buenos pisotones.

—¿Celosa, yo? Estás majara. No fui yo la que intentó asustar a Blake.

Me agarró del brazo, haciendo que me detuviera justo cuando ya veía el porche de mi casa.

—¿A quién le importa Ben?

—Blake —lo corregí.

—Lo que sea. Pensaba que no sentías nada por mí.

Apreté el puño e intenté liberarme, pero no pude.

—Así es. No siento nada.

La rabia llameó en sus ojos.

—Mentira: te has puesto roja.

Entonces sufrí un espantoso brote de incontinencia verbal.

—¿Me besaste hace unos días y ahora te diviertes con Ash? ¿Eso es lo que haces normalmente? ¿Saltar de chica en chica?

—No. —Me soltó el brazo—. Claro que no.

—Ya, siento tener que decírtelo, pero es lo que estás haciendo. —Y yo también. ¿Qué mosca me había picado? No podía estar cabreada con él cuando yo había hecho lo mismo; pero lo estaba. Era absurdo—. Dios, soy una quejica. Oye, olvida lo que te he dicho. Puedes hacer lo que te dé la gana, no tengo derecho…

Daemon soltó una palabrota.

—Mira, no tienes ni idea de lo que estaba haciendo con ella: solo estábamos hablando. Ash quería meterse contigo, eso es todo.

—Vale, lo que tú digas. —Me di la vuelta y me puse a caminar otra vez—. Pero no estoy celosa. Por mí como si te pones a fabricar

bebés alienígenas con Ash. Me da igual. Y, francamente, si no fuera por esta estúpida conexión, ni siquiera te gustaría besarme. Es probable que ni aun así te guste.

De repente, tuve a Daemon delante de mí y di un paso atrás de manera involuntaria.

—¿Crees que no me gustó besarte? ¿Que no he estado pensando en ello cada segundo desde entonces? Y sé que a ti te pasa lo mismo. Admítelo de una vez.

Se me hizo un nudo en la boca del estómago.

—¿Qué sentido tiene?

—¿Has pensado en ello?

—Oh, por Dios. Vale, sí. ¡He pensado en ello! ¿También quieres que te lo escriba? ¿Te envío un correo electrónico? ¿O mejor un mensaje de texto? ¿Eso te haría sentir mejor?

Daemon enarcó una ceja.

—No hace falta que seas sarcástica.

—Y no hace falta que tú estés aquí. Ash está esperándote.

Daemon ladeó la cabeza, exasperado.

—¿De verdad piensas que voy a ir a verla?

—Eh… pues sí.

—Kat —dijo sacudiendo la cabeza. Su voz fue una suave negación.

—Da igual. —Respiré hondo—. ¿Podemos olvidarnos de todo esto?

Daemon se pasó un dedo por la frente.

—Yo no puedo olvidarlo, y tú tampoco.

Frustrada, di media vuelta y me dirigí con paso airado a mi casa. En cierto modo esperaba que me detuviera; pero, cuando conseguí alejarme unos cuantos pasos, comprendí que no iba a hacerlo. Tuve que contenerme para no volverme y comprobar si aún seguía allí. Ya había hecho bastante el ridículo esa noche: me había dado una rabieta al ver a Ash con Daemon, me había largado de la fiesta y casi había decapitado a Simon. Todo antes de medianoche.

Genial.

10

Cumplir los dieciocho no fue tan emocionante como había pensado cuando era niña, aunque sucedieron algunas cosas bastante guays. Por ejemplo: conseguí pasar la mayor parte del día sin preocuparme por lo que había ocurrido la noche anterior, Blake llamó para charlar y recibí un nuevo y reluciente portátil con todo ya instalado.

Antes de nada, entré en mi blog y redacté rápido una entrada titulada «¡He vuelto!». Al fin había recuperado una parte enorme de mi vida, aunque mamá decidió apartarme del portátil demasiado pronto. Pasé el resto del día recorriendo una gran distancia con mi madre para encontrarnos con Will en el local más cercano de una conocida franquicia de restaurantes de comida italiana.

Will era bastante sobón. No soltó la mano de mi madre en toda la cena y yo no sabía qué sentir al respecto. Era un gesto muy dulce, y Will era guapo y encantador, pero me resultaba raro verla con otro hombre. Más de lo que esperaba. Aunque me entregó una tarjeta regalo para una librería. Con eso se ganó unos cuantos puntos positivos.

El tradicional momento de la tarta helada fue diferente ese año: Will vino a casa con nosotras para probarla.

—Dame —dijo mientras le quitaba el cuchillo a mamá de las manos—. Si lo pasas por agua caliente, es más fácil de usar.

Mamá le dedicó una sonrisa radiante, como si acabara de descubrir la cura para el cáncer. Se dedicaron a charlar mientras yo me sentaba a la mesa, intentando no poner los ojos en blanco.

Will me pasó un trozo de tarta.

—Gracias —le dije.

—De nada —contestó con una sonrisa—. Me alegro de que te hayas recuperado por completo de la gripe. A nadie le gusta estar

enfermo el día de su cumpleaños.

—Lo mismo digo —añadió mamá.

Mamá no le quitó los ojos de encima hasta que fue casi la hora de prepararse para empezar su turno en Winchester. Will se quedó en la cocina conmigo mientras se terminaba su trozo de tarta. El incómodo silencio que se hizo entre nosotros adquirió proporciones épicas.

—¿Has disfrutado de tu cumpleaños hasta ahora? —me preguntó mientras balanceaba el tenedor con sus largos dedos.

Acabé de tragar la parte crujiente, que era lo único que me comía de la tarta helada.

—Sí, ha estado muy bien.

Will alzó su vaso y lo inclinó hacia mí.

—Bueno, brindemos por muchos más en el futuro —dijo. Cogí mi vaso y lo hice chocar con el suyo. Will sonrió y se le formaron arrugas alrededor de los ojos—. Pienso estar aquí para compartirlos con tu madre y contigo.

Dejé el vaso y me mordí el labio. No sabía qué pensar sobre que siguiera aquí dentro de un año. Una parte de mí quería estar feliz por mamá, pero la otra me hacía sentir como si estuviera traicionando a mi padre.

Will carraspeó e inclinó la cabeza hacia un lado, observándome. Un brillo de diversión apareció en sus ojos, que tenían un tono tan pálido que eran casi grises, como los míos.

—Ya sé que probablemente no te guste oírlo. Kellie me dijo lo unida que estabas a tu padre. Entiendo que te cueste aceptar tenerme por aquí.

—No tengo nada en contra —le aseguré con sinceridad—. Es solo que ahora las cosas son diferentes.

—Lo diferente no es malo. Y tampoco el cambio. —Dio un trago y echó un vistazo hacia la puerta—. Tu madre es una gran mujer. Lo pienso desde que empezó a trabajar en el hospital, pero fue la noche en la que te atacaron cuando las cosas pasaron de una relación laboral a algo más. Me alegro de haber podido estar ahí para apoyarla. —Se quedó callado un momento y su sonrisa se hizo más amplia—. Es extraño cómo puede salir algo bueno de algo horrible.

—Sí… es extraño —coincidí frunciendo el ceño.

Él sonrió aún más, casi con condescendencia. Entonces mamá volvió, lo que puso fin a ese intento tan raro de establecer un vínculo conmigo… o marcar su territorio. Will se quedó hasta que mamá se fue a trabajar, absorbiendo toda su atención. Fui hasta la ventana y los vi besarse antes de subir a coches separados. Qué asco.

Mientras fuera se ponía el sol, escribí una rápida reseña para el lunes y luego otra más larga para el martes. Esta fue más larga porque no podía contener el entusiasmo. Había encontrado un nuevo novio de ficción llamado Tod que estaba como un Dios.

Puse en el televisor uno de esos canales, normalmente tan pesados, que solo emiten música sobre una pantalla negra. Elegí uno que ofrecía éxitos de los ochenta y subí el volumen hasta que ya no pude oír mis propios pensamientos. Había ropa que lavar, y a la cocina le hacía falta una buena limpieza. Además, era demasiado tarde para sacar las plantas secas del parterre. La jardinería siempre me ayudaba a aclarar las ideas, pero en otoño y en invierno no se podía hacer nada. Me puse unos pantalones cortos de pijama muy cómodos, unos calcetines cubiertos de renitos que me llegaban a las rodillas y una camiseta térmica de manga larga.

Tenía una pinta horrible.

Corrí por la casa mientras recogía toda la ropa, deslizándome de vez en cuando por el suelo de madera. Llené la lavadora y empecé a cantar una de las canciones:

—*In touch with the ground. I'm on the hunt. I'm after you*.

Salí a toda velocidad del cuarto de la lavadora y bajé por el pasillo dando saltitos y sacudiendo los brazos alrededor de la cabeza como si fuera una de las marionetas rosadas de la película*Dentro del laberinto*.

—*A scent and a sound, I'm lost and I'm found. And I'm hungry like the wolf. Something on a line, it's discord and rhyme*… na-na-na-na, la-la-la-la… *Mouth is alive, all running inside, and I'm hungry like the*… —Una sensación cálida se me extendió por el cuello.

—En realidad es: «*I howl and I whine. I'm after you*», no bla-bla-bla ni la-la-la.

Grité del susto al oír aquella voz profunda y di media vuelta. El

pie se me resbaló en un trozo de madera bien limpio y me caí al suelo de culo.

—¡Dios mío! —exclamé con voz entrecortada—. Me parece que va a darme un ataque al corazón.

—Y a mí me parece que acabas de destrozarte el culo. —La voz de Daemon estaba cargada de risa.

Me quedé allí despatarrada en el estrecho pasillo, intentando recobrar el aliento.

—Pero ¿qué…? ¿Sueles entrar así sin más en las casas de la gente?

—¿Y ponerme a escuchar cómo una chica destroza por completo una canción en cuestión de segundos? Pues sí, tengo esa costumbre. En realidad, he llamado varias veces; pero te he oído… cantando y además la puerta no estaba cerrada con llave. —Se encogió de hombros—. Así que he entrado sin preguntar.

—Ya lo veo. —Me puse en pie con una mueca de dolor—. Ay, Dios, puede que sí me haya destrozado el culo.

—Espero que no. Tengo debilidad por esa parte de tu anatomía. —Me sonrió—. Tienes la cara muy roja. ¿Estás segura de que no te has dado un golpe al caer?

—Te odio —refunfuñé.

—No te creo. —Me recorrió con la mirada, de la cabeza a los pies, y luego enarcó las cejas—. Bonitos calcetines.

—¿Querías algo? —pregunté mientras me frotaba el trasero.

Daemon se apoyó contra la pared y se metió las manos en los vaqueros.

—No, nada.

—Entonces, ¿por qué te has colado en mi casa?

Se encogió de hombros de nuevo antes de contestar.

—No me he colado. La puerta no estaba cerrada con llave y he oído la música, así que he supuesto que estarías sola. ¿Por qué estás haciendo la colada y cantando canciones de los ochenta el día de tu cumpleaños?

Me quedé atónita.

—¿Cómo… cómo sabes que es mi cumpleaños? Creo que ni se lo dije a Dee.

Daemon puso una cara de suficiencia tremenda. Ese chico iba a

acabar conmigo.

—¿Recuerdas que la noche que te atacaron en la biblioteca te acompañé al hospital? Te oí cuando les distes tus datos.

—¿En serio? —Me quedé mirándolo—. ¿Y todavía te acuerdas?

—Pues sí. Bueno, ¿por qué estás limpiando en tu cumpleaños?

No podía creer que se acordara.

—¿No es evidente? Soy así de patética.

—Sí que es patético. ¡Ay, escucha! —Dirigió sus centelleantes ojos hacia la sala de estar—. Es*Eye of the tiger*. ¿Te apetece cantarla? Quizá podrías subir corriendo las escaleras y levantar los puños.

—Daemon. —Pasé a su lado arrastrando los pies con cuidado, entré en la sala de estar y cogí el mando a distancia para bajar el volumen de la canción—. En serio, ¿qué quieres?

Lo tenía justo detrás, lo que me obligó a retroceder un paso con inquietud. Estar tan cerca de él me provocaba una sensación rara, y nada buena.

—He venido a disculparme.

—¿Qué? —Me quedé atónita—. ¿Vas a disculparte otra vez? Caramba, no sé qué decir.

Daemon frunció el ceño.

—Ya sé que parece asombrarte que tenga sentimientos y que, por lo tanto, a veces me sienta mal por algo que pueda haber… causado.

—Espera, espera. Esto tengo que grabarlo. Déjame coger el móvil. —Me volví y le eché un vistazo a las mesas buscando aquel objeto brillante y prácticamente inservible que nunca tenía buena cobertura por aquí.

—Kat, no estás ayudándome. Hablo en serio. Estas cosas… me cuestan.

Puse los ojos en blanco. Por supuesto, solo a él le costaría pedir disculpas.

—Está bien, lo siento. ¿Quieres sentarte? Tengo tarta. Eso debería suavizarte un poco el carácter.

—Nada puede ablandarme. Soy frío como el hielo.

—Ja, ja. Es de helado y en el centro tiene esa cosa crujiente tan rica.

—Bueno, podría servir. Lo que más me gusta es la parte

crujiente del centro.

Contuve la sonrisa que me tiraba de los labios.

—Vale, ven.

Fuimos a la cocina en medio de un incómodo silencio. Cogí un coletero de la encimera y me recogí el pelo.

—¿Cuánta tarta quieres? —le pregunté.

—¿Cuánta estás dispuesta a darme?

—Toda la que quieras.

Saqué un cuchillo del cajón y medí lo que me pareció un trozo apropiado para él.

—Más —dijo acechando por encima de mi hombro.

Moví el cuchillo hacia un lado.

—Un poco más.

Puse los ojos en blanco y lo desplacé otros cinco centímetros.

—Perfecto.

El cuchillo se negó a cooperar cuando intenté cortar media tarta. Descendió unos centímetros y se quedó atascado.

—Odio cortar estas dichosas cosas.

—Déjame probar. —Nuestras manos se rozaron cuando cogió el cuchillo y una descarga eléctrica me recorrió la piel—. Hay que pasarlo por agua caliente. Luego corta sin problemas.

Me aparté y dejé que él se encargara. Hizo lo mismo que Will antes y el cuchillo atravesó la tarta helada. La camisa con botones que llevaba se le tensó en los hombros cuando se inclinó y volvió a pasar el cuchillo bajo el agua caliente antes de cortar un trozo más pequeño.

—¿Ves? Perfecto —comentó.

Busqué dos platos limpios, mientras me mordía el labio, y los dejé sobre la encimera.

—¿Quieres beber algo?

—Si tienes leche, siempre va bien.

Saqué la leche y serví dos vasos altos. Cogí los cubiertos e hice un gesto hacia la sala de estar.

—¿No quieres comer aquí?

—No, no me gusta comer en la mesa. Parece muy formal.

Daemon se encogió de hombros y me siguió a la sala de estar. Una vez allí, me senté en el sofá y él se acomodó en el otro

extremo. Me puse a juguetear con la tarta, pues tenía un nudo en el estómago que no me dejaba comer.

Daemon carraspeó.

—Bonitas rosas. ¿De Brad?

—Blake. —No había vuelto a pensar en Blake ni un instante desde que Daemon apareció en el pasillo de mi casa—. Sí, sí que son bonitas.

—Ya, claro —refunfuñó—. Bueno, ¿por qué pasas la noche sola? Es tu cumpleaños.

Le puse mala cara por recordármelo de forma tan descarada.

—Mi madre tenía que trabajar y, de todas formas, no me apetecía hacer nada. —Seguí removiendo la tarta con el tenedor—. No está tan mal. He pasado muchos cumpleaños sola.

—Entonces, supongo que habrías preferido que no hubiera venido, ¿eh?

Levanté la mirada y lo vi apuñalar la tarta con el tenedor hasta que separó el helado de la galleta del centro. A continuación, le dio un mordisco a la parte crujiente.

—De verdad he venido a disculparme por lo de anoche.

Aparté el plato y me senté sobre las piernas.

—Daemon…

—Un momento —pidió alzando el tenedor—. ¿Vale?

Me recosté y asentí con la cabeza. Daemon bajó la mirada hacia su plato con la mandíbula tensa.

—Anoche no pasó nada entre Ash y yo. Ella solo quería… meterse contigo. Ya sé que es difícil de creer, pero lo siento si te… dolió. —Respiró hondo—. A pesar de lo que piensas, no voy saltando de flor en flor. Me gustas, así que nunca tontearía con Ash. Y no lo he hecho. Hace meses que Ash y yo no hacemos nada, incluso antes de que aparecieras tú.

Sentí un extraño revoloteo en el pecho. Nunca en mi vida me había costado tanto entenderme como cuando se trataba de Daemon. Yo sabía de libros, no de chicos… y menos aún de chicos extraterrestres.

—Las cosas son complicadas entre Ash y yo. Nos conocemos desde que llegamos aquí. Todo el mundo espera que estemos juntos; sobre todo los ancianos, ya que estamos llegando a la «mayoría de

edad». Es hora de empezar a hacer bebés. —Se estremeció al decirlo.

Ya era oficial: oír aquello me gustó aún menos la segunda vez.

—Incluso Ash espera que estemos juntos —continuó Daemon mientras clavaba el tenedor en la tarta—. Y sé que todo esto le hace daño. Nunca he querido herirla. —Se quedó callado un momento, buscando las palabras adecuadas—. Y tampoco herirte a ti. Y he hecho ambas cosas.

Dos manchas rojo vivo aparecieron en sus mejillas. Me pasé una mano por la pierna y aparté la mirada, pues no quería que supiera que lo había visto sonrojarse.

—No puedo estar con ella como ella quiere… como se merece. —Se detuvo y exhaló—. En fin, quería disculparme por lo de anoche.

—Yo también. —Me mordí el labio—. No debería haberte hablado así. Supongo que todo el tema de las ventanas me puso de los nervios.

—Sobre lo que hiciste anoche con las ventanas… Bueno, fue un tremendo despliegue de poder incontrolado. —Me miró con las pestañas bajas—. He estado dándole vueltas y no dejo de pensar en Dawson y Bethany. En aquella tarde, cuando regresaron de una excursión y él estaba cubierto de sangre. Creo que ella pudo haber resultado herida.

—¿Y la curó?

—Eso es. Pero no sé más. Los dos… murieron un par de días después. Supongo que es como cuando dos fotones se dividen: se separan pero siguen siendo uno solo. Eso explicaría por qué podemos sentirnos el uno al otro. —Se encogió de hombros—. Bueno, es una teoría.

—¿Crees que lo que sea que me esté pasando se detendrá?

Se acabó la tarta y luego dejó el plato sobre la mesa de centro.

—Puede que tengamos suerte. Quizá esto que haces desaparezca con el tiempo, pero debes tener cuidado. No quiero presionarte, pero es una amenaza para todos nosotros. No pretendo ser… cruel. Es la verdad.

—No, lo entiendo. Podría exponeros a todos. Casi lo he hecho varias veces.

Daemon se reclinó en el sofá acomodándose de un modo perezoso y arrogante que me hizo estremecer.

—Estoy investigando si alguien ha oído que esto haya ocurrido antes. Aunque tengo que andarme con ojo: demasiadas preguntas levantarían sospechas.

Me toqué el collar mientras Daemon se volvía hacia el televisor y sonreía. Un grupo melenudo de los ochenta estaba tocando. Chillaban sobre perder un amor y encontrarlo, y volver a perderlo.

—Después de haber visto tus habilidades para el baile, creo que no habrías desentonado en los ochenta —comentó.

—¿Quieres no volver a mencionarlo, por favor? —dije poniendo los ojos en blanco.

Daemon sonrió y se volvió hacia mí con una expresión pícara en la cara.

—Estabas a puntito de ponerte a hacer el*Walk like an Egyptian*.

—Idiota.

Daemon se rió.

—¿Sabías que una vez me hice una cresta morada?

—¿Qué? —exclamé entre risas. No podía ni imaginármelo, sobre todo viviendo en esa zona—. ¿Cuándo?

—Sí, morada y negra. Fue antes de mudarnos aquí, cuando vivíamos en Nueva York. Supongo que estaba atravesando una fase complicada. Hasta me puse un aro en la nariz y todo —dijo con una amplia sonrisa.

Empecé a reírme a carcajadas y Daemon me tiró un cojín. Lo recogí y me lo coloqué en el regazo.

—Así que eras un chico malo, ¿eh?

—Algo así. Matthew estaba con nosotros, se convirtió en una especie de tutor. El pobre no tenía ni idea de qué hacer conmigo.

—Pero Matthew… no es mucho mayor que vosotros.

—Tiene más edad de la que aparenta: unos treinta y ocho años.

—Vaya, está envejeciendo bien.

Daemon asintió con la cabeza.

—Llegó a la vez que nosotros, en la misma zona. Supongo que, al ser el mayor, pensó que debía hacerse cargo de nosotros.

—¿Dónde os…? —¿Cómo diablos podría expresarlo? Hice una mueca—. ¿Dónde aterrizasteis?

Daemon estiró un brazo y me quitó una pelusilla de la camiseta.

—Cerca de Skaros.

—¿Skaros? —repetí frunciendo la cara—. ¿Y eso… está en la Tierra?

—Sí —contestó con una leve sonrisa—. En realidad, es una pequeña isla cerca de Grecia. Es famosa por una zona rocosa donde se levantaba un castillo. Me gustaría volver allí algún día. Supongo que es casi como el lugar donde nacimos.

—¿Cuántos aterrizasteis allí?

—Un par de docenas, o al menos eso es lo que nos ha contado Matthew. No me acuerdo de nada del principio. —Frunció la boca —. Nos quedamos en Grecia hasta que tuvimos unos cinco años y luego vinimos a Estados Unidos. Éramos unos veinte y, en cuanto llegamos, apareció el Departamento de Defensa.

No podía ni imaginarme por lo que debían de haber pasado él y los otros. Ser tan jóvenes, de otro mundo, y verse a merced de un Gobierno desconocido tenía que dar miedo.

—¿Y cómo fue?

Me miró antes de responder.

—No muy bien, gatita. No sabíamos que los humanos estaban al tanto de nuestra presencia. Lo único que teníamos claro era que había Arum por aquí, pero lo del Departamento de Defensa fue una gran sorpresa. Al parecer, lo supieron desde que llegamos; reunieron a cientos que aterrizaron en Estados Unidos.

Me volví hacia él, aferrando el cojín contra el pecho.

—¿Qué hicieron con vosotros?

—Nos retuvieron en unas instalaciones en Nuevo México.

—¡No jodas! —Me quedé boquiabierta—. ¿El Área 51 existe de verdad?

Un brillo de diversión apareció en sus ojos cuando me miró.

—Ostras. —Dejé que mi mente asimilara aquello. Todos esos chiflados que intentaban colarse en el recinto tenían razón—. Creía que todo eso del Área 51 llevaba tiempo ahí.

—Mi familia y mis amigos llegaron hace quince años, pero eso no significa que no vinieran antes otros Luxen. —Se rió al ver la cara que puse—. En fin, nos mantuvieron allí los primeros cinco años. El Departamento de Defensa llevaba años integrando a los

Luxen. Durante ese tiempo aprendimos mucho sobre los humanos y, cuando… consideraron que estábamos listos para integrarnos por completo, nos permitieron irnos. Por lo general, nos dejaron con un Luxen de más edad que pudiera ocuparse de nosotros y, puesto que Matthew tenía una relación con nosotros, nos pusieron con él.

Hice un rápido cálculo mental.

—Pero en ese entonces solo tendríais unos diez años. ¿Vivíais con Matthew hasta hace poco?

—Lo creas o no, maduramos de forma diferente que los humanos. Con diez años, yo podría haber ido a la universidad. Desarrollamos mucho más rápido el cerebro y esas cosas. En realidad, soy más listo de lo que parezco. —Otra sonrisa fugaz adornó su rostro—. Matthew vivió con nosotros hasta que nos mudamos aquí. A los quince, ya éramos prácticamente adultos y el Departamento de Defensa nos proporcionó una casa y dinero.

Bueno, eso podría explicar parte de la deuda nacional.

—Pero ¿y cuando la gente empezara a hacer preguntas sobre vuestros padres?

Daemon me miró de reojo.

—Siempre hay un Luxen adulto que puede hacerse pasar por uno de nuestros padres o podemos transformarnos en una versión más vieja de nosotros mismos. Pero intentamos evitar transformarnos, por lo del rastro.

Negué con la cabeza y me recosté contra el sofá. Se las habían apañado solos desde muy jóvenes, contando solo con la supervisión de Matthew. Aunque no debería resultarme tan sorprendente: mamá trabajaba tanto desde que papá murió que mi vida era parecida.

Cuando lo miré, Daemon me observaba de ese modo suyo tan intenso.

—¿Quieres que me vaya?

Ahí estaba mi oportunidad de pedirle que se marchara.

—No, no hace falta. Quiero decir que no estoy haciendo nada y, si tú tampoco tienes nada que hacer, puedes quedarte si quieres… —Dios, tenía que cerrar la boca de una vez.

Me sostuvo la mirada un momento y sentí que una presión empezaba a aumentar en mi pecho, amenazando con consumirme entera. Luego desplazó los ojos hacia el reluciente portátil rojo que

descansaba sobre la mesa de centro.

—Veo que alguien ha recibido un regalo por su cumpleaños.

—Sí, me lo ha comprado mi madre —respondí sonriendo—. He estado sin ordenador desde… bueno, desde entonces.

Daemon se rascó la mejilla.

—Ya. Nunca me disculpé por aquello, ¿verdad?

—No —dije con suspiro. De vuelta a los temas incómodos. Y no solo eso: me vinieron imágenes de cómo había perdido el último portátil.

Daemon carraspeó.

—Nunca me había pasado eso de hacer estallar cosas.

Me quedé mirando mi portátil con las mejillas coloradas.

—Lo mismo digo.

Daemon centró de nuevo la mirada en el televisor.

—A Dawson le pasó algo parecido. Así fue como lo descubrió Bethany. —Se quedó callado un momento y yo contuve el aliento, pues casi nunca hablaba de su hermano—. Se estaban dando el lote y perdió el control. Se transformó por completo en Luxen mientras la besaba.

—Dios, eso tuvo que ser…

—¿Raro?

—Sí, eso mismo.

Se hizo el silencio entre nosotros y no pude evitar preguntarme si estábamos pensando lo mismo: lo que habíamos sentido al besarnos… al tocarnos. Un calor molesto se me extendió por la piel, así que busqué un tema seguro del que hablar.

—Dee me contó que os habéis mudado muchas veces. ¿En cuántos lugares habéis estado?

—Nos quedamos en Nueva York un tiempo y luego nos trasladamos a Dakota del Sur. Y si piensas que aquí nunca pasa nada, es que no has vivido en Dakota del Sur. Después nos mudamos a Colorado antes de venir aquí. Siempre era yo el que motivaba el cambio de aires, como si estuviera buscando algo, pero no estaba en ninguno de esos sitios.

—Apuesto a que Nueva York era tu lugar favorito.

—Pues no. —Enseñó un poco los dientes en una leve sonrisa—. Es este.

Me reí, sorprendida.

—¿Virginia Occidental?

—No está tan mal. Hay muchos de los nuestros, más que en ningún otro sitio. Aquí tengo amigos con los que puedo ser yo mismo… toda una comunidad, en realidad. Eso es importante.

—Ya, te entiendo. —Apreté el cojín contra el pecho y apoyé la cabeza encima—. ¿Crees que Dee es feliz aquí? Por como habla, parece como si nunca pudiera marcharse.

Daemon cambió de posición y puso las piernas sobre el sofá.

—Dee quiere labrarse su propio camino, y no la culpo.

Labrarse su propio camino la había llevado a acostarse con Adam. Me pregunté si todavía soñaría con ir a la universidad en el extranjero.

Daemon se estiró como si intentara deshacerse de algún tipo de tensión que lo hubiera asaltado de pronto. Me aparté un poco, dejándole más espacio.

—Por si no te has dado cuenta todavía, hay más hombres que mujeres Luxen. Así que a las mujeres se las empareja enseguida y se las protege por encima de todo.

Hice una mueca.

—¿Las hacen emparejarse? Tenéis que reproduciros, eso lo entiendo; pero no pueden obligar a Dee a hacer eso. No es justo. Deberíais poder controlar vuestras propias vidas.

Me miró y vi unas sombras profundas en sus ojos.

—Pero no es así, gatita.

Negué con la cabeza.

—No es justo.

—No, no lo es. La mayoría de los Luxen no pretenden cambiar las cosas. Pero Dawson sí; él amaba a Bethany. —Dejó escapar un suspiro entrecortado—. Todos nos oponíamos. Yo pensaba que era un idiota por enamorarse de una humana. Sin ánimo de ofender.

—No te preocupes.

—Fue duro para él. Nuestro grupo estaba disgustado con él, pero Dawson… era fuerte. —Daemon sonrió mientras negaba con la cabeza—. No cedió y no creo que hubiera cambiado de opinión aunque la colonia hubiera descubierto la verdad.

—¿No pudo haberse ido con ella? ¿Escapar del Departamento de

Defensa? Tal vez eso es lo que pasó.

—A Dawson le encantaba vivir aquí. Le entusiasmaban el senderismo y estar al aire libre: le iba la vida rústica. —Daemon me miró—. Nunca se habría marchado, menos aún sin decírnoslo a Dee o a mí. Sé que los dos están muertos. —Sonrió de nuevo—. Te habría gustado Dawson. Tenía el mismo aspecto que yo, pero era mucho mejor tío. Vamos, que no era un gilipollas.

Se me hizo un nudo en la garganta.

—Estoy segura de que me habría caído bien, pero tú no estás mal. —Daemon enarcó una ceja—. Vale, tienes tendencia a sufrir arrebatos de imbecilidad, pero no estás mal. —Hice una pausa, abrazando la almohada con fuerza—. ¿Quieres saber lo que pienso de verdad?

—¿Debería preocuparme?

Eso me hizo reír.

—Pienso que hay un chico muy majo debajo del cretino. He podido verlo alguna vez. Así que, aunque la mayor parte del tiempo quiera darte una buena patada en el culo, en realidad no creo que seas mala persona. Solo tienes muchas responsabilidades.

Daemon echó la cabeza hacia atrás y soltó una risita.

—Bueno, supongo que no está tan mal.

Me encogí de hombros a modo de respuesta.

—¿Si te hago una pregunta me dirás la verdad?

—Por supuesto —prometió.

Me llevé una mano al cuello y tiré de la delicada cadena. La obsidiana quedó a la vista y la sostuve en la mano.

—El Departamento de Defensa es un problema mayor que los Arum, ¿no?

Daemon apretó los labios, pero no mintió.

—Sí.

Pasé un dedo por el alambre enrollado en la parte superior del cristal.

—¿Qué harían si se enterasen de que puedo mover cosas como vosotros?

—Probablemente lo mismo que harían con nosotros si lo supieran. —Se estiró y me cubrió la mano con la que sostenía la obsidiana. Colocó un dedo sobre el mío, deteniendo mis

movimientos—. Te encerrarían… o algo peor. Pero no pienso permitir que eso pase.

Sentí un hormigueo en la piel donde entraba en contacto con la suya.

—Pero ¿cómo podéis vivir así? Siempre a la espera de que averigüen que sois más de lo que aparentáis.

Me rodeó los dedos con los suyos, envolviendo el colgante de modo que los dos lo sosteníamos con la mano.

—Siempre he vivido así… Todos nosotros hemos vivido así siempre.

Parpadeé intentando contener las lágrimas que me inundaron los ojos de pronto.

—Qué triste.

—Así es nuestra vida. —Se quedó callado un instante—. Pero no te preocupes por ellos: no va a pasarte nada.

Nuestras caras estaban a escasos centímetros y Daemon seguía rodeándome la mano. Entonces se me ocurrió algo.

—Siempre estás protegiendo a los demás, ¿verdad?

Me apretó la mano y luego la soltó. A continuación, se recostó en el sofá, echó un brazo hacia atrás y apoyó la cabeza en la curva del codo; pero no respondió a la pregunta.

—No es una charla muy adecuada para un cumpleaños.

—No pasa nada. ¿Quieres más leche u otra cosa?

—No, pero me gustaría saber algo.

Fruncí el ceño y estiré la pierna derecha en el pequeño hueco que no ocupaba él. Era un chico bastante grande, así que no había mucho sitio.

—¿Qué?

—¿Vas cantando por la casa muy a menudo? —preguntó con tono serio.

Le di una patada, pero me agarró los dedos de los pies.

—Ya puedes irte.

—Me encantan estos calcetines.

—Devuélveme el pie —le ordené.

—No es tanto por el hecho de que tengan renos ni que te lleguen a las rodillas, sino porque son como manoplas para los pies.

Puse los ojos en blanco y moví los dedos de los pies.

—A mí me gustan así. Y no te atrevas a criticarlos o te tiro del sofá.

Daemon arqueó una ceja y continuó inspeccionándolos.

—Calcetines-manoplas, ¿eh? No había visto nada parecido. A Dee le encantarán.

Tiré del pie y esta vez me soltó.

—En fin, estoy segura de que hay cosas más cursis que mis calcetines. No me juzgues, es lo único que me gusta de la Navidad.

—¿Lo único? Pensaba que eras de esas personas que quieren tener montado el árbol para Acción de Gracias.

—¿Vosotros celebráis la Navidad?

Daemon asintió con la cabeza.

—Sí. Es lo que hacen los humanos. A Dee le apasiona la Navidad; en realidad, creo que simplemente le encanta el tema de los regalos.

Solté una carcajada.

—Antes a mí también me entusiasmaba. Y, sí, le daba mucha importancia al árbol cuando mi padre vivía. Lo adornábamos mientras veíamos el desfile de Acción de Gracias.

—¿Pero…?

—Pero ahora mi madre nunca está en casa en Navidad. Y ya sé que no va a estar este año: como es nueva en el hospital, le tocará fastidiarse. —Me encogí de hombros—. Siempre paso sola las Navidades, como una especie de vieja amante de los gatos.

Daemon no respondió, solo se quedó mirándome fijamente. Creo que notó lo incómoda que me había hecho sentir admitirlo, porque cambió de tema.

—Así que ese tal Bob…

—Se llama Blake, y no empieces, Daemon.

—Vale. —Se le levantaron las comisuras de los labios—. De todas formas, no es un problema.

—¿Qué se supone que quiere decir eso? —pregunté frunciendo el ceño.

Daemon se encogió de hombros.

—Me sorprendió bastante lo que vi en tu cuarto cuando estuviste enferma.

—No sé si quiero saber el qué.

—Tenías un póster de Bob Dylan en la pared. Esperaba a los Jonas Brothers o algo así.

—¿Lo dices en serio? No, no me va la música pop. Me encanta Dave Matthews y cosas más antiguas, como Dylan.

Eso pareció sorprenderlo, pero luego se puso a hablar de sus grupos favoritos, y nos asombró descubrir que teníamos los mismos gustos. Debatimos acerca de qué película de la saga *El padrino* era la mejor y qué *reality show* era el más tonto. Pasaron las horas y averigüé más cosas sobre Daemon. Y ahí estaba ese otro lado de él, el que había conseguido vislumbrar un par de veces. Se mostraba relajado, simpático e incluso pícaro sin hacer que me dieran ganas de propinarle un buen coscorrón. Aunque discutimos por algunas cosas, y de forma bastante acalorada, no se comportó como un imbécil. De pronto todo fluía de forma natural, y aquello me asustó una barbaridad.

Cuando caí en la cuenta de cuánto rato llevábamos hablando, ya eran más de las tres de la madrugada. Aparté la vista del reloj, cansada, y miré a Daemon. Se le habían cerrado los ojos y el pecho le subía y bajaba de manera regular. Parecía tan… en paz que no quise despertarlo, así que quité la manta de ganchillo del respaldo del sofá y lo tapé con cuidado; luego cogí una colcha más pequeña y me cubrí las piernas. Podría haberlo despertado, pero no fui capaz. Y, sí, había una parte pequeñísima de mí, una parte minúscula, que no quería que se fuera. Pero no sabía qué podría significar.

No le di demasiadas vueltas. Ahora no; no cuando estaba segura de que mi cerebro no podría pensar en nada más que en aquel chico.

—Gracias —murmuró con tono perezoso.

—Creía que estabas dormido —contesté, sorprendida.

—Casi, pero estás mirándome.

Me puse colorada.

—Claro que no.

Daemon abrió un ojo.

—Siempre te pones roja cuando mientes.

—No es verdad. —Sentí cómo el rubor se me extendía por el cuello.

—Me parece que tendré que irme, si sigues mintiendo —me

amenazó sin demasiado entusiasmo—. No creo que mi virtud esté a salvo.

—¿Tu virtud? —Resoplé—. Ya, claro.

—Ya sé cómo te pones —soltó, y luego cerró los ojos.

Me acurruqué en mi rincón del sofá con una sonrisa. No habíamos llegado a cambiar de canal.

Un rato después me acordé de algo que me había dicho.

—¿Lo encontraste? —le pregunté con voz somnolienta.

Se colocó una mano sobre el pecho.

—¿El qué, gatita?

—Lo que buscabas.

Daemon abrió los ojos y me sostuvo la mirada. Volví a sentir aquella presión en el pecho, que se me extendió por todo el cuerpo. Noté una punzada de… nerviosismo, tal vez, en la parte baja del estómago a medida que el silencio se prolongaba durante lo que me pareció una eternidad.

—Sí, a veces creo que sí.

11

Cuando desperté el lunes por la mañana, no estaba segura de qué pasaría cuando me encontrara con Daemon en clase. Se había ido de casa mientras yo seguía durmiendo, y no lo había visto cuando quedé con Dee el domingo, lo que consistió en ver cómo se besuqueaba con Adam. Supuse que la llamada telefónica había ido bien.

En realidad, haber estado con él el sábado por la noche no había cambiado nada entre nosotros. Al menos, eso era lo que me decía a mí misma. Fue solo un buen momento en una larga serie de momentos malos. Además, tenía cosas mejores y más importantes en las que pensar. Como la cita con Blake después de clase.

Pero mis pensamientos regresaban una y otra vez a Daemon, y empecé a notar un profundo revoloteo en el estómago al recordar cómo nos habíamos acurrucado, el uno al lado del otro, en el sofá.

Sentí un cálido cosquilleo en el cuello mientras Carissa me hablaba de una novela romántica que estaba leyendo. No aparté la mirada de su cara, pero era plenamente consciente de que Daemon estaba allí.

Ocupó su asiento detrás de mí. Un segundo después, ocurrió algo que curiosamente había echado de menos de una forma retorcida: Daemon me dio un toquecito en la espalda con el boli.

Lesa enarcó las cejas, pero fue prudente y no dijo nada cuando me di la vuelta.

—¿Sí?

Ya conocía a la perfección aquella media sonrisa.

—¿Hoy llevas calcetines de renos?

—No, de lunares.

—¿Con forma de manoplas?

—Normales —respondí intentando contener una estúpida

sonrisita.

—Pues no sé qué pensar. —Tamborileó con el bolígrafo en el borde del pupitre—. Los calcetines normales parecen muy aburridos después de ver los de renos.

Lesa carraspeó.

—¿Calcetines de renos?

—El otro día llevaba puestos esos calcetines con dibujos de renos que son como una especie de manoplas para los pies —explicó Daemon.

—Anda, yo tengo unos iguales —respondió Carissa, riéndose—. Pero los míos tienen rayas. Me encanta ponérmelos en invierno.

Le dediqué una mirada de suficiencia a Daemon que parecía decir: «Mis calcetines son guays».

—¿Soy la única que se pregunta cómo le viste los calcetines? —quiso saber Lesa, y Carissa le dio un golpe en el brazo.

—Vivimos puerta con puerta —le recordó Daemon—. Veo muchas cosas.

Yo lo negué frenéticamente con la cabeza.

—Eso no es verdad. Apenas ve nada.

—Estás roja —me dijo señalándome las mejillas con la tapa azul del bolígrafo.

—Cierra el pico. —Lo fulminé con la mirada mientras reprimía una sonrisa.

—En fin, ¿qué vas a hacer esta noche?

El estómago se me llenó de mariposas. Me encogí de hombros.

—Tengo planes.

—¿Qué clase de… planes? —me preguntó frunciendo el ceño.

—Pues planes.

Me di la vuelta rápidamente y me concentré en la pizarra. Sabía que tenía la mirada de Daemon clavada en el cogote; pero, en general, estaba satisfecha con cómo me iban las cosas. Había hecho claros progresos con Daemon. Habíamos pasado varias horas juntos sin matarnos el uno al otro y sin ceder a una salvaje lujuria animal. Mi nuevo portátil era maravilloso. Simon no había ido a clase, así que no podía culparme de que le hubieran partido la cara ni contarle a la gente que me había visto desplegar mis habilidades sobrenaturales con unas ventanas. Y tenía una cita esa noche.

La última parte me hizo tragar saliva. Debía confesarle la verdad a Blake. Estaba siendo injusta con él… y con Daemon. No estaba preparada para creer a Daemon de repente, pero no podía seguir fingiendo que no había nada entre nosotros.

Aunque quizá solo fuera un virus alienígena.

—Toma. —Blake me pasó su plato con una sonrisa—. Prueba esto.

Controlé la expresión de mi cara mientras enrollaba los fideos con el tenedor.

—No sé yo…

Blake soltó una carcajada.

—No está tan mal. Huele un poco raro, pero creo que va a gustarte.

Después de dar un pequeño mordisco, decidí que no estaba asqueroso. Levanté la mirada, sonriendo.

—Vale, no está mal.

—No puedo creer que la primera vez que pruebas comida india sea en Virginia Occidental.

Me pasé una mano por la pierna, cubierta con unos tejanos. La pequeña vela situada a un lado de la mesa parpadeó.

—No soy muy aventurera con la comida. Soy una chica de bistecs y hamburguesas.

—Bueno, pues vamos a tener que cambiar eso, porque no sabes lo que te pierdes —me dijo guiñándome un ojo. Aquel gesto quedó muy guay viniendo de él—. La comida tailandesa es mi favorita. Me encantan las especias.

La camarera, una chica delgada y pelirroja, se acercó y volvió a llenarnos los vasos. No dejaba de lanzarle sonrisitas tímidas y coquetas a Blake, pero no podía culparla: era de los pocos chicos que podían ponerse jerséis y camisas con botones sin parecer niños pijos.

Tomé más fideos. Estaba divirtiéndome, pero noté una sensación extraña en el estómago mientras empujaba la comida por el plato. Estaba pasándolo genial con él, pero…

—Hoy me he enterado de algo en el instituto —comentó Blake después de que se marchara la camarera.

Me dejé caer en el asiento y contuve una sarta de palabrotas. Quién sabía lo que habría oído; había rumores sobre mí volando por todas partes.

—Me da miedo preguntar.

En su rostro apareció una expresión comprensiva.

—Me han dicho que Daemon le dio una paliza a un chico por ti.

Habíamos conseguido llegar hasta aquí sin mencionar a Daemon. Me hundí un poco en el asiento.

—Sí, más o menos.

Enarcó las cejas en una expresión de sorpresa mientras se inclinaba hacia delante.

—¿Vas a decirme por qué?

—¿No has oído los rumores?

Blake se pasó una mano por el alborotado pelo de punta.

—He oído un montón de cosas, pero no me las creo.

Era lo que menos me apetecía, pero supuse que acabaría oyendo aquellas mentiras tarde o temprano. Hasta podía haber pasado ya. Así que le hablé de mi desastrosa cita en el baile de principio de curso.

La rabia destelló en sus ojos color avellana y, cuando terminé, se recostó en el asiento.

—Me alegro de que Daemon le diera su merecido a ese gilipollas, pero es una reacción bastante extrema para ser solo un «amigo».

—Daemon puede ser…

—Un capullo —sugirió Blake.

—Sí, es verdad, pero también es bastante protector con… esto… los amigos de Dee. —Apreté el tenedor, tremendamente incómoda —. Así que le cabreó lo que andaba diciendo Simon. No es mal tipo, de verdad; solo hay que acostumbrarse a él.

—Bueno, no puedo culparlo, pero es muy… protector contigo. Pensé que iba a romperme la mano por tocarte en la fiesta.

Empujé el plato de nuevo hacia él y apoyé la barbilla en la mano. Tenía que contarle la verdad pronto, pero no quería estropear la cena. Estaba comportándome como una completa cobarde, pero me convencí de que ya hablaríamos después. Por el amor de Dios, ni siquiera sabía qué decir. «No, no estoy saliendo

con Daemon, pero no puedo dejar de pensar en cómo las llamas nos devoran cada vez que estamos cerca; así que lo mejor será que no te acerques demasiado.» Suspiré.

—Ya basta de hablar de Daemon. Debe de ser duro que te guste tanto el surf y la playa esté tan lejos.

—Sí que lo es —asintió. En sus ojos apareció una mirada ausente —. El surf probablemente sea lo único que me despeja la mente. Cuando estoy ahí fuera sobre las olas, no pienso en nada, se me vacía el cerebro. Solo estamos las olas y yo. Es relajante.

—Te entiendo. —Se hizo un largo silencio—. Yo siento lo mismo cuando trabajo en el jardín o cuando leo. Solo estamos yo y lo que estoy haciendo, o el mundo sobre el que estoy leyendo, y nada más.

—Parece como si lo hicieras para escapar.

No respondí, porque en realidad nunca lo había visto de ese modo; pero, ahora que él lo decía, comprendí que sí usaba esas actividades para evadirme. Desconcertada, jugueteé con los fideos separándolos en grupos en el plato.

—¿Y tú? ¿De qué intentas escapar?

Transcurrieron varios segundos antes de que respondiera.

—Eso es lo curioso de intentar escapar: no se puede. Tal vez lo logres un tiempo, pero no del todo.

Asentí con un gesto distraído de la cabeza, impresionada por la profundidad de sus palabras. Pero era cierto. Después de terminar un libro o sembrar una planta, papá seguía muerto, mi mejor amiga continuaba siendo una extraterrestre y todavía me sentía atraída por Daemon.

Blake empezó a hablar de sus planes para las vacaciones de Acción de Gracias de la semana siguiente. Estaría fuera la mayor parte del tiempo, visitando a la familia. Levanté la cabeza y observé el pequeño restaurante. Una descarga de calor me recorrió la espalda.

«Ay, mierda, no.» No podía creérmelo. Aquello no podía estar pasando.

Una cabeza oscura se movía entre las diminutas filas por detrás de las altas divisiones. Me desplomé contra el asiento, plenamente consciente de su presencia y absolutamente consternada. Esa era mi cita: mía. ¿Qué hacía él ahí?

Daemon se abrió paso entre los grupos de mesas con una elegancia envidiable. A su paso, las mujeres paraban de comer o interrumpían la conversación, y los hombres se apartaban para dejarle más espacio. Daemon tenía un profundo efecto en todo aquel que lo veía.

Blake se volvió, con el ceño fruncido, y se le tensaron los hombros cuando se dio la vuelta hacia mí.

—Un poco sobreprotector, ¿no?

—No sé… ni qué decir —murmuré, impotente.

—Hola, chicos. —Daemon se sentó junto a mí, lo que me dejó poco sitio. Tenía todo el lado izquierdo del cuerpo pegado al suyo, provocándome un cálido hormigueo—. ¿Interrumpo?

—Sí —contesté, boquiabierta.

—Vaya, lo siento. —Daemon no parecía sincero… ni tener intenciones de marcharse.

A Blake se le dibujó una media sonrisa en los labios mientras se recostaba y se cruzaba de brazos.

—¿Cómo te va, Daemon?

—Genial. —Se estiró y pasó un brazo por la parte trasera del asiento—. ¿Y a ti, Brad?

Blake soltó una leve risita.

—Me llamo Blake.

Daemon tamborileó con los dedos sobre el respaldo, rozándome el pelo.

—Bueno, ¿y qué hacíais?

—Estábamos cenando —contesté.

Empecé a echarme hacia delante, pero los dedos de Daemon engancharon la parte posterior del cuello alto de mi jersey, rozándome suavemente la piel. Le lancé una mirada asesina e ignoré el escalofrío que me erizó la piel.

—Pero ya estábamos a punto de terminar —añadió Blake, mirando fijamente a Daemon—. ¿Verdad, Katy?

—Sí, solo nos falta la cuenta.

Con mucha discreción, metí la mano debajo de la mesa, encontré el muslo de Daemon y lo pellizqué con fuerza. Él me dio un tirón hacia atrás, haciendo que me golpeara la rodilla contra la mesa.

—¿Qué habíais pensado hacer después de cenar? ¿Biff iba a

llevarte a ver una peli?

La relajada sonrisa de Blake comenzó a flaquear.

—Blake. Y, sí, ese era el plan.

—Ya. —Daemon hizo un movimiento casi imperceptible con los ojos y, un segundo después, el vaso de Blake se volcó.

Solté un grito ahogado. El agua se derramó sobre la mesa y cayó en el regazo de Blake, que se levantó de un salto dejando escapar una palabrota. Aquel movimiento sacudió de nuevo la mesa y el plato de fideos picantes se deslizó (o, más bien, voló) contra la parte delantera de su jersey.

Me quedé boquiabierta. Santa madre de Dios, Daemon se había apoderado de mi cita.

—Dios mío —musitó Blake.

Agarré un puñado de servilletas y me volví hacia Daemon. Mi mirada prometía una muerte lenta y dolorosa mientras le pasaba las servilletas a Blake.

—Qué raro —comentó Daemon, con una sonrisita de suficiencia.

Blake, que estaba intentando secarse la entrepierna, levantó la vista con la cara colorada. Se quedó mirando a Daemon y hubiese jurado que iba a echársele encima desde el otro lado de la mesa. Pero entonces bajó los ojos y se sacudió los fideos marrones en silencio y con movimientos rígidos y bruscos. La camarera se acercó rápidamente a Blake con más servilletas.

—Bueno, a lo que iba. He venido por un motivo. —Daemon cogió mi vaso y bebió un sorbo—. Te necesitan en casa.

Blake se quedó inmóvil.

—¿Cómo dices?

—¿Hablo muy rápido para ti, Bart?

—Se llama Blake —le espeté—. ¿Y para qué me necesitan? ¿Tiene que ser ahora, en este preciso momento?

Daemon me miró a los ojos, con una intensa mirada cargada de significado.

—Ha surgido algo y tienes que echarle un vistazo.

Estaba claro que ese «algo» quería decir asuntos alienígenas. Sentí un escalofrío de inquietud por la espalda. Ahora su repentina aparición tenía sentido. Durante unos minutos, había empezado a creer que nos había acosado solo por celos. Por mucho que me

fastidiara, sabía que debía marcharme.

Me volví hacia Blake con una mueca.

—Lo siento mucho… muchísimo.

Blake nos observó a ambos mientras cogía la cuenta.

—No te preocupes. Estas cosas pasan.

Me sentía como una idiota, lo que parecía adecuado, ya que estaba sentada al lado del mayor imbécil de todos los tiempos.

—Te compensaré. Te lo prometo.

—No pasa nada, Katy —me aseguró con una sonrisa—. Te llevo a casa.

—No es necesario. —Daemon esbozó una sonrisa tensa—. Yo me encargo, Biff.

No podía creérmelo.

—Blake. Se llama Blake, Daemon.

—Está bien, Katy —dijo Blake con los labios apretados—. De todas formas, estoy hecho un desastre.

—Resuelto, entonces. —Daemon se puso en pie y me dejó salir.

Blake se ocupó de la cuenta y nos dirigimos fuera. Me detuve junto a su coche, consciente de la intensa mirada de Daemon.

—Lo siento tantísimo…

—No pasa nada. Tú no me has tirado el plato encima. —Hizo una pausa y frunció el ceño con la mirada clavada en algo situado por encima de su hombro. Supuse de qué (o, más bien, de quién) se trataba. Sacó su móvil del bolsillo trasero y comprobó la pantalla antes de metérselo en los vaqueros—. Aunque no había visto nada igual. En fin, lo compensaremos cuando vuelva de vacaciones, ¿vale?

—Vale.

Empecé a darle un abrazo, pero me detuve: tenía la parte delantera del jersey manchada y parecía húmeda. Blake se inclinó riéndose y me dio un beso rápido y seco en los labios.

—Te llamaré.

Asentí con la cabeza mientras me preguntaba cómo una persona podía, ella solita, estropearlo todo en menos de un minuto. Había que tener un talento especial. Blake se despidió con un gesto de la mano y me quedé sola con Daemon.

—¿Lista? —me preguntó mientras mantenía abierta la puerta del

pasajero.

Me acerqué al coche con aire ofendido, subí y cerré de un portazo.

—¡Oye! —Me miró con el ceño fruncido desde fuera del coche —. No te desahogues con Dolly.

—¿Le has puesto Dolly a tu coche?

—¿Qué tiene de malo?

Puse los ojos en blanco a modo de respuesta.

Daemon rodeó la parte delantera del vehículo trotando y entró. En cuanto cerró la puerta tras él, me volví en el asiento y le di un puñetazo en el brazo.

—¡Serás imbécil! Sé que lo del vaso y lo del plato ha sido cosa tuya. ¡No debiste hacerlo!

Daemon levantó las manos, riéndose.

—¿Qué? Ha tenido gracia. La cara de Bob ha sido para morirse. ¿Y ese beso? ¿Qué ha sido eso? He visto a delfines dar besos más apasionados.

—¡Se llama Blake! —Esta vez le pegué en la pierna—. ¡Y lo sabes perfectamente! No puedo creer que te hayas comportado así. ¡Y no besa como un delfín!

—A mí me parece que sí.

—Tú no nos viste la última vez que nos besamos.

Se le apagó la risa. «Oh, oh.» Se volvió hacia mí despacio.

—¿Ya os habíais besado?

—Eso no es asunto tuyo. —Me puse colorada, lo que me delató.

—No me gusta ese chico. —En sus ojos magnéticos se reflejó la ira.

Me quedé mirándolo, boquiabierta.

—Pero si ni siquiera lo conoces.

—No necesito conocerlo para ver que tiene algo… raro. —Giró la llave y el motor se puso en marcha con un estruendo—. No me parece una buena idea que quedes con él.

—Ja, qué risa. Lo que tú digas.

Clavé la vista al frente y me abracé los codos, tiritando. Estaba tan cabreada que estaba a punto de salirme humo por las orejas.

—¿Tienes frío? ¿Dónde has dejado la chaqueta?

—No me gustan las chaquetas.

—¿También te han hecho algo espantoso e imperdonable?

Daemon encendió la calefacción y un chorro de aire caliente salió de las rejillas de ventilación.

—Me resultan… engorrosas. —Solté un fuerte suspiro—. ¿Qué diablos es eso tan urgente que has tenido que acosarme?

—No estaba acosándote. —Parecía ofendido.

—¿Ah, no? ¿Entonces utilizaste tu GPS alienígena para localizarme?

—Pues sí, más o menos.

—Dios, esto no debería estar pasando. —Tenía serias dudas de que Blake volviera a llamarme. Pero no podía culparlo: yo, en su lugar, no lo haría. No con un extraterrestre psicópata siguiéndome la pista—. Bueno, ¿qué pasa?

Daemon esperó hasta que llegamos a la carretera.

—Matthew ha convocado una reunión, y tú deberías estar presente. Tiene que ver con el Departamento de Defensa. Ha pasado algo.

12

Volvimos a su casa antes de que llegaran los demás y me acomodé en el sillón reclinable del rincón intentando mantener la calma. Daemon no se había dejado llevar por el pánico, pero aún no sabía qué estaba pasando. Fuera, oímos cómo se cerraban las puertas de varios coches. Me rodeé la cintura con los brazos y Daemon se acercó a mi lado y se sentó en el brazo del sillón.

Ash y los hermanos Thompson fueron los primeros en entrar. Adam nos sonrió antes de sentarse al lado de Dee, que le ofreció la bolsa de palomitas que se estaba zampando, y él cogió un puñado. Andrew me echó una mirada y puso los ojos en blanco.

—¿Alguien puede explicarme qué hace ella aquí?

Cómo odiaba a Andrew.

—Tiene que estar aquí —dijo el señor Garrison, cerrando la puerta tras él. A continuación, se dirigió al centro de la sala de estar, con las miradas de todos puestas en él. Cuando no estaba en el instituto siempre vestía de manera informal, con vaqueros—. Quiero que esta reunión sea lo más breve posible.

—El Departamento de Defensa se ha enterado de lo de ella, ¿verdad? ¿Estamos en un lío? —Ash se pasó una mano por los leotardos morados.

Me quedé sin aliento. No me molestó el tono desdeñoso que empleó, pues había mucho en juego si Defensa averiguaba mi secreto, o el de ellos.

—¿Se trata de eso, señor Garrison? —le pregunté.

—Por lo que yo sé, no saben nada de ti —contestó—. Los ancianos convocaron una reunión esta noche para tratar el tema del aumento de la presencia del Departamento de Defensa en la zona. Parece que algo les ha llamado la atención.

Volví a dejarme caer contra el sillón, aliviada. Pero entonces

reparé en algo: tal vez yo me hubiera librado, pero ellos no. Recorrí la sala con la mirada. No quería ver a ninguno de ellos en problemas, ni siquiera a Andrew.

—Bueno, ¿y qué han visto? Nadie ha hecho nada malo —comentó Adam mientras contemplaba una palomita cubierta de mantequilla.

—¿Qué pasa? —Dee dejó la bolsa de palomitas a un lado.

Los superbrillantes ojos azules de Matthew observaron a todos los presentes.

—Uno de sus satélites captó el despliegue de luces del fin de semana de Halloween y han estado en el campo, usando algún tipo de máquina que detecta energía residual.

Daemon se burló.

—Lo único que van a encontrar es un trozo de tierra quemada.

—Saben que podemos manipular la luz para defendernos; así que, por lo que tengo entendido, no fue eso lo que les llamó la atención. —El señor Garrison miró a Daemon con el ceño fruncido —. Se trata del hecho de que la energía fue tan potente que interrumpió la señal de un satélite y no pudieron tomar imágenes del suceso. Nunca había pasado nada igual.

La expresión de Daemon seguía sin desvelar ningún tipo de emoción.

—Supongo que soy así de guay.

Adam se rió entre dientes y dijo:

—¿Ahora tienes tanto poder que interrumpes señales?

—¿Interrumpir la señal? —El señor Garrison soltó una breve carcajada—. Destruyó el satélite… Un satélite diseñado para rastrear luz y energía de alta frecuencia. Apuntaba directamente a Petersburgo y el suceso lo destruyó.

—Como he dicho, soy así de guay. —Daemon sonreía con aire de suficiencia, pero yo estaba poniéndome de los nervios.

—Joder —murmuró Andrew. En sus ojos apareció un brillo de respeto—. Impresionante.

—Por muy impresionante que sea, el Departamento de Defensa siente mucha curiosidad. Los ancianos creen que van a estar por aquí un tiempo, observando. Que ya están aquí. —Le echó un vistazo a su reloj—. Es imprescindible que todo el mundo se porte

mejor que nunca.

—¿Y qué dicen los otros Luxen? —preguntó Dee.

—De momento, no están demasiado preocupados. Y no tienen motivos para estarlo —contestó Matthew.

—Ya, porque fue Daemon el que provocó semejante descarga de energía y no ellos —añadió Ash, y luego ahogó una exclamación—. ¿La gente de Defensa sospecha que tenemos más habilidades?

—Creo que quieren averiguar cómo es posible que alguien pudiera hacer algo así. —Matthew observó a Daemon—. Los ancianos les dijeron que hubo una pelea entre los nuestros. Nadie te ha involucrado, Daemon, pero ya saben que eres fuerte. Puedes dar por sentado que te harán una visita pronto.

Daemon se encogió de hombros, pero a mí me invadió el miedo. No había sido él el que había acabado con Baruck, así que ¿cómo podría explicar lo que había ocurrido? ¿El Departamento de Defensa averiguaría que los Luxen eran mucho más poderosos de lo que creían? ¿Que podían hacer casi cualquier cosa?

Si pasaba eso, mis amigos (y Daemon) estarían en peligro.

—Katy, es muy importante que te andes con ojo cuando salgas con los Black —continuó el señor Garrison—. No queremos que el Departamento de Defensa sospeche que sabes algo que no deberías saber.

—Habla por ti —masculló Andrew.

Lo fulminé con la mirada, pero Daemon respondió antes de que yo pudiera decir nada.

—Andrew, te voy a…

—¿A qué? —le espetó Andrew—. Solo digo la verdad. No tiene que caerme bien solo porque tú te hayas encaprichado de una estúpida humana. Nadie…

Daemon cruzó la sala en un abrir y cerrar de ojos. Una intensa luz blanca rojiza lo envolvía por completo cuando levantó a Andrew del asiento y lo estrelló contra la pared con tanta fuerza que las fotografías que los rodeaban repiquetearon.

—¡Daemon! —chillé mientras me ponía en pie al mismo tiempo que el señor Garrison gritaba.

Ash se levantó de la silla de un salto y exclamó con voz entrecortada:

—¿Qué estáis haciendo?

Dee cogió su tentempié con un suspiro y se recostó.

—Ya empezamos. ¿Más palomitas?

Adam se sirvió un puñado.

—Personalmente, creo que Andrew necesita que le den una buena patada en el culo. Katy no tiene la culpa de que el Departamento de Defensa esté aquí. Ella tiene tanto que perder como nosotros.

Su hermana se volvió hacia él.

—¿Así que ahora estás de su lado? ¿De una humana?

—No se trata de estar del lado de nadie —repuse sin perder de vista a los chicos.

Ambos habían pasado a modo Luxen, al igual que Matthew. Este último no era más que una masa de intensa luz azulada con forma masculina que agarró a Daemon y lo apartó de Andrew.

Ash me dedicó una larga mirada de odio.

—Nada de esto estaría pasando si tú no hubieras aparecido. No habrías acabado con el primer rastro, el Arum no te habría visto, ¡y todo este follón nunca habría ocurrido!

—Cierra el pico, Ash. —Dee le lanzó un puñado de palomitas—. Ya te vale. Katy arriesgó su vida para asegurarse de que el Arum no supiera dónde vivíamos.

—Todo eso está muy bien —replicó Ash—, pero Daemon no habría tenido que hacer de Rambo con el Arum si su queridísima humana no estuviera en peligro cada cinco segundos. Esto es culpa suya.

—¡No soy su queridísima humana! —Respiré hondo—. Solo somos… amigos. Y eso es lo que hacen los amigos: se protegen unos a otros.

Ash puso los ojos en blanco y yo me senté.

—Bueno, al menos, eso es lo que hacen los humanos por sus amigos.

—Y los Luxen también —dijo Adam mirando fijamente a su hermana—. Aunque a algunos se les olvida.

Ash dio media vuelta con un suspiro de indignación y se dirigió a la puerta.

—Esperaré fuera.

Mientras la observaba alejarse, me pregunté si se las arreglaría para encontrar un motivo para culparme por todo. Aunque, en cierto sentido, esa situación sí era culpa mía. Había sido mi insólita descarga de energía lo que había traído al Departamento de Defensa. Sentí una angustia en el pecho.

El señor Garrison por fin consiguió separar a los chicos. Andrew recuperó su forma humana con un parpadeo y miró con los ojos entrecerrados a Daemon, que seguía brillando.

—Tío, esto no va a resolver nada. Pégame todo lo que quieras, pero eso no va a cambiar lo que opino de ella.

—Andrew —le advirtió el señor Garrison.

—¿Qué? —espetó, aunque luego retrocedió—. ¿De verdad creéis que podrá mantenerse firme si el Departamento de Defensa la interroga? Porque van a hacerle preguntas sobre su relación con Dee y contigo. En cuanto a ti, Daemon, ¿piensas seguir los pasos de tu hermano? ¿También quieres morir por su culpa?

La luz de Daemon se intensificó aún más, y supe que iba a abalanzarse de nuevo contra Andrew. Eso era absurdo. Crucé la habitación sin pensarlo y rodeé con los dedos la reluciente muñeca de Daemon. Me resultó extraño tocarlo estando así. Una cálida corriente eléctrica me subió por el brazo, y noté un hormigueo en la nuca.

—Eso ha sido un golpe bajo —le reproché a Andrew, porque alguien tenía que hacerlo—. Ni siquiera se merece que te rebajes a partirle la cara, Daemon.

—Katy tiene razón —añadió Adam. Hasta ese momento no me había percatado de que se había movido, pero estaba al otro lado de Daemon—. Pero te echaré una mano si quieres dejarlo fuera de combate una semana por ese comentario.

—Oye, gracias, hermano —dijo Andrew poniendo mala cara.

Se hizo un tenso silencio. Después, la luz de Daemon se debilitó y este recuperó su forma humana. Bajó la mirada hacia donde mi mano se curvaba alrededor de su muñeca y luego la levantó, mirándome a los ojos. Una corriente de aire cargada de electricidad pasó de su piel a la mía con un estallido que me sobresaltó. Le solté la muñeca y me quedé inmóvil bajo su intensa mirada.

—Este es el tipo de comportamiento que no podemos

permitirnos. —El señor Garrison respiró hondo—. Creo que ya es suficiente por hoy. Los dos debéis calmaros y tener presente que están por aquí. Debemos ser prudentes.

Todos se marcharon después de eso, incluida Dee, que quería pasar tiempo con Adam y también asegurarse de que no acabara echándose encima de Andrew. Así que Daemon y yo nos quedamos solos. Debería haberme marchado también; pero, después de las desconsideradas palabras de Andrew, quería confirmar que Daemon se encontraba bien.

Lo seguí hasta la cocina.

—Siento lo que ha dicho Andrew. No debió haberlo hecho.

Daemon apretó la mandíbula mientras cogía dos latas de Coca-Cola y me pasaba una.

—Es lo que hay.

—Sigue estando mal.

Me recorrió el rostro con la mirada de una forma que me hizo sentir totalmente expuesta.

—¿Te preocupa que el Departamento de Defensa esté aquí?

Vacilé antes de contestar.

—Sí.

—Olvídate de ellos.

—Eso se dice pronto. —Jugueteé con la anilla de la lata—. No me preocupo por mí. Piensan que tú eres el responsable de lo que ocurrió… del asunto ese de la energía. ¿Y si creen que eres… peligroso?

Daemon se tomó su tiempo para responder.

—No se trata solo de mí, gatita. Aunque lo hubiera hecho yo, nunca se ha tratado de mí. Se trata de todos los Luxen. —Se quedó callado un momento y bajó la mirada—. ¿Sabes lo que piensa Matthew?

—No.

Una sonrisa cínica se dibujó en sus labios carnosos.

—Piensa que un día (probablemente no en nuestra generación, pero algún día) los míos y los Arum casi habrán superado en número a los tuyos.

—¿En serio? Da un poco de…

—¿Miedo? —sugirió.

—No sé si «miedo» es la palabra adecuada —dije apartándome el pelo de la cara—. Me refiero a que los Arum sí dan miedo; pero los tuyos, los Luxen, quitando lo de los poderes raros… no sois muy diferentes de nosotros.

—¿Y qué hay del hecho de que estemos hechos de luz?

Esbocé una sonrisa.

—Bueno, aparte de eso.

—Eso me ha hecho pensar —prosiguió— que si algunos de los nuestros lo creen, ¿cómo es que el Departamento de Defensa no está preocupado?

Tenía razón. Intenté impedir que el miedo a que le pasara algo se apoderase de mí, pero en mi cerebro se sucedían toda clase de escenarios disparatados. Todos terminaban con el Departamento de Defensa deteniendo a Daemon.

—¿Qué ocurrirá si te consideran una amenaza? Y no te andes con rodeos.

—Cuando estuve en las instalaciones del Gobierno, había algunos Luxen que no consiguieron integrarse. —Apretó los dientes con fuerza—. La mayoría no querían que Defensa los controlara. A otros supongo que los consideraron una amenaza porque hacían demasiadas preguntas. ¿Quién sabe?

Se me secó la boca.

—¿Qué les pasó?

Daemon no respondió de inmediato. Cada segundo que transcurría, se me revolvía más el estómago. Al fin, asintió con la cabeza.

—Los mataron.

13

Me quedé horrorizada. La potente emoción desató una energía estática que me recorría la piel tan rápido que no pude detenerla, y finalmente el estallido de energía rebotó por la habitación. Dejé caer la lata de refresco sin abrir a la vez que algo de madera chirriaba contra las baldosas. Una silla salió volando de debajo de la mesa y me golpeó la rodilla con tanta fuerza que se me dobló la pierna. Grité de dolor y perdí el equilibrio.

Daemon soltó una retahíla de palabrotas y apareció a mi lado para agarrarme un segundo antes de que cayera al suelo.

—Oye, cuidado, gatita.

Me aparté el pelo de la cara mientras levantaba la cabeza.

—Madre mía…

Me ayudó a ponerme en pie colocándome un hombro debajo del brazo para que me sirviera de apoyo y apretándome contra él.

—¿Estás bien?

—Perfectamente. —Me retorcí para apartarme de él y apoyé con cuidado el peso del cuerpo sobre el pie. Noté que algo caliente y húmedo me bajaba por la pierna. Me remangué el vaquero y vi que estaba sangrando—. Genial, soy un desastre.

—Me parece que voy a tener que estar de acuerdo.

Lo fulminé con la mirada y él me guiñó un ojo con una sonrisa de chulito.

—Vamos, súbete a la mesa y déjame echar un vistazo.

—Estoy bien.

No se molestó en discutir conmigo. Estaba allí de pie (bueno, más bien cojeando) y, un segundo después, sentí una corriente de aire y me encontré sentada sobre la mesa.

—¿Cómo… cómo has hecho eso? —pregunté, atónita.

—Habilidad —contestó mientras me colocaba el pie sobre una

silla. Me rozó la piel con los dedos mientras me enrollaba el pantalón por encima de la rodilla. Me sobresalté cuando una descarga eléctrica me recorrió la pierna—. Caramba, sí que eres un desastre.

—Puaj, estoy poniéndolo todo perdido. —Tragué saliva al ver la herida—. No irás a curarme, ¿verdad?

—Eh… no. Quién sabe qué pasaría. Podrías convertirte en una extraterrestre.

—Ja, ja. Qué gracioso.

Daemon buscó rápidamente un paño limpio y lo humedeció. Cuando regresó, procuró no mirarme a la cara. Intenté coger el paño, pero se puso de rodillas y empezó a secar la sangre con cuidado. Esta vez procuró no tocarme la piel.

—¿Qué voy a hacer contigo, gatita?

—¿Lo ves? Ni siquiera quería mover la silla y se me ha abalanzado como si fuera un misil termodirigido.

Daemon sacudió la cabeza mientras continuaba limpiando la sangre con suaves toquecitos.

—Cuando éramos más jóvenes, ocurrían cosas por el estilo todo el tiempo, antes de que aprendiéramos a controlar la Fuente.

—¿La Fuente?

Asintió con la cabeza.

—Así llamamos a la energía que poseemos, porque nos conecta con nuestro planeta, ¿entiendes? Como si fuera la fuente de todo. Al menos, eso es lo que dicen nuestros mayores. En fin, cuando éramos niños y estábamos aprendiendo a controlar nuestras habilidades, aquello era una locura. Dawson tenía la costumbre de mover los muebles, como tú; iba a sentarse y la silla salía volando. —Se rió al recordarlo—. Pero era joven.

—Genial. ¿Así que me manejo al nivel de un niño?

Daemon me miró con sus luminosos ojos.

—Resumiendo, sí. —La camisa negra que llevaba se le tensó contra el pecho cuando apartó el paño manchado de sangre y se echó hacia atrás—. Mira, ya ha dejado de sangrar. No está tan mal.

Bajé la mirada y me vi la brecha fresca en la rodilla. Salvo porque daba un poco de repelús, no tenía mala pinta.

—Gracias por limpiarme la herida.

—De nada. No creo que necesites puntos.

Me pasó los dedos con suavidad alrededor del corte. Aquel contacto me hizo dar un brinco y me provocó pequeños cosquilleos que me subieron por la pierna. Daemon dejó la mano inmóvil y levantó la cabeza. Sus ojos pasaron de un verde menta a fuego líquido en cuestión de segundos.

—¿En qué estás pensando? —me preguntó.

En deslizarme en sus brazos, besarlo y tocarlo: cosas en las que no debería pensar. Parpadeé para despejar la mente.

—En nada.

Daemon se levantó despacio, mirándome a los ojos. Todo el cuerpo se me puso tenso cuando se acercó y me colocó una mano a cada lado. Después se inclinó sobre la silla que nos separaba y apoyó la frente contra la mía. Inhaló profundamente y soltó el aire de forma entrecortada. Cuando habló, su voz sonó áspera.

—¿Sabes en qué he estado pensando yo todo el día?

Tratándose de él, vete tú a saber.

—No.

Me acarició la piel de la mejilla con los labios.

—En averiguar si te quedan igual de bien los calcetines de rayas que los de renos.

—Pues sí.

Ladeó la cabeza y esbozó una sonrisa perezosa y arrogante. De depredador.

—Lo sabía.

No debía permitir que eso pasara. Había un montón de complicaciones: su actitud, la conexión que nos unía y mis nuevas habilidades para principiantes. Curiosamente, el hecho de que Daemon fuera un extraterrestre era la complicación que me parecía menos importante.

Y también estaba Blake. Siempre y cuando volviera a hablarme, claro, lo que aún estaba por ver. Además, por culpa de la interrupción de Daemon durante la cena, no había podido hablar con él. Menuda ironía.

A pesar de todo eso, no me aparté. Y él tampoco. Ah, no, en realidad se estaba acercando más. Las pupilas empezaron a brillarle y parecía haberse quedado sin aliento.

—¿Tienes la más remota idea de lo que me haces? —preguntó con voz ronca.

—Yo no hago nada.

Daemon movió la cabeza lo suficiente para que nuestros labios se rozaran una vez… y luego otra antes de aumentar la presión. Ese beso… no tenía nada que ver con los anteriores, que parecían furiosos y desafiantes, como si nos hubiéramos besado para castigarnos mutuamente. Pero ese era dulce y suave como una pluma, de una ternura infinita. Como el que nos habíamos dado en el claro la noche que me curó. Una luz me inundó mientras nos besábamos, pero pronto los besos no fueron suficientes; no cuando un fuego lento me ardía bajo la piel… y también bajo la de él.

Me cubrió las mejillas con las manos, dejando escapar un suave gemido, y me abrasó los labios con los suyos mientras profundizaba el beso hasta que fue tal la intensidad que nos dejó a ambos jadeando. Daemon se acercó todo lo que pudo con la silla entre nosotros. Le agarré los brazos y me aferré a él, deseando que se acercara más. La silla solo permitía que se tocaran nuestros labios y nuestras manos. Qué frustrante.

«Aparta», ordené inquieta.

La silla tembló bajo mi pie y, a continuación, el pesado mueble de roble se hizo a un lado, esquivando nuestros cuerpos inclinados. El repentino vacío cogió desprevenido a Daemon, que se tambaleó hacia delante, y yo no pude sostener el peso inesperado. Me desplomé de espaldas, arrastrándolo conmigo.

El contacto de todo su cuerpo, pegado al mío, me provocó una caótica sobrecarga sensorial. Me rozó la lengua con la suya mientras abría los dedos sobre mis mejillas. Luego deslizó una mano por mi costado y me sujetó por la cadera para acercarme más. Los besos se volvieron más lentos y levantó el pecho mientras se embebía de mí. Con una última y prolongada exploración, irguió la cabeza y me sonrió.

El corazón me dio un vuelco mientras Daemon se alzaba sobre mí con una expresión que me llegó a lo más hondo. Desplazó de nuevo los dedos hacia arriba, a lo largo de mi mejilla, siguiendo una senda invisible hasta mi barbilla.

—Yo no he movido la silla, gatita.

—Ya lo sé.

—Supongo que no te gustaba donde estaba, ¿no?

—Se interponía en tu camino —contesté. Todavía le rodeaba los brazos con las manos.

—Ya lo veo.

Daemon me pasó un dedo por la curva del labio inferior antes de tomarme de la mano e incorporarme. Después de soltarme, se quedó mirándome atentamente y esperó. Esperó a que…

Lo que acababa de ocurrir penetró despacio en la niebla que me envolvía el cerebro. Lo había besado, otra vez. Y justo después de haberse apoderado de mi cita con otro tío… el tío al que debería estar besando. O quizá no. Ya no estaba segura de nada.

—No podemos seguir haciendo esto —dije con voz temblorosa —. Nos…

—Nos gustamos —repuso él dando un paso al frente y aferrando los bordes de la mesa a ambos lados de mi cuerpo—. Y, antes de que lo niegues, ya nos sentíamos atraídos el uno por el otro antes de que te curara. No puedes decirme que no es verdad.

Se inclinó y me rozó la mejilla con la nariz, provocándome un escalofrío. Después apretó los labios contra un punto situado debajo de mi oreja.

—Tenemos que dejar de luchar contra lo que ambos queremos.

No podía respirar. Cerré los ojos mientras sus dedos me bajaban unos centímetros el cuello del jersey, dejando libre el camino para que sus labios llegaran a donde el pulso me latía desbocado.

—No va a ser fácil —añadió—. No lo era hace tres meses y no lo será dentro de otros tres.

—¿Por los otros Luxen? —Eché la cabeza hacia atrás, perdiendo el hilo de mis pensamientos. Había algo perverso en aquellos besos sexys que me repartía por la garganta—. Te marginarán. Como…

—Ya lo sé. —Me soltó el cuello del jersey y deslizó una mano hasta mi nuca mientras pegaba su cuerpo al mío—. He pensado en las repercusiones… No he pensado en otra cosa.

Una parte de mí había anhelado oírle decir eso. Era un secreto que había guardado en el corazón… el mismo corazón que me brincaba en el pecho. Abrí los ojos y vi que los suyos resplandecían.

—¿Y esto no tiene nada que ver con la conexión ni con Blake?

—No —me aseguró, y luego suspiró—. Bueno, sí, en parte tiene que ver con ese humano, pero se trata de nosotros. De lo que sentimos el uno por el otro.

Me sentía atraída por él a un nivel que resultaba casi doloroso. Estar cerca de él hacía que cada célula de mi cuerpo ardiera, pero estábamos hablando de Daemon. Ceder a sus deseos era como admitir que la forma en que me había tratado era aceptable. Y, más importante aún, requería confiar ciegamente en la teoría de que nuestros sentimientos eran reales. ¿Y cuando resultara que no lo eran? Se me partiría el corazón, porque acabaría coladita por él… más de lo que ya lo estaba.

Me retorcí y pasé por debajo de sus brazos. Un dolor sordo me atravesó la pierna herida cuando retrocedí.

—¿Esto es una especie de «no me interesabas hasta que otra persona se interesó por ti»?

Daemon se apoyó contra la mesa.

—No se trata de eso.

—Pues ¿de qué, entonces, Daemon? —Se me llenaron los ojos de lágrimas de frustración—. ¿Por qué ahora, cuando hace tres meses no soportabas ni respirar el mismo aire que yo? Todo esto es cosa de la conexión. Es lo único que tiene sentido.

—Joder. ¿Crees que no me arrepiento de haberme portado como un cretino contigo? Ya te he pedido perdón. —Se quedó allí de pie, irguiéndose sobre mí—. No lo captas, ¿verdad? Nada de esto es fácil para mí. Y sé perfectamente que para ti es duro, que tienes mucho con lo que lidiar. Pero yo tengo a mi hermana y a toda una raza que cuentan conmigo. No quería que intimaras conmigo, no quería otra persona de la que preocuparme, a la que pudiera perder. —Contuve el aliento mientras Daemon continuaba—: No me porté bien, ya lo sé, pero puedo hacerlo mejor; seguro que mejor que Benny.

—Blake. —Suspiré mientras me apartaba cojeando—. Tengo muchas cosas en común con él, ¿sabes? Le gusta que lea…

—A mí también —me retó Daemon.

—Y también tiene un blog. —¿Por qué me sentía como si me estuviera aferrando a un clavo ardiendo?

Daemon me cogió un mechón de pelo y se lo enrolló en el dedo.

—No tengo nada en contra de Internet.

Le aparté la mano de un manotazo.

—Y no le gusto por culpa de una estúpida conexión alienígena ni porque le guste a otro chico.

—A mí tampoco. —Le destellaron los ojos—. No puedes seguir fingiendo. No está bien. Vas a romperle su pobre corazoncito humano a ese chico.

—Claro que no.

—Claro que sí. Porque me deseas y yo a ti.

En el fondo, sí que quería estar con él. Y quería que él sintiera lo mismo, pero no porque fuéramos el mismo átomo dividido ni porque alguien más se sintiera atraído por mí. Negué con la cabeza y me dirigí hacia la puerta.

—No dejas de decirlo…

—¿Y eso a qué viene? —me exigió.

Cerré los ojos un momento.

—Dices que quieres estar conmigo, pero eso no es suficiente.

—También te lo he demostrado.

Me volví hacia él arqueando una ceja.

—¿Cuándo?

—¿Y qué ha sido eso? —Daemon señaló hacia la mesa y me sonrojé. En esa mesa comía gente…—. Creo que ya te he demostrado que me gustas. Pero puedo repetirlo si no te ha quedado claro. Y te llevé un batido y una galleta al instituto.

—¡Te metiste la galleta en la boca! —exclamé levantando las manos en un gesto de frustración.

Daemon sonrió, como si fuera un buen recuerdo.

—En cuanto a lo de la mesa…

—Tirarte a mi pierna como un perro en celo cada vez que estoy contigo no demuestra que te guste.

Daemon apretó la boca y me di cuenta de que intentaba aguantar la risa.

—En realidad, así es como yo le demuestro a la gente que me gusta.

—Ya, vale, lo que tú digas. Pero nada de eso importa, Daemon.

—No pienso irme a ninguna parte, Kat. Ni pienso rendirme.

Tampoco es que pensara que fuera a hacerlo. Estiré la mano hacia la puerta, pero me detuvo.

—¿Sabes por qué te pedí que nos encontráramos aquel día en la biblioteca? —me preguntó.

—¿Cómo? —Me volví hacia él.

—El viernes que regresaste después de estar enferma, ¿te acuerdas? —Se pasó una mano por el pelo—. Tenías razón. Elegí la biblioteca para que nadie nos viera juntos.

Apreté los labios y las náuseas me quemaron la garganta.

—¿Sabes qué? Siempre me he preguntado si existe alguien con más ego que tú.

—Y tú, como siempre, te precipitas y sacas una conclusión equivocada. —Me traspasó con la mirada—. No quería que Ash o Andrew empezaran a darte la lata por mi culpa, como hicieron con Dawson y Beth. Así que, si crees que me avergüenzo de ti o que no estoy dispuesto a hacer públicas mis intenciones, ya puedes sacarte esa idea de la cabeza. Porque, si eso es lo que hace falta, que así sea.

Me quedé mirándolo. ¿Qué diablos se suponía que debía responder? Sí, eso era lo que creía una parte de mí. ¿Cuántas personas echarían a una chica de la cafetería como había hecho él y luego empezarían a cortejarla? No muchas, desde luego. Y entonces me acordé del espagueti que le quedó colgando de la oreja y oí su carcajada cargada de diversión aquel día que parecía tan lejano.

—Daemon…

Aquella sonrisa estaba empezando a preocuparme de verdad.

—Ya te lo dije, gatita. Me gustan los retos.

14

Lesa prácticamente se abalanzó sobre mí en cuanto me senté en clase.

—¿Te has enterado?

Negué con la cabeza, medio dormida. La noche anterior me había costado Dios y ayuda dormirme después de todo lo que había pasado con Daemon. El revoloteo que sentía en el estómago tenía que ser consecuencia de no haber desayunado.

—Simon ha desaparecido —me anunció Lesa.

—¿Desaparecido? —No presté atención cuando un cálido hormigueo me recorrió el cuello ni cuando Daemon entró en clase con paso despreocupado—. ¿Desde cuándo?

—Desde el pasado fin de semana. —Lesa miró algo situado detrás de mí y puso cara de sorpresa—. Vaya, eso me lo esperaba todavía menos.

Noté un aroma dulce y conocido y me volví, confundida. Una rosa grande y abierta, de un rojo vibrante, me rozó la punta de la nariz. Unos dedos bronceados sostenían el tallo verde.

Levanté la mirada y allí estaba Daemon, cuyos ojos relucían como espumillón verde. Me dio otro golpecito en la nariz con la rosa.

—Buenos días.

Me quedé mirándolo, totalmente alucinada.

—Es para ti —añadió cuando no dije nada.

Envolví con los dedos el frío y húmedo tallo mientras el resto de la clase nos observaba. Daemon se sentó antes de que pudiera decir nada. Me quedé allí inmóvil, sujetando la rosa, hasta que el profesor entró y empezó a pasar lista.

La risita ronca de Daemon me provocó una sensación cálida en el pecho.

Roja como un tomate, dejé la rosa sobre el pupitre y creo sinceramente que no le quité la vista de encima ni un momento. Cuando Daemon había dicho que no iba a rendirse, no se me pasó por la cabeza que fuera a sacar la artillería pesada de buenas a primeras. ¿Por qué se comportaría así? Quizá solo quería acostarse conmigo. Tenía que tratarse de eso, ¿no? El odio se había transformado en lujuria. Hace unos meses no me soportaba, ¿y ahora quería estar conmigo, oponiéndose a los deseos de su raza? Tal vez le diera en secreto a las drogas.

La luz se reflejó en la humedad de la rosa. Levanté la vista y vi que Lesa estaba mirándome. En sus labios pude leer «guay».

¿Guay? Era guay, dulce, romántico y otro montón de cosas que hacían que el corazón me latiera como loco. Miré a Daemon con disimulo por encima del hombro y observé cómo garabateaba en una hoja de libreta en blanco, frunciendo el ceño en un gesto de concentración. Las espesas pestañas negras le ocultaban los ojos, pero entonces levantó la vista y en sus labios se dibujó una amplia sonrisa.

Ay, Dios, estaba en un buen lío.

Los siguientes días hubo policías por todas partes haciéndoles preguntas a estudiantes y profesores sobre Simon. Daemon y yo fuimos de las primeras personas con las que hablaron: como si fuéramos unos Bonnie y Clyde de hoy en día que conspiraban para acabar con todos los deportistas del instituto. Bueno, había que admitir que el hecho de que Daemon le hubiera dado una paliza a Simon no pintaba bien, pero los polis no nos trataron como sospechosos. Después de mi primer y único interrogatorio en la oficina del director, llegué a la conclusión de que dos de los agentes eran alienígenas. Y también me dio la impresión de que sospechaban que conocía su secreto.

Me pregunté si alguien se habría ido de la lengua. Ash era la sospechosa con más papeletas, sobre todo desde que Daemon se había dedicado a hacerme regalos. Un día me trajo un café con leche aderezado con calabaza (mi favorito), luego un cruasán con huevo y beicon, donuts el jueves y un lirio el viernes. No se molestaba en ocultar sus intenciones.

La verdad era que una parte de mí lo sentía por Ash, que se había pasado toda la vida esperando estar con Daemon. No podía ni imaginarme lo que estaría pensando: si se lamentaba por el final definitivo de su relación o si se trataba simplemente del hecho de perder algo que creía que le pertenecía. Si acababan encontrándome en alguna cuneta, yo apostaría por Ash o Andrew. Adam había abandonado el lado oscuro y ahora se sentaba con Dee a la hora de comer. Literalmente, no podían apartar las manos el uno del otro… ni de nuestra comida.

Daemon absorbía mi tiempo por las noches, aunque me aseguraba que lo que hacía era vigilarme por si volvía a atacarme otra silla. Para él, eso se traducía en perder el tiempo de cualquier forma que implicara acercarse a mí. Y me refiero a acercarse lo suficiente como para doblegarme la voluntad y provocarme un hormigueo por todo el cuerpo.

En cuanto a Blake… Bueno, me hablaba en clase. Me envió un par de mensajes al móvil por la noche y siempre tenía que esperar hasta que Daemon decidiera marcharse para contestarle, pero no habíamos hablado de volver a quedar. Daemon había conseguido asustarlo, de lo que se enorgullecía descaradamente.

El sábado por la tarde, estaba escribiendo reseñas de manera compulsiva cuando alguien llamó a la puerta de casa. Terminé la última frase («*El círculo oculto* es un debut fascinante, lleno de acción trepidante y con una historia de amor de ensueño, que hará que te olvides de hacer los deberes, darles de comer a los niños o ir a trabajar hasta que lo termines de una sola sentada») antes de cerrar el portátil.

Mientras me acercaba a la puerta, sentí aquel hormigueo en el cuello: Daemon. Tropecé con una esquina levantada de la alfombra y me tomé un segundo para colocarme bien el jersey acanalado, que se me había subido, antes de abrir la puerta bruscamente.

Me invadió una conocida sensación de ansiedad. ¿Qué me tendría reservado hoy? Dicho de otro modo: ¿todavía podría complicarme más la vida? Desde el lunes, me había mantenido firme en mi política de «nada de besos»; sin embargo, aunque pareciera mentira, por muy inocentes y clandestinos que fueran nuestros encuentros, aún había un nivel de intimidad que no se

podía negar.

Daemon estaba cambiando.

Me había acostumbrado a su lado sarcástico y maleducado. Curiosamente, me resultaba más fácil lidiar con esa versión, con la que podía intercambiar insultos todo el día. Pero ese Daemon… ese que no quería rendirse, era amable, tierno, divertido y… atento, por el amor de Dios.

Esperaba en el porche, con las manos metidas en los bolsillos de los tejanos, mirando al infinito, pero giró sobre los talones en cuanto abrí la puerta. Entró, rozándome al pasar, y dejó tras él un olor a aire libre y sándalo. Un aroma embriagador: su aroma.

—Hoy estás muy guapa —comentó de repente.

Me miré la sudadera gris y me coloqué un mechón de pelo enredado detrás de la oreja.

—Ah, gracias. —Carraspeé—. Bueno… ¿qué hay?

Su excusa para pasar tiempo conmigo siempre era un impreciso «aquí, echándote un ojo», así que hoy no esperaba nada diferente.

—Me apetecía verte.

—Oh. —«Mira tú por dónde…»

Daemon soltó una risita grave.

—He pensado que podríamos ir a dar un paseo. Se está bien fuera.

Volví la mirada hacia el portátil mientras consideraba la invitación. No debería pasar tiempo con él, eso no hacía más que alentar su… comportamiento mejorado.

—Me portaré bien —me aseguró—. Te lo prometo.

Eso me hizo reír.

—Vale, vamos.

Fuera hacía fresco, aunque ni comparación con el frío que haría cuando se pusiera el sol. En lugar de dirigirse hacia el bosque, me llevó hacia su todoterreno.

—¿Dónde vamos a dar ese paseo, exactamente?

—Al aire libre —contestó con tono seco.

—Eso ya lo suponía.

—¿Sabes que haces muchas preguntas?

—Dicen que soy una persona curiosa

Se inclinó hacia delante y me susurró:

—Eso ya lo suponía.

Le hice una mueca, pero estaba intrigada, así que subí al asiento del pasajero.

—¿Has sabido algo de Simon? —le pregunté después de que saliera de la entrada dando marcha atrás—. Yo no he oído nada.

—Yo tampoco.

Un borroso despliegue de hojas doradas, rojas y marrones pasó junto a las ventanillas a medida que Daemon recorría la carretera a toda velocidad.

—¿Crees que un Arum ha podido tener algo que ver con su desaparición?

Daemon negó con la cabeza.

—Lo dudo. No he visto a ninguno, pero no podemos confiarnos.

No tenía sentido que un Arum se hubiera llevado a Simon, pero por aquí los chavales no desaparecían así como así a menos que estuvieran involucrados los Luxen y los Arum. El paisaje que vi por la ventanilla me resultó familiar y no tardé en darme cuenta de adónde nos dirigíamos. Confundida, observé cómo Daemon sacaba el todoterreno del camino y aparcaba en la entrada del campo donde celebraban fiestas los adolescentes.

El mismo lugar donde nos habíamos enfrentado a Baruck.

—¿Por qué aquí? —le pregunté mientras bajaba.

El suelo estaba cubierto de hojas muertas de diferentes colores. Cada vez que daba un paso, los pies se me hundían tres o cuatro centímetros en ellas. Durante un rato, lo único que oímos fue el susurro que hacían nuestros pies al abrirnos paso por el colorido mar de hojas.

—Este lugar podría contener un montón de energía residual debido a la pelea y la muerte de Baruck —comentó mientras rodeaba una rama de un árbol caído—. Ten cuidado, hay ramas desperdigadas por todas partes.

Me aparté de una llena de nudos.

—Puede que te parezca una locura, pero llevo tiempo queriendo venir. No sé por qué. Qué tontería, ¿eh?

—No —repuso con voz suave—. Para mí tiene sentido.

—¿Es por el tema de la energía?

—La que queda. —Se agachó y retiró otra rama caída del

camino—. Quiero ver si siento algo. Si el Departamento de Defensa ha venido aquí para comprobarlo, deberíamos estar al tanto.

Recorrimos el resto del camino en silencio. Yo lo seguía unos pasos por detrás, pisando con cuidado el terreno irregular. En cuanto tuvimos el claro a la vista, noté una extraña agitación en mi interior. El lugar estaba cubierto de hojas, pero los árboles seguían torcidos; su aspecto era aún más grotesco a medida que se retorcían hacia el suelo. Me detuve e intenté encontrar el punto exacto donde había estado Baruck por última vez.

Empujé el follaje muerto con el pie y el terreno marcado no tardó en quedar a la vista. La tierra parecía recordar lo que había sucedido aquella noche y se negaba a que el recuerdo se olvidara. Aquel lugar era como una tumba truculenta.

—La tierra nunca sanará —dijo Daemon con suavidad detrás de mí—. No sé por qué, pero absorbió la esencia del Arum y nunca crecerá nada en este punto. —Continuó lo que yo había empezado y apartó las hojas hasta que la zona quedó completamente al descubierto—. Al principio, me preocupaba tener que matar.

Aparté la mirada del trozo de terreno quemado. El poco sol que asomaba entre las nubes creaba reflejos caoba en su pelo oscuro.

Daemon esbozó una sonrisa forzada.

—No me gustaba arrebatar una vida. Sigue sin gustarme. Una vida es una vida.

—Tienes que hacerlo, no puedes cambiarlo. Darle demasiadas vueltas solo te hará sufrir. A mí me preocupa saber que he matado… a dos de ellos, pero…

—No hiciste nada malo. Que ni se te pase por la cabeza. —Me miró a los ojos un instante y luego carraspeó—. No siento nada.

Metí las manos en el bolsillo frontal de la sudadera y agarré el móvil.

—¿Crees que Defensa encontró algo?

—No lo sé. —Recorrió la pequeña distancia que nos separaba y se detuvo cuando tuve que inclinar la cabeza hacia atrás para mirarlo—. Depende de si están usando un equipo con el que no estoy familiarizado.

—Y si así fuera, ¿qué significaría? ¿Debemos preocuparnos?

—No lo creo, ni siquiera aunque los niveles de energía sean más

altos de lo normal. —Estiró una mano y me apartó un mechón de pelo que se me había escapado de la coleta—. Eso no les dice nada. ¿Has sufrido algún incidente últimamente?

—No —le aseguré, pues no quería que se preocupara sin necesidad. Pero, en realidad, hoy había reventado la bombilla de mi cuarto y había desplazado la cama casi un metro.

Mantuvo los dedos contra mi mejilla un momento más, y luego me apresó la mano y se la llevó a los labios. Me depositó un suavísimo beso en el centro de la palma que hizo que un estremecimiento abrasador me subiera por el brazo. Me observó a través de sus oscuras pestañas y me lanzó una mirada ardiente.

Separé los labios y mi corazón se agitó igual que la multitud de hojas que caía al suelo a nuestro alrededor.

—¿Me has traído hasta aquí para tenerme completamente a solas?

—Puede que eso haya sido parte del plan.

Daemon bajó la cabeza y el pelo le cayó hacia delante, rozándome la mejilla. Ladeó la cara y, un excitante instante después, apretó los labios contra los míos y el corazón me dio un vuelco. Me aparté bruscamente, jadeando.

—Nada de besos —susurré.

—Eso intento —dijo apretándome los dedos.

—Pues esfuérzate más. —Me solté la mano y retrocedí un paso mientras volvía a meter las manos en el bolsillo de la sudadera—. Creo que deberíamos volver a casa.

Daemon suspiró.

—Como quieras.

Hice un gesto afirmativo con la cabeza y emprendimos el camino de regreso al coche en silencio. Mantuve la mirada clavada en el suelo, debatiéndome entre lo que quería y lo que necesitaba. Daemon no podía ser ambas cosas.

—Estaba pensando… —dijo después de un momento.

Lo miré con recelo.

—¿El qué?

—Que deberíamos hacer algo juntos. Fuera de tu casa y que no sea solo pasear —contestó mirando al frente—. Deberíamos salir a cenar o tal vez a ver una peli.

Mi estúpido corazón empezó a saltar de nuevo.

—¿Me estás pidiendo una cita?

Daemon se rió entre dientes.

—Eso parece.

Los árboles comenzaron a escasear y aparecieron grandes pacas de heno.

—Tú no quieres salir conmigo.

—¿Por qué no dejas de decirme lo que quiero o no quiero? —En su tono se reflejaba la curiosidad.

—Porque es así —insistí—. En el fondo, no puedes querer seguir con esto conmigo. Tal vez con Ash…

—No quiero estar con Ash. —Sus facciones se endurecieron mientras se detenía y se volvía hacia mí—. Si fuera eso lo que quiero, estaría con ella. Pero no es así. No es con ella con quien quiero estar.

—Ni tampoco conmigo. No puedes decirme con sinceridad que te arriesgarías a que todos los Luxen de la zona te dieran la espalda por mi culpa.

Daemon movió la cabeza con incredulidad.

—Y tú tienes que dejar de suponer que sabes lo que quiero y lo que haría.

Me puse a andar de nuevo.

—No es más que el desafío y la conexión, Daemon. Sea lo que sea lo que sientes por mí, no es real.

—Menuda tontería —me soltó.

—¿Cómo puedes estar seguro?

—Porque lo sé. —Apareció delante de mí, con los ojos entrecerrados. Se golpeó el pecho con una mano, justo sobre el corazón—. Porque sé lo que siento aquí dentro. Yo no soy de los que huyen de las cosas, por muy duras que sean. Preferiría darme de narices contra una pared que pasar el resto de mi vida preguntándome cómo podría haber sido. Y ¿sabes qué? Tampoco pensé nunca que tú fueras de las que huían. Aunque quizá me equivoqué.

Saqué las manos, anonadada, y me aparté el pelo. Sentí un nudo en el estómago: de los buenos y cálidos.

—Yo no huyo.

—¿En serio? Porque eso es lo que estás haciendo —argumentó —. Finges que lo que sientes por mí no es real o no existe. Y sé de sobra que no sientes nada por Bobby.

—Blake —lo corregí automáticamente. Lo rodeé y me dirigí al coche—. No quiero hablar de…

Nos detuvimos en seco en el límite del bosque. Había dos enormes todoterrenos negros aparcados a ambos lados del de Daemon, bloqueándole el paso. Junto a uno de los vehículos había dos hombres vestidos con trajes negros. Una sensación de inquietud me inundó como si fuera una ola gélida y oscura. Daemon se situó delante de mí, con las manos a los costados y los músculos tensos. No me hizo falta preguntar para saber de quién se trataba.

El Departamento de Defensa estaba allí.

15

Uno de los hombres trajeados se adelantó, con la mirada clavada en Daemon.

—Hola, señor Black. Señorita Swartz.

—Hola, Lane —respondió Daemon con voz monótona. Al parecer, conocía a aquel tipo—. No esperaba verte hoy.

No estaba segura de lo que debía hacer, así que saludé con un gesto de la cabeza y permanecí en silencio, intentando pasar lo más desapercibida posible.

—Llegamos al pueblo hace un rato y vimos tu coche. —Lane sonrió y aquel gesto me dio escalofríos.

El otro trajeado me miró de pronto.

—¿Qué estabais haciendo por aquí?

—Anoche hubo una fiesta y estábamos buscando su móvil. —Daemon me dedicó una sonrisa—. Se le perdió y todavía no lo hemos encontrado.

Me sentí como si el móvil me estuviera quemando el bolsillo.

—Así que ya os veré después —continuó Daemon—. En cuanto encontremos el…

La puerta del pasajero de uno de los todoterrenos se abrió y salió una mujer. Llevaba el pelo rubio platino recogido en un moño apretado que dejaba ver unos rasgos angulosos, que habrían resultado bonitos en alguien que no tuviera pinta de poder soltarme una descarga con su pistola eléctrica en cualquier momento.

—¿Menores de edad bebiendo alcohol? —La sonrisa de la mujer me recordó a la de una Barbie: falsa, de plástico, perturbadora.

—No estuvimos bebiendo —le aseguré, siguiéndole la corriente a Daemon—. Daemon es un chico sensato. Sus padres son como los míos: lo matarían.

—Bueno, Daemon, esperaba que pudieras ponerme al día de

cómo os va. Podríamos… cenar temprano. —Lane hizo un gesto en dirección a su todoterreno—. Solo disponemos de unas horas. Odio interrumpir vuestra operación de búsqueda y rescate del móvil.

Por un momento, pensé que iba a protestar, pero luego se volvió hacia mí.

—No pasa nada. Puedo llevarla a casa y reunirme después con vosotros.

—No hace falta —interrumpió la mujer—. Podemos llevarla nosotros y así vosotros habláis con calma.

El pulso se me disparó y miré a Daemon en busca de ayuda. Un músculo se le tensó en la mandíbula mientras permanecía allí de pie, impotente y en silencio. Comprendí entonces que él no podía hacer nada. Así que esbocé una sonrisa forzada y asentí con la cabeza.

—Por mí, vale. Pero espero que no sea mucha molestia.

Daemon apretó la mano derecha.

—No es ninguna molestia —respondió la mujer—. Nos encantan los caminos de por aquí, con todos esos colores del otoño. ¿Lista?

Miré a Daemon mientras me dirigía hacia el todoterreno; él a su vez no me quitó la vista de encima ni un momento. Le di las gracias en voz baja a la mujer cuando me abrió la puerta de atrás y entré. Esperaba con toda mi alma no acabar en un cartel que dijera: «desaparecida».

Daemon estaba a punto de subirse a su coche, pero se detuvo y se volvió hacia mí. Juraría que oí su voz en mi cabeza: «Todo saldrá bien». Pero no podía haber sido él. Tal vez fue solo una ilusión; porque, por un momento, el miedo me corrió como agua helada por las venas. ¿Y si era la última vez que lo veía? ¿Y si no volvía a ver a nadie? ¿Y si habían descubierto que sabía la verdad?

¿Y si sabían lo que podía hacer?

Ahora deseaba haber dejado que Daemon me besara en el claro. Porque, si iba a desaparecer, al menos mi último recuerdo me habría servido de conclusión, de alguna forma.

Me obligué a respirar despacio mientras levantaba una mano y movía los dedos para despedirme de él antes de que la mujer cerrara la puerta.

La desconocida subió al asiento del pasajero y se dio la vuelta.

—¿Cinturón?

Me amarré con manos temblorosas y sudorosas. El hombre situado detrás del volante no dijo nada, pero se le agitaban los pelos del bigote como si resoplase.

—Esto… Gracias por llevarme.

—No hay problema. Me llamo Nancy Husher —se presentó, y luego señaló con la cabeza al conductor—. Y este es Brian Vaughn. Brian conoce a la familia de Daemon desde hace años, pero yo solo estoy de paso.

«Ya, claro.»

—Oh… eso es genial.

Nancy asintió con la cabeza.

—Daemon es como un hijo para Brian, ¿verdad?

—Sí —confirmó el conductor—. No solemos verlo con una chica. Debes de caerle muy bien para que te ayude a buscar tu móvil.

Mi mirada iba de la mujer al hombre.

—Supongo. Él y su hermana son muy simpáticos.

—Dee es un encanto. ¿Estás muy unida a ellos? —me preguntó Brian.

Me estaban interrogando. Estupendo.

—Bueno, teniendo en cuenta que somos los únicos que vivimos en la calle, se podría decir que sí.

Nancy miró por la ventanilla. Me di cuenta de que, por suerte, regresábamos a Ketterman.

—¿Y Daemon? ¿Estás muy unida a él?

Se me secó la boca.

—No sé si entiendo la pregunta.

—¿No me habías dicho que salía con alguien, Brian?

—Con Ash Thompson —contestó él.

Como si no supieran cómo se llamaba; pero, oye, yo también sabía jugar a eso.

—Sí, creo que rompieron en verano, pero no tiene nada que ver con nosotros.

—¿De verdad? —insistió Nancy.

Negué con la cabeza y decidí que no vendría mal un poco de verdad.

—Solo somos amigos. La mayor parte del tiempo, ni siquiera nos

llevamos bien.

—Pero acabas de decir que es simpático.

«Mierda.» Me encogí de hombros con cara de póquer.

—Puede ser simpático cuando quiere.

Arqueó una pálida ceja.

—¿Y Dee?

—Dee es increíble.

Miré por la ventanilla. Aquel era el viaje más largo de mi vida. Iba a darme un infarto antes de que terminara. Nancy tenía algo, aparte de lo evidente, que me inquietaba.

—¿Y qué opinas de sus padres?

Fruncí el ceño. Qué preguntas más raras, considerando que no sabían que yo estuviera al tanto de nada.

—Pues no sé. Son padres.

Brian se rió. ¿Ese tío era de verdad? Su risa sonaba un poco mecánica.

—Me refiero a si te gustan —aclaró Nancy.

—No los veo a menudo: solo entrar y salir. La verdad es que nunca he hablado con ellos. —La miré a los ojos, deseando que me creyera—. No voy mucho por su casa, así que no suelo encontrármelos.

Me sostuvo la mirada unos instantes más y luego se volvió en el asiento. Nadie dijo nada después de eso. Tenía la frente cubierta de sudor y, cuando Brian entró en mi calle, casi lloro de alivio. Ya estaba desabrochándome el cinturón antes de que el coche terminara de detenerse.

—Gracias por traerme —dije a toda prisa.

—No ha sido nada —contestó Nancy—. Cuídate, señorita Swartz.

Se me erizó todo el vello del cuerpo. Abrí la puerta y salí.

Y, justo entonces, en el momento más inoportuno del mundo, el móvil me sonó en el bolsillo, bramando como una alarma. «Joder…»

Miré rápidamente a Nancy y ella me sonrió.

—Estoy segura de que Daemon está bien —me repitió Dee—. Hacen esto continuamente, Katy. Se pasan por aquí, nos localizan y

se comportan raro.

Me detuve delante del televisor, retorciéndome las manos. El miedo había arraigado en mis entrañas desde el momento en que me habían dejado delante de mi casa.

—Vosotros no lo entendéis. Les dijo que estábamos allí buscando mi móvil, que lo había perdido. Y luego va y suena delante de ellos.

—Ya lo sé, pero ¿cuál es el problema? —Adam se sentó en el sofá y levantó las piernas—. Es imposible que sospechen que sabes algo.

Pero sabían que estábamos mintiendo y todos parecían demasiado listos para pasarlo por alto. Además, no podía contarle a Dee qué estábamos haciendo allí de verdad. Me lo había preguntado, por supuesto, pero me había inventado una patética excusa sobre que queríamos ver el lugar donde Daemon había matado a Baruck. Dee no parecía estar convencida del todo.

Me puse a caminar de nuevo de un lado a otro de la habitación.

—Pero eso fue hace horas, chicos. Son casi las diez.

—Cariño, Daemon está bien. —Dee se puso en pie y me cogió las manos—. Estuvieron aquí primero y luego fueron a buscarlo. Lo único que hacen es ser unos pesados y hacer preguntas.

—Pero ¿por qué tardarán tanto con él?

—Porque les gusta darle el coñazo y él no se queda atrás —comentó Adam mientras hacía flotar el mando a distancia hacia su mano—. Tienen una relación un tanto masoquista.

Me reí sin muchas ganas.

—Pero ¿y si descubren que lo sé? ¿Qué le harán?

Dee frunció las cejas.

—No van a descubrirlo, Katy. Y, si pasara, deberás preocuparte más por ti misma que por él.

Liberé las manos, asintiendo con la cabeza, y seguí desgastando la alfombra. Ellos no lo entendían, pero yo lo había visto en los ojos de Nancy. Sabía que estábamos mintiendo y aun así me había dejado ir. ¿Por qué?

—Katy —dijo Dee con voz pausada—. Me sorprende que te inquiete tanto el bienestar de Daemon.

Un rubor me cubrió las mejillas. No quería analizar con demasiado detenimiento por qué estaba tan preocupada.

—Solo porque se trate de… de Daemon… no significa que quiera que le pase nada malo.

Dee enarcó una ceja mientras me observaba atentamente.

—¿Estás segura de que eso es todo?

—Claro que sí —respondí deteniéndome.

—Te ha estado llevando cosas al instituto. —Adam echó la cabeza hacia atrás, con los ojos entrecerrados—. Nunca lo había visto comportarse así con nadie. Ni siquiera con mi hermana.

—Y habéis estado pasando mucho tiempo juntos —añadió Dee.

—¿Y qué? Tú has estado pasando mucho tiempo con Adam. —En cuanto las palabras salieron de mi boca, me di cuenta de que eran una auténtica estupidez.

Dee me sonrió con un destello en los ojos.

—Sí, y nos hemos acostado. Muchas veces.

Adam se quedó boquiabierto.

—Caramba, Dee, no te cortes, cuéntalo todo.

Ella se encogió de hombros.

—Es la verdad.

—Oh, ni hablar, eso no es lo que pasa entre nosotros.

Me acerqué al sofá y me senté al lado de Adam, que se había puesto colorado.

—¿Y qué es lo que pasa, entonces?

Mierda, odiaba tener que mentirle.

—Ha estado ayudándome a estudiar.

—¿Para qué?

—Trigonometría —respondí rápidamente—. Se me dan fatal las mates.

Dee se rió.

—Vale. Si tú lo dices… Pero espero que sepas que no voy a cabrearme si hay algo entre mi hermano y tú.

Me quedé mirándola.

—Y en parte entiendo por qué querríais mantenerlo en secreto. Sois famosos por vuestras batallas dialécticas y todo eso. —Frunció el ceño—. Pero quiero que sepas que me parece bien. Es una locura y espero que Daemon esté preparado para lo que se avecina, pero quiero que sea feliz. Y si tú lo haces feliz…

—Vale, vale. Lo pillo. —Por nada del mundo quería tener esa

conversación con Dee delante de Adam.

Mi amiga me sonrió.

—Espero que te pienses mejor lo de cenar con nosotros en Acción de Gracias. Ya sabes que nos encantaría que vinieras.

—Tengo serias dudas de que a Ash y Andrew les gustase compartir la mesa conmigo.

—¿A quién le importa lo que opinen ellos? —Adam puso los ojos en blanco—. A mí no, ni a Daemon, y a ti tampoco debería importarte.

—Vosotros sois como una familia. No me…

Sentí un hormigueo en el cuello. Sin pensar, di media vuelta y atravesé corriendo la habitación. Abrí la puerta de golpe y me adentré a toda prisa en el frío aire nocturno.

Ni siquiera lo medité.

Daemon había llegado al último escalón cuando me abalancé sobre él, le eché los brazos al cuello y lo abracé con fuerza. Él pareció quedarse atónito un segundo y luego me rodeó la cintura con los brazos. Durante unos instantes, ninguno de los dos habló. No hacía falta. Solo quería abrazarlo… y que él me abrazara a mí. Quizá era por la conexión que nos unía o quizá era algo infinitamente más profundo. En ese momento, no me importaba.

—Eh, oye, gatita, ¿qué pasa?

Me apretujé más y aspiré larga y profundamente.

—Creía que el Departamento de Defensa te había llevado a algún laboratorio y te había metido en una jaula.

—¿En una jaula? —Soltó una carcajada un tanto vacilante—. No, nada de jaulas. Solo querían hablar, pero han tardado más de lo que pensaba. Todo va bien.

Dee carraspeó.

—Ejem…

Me puse tensa al caer en la cuenta de lo que estaba haciendo. «Ay, qué mal rollo.» Liberé los brazos y me retorcí para escapar de los suyos; después retrocedí, colorada.

—Me… me he emocionado.

—Sí, ya lo veo —comentó Dee, sonriendo como una tonta.

Daemon me miraba como si acabara de ganar la lotería.

—Creo que me gusta este nivel de emoción. Me hace pensar

en…

—¡Daemon! —exclamamos las dos.

—¿Qué? —Sonrió mientras le alborotaba el pelo a Dee—. Solo estaba sugiriendo…

—Ya sabemos qué ibas a sugerir. —Dee se apartó de su mano—. Y no quiero vomitar esta noche. —Me sonrió—. ¿Lo ves? Ya te dije que estaba bien.

Eso ya lo veía. También estaba como un tren, pero volviendo al asunto…

—¿No sospechan nada?

Daemon negó con la cabeza.

—Nada fuera de lo normal, pero están siempre paranoicos. —Se quedó callado un momento y me miró a los ojos bajo la tenue luz del porche—. Te aseguro que no tienes nada de lo que preocuparte. Estás a salvo.

No era por mí por quien había estado preocupada y, ay, Dios, eso era malo. Mi instinto de supervivencia estaba hecho un lío. Necesitaba salir de allí ahora mismo.

—Bueno, tengo que volver a casa.

—Kat…

—No. —Me despedí con la mano mientras empezaba a bajar los escalones—. Tengo que volver, en serio. Blake me ha llamado y tengo que devolverle la llamada.

—Boris puede esperar —soltó Daemon.

—Blake —repuse deteniéndome en la acera.

Demostrando mucha prudencia, Dee había entrado, pero Daemon se había desplazado hasta el borde del porche. Sentí que mis pensamientos y mis emociones quedaban demasiado expuestos cuando lo miré a los ojos.

—Me hicieron un montón de preguntas… sobre todo la mujer.

—Nancy Husher —dijo, con el ceño fruncido. Un segundo después, estaba de pie delante de mí—. Al parecer, es una mandamás en el Departamento de Defensa. Querían saber qué pasó el fin de semana de Halloween, así que les ofrecí mi versión editada.

—¿Te creyeron?

Daemon asintió con la cabeza.

—Se lo tragaron todo.

Me estremecí.

—Pero no fuiste tú, Daemon. Fui yo. O, más bien, todos nosotros.

—Ya lo sé, pero ellos no. —Bajó la voz mientras me acunaba la mejilla—. Nunca lo sabrán.

Cerré los ojos. El calor de su mano disipó un poco mi miedo.

—No soy yo la que me preocupa. Si creen que sacaste un satélite de su órbita, podrían considerarte una amenaza.

—O podrían pensar que soy alucinante.

—No tiene gracia —susurré.

—Lo sé. —Daemon se acercó más y, antes de darme cuenta, me encontraba de nuevo en sus brazos—. No te preocupes por mí ni por Dee. Podemos encargarnos del Gobierno. Confía en mí.

Permití que me abrazara un momento y me empapé de su calor, pero luego me solté.

—No le dije nada a esa señora, pero el maldito teléfono sonó cuando estaba bajando del coche. Se enteró de que les mentimos acerca de por qué estábamos allí.

—Les va a traer sin cuidado que les mintiéramos sobre lo del teléfono. Lo más probable es que piensen que fuimos allí a montárnoslo. No tienes de qué preocuparte, Kat.

La ansiedad no me abandonó, sino que se deslizó por mi interior. Había visto algo en Nancy… una expresión calculadora. Como si nos hubieran puesto un examen sorpresa y no lo hubiéramos pasado. Levanté la vista y lo miré a los ojos.

—Me alegro de que estés bien.

—Ya lo sé —dijo con una sonrisa.

Podría haberme quedado allí toda la noche, perdida en aquellos ojos centelleantes, pero algo me impulsó a alejarme todo lo que pudiera de él, lo más rápido posible. Todo aquello iba a traer algo malo.

Di media vuelta y me alejé.

16

Como era de esperar, pasé la mayor parte de Acción de Gracias deambulando por la casa, sola. Al final, a mamá le había tocado fastidiarse: debía hacer un turno doble que la tendría fuera de casa desde el jueves por la mañana hasta el mediodía del viernes.

Podría haber ido a la casa de al lado. Tanto Dee como Daemon me habían invitado, pero no me parecía bien estropear su versión alienígena de Acción de Gracias. Y, por todas las veces que me había asomado a espiar por la ventana cada vez que oía cerrarse la puerta de un coche fuera, sabía que todos los asistentes eran en secreto extraterrestres. Incluso Ash llegó con sus hermanos, con más cara de ir a un funeral que a una cena.

A una parte de mí no le gustaba que ella estuviera allí. Sí, estaba celosa. Qué estupidez.

Pero había acertado al no ir: estaba hecha un manojo de nervios. Solo en lo que llevábamos de día, había volcado la mesa de centro, había roto tres vasos y había hecho estallar una bombilla. Probablemente no fuera una buena idea estar con gente, pero habría sido genial olvidarme de todo un rato con las festividades. Lo único positivo era que ya no sentía como si la cabeza fuera a estallarme después de mis travesuras.

A eso de las seis de la tarde, sentí aquel cosquilleo tan familiar en la nuca justo antes de que Daemon llamara a la puerta. Un abanico de sentimientos confusos se desplegó en mi interior mientras me dirigía rápidamente a abrir.

Lo primero en lo que me fijé fue en una caja grande que había a su lado, y luego me llegó el olor a pavo asado y boniatos.

—Hola —me saludó sosteniendo una pila de platos cubiertos—. Feliz Acción de Gracias.

Parpadeé despacio.

—Feliz Acción de Gracias.

—¿Piensas invitarme a pasar? —Levantó los platos, haciendo que se menearan—. Traigo comida.

Me hice a un lado. Daemon entró, sin dejar de sonreír, y agitó la mano libre. La caja se levantó del porche y lo siguió como si fuera un perro hasta posarse en el recibidor. Mientras cerraba la puerta, vi a Ash y Andrew subiéndose a su coche, pero ninguno de los dos miró hacia mi casa.

Se me hizo un nudo en la garganta cuando me volví hacia Daemon.

—He traído un poco de todo. —Se dirigió hacia la cocina—. Hay pavo, boniatos, salsa de arándanos, puré de patatas, cazuela de judías verdes, una cosa crujiente de manzana y pastel de… ¿Vienes o qué, gatita?

Me aparté de la puerta de la calle y fui a la cocina. Daemon estaba poniendo la mesa y destapando los platos. No… no sabía qué pensar.

Levantó las manos y dos viejos candeleros de cristal que mamá nunca usaba flotaron hasta la mesa. Después vinieron las velas y, con un gesto de la mano, unas llamas diminutas se encendieron en las mechas.

El nudo creció hasta casi ahogarme.

De varios cajones abiertos salieron platos, cubiertos y vasos. El vino de mamá salió volando de la nevera y se sirvió en dos copas altas de cristal al tiempo que Daemon permanecía de pie en medio de todo. Parecía una escena sacada de*La bella y la bestia*; esperaba que una tetera se pusiera a cantar en cualquier momento.

—Y, después de la cena, te tengo preparada otra sorpresa.

—¿De verdad? —susurré.

Daemon asintió con la cabeza.

—Pero primero tienes que cenar conmigo.

Me acerqué a la mesa arrastrando los pies y me senté, observándolo con ojos vidriosos. Me sirvió un plato y luego se sentó a mi lado. Tuve que carraspear antes de hablar.

—Daemon, no… no sé qué decir, pero gracias.

—No hace falta que me des las gracias —contestó—. No has querido venir, lo entiendo, pero no deberías estar sola.

Bajé la mirada antes de que descubriera que se me habían llenado los ojos de lágrimas, cogí la copa y me bebí de un trago el amargo vino blanco.

Cuando lo miré, había enarcado las cejas.

—Borrachina —murmuró.

—Tal vez… pero solo por hoy —dije con una sonrisa.

Me dio un golpecito con la rodilla por debajo de la mesa.

—Ataca antes de que se enfríe.

La comida estaba deliciosa. Cualquier duda que hubiera tenido acerca de las habilidades culinarias de Dee se desvaneció. Me bebí otra copa de vino durante la pequeña cena improvisada y también me comí todo lo que Daemon me puso en el plato, incluso cuando me hizo repetir.

Cuando le clavé el tenedor al pastel de calabaza, o bien estaba un poquito borracha o estaba empezando a creer que había algo más que la conexión detrás de su comportamiento. Que tal vez sí sentía afecto por mí, porque yo podía luchar contra eso (más o menos) y sabía perfectamente que Daemon también podría si quisiera.

Pero quizá no quería.

Limpiar después de la cena fue una experiencia extrañamente íntima. Nuestros codos se rozaron varias veces y se hizo un agradable silencio mientras lavábamos los platos, el uno al lado del otro.

Me había puesto colorada y divagaba. Estaba claro que había tomado demasiado vino.

Cuando terminamos, lo seguí hasta el recibidor y luego Daemon llevó la enorme caja, que emitió una especie de tintineo, hasta la sala de estar sin tocarla. Me senté en el borde del sofá, junté las manos y esperé. No tenía ni idea de qué andaba tramando.

Daemon abrió la caja y metió las manos dentro. Sacó una rama con agujas verdes y me pinchó con ella.

—Creo que tenemos que montar el árbol de Navidad. Ya sé que no están poniendo el desfile, pero me parece que hay un especial de Acción de Gracias de Charlie Brown que, bueno, tampoco está tan mal.

Se acabó. Volví a sentir el nudo en la garganta, pero esta vez no

pude contenerlo. Me levanté del sofá de un salto y salí corriendo del salón. Se me llenaron los ojos de lágrimas, que luego me cayeron por las mejillas. La emoción me embargó mientras me pasaba las manos por debajo de los ojos.

Daemon apareció delante de mí, bloqueando la escalera. Tenía una expresión de sorpresa en los ojos y las pupilas luminosas. Intenté apartarme, pero me envolvió rápidamente con sus fuertes brazos.

—No pretendía hacerte llorar, Kat.

—Ya lo sé. —Sollocé—. Es que…

—¿Es que qué? —Me cubrió las mejillas con las manos y me limpió las lágrimas con los pulgares. Aquel contacto me provocó un hormigueo en la piel—. ¿Gatita?

—No creo que sepas cuánto… significa esto para mí. —Respiré hondo, pero las estúpidas lágrimas seguían cayendo—. No he vuelto a hacerlo desde que… desde que mi padre estaba vivo. Siento haberme puesto a llorar, porque no estoy triste. Es que no me lo esperaba.

—No pasa nada. —Daemon tiró de mí y no me opuse. Me rodeó con los brazos mientras yo hundía la cara en la parte delantera de su camiseta—. Lo entiendo. Son lágrimas de las buenas.

Estar en sus brazos me provocó una sensación cálida, de estar haciendo lo correcto. Quería negarlo, pero por primera vez me detuve… y me dejé llevar. Tanto si Daemon me veía como un cubo de Rubik gigante que tenía que resolver o si se debía a los poderes curativos, no importaba. No en ese momento.

Me agarré a su camiseta con el puño y me aferré a él. Quizá Daemon creyera que sabía cuánto significaba eso para mí, pero en realidad no tenía ni idea. Nunca lo sabría.

Levanté la cabeza y coloqué las manos contra sus suaves mejillas. Con su ayuda, acerqué sus labios a los míos y lo besé. Fue un beso rápido e inocente, pero la sensación me llegó hasta la punta de los pies. Me aparté, sin aliento.

—Gracias. Lo digo en serio. Gracias.

Daemon me pasó el dorso de los dedos por la mejilla, haciendo desaparecer las últimas lágrimas.

—Que nadie se entere de mi lado tierno. Tengo una reputación

que mantener.

Solté una carcajada.

—Muy bien, pongámonos manos a la obra.

Adornar un árbol de Navidad con un extraterrestre era una experiencia diferente. Daemon apartó el sillón reclinable de delante de la ventana con un movimiento de la barbilla y las bolas flotaron en el aire junto con unas luces parpadeantes que ni siquiera estaban enchufadas.

Nos reímos mucho. De vez en cuando volvía a ahogarme de la emoción al pensar en la cara que pondría mamá mañana por la tarde. Me pareció que se alegraría.

Daemon dejó caer espumillón plateado sobre mi cabeza mientras yo cogía una bola del aire.

—Gracias —dije.

—Te queda bastante bien.

El aroma a pino artificial llenó la sala de estar y el espíritu navideño despertó en mi interior como un gigante dormido. Le dediqué una amplia sonrisa a Daemon y sostuve en alto una bola tan verde que casi hacía juego con sus ojos. Decidí que esa iba a ser su bola.

La coloqué justo debajo de la titilante estrella.

Cuando terminamos, casi era medianoche. Nos sentamos en el sofá, muslo con muslo, y contemplamos nuestra obra maestra. El árbol tenía un poquitín de espumillón de más por un lado, pero era perfecto. Un arco iris de luces de colores brillaba y las bolas de vidrio relucían.

—Me encanta —anuncié.

—Sí, está bastante bien. —Se inclinó hacia mí, bostezando—. Dee ha montado el árbol esta mañana. Todo tiene que ser del mismo color, pero a mí me parece que nuestro árbol es mejor. Es como una bola de discoteca.

«Nuestro árbol.» Sonreí; me gustaba cómo sonaba.

Me dio un golpecito con el hombro.

—¿Sabes qué? Me he divertido.

—Yo también.

Daemon bajó las pestañas. Qué envidia, yo mataría por unas iguales.

—Es tarde.

—Es verdad. —Vacilé—. ¿Quieres quedarte?

Daemon enarcó una ceja. Eso había sonado fatal.

—No me refiero a eso.

—Tampoco me quejaría si fuera así. Para nada.

Bajó la mirada y puse los ojos en blanco, pero sentí un retortijón en la barriga. ¿Por qué le había ofrecido quedarse? La suposición de Daemon no andaba demasiado desencaminada. No me parecía que le fueran las fiestas de pijamas aptas para menores. Recordé la única vez que habíamos compartido la cama. Me puse en pie, colorada. No quería que se marchara, pero no… no sabía lo que quería.

—Voy a cambiarme —dije.

—¿Necesitas ayuda?

—Vaya. Qué caballeroso, Daemon.

Su sonrisa se hizo aún más amplia, mostrando unos profundos hoyuelos.

—Bueno, la experiencia sería beneficiosa para ambos. Te lo prometo.

Seguro que sí.

—Quédate aquí —le ordené, y luego subí corriendo las escaleras.

Me puse rápidamente unos pantalones cortos de pijama y una camiseta térmica rosa. No era la ropa para dormir más sexy del mundo; pero, mientras me lavaba la cara y los dientes, decidí que era la mejor opción. Otra cosa le daría ideas a Daemon. Aunque, a decir verdad, hasta una bolsa de papel lo alentaría.

Salí del cuarto de baño y me paré en seco. Daemon no se había quedado abajo. Se me borró la sonrisa de la cara. Estaba de pie junto a la ventana, de espaldas a mí.

—Me aburría.

—No he tardado ni cinco minutos.

—Tengo poca capacidad de concentración. —Me miró por encima del hombro y le brillaron los ojos—. Bonitos pantalones.

Sonreí. Estaban decorados con estrellas.

—¿Qué haces aquí arriba?

—Has dicho que podía quedarme. —Se volvió hacia mí y su mirada se deslizó hacia la cama. De pronto, la habitación me

pareció demasiado pequeña, y la cama todavía más—. No creo que te refirieras a quedarme en el sofá.

Ahora ni siquiera estaba segura de a qué me había referido. Suspiré. ¿En qué me había metido?

Daemon atravesó la habitación y se detuvo delante de mí.

—No voy a morderte.

—Menos mal.

—A menos que quieras que lo haga —añadió con una sonrisa pícara.

—Qué bien —mascullé, esquivándolo.

Definitivamente, hacía falta un poco de espacio. Aunque tampoco es que sirviera de mucho. Con el corazón a mil, lo vi deshacerse de los zapatos y luego sacarse la camiseta. Cuando se llevó la mano al botón de los tejanos, puse los ojos como platos.

—Pero ¿qué… qué haces?

—Preparándome para acostarme.

—Pero ¡te estás desnudando!

Enarcó las cejas.

—Llevo calzoncillos. ¿Qué? ¿Esperas que duerma en vaqueros?

—Lo hiciste la última vez. —De pronto sentí la necesidad de abanicarme.

Daemon se rió.

—En realidad, llevaba un pantalón de pijama.

Y también tenía puesta una camiseta, pero ¿quién se fijaba en esos detalles? Podría haberle pedido que se marchara, pero en cambio me di la vuelta y aparenté estar absorta en un libro que había sobre mi escritorio. Sentí unos escalofríos que me llegaron a lo más hondo al oír crujir la cama bajo su peso. Respiré de manera entrecortada y me volví. Daemon estaba en la cama, con los brazos cruzados detrás de la cabeza y una expresión inocente en la cara.

—Esto no ha sido una buena idea —susurré.

—Probablemente haya sido la mejor que hayas tenido.

Me froté las manos en las caderas.

—Va a hacerte falta mucho más que una cena de Acción de Gracias y un árbol de Navidad para echar un polvo.

—Maldita sea. Ese era mi plan.

Me quedé mirándolo, nerviosa, furiosa y emocionada. Era

imposible sentir tantas cosas a la vez. La cabeza me daba vueltas cuando me acerqué con rigidez a mi lado de la cama (Virgen santa, ¿desde cuándo teníamos lados?) y me metí rápidamente bajo las mantas. No quería saber si se había dejado puestos los vaqueros o no.

—¿Puedes apagar la luz? —Se hizo la oscuridad sin que Daemon se moviera. Transcurrió un momento—. Esa habilidad es muy útil.

—¿A que sí?

Centré la mirada en la pálida luz que se colaba por las cortinas.

—Tal vez algún día pueda ser igual de perezosa que tú y apagar las luces sin moverme.

—Siempre viene bien tener algo a lo que aspirar.

Me relajé mínimamente y sonreí.

—Por Dios, cuánta modestia.

—La modestia es para los santos y los perdedores. Yo no soy ninguna de esas dos cosas.

—Alucino, Daemon. Alucino contigo.

Se colocó de costado y su respiración me agitó el pelo junto al cuello. De pronto, sentí el corazón en la garganta.

—No puedo creer que no me hayas echado todavía.

—Ya somos dos —murmuré.

Daemon se las arregló para acercarse más y… Oh, sí, se había quitado los vaqueros. Sus piernas desnudas rozaron las mías y se me disparó el ritmo cardíaco.

—Te aseguro que no quería hacerte llorar hace un rato.

Me tumbé de espaldas y lo miré. Estaba apoyado en un codo y unos mechones sedosos le caían sobre los luminosos ojos.

—Ya lo sé. Todo esto que has hecho ha sido increíble.

—Es que no me gustaba que estuvieras sola.

Respiré de forma lenta y acompasada. Al igual que pasó cuando me abrazó en el piso de abajo y lo besé, quise dejar de pensar. Era un reto imposible cuando sus ojos tenían la intensidad de un millar de soles.

Daemon estiró una mano para apartarme un mechón de pelo de la mejilla con la punta de los dedos y una descarga eléctrica me atravesó. No se podía negar la atracción… la fuerza magnética que no quería liberarnos a ninguno de los dos. Mi mirada permanecía

fija en sus labios, como si fuera una adicta, y el recuerdo de su tacto me abrasaba. Todo aquello era absurdo: invitarlo a quedarse, meterme en la cama con él y pensar en besarlo. Absurdo y excitante.

Tragué saliva.

—Deberíamos dormirnos.

Me acunó la mejilla con la mano y deseé tocarlo. Deseé estar más cerca.

—Es verdad —asintió.

Alcé una mano y le acaricié los labios con los dedos. Eran suaves y mullidos, pero a la vez firmes. Embriagadores. Se le enardeció la mirada y sentí un nudo en el estómago. Daemon acercó más la cabeza y me rozó la comisura de la boca con los labios. Me deslizó las manos por la cara y el cuello y, cuando bajó de nuevo la cabeza, sus labios me rozaron la punta de la nariz. Y, entonces, me besó. Fue un beso de esos que van aumentando de intensidad lentamente y te hacen estremecer, y que me dejó anhelando más, mucho más. Sentí que me perdía en aquel beso y me fundía con Daemon.

Se apartó con un gemido y se acomodó a mi lado, rodeándome la cintura con un brazo.

—Buenas noches, gatita.

Dejé escapar un largo suspiro con el corazón a mil.

—¿Eso es todo?

Daemon se rió.

—Eso es todo… por ahora.

Me mordí el labio e insté a mi corazón a que redujera la velocidad. Me pareció que tardaba una eternidad en volver a latir con normalidad. Luego, por fin, me acurruqué junto a él hasta que me colocó un brazo debajo de la cabeza. Me puse de costado y apoyé la mejilla en su brazo. Nuestros alientos se mezclaron mientras permanecíamos allí tumbados, mirándonos en silencio hasta que se le cerraron los ojos. Por segunda vez aquella noche, admití que tal vez me había equivocado con Daemon. Tal vez ni siquiera me conocía a mí misma. Y en esta ocasión no podía echarle la culpa al vino.

Me quedé dormida preguntándome qué habría querido decir con «por ahora».

17

Cuando Blake me mandó un mensaje y me pidió que me reuniera con él en el Smoke Hole Diner el viernes por la tarde, no supe qué hacer. No me parecía… correcto cenar con él cuando la noche anterior había dormido en brazos de Daemon.

Me puse colorada. No hicimos nada aparte de aquel beso, pero fue igual de íntimo, si no más. Mis sentimientos por él eran un caos total y lo que hizo por mí ayer, con la cena y el árbol de Navidad, tenía un significado que no podía ignorar.

Pero tampoco podía ignorar a Blake. Era mi amigo y, después de lo de anoche, necesitaba asegurarme de que no esperaba nada más que eso: una amistad. Porque en algún momento del día, a pesar de que no había resuelto las cosas con Daemon, caí en la cuenta de que él tenía razón en un aspecto: estaba utilizando a Blake.

Blake era sencillo e inofensivo, un chico majísimo con el que cualquier chica querría salir, pero mis sentimientos por el surfista eran bastante sosos. Nada comparado con lo que sentía por Daemon. Y eso no estaba bien. Si Blake estaba interesado en mí, no podía seguir dándole falsas esperanzas.

Así que respondí a su mensaje y le dije que me parecía bien, con la esperanza de que aquella no fuera la cena más incómoda de mi vida.

El clima cambió en cuanto el sol se ocultó detrás de las montañas. Al agradable aire otoñal lo reemplazó un viento casi gélido y el cielo adquirió un aspecto sombrío y nublado.

Aparqué en el sitio que quedaba más cerca de la puerta de la cafetería. El viento había aullado todo el camino y no me apetecía nada salir de mi coche calentito. No pude evitar fijarme en que en el trozo de cristal situado encima del horario del restaurante había una fotografía de Simon. Hice una mueca, abrí la puerta de golpe y

entré rápidamente en el restaurante, que estaba sorprendentemente lleno de gente.

Blake estaba sentado cerca de la chimenea. Se puso de pie y sonrió cuando me vio.

—Hola, me alegro de que hayas podido venir.

Cuando se acercó para abrazarme, hice como si no me hubiera dado cuenta y me senté.

—Por Dios, qué frío. ¿Qué tal tu viaje?

Blake frunció levemente el ceño, pero luego se sentó y arregló los cubiertos de manera metódica alrededor de un plato imaginario.

—No estuvo mal, aunque no fue demasiado emocionante. —Cuando todo estuvo cuidadosamente colocado, levantó la mirada—. ¿Y qué tal tus vacaciones?

—Más o menos como las tuyas. —Me quedé callada un momento al ver a unos cuantos chicos del instituto. Estaban todos apiñados, bebiendo refrescos y comiendo una pizza enorme. Chad, el chico con el que salía Lesa, me saludó con la mano y yo le devolví el saludo—. Pero no estoy lista para que acaben.

Hicimos una pausa mientras una camarera rellenita nos tomaba nota. Yo pedí un refresco y una ración de patatas fritas y él, sopa.

—Esperemos que no acabe encima de mi cabeza —bromeó.

Me encogí al recordarlo. Pero no era probable que pasara, puesto que Daemon no estaba por allí… todavía.

—Siento muchísimo todo aquello.

Blake me dio un golpecito con la pajita en la mano antes de retirar el papel que cubría el plástico.

—No te preocupes. Esas cosas pasan.

Asentí con la cabeza, la mirada clavada en las ventanas empañadas. Blake carraspeó y frunció de nuevo el ceño mientras observaba con los ojos entrecerrados a un hombre de mediana edad sentado cerca de la barra que miraba a su alrededor con nerviosismo.

—Creo que ese tipo está a punto de largarse sin pagar la cuenta.

—¿En serio?

Blake asintió.

—Y piensa que va a salirse con la suya. Ya lo ha hecho muchas veces.

Muda de asombro, vi cómo el hombre daba un último sorbo y se levantaba sin pedir la cuenta.

—Siempre hay alguien mirando —añadió Blake con una leve sonrisa.

Una pareja sentada detrás del hombre, ambos con camisas de franela y tejanos muy gastados, también observaba al cliente que se preparaba para huir. El hombre se inclinó hacia la mujer y le susurró algo. La mofletuda mujer puso cara de pocos amigos y golpeó la mesa con la mano.

—¡Estos malditos gorrones se creen que pueden conseguir una comida gratis!

Aquel exabrupto llamó la atención del encargado, que estaba atendiendo a un cliente junto a la puerta. Se volvió hacia el asombrado ladrón y exclamó:

—¡Oiga! ¿Ha pagado eso?

El hombre se detuvo y hurgó en sus bolsillos. Masculló una disculpa y lanzó a toda prisa varios billetes arrugados sobre la mesa.

Me volví bruscamente hacia Blake.

—Madre mía, eso ha sido… asombroso.

Blake se encogió de hombros. Mi inquietud fue en aumento mientras esperaba a que la camarera regresara con nuestro pedido y se marchara.

—¿Cómo sabías que iba a hacer eso?

Blake sopló la cucharada de sopa de verduras.

—Cuestión de suerte.

—Gilipolleces —susurré.

—No ha sido más que un golpe de suerte —insistió mirándome a los ojos.

Me asaltaron las dudas. Blake no era un extraterrestre (al menos, eso suponía, y ninguno de los Luxen que conocía podía leer la mente ni predecir nada), pero eso había sido la mar de raro. Podría haberse tratado de un golpe de suerte, pero el instinto me decía que allí había algo más.

Mastiqué las patatas fritas.

—Bueno, ¿y tienes muchos golpes de suerte de esos?

Se encogió de hombros.

—A veces. Solo es intuición.

—Intuición —repetí, asintiendo con la cabeza—. Menuda intuición más precisa tienes.

—En fin, me he enterado de lo de ese chico que ha desaparecido. Qué mal rollo.

El repentino cambio de tema me desconcertó.

—Sí, desde luego. Creo que la policía piensa que se escapó.

Blake revolvió la sopa con la cuchara.

—¿Le hicieron muchas preguntas a Daemon?

—¿Por qué? —pregunté, sorprendida.

La mano de Blake se quedó inmóvil.

—Pues… porque Daemon se peleó con él. Sería normal que lo interrogaran.

Vale, en eso tenía razón, y yo me estaba poniendo demasiado nerviosa con ese tema.

—Sí, creo que hablaron con él, pero él no tuvo nada que ver con…

Me quedé paralizada, sin dar crédito a lo que estaba sintiendo. Un calor amortiguado me brotó entre los pechos. No podía ser.

Dejé caer la patata en el plato. La obsidiana empezó a quemarme debajo del jersey. Me llevé una mano al cuello, con movimientos frenéticos, y tiré de la cadena. Cuando la obsidiana quedó a la vista, la rodeé con la mano e hice un gesto de dolor cuando la piedra me abrasó la palma. El pánico me subió por la garganta a medida que levantaba la mirada.

Blake estaba haciendo algo con la muñeca, pero yo tenía la vista clavada en la puerta principal. La puerta se abrió y las hojas secas se desperdigaron por las baldosas. El quedo murmullo de las conversaciones no se interrumpió; los clientes no eran conscientes del monstruo que había entre ellos. La obsidiana prácticamente estaba hirviendo y nuestra mesa empezó a sacudirse suavemente.

En la entrada, una mujer alta y pálida con gafas de sol oscuras que le cubrían la mitad de la cara estudiaba a los numerosos clientes. El pelo azabache le caía en gruesos mechones compactos alrededor de las mejillas y tenía los labios rojos abiertos en una sonrisa de serpiente.

Era una Arum.

Empecé a levantarme, a punto de arrancarme la obsidiana del cuello. ¿De verdad me atrevería a atacarla? No estaba segura, pero no podía quedarme quieta sin hacer nada. Se me tensaron los músculos. Los Arum siempre viajaban en grupos de cuatro; así que, si allí había una, eso quería decir que había tres más en alguna parte.

La sangre me retumbaba en los oídos. Estaba tan concentrada en la Arum que no le había prestado atención a Blake hasta que lo tuve delante de mí.

Blake levantó una mano y todo el mundo se quedó inmóvil. Todos.

Algunas personas tenían los tenedores con comida a medio camino de la boca. Otras se habían quedado detenidas en medio de una conversación, con la boca abierta en una risa silenciosa. Algunas incluso habían dejado de caminar con un pie en el aire. Una camarera estaba encendiendo una vela con un pequeño mechero; ella se había quedado paralizada, pero la llama seguía danzando encima del encendedor. Nadie hablaba, nadie se movía, nadie parecía respirar siquiera.

¿Blake? Me aparté un paso de él, sin saber a quién debería tenerle más miedo: a la Arum o al inofensivo surfista.

La Arum no se había quedado paralizada. Movía la cabeza de lado a lado, con movimientos suaves y fluidos, mientras estudiaba a las personas congeladas, entre las que supuse que habría unos cuantos Luxen.

—Arum —escupió Blake en voz baja.

La mujer dio media vuelta, sin dejar de mover la cabeza. Se quitó las gafas de sol y entrecerró los ojos.

—¿Humano?

Blake se rió.

—No del todo.

Y, a continuación, se lanzó hacia ella.

18

Blake era un jodido ninja.

Veloz como un rayo, pasó por debajo del brazo extendido de la Arum y dio media vuelta para propinarle una feroz patada giratoria en la espalda. La mujer dio un paso hacia delante tambaleándose y se volvió. Una energía negra oscureció el aire alrededor de la mano de la Arum, que se irguió, preparándose para asestar un golpe.

Blake giró mientras se agachaba y le golpeó las piernas cubiertas de cuero, haciendo que perdiera el equilibrio. La energía oscura se desvaneció a la vez que ambos volvían a ponerse en pie, dando vueltas uno alrededor de otro en el estrecho espacio entre las mesas apiñadas y la gente paralizada.

Yo simplemente me quedé allí de pie, perpleja y fascinada por lo que veía. El rostro de Blake carecía de expresión. Era como si le hubieran dado al interruptor de ataque y todo su ser se concentrara en la Arum.

Blake se lanzó hacia delante y atrapó la barbilla de su oponente con la palma de la mano, obligándola a echar la cabeza hacia atrás. A la extraterrestre le castañetearon los dientes y, cuando bajó la cabeza, le goteaba del labio una oscura sustancia aceitosa.

La Arum desapareció y adquirió su verdadera forma. Su cuerpo era una densa sombra vaporosa cuando cargó contra Blake.

Él se rió y giró a tal velocidad que su mano solo fue una masa borrosa cuando se hundió en lo que parecía ser el pecho de la mujer. Su reloj… no era un reloj normal. Era un fragmento de obsidiana incrustado en el pecho de la Arum.

Blake retiró la mano con un movimiento brusco y la mujer adoptó forma humana, con una expresión de horror en su cara pálida. Un segundo después, explotó en medio de una ráfaga de humo negro que me echó el pelo hacia atrás y llenó el aire de un

olor amargo.

Blake, que ni siquiera jadeaba, se volvió hacia mí a la vez que apretaba algo en su reloj. Volvió a colocárselo en la muñeca y luego se pasó una mano por el pelo revuelto. Me quedé mirándolo boquiabierta mientras la obsidiana se enfriaba rápidamente en mi mano.

—Pero ¿tú qué eres…? ¿Una especie de Jason Bourne?

Se acercó a nuestra mesa dando grandes zancadas y lanzó un billete de veinte y otro de diez sobre el mantel a cuadros.

—Tenemos que hablar en algún lugar privado.

Respiré hondo con los ojos como platos. Mi mundo acababa de volverse un poco más loco. Pero, si podía lidiar con alienígenas, también podría lidiar con Blake, el ninja. Aunque eso no significaba que fuera a ir a ninguna parte con él hasta saber qué diablos era ese chico.

—En mi coche.

Aceptó con un gesto de la cabeza y nos dirigimos hacia la puerta. Blake la mantuvo abierta para dejarme pasar mientras se volvía hacia la cafetería congelada. Hizo un gesto con la mano y todo el mundo empezó a moverse. Nadie pareció darse cuenta de que habían estado paralizados varios minutos.

Estábamos a dos pasos de mi coche cuando sentí que me temblaban las manos y me hormigueaba la nuca.

—Tiene que ser una broma —masculló Blake mientras me agarraba la mano.

Ni siquiera tuve que mirar. No vi ningún todoterreno en el aparcamiento; pero, por otra parte, Daemon disponía de su método especial para desplazarse si era necesario.

Levanté la vista cuando una sombra alta e imponente cayó sobre nosotros. Daemon estaba allí, con una gorra de béisbol negra bien calada que le ocultaba la parte superior de la cara.

—¿Qué… qué haces aquí? —le pregunté. Entonces me di cuenta de que Blake tenía mi mano agarrada y me solté.

Daemon apretaba tanto la mandíbula que habría podido partir mármol.

—Estaba a punto de preguntarte lo mismo.

Ay, Dios. Aquello no pintaba bien. De pronto, la Arum y Blake el

ninja no importaban siquiera. Solo Daemon y la conclusión a la que debía de estar llegando.

—Esto no es lo que…

—Mira, no sé qué os traéis vosotros dos ni me importa. —Mientras Blake hablaba, me rodeó el codo con una mano—. Pero Katy y yo tenemos cosas de las que…

Blake estaba hablando y, un segundo después, estaba pegado al cristal del Smoke Hole Diner, con un extraterrestre de más de metro ochenta avasallándolo.

Daemon tenía la cara a un par de centímetros del otro chico, de modo que la visera de la gorra se clavaba en la frente de Blake.

—Como vuelvas a tocarla te…

—¿Me qué? —contraatacó Blake, entrecerrando los ojos—. ¿Qué vas a hacer, Daemon?

Agarré a Daemon del hombro y tiré de él, pero no se movió.

—Daemon, vamos. Suéltalo.

—¿Quieres saber qué voy a hacer? —Noté que todo el cuerpo de Daemon se ponía tenso bajo mi mano—. ¿Sabes dónde tienes la cabeza y el culo? Bueno, pues están a punto de hacerse amigos.

Ay, Virgen santa. Empezábamos a tener público. La gente nos observaba desde sus coches y, sin duda, todo el restaurante estaba presenciando el espectáculo desde el interior. Intenté separarlos de nuevo, pero ambos me ignoraron.

Blake sonrió con aire de suficiencia.

—Me gustaría ver cómo lo intentas.

—Tal vez quieras reconsiderarlo. —Daemon rió por lo bajo—. Porque no tienes ni idea de lo que soy capaz, chico.

—Ahí está la gracia. —Blake agarró a Daemon por la muñeca—. Sé perfectamente de lo que eres capaz.

Un escalofrío me bajó por la espalda. ¿Quién diablos era Blake?

El tipo de la camisa de franela salió de la cafetería, subiéndose los pantalones harapientos. Lanzó un escupitajo mientras se acercaba a nosotros.

—Muchachos, dejadlo ya antes de que alguien llame a la…

Blake levantó la mano libre y el hombre se detuvo en seco. Miré por encima del hombro, con el estómago encogido. Todo el mundo en el aparcamiento se había quedado paralizado, y no me cabía

ninguna duda de que estaban igual de inmóviles dentro de la cafetería.

Una luz roja con un tono blanquecino recorrió el contorno del cuerpo de Daemon. Se hizo un tenso silencio y supe que estaba a punto de transformarse en Luxen delante de Blake.

Debió de apretar más la mano, porque Blake jadeó.

—Me importa una mierda quién o qué seas, pero más te vale que me des una buena razón para no hacerte picadillo ahora mismo.

—Sé lo que eres —dijo Blake con voz estrangulada.

—Eso no ayuda —gruñó Daemon, y tuve que estar de acuerdo. Le lancé una mirada de nerviosismo al tipo de la camisa de franela. Seguía allí, con la boca abierta y mostrando los dientes manchados. La luz que rodeaba a Daemon era cada vez más intensa—. Inténtalo de nuevo.

—Acabo de matar a una Arum y, aunque me pareces un gilipollas arrogante, no somos enemigos. —Una exclamación ahogada interrumpió sus siguientes palabras, por lo que agarré a Daemon de los hombros. No podía permitir que estrangulara a Blake—. Puedo ayudar a Katy —añadió casi sin aliento—. ¿Te basta con eso?

—¿Qué? —pregunté, dejando caer las manos.

—¿Sabes qué? Tan solo el hecho de que pronuncies su nombre hace que me entren ganas de matarte. Así que no, no me basta con eso.

Blake me miró.

—Katy, sé lo que eres, lo que podrás hacer, y puedo ayudarte.

Me quedé mirándolo, asombrada, mientras Daemon se inclinaba sobre él. Sus ojos brillaban con una luz totalmente blanca, como si fueran diamantes.

—Déjame hacerte una pregunta. Si te mato, ¿estas personas se descongelarán?

Blake abrió los ojos como platos. Yo sabía que Daemon no estaba de broma. Blake siempre le había caído mal y era evidente que aquel chico (o lo que fuera) representaba algún tipo de amenaza desconocida. Sabía mucho, demasiado, y sabía qué era yo.

Un momento. ¿Cómo que qué era?

Me lancé hacia delante.

—Suéltalo, Daemon. Necesito saber de qué está hablando.

Sus brillantes ojos estaban clavados en Blake.

—Apártate, Kat. Lo digo en serio. Apártate, joder.

«Y una mierda.»

—Basta ya. —Cuando no respondió, le grité—: ¡Basta! ¡Relájate un par de minutos, idiota!

Daemon parpadeó y me miró. Blake aprovechó la distracción para darle un golpe en el brazo y soltarse. Se apartó como pudo, poniendo algo de distancia entre ellos.

—Dios mío. —Se frotó el cuello—. Tienes problemas para controlar la ira. Es una enfermedad, ¿sabes?

—Tiene cura: darte una patada en el culo.

Blake le enseñó el dedo corazón. Daemon empezó a avanzar hacia él y a duras penas conseguí interponerme en su camino. Apoyé las manos en su pecho y lo miré a los ojos, que me resultaron irreconocibles.

—Para. Para de una vez.

Daemon curvó el labio y soltó un gruñido.

—Es un…

—No sabemos qué es —lo interrumpí, pues ya me imaginaba lo que iba a decir—. Pero es verdad que ha matado a una Arum. Y no me ha hecho daño a mí ni a nadie más, y ha tenido muchas oportunidades para hacerlo.

Daemon exhaló bruscamente.

—Kat…

—Debemos escuchar lo que tiene que decir, Daemon. Yo tengo que escucharlo. —Respiré hondo—. Además, estas personas ya han estado congeladas dos veces. Eso no puede ser bueno para ellas.

—Me da igual. —Volvió a mirar a Blake y, madre mía, la expresión de su cara debería haber hecho que este saliera corriendo. Pero luego sacudió sus anchos hombros y retrocedió un paso. Posó en mí aquellos ojos de diamante y fui yo la que se acobardó—. Que hable. Después decidiré si lo dejo vivir o no.

Bueno, en ese momento, era lo máximo que podíamos esperar. Me volví hacia Blake, que puso los ojos en blanco. A ese chico le gustaba jugar con fuego.

—¿Puedes… esto… dejarlos como estaban? —pregunté

señalando al tipo de la camisa de franela con un gesto de la mano.

—Claro. —Sacudió la muñeca.

—… policía —concluyó el hombre.

Me volví hacia él.

—Todo va bien. Gracias. —Di media vuelta y me aparté de la cara el pelo azotado por el viento—. Vayamos a mi coche… siempre y cuando podáis comportaros en un espacio tan reducido.

Daemon se alejó con paso airado, sin dignarse responder, y se sentó en el asiento del pasajero. Dejé escapar un suspiro entrecortado y me dirigí al lado del conductor.

—¿Siempre es tan susceptible? —me preguntó Blake.

Lo miré con cara de pocos amigos mientras abría la puerta. Encendí la calefacción sin mirar a Daemon y después me volví en el asiento en dirección a Blake, que estaba sentado en la parte de atrás.

—¿Qué eres? —dije.

Él miraba por la ventanilla, apretando la mandíbula.

—Sospecho que lo mismo que tú.

Me quedé sin aliento.

—¿Y tú qué crees que soy?

Daemon hizo crujir el cuello, pero no dijo nada. Era como una granada a la que le hubieran sacado la anilla; todos estábamos esperando a que explotara en cualquier momento.

—Al principio, no lo sabía. —Blake se recostó en el asiento—. Había algo en ti que me atraía, pero no entendía de qué se trataba.

—Escoge con mucho cuidado las siguientes palabras —gruñó Daemon.

Me retorcí en el asiento, aferrando la obsidiana con una mano.

—¿Qué quieres decir?

Blake sacudió la cabeza y luego dirigió la vista al frente.

—La primera vez que te vi, supe que eras diferente. Luego, cuando detuviste la rama y vi tu collar, lo supe. Solo aquellos que saben que deben temer a las sombras llevan obsidiana. —Transcurrieron unos segundos en silencio—. Y luego está lo de nuestra cita… El vaso y el plato no se me cayeron encima solitos.

Del asiento del pasajero llegó una risita burlona.

—Qué buenos tiempos.

La inquietud me aceleró el pulso.

—¿Cuánto sabes?

—Hay dos razas extraterrestres en la Tierra: los Luxen y los Arum. —Se quedó callado un momento cuando Daemon se dio la vuelta en su asiento. Blake tragó saliva—. Sois capaces de mover cosas sin tocarlas y podéis manipular la luz. Aunque estoy seguro de que podéis hacer mucho más. Y también podéis curar a los humanos.

El interior del coche era demasiado pequeño. No había suficiente aire. Si Blake sabía la verdad acerca de los Luxen, ¿eso quería decir que el Departamento de Defensa también? Solté el collar y me agarré al volante con el corazón desbocado.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Daemon con una voz sorprendentemente tranquila.

Hubo una pausa.

—Cuando tenía trece años, salí de un entrenamiento de fútbol con un amigo: Chris Johnson. Era un chico normal como yo, salvo porque era rapidísimo, nunca se ponía enfermo y sus padres no iban a ningún partido. Pero ¿a quién le importaba, verdad? A mí no, desde luego, hasta que un día me puse a hacer el tonto y me caí del bordillo de la acera, justo delante de un taxi que venía a toda velocidad. Chris me curó. Resultó que era un extraterrestre. —Los labios de Blake se curvaron en una sonrisa irónica—. Me pareció superguay. Mi mejor amigo era un extraterrestre. ¿Quién puede decir eso? Lo que yo no sabía, y él nunca me dijo, fue que me había convertido en una luciérnaga gigante. Cinco días después, cuatro hombres entraron en mi casa.

»No dejaban de preguntarme: "¿dónde están?" —continuó, apretando los puños—. Pero yo no sabía a qué se referían. Mataron a mis padres y a mi hermana pequeña delante de mí. Y, por si fuera poco, me dieron tal paliza que casi acaban conmigo.

—Oh, Dios mío —susurré, horrorizada. Daemon apartó la mirada, apretando los dientes.

—No estoy seguro de que exista —repuso Blake con una risa seca—. En fin, tardé un tiempo en comprender que, cuando te curan, adquieres sus poderes. Las cosas empezaron a volar por todas partes después de que me enviaran a vivir con mi tío. Cuando me di

cuenta de que mi amigo me había cambiado, investigué todo lo que pude. Aunque tampoco es que me hiciera falta: los Arum volvieron a encontrarme.

Se me revolvió el estómago.

—¿Qué quieres decir?

—La Arum de la cafetería no pudo sentirme por el cuarzo beta… Sí, también sé eso. Pero, si estuviéramos fuera del alcance del cuarzo, para ellos seríamos igual que tu… amigo. Bueno, en realidad, nos encuentran más apetecibles.

Vale, eso confirmaba uno de mis temores. Se me cayeron las manos del volante. No sabía qué decir. Era como si me hubieran puesto una zancadilla y me hubiera dado de bruces contra el suelo.

Blake suspiró.

—Cuando comprendí el peligro tan grande en el que estaba, empecé a entrenarme físicamente y a trabajar en mis habilidades. Me enteré de sus debilidades a través de… otros. Sobreviví lo mejor que pude.

—Todo este rollo de abrirse y compartir experiencias está muy bien, pero ¿cómo acabaste precisamente aquí?

Blake miró a Daemon.

—Cuando supe lo del cuarzo beta, me mudé aquí con mi tío.

—Qué conveniente —murmuró Daemon.

—¿A que sí? Las montañas me resultan muy convenientes.

—Hay otro montón de sitios abarrotados de cuarzo beta. —El tono de Daemon estaba cargado de sospecha—. ¿Por qué aquí?

—Parecía la zona menos poblada —respondió Blake—. No pensé que hubiera muchos Arum por aquí.

—¿Así que todo era mentira? —pregunté—. ¿Santa Mónica? ¿El surf?

—No, no todo era mentira. Soy de Santa Mónica y todavía me encanta el surf —contestó—. He mentido tanto como tú, Katy.

En eso tenía razón.

Blake apoyó la cabeza contra el respaldo del asiento y cerró los ojos. Se sumió en las sombras y el cansancio le encorvó los hombros. Era evidente que el truquito de congelación de antes lo había dejado agotado.

—Acabaste herida, ¿verdad? Y uno de ellos te curó.

Daemon se puso tenso a mi lado. Mi lealtad hacia mis amigos no me permitía confirmarlo. No los traicionaría, ni siquiera ante alguien que tal vez fuera como yo.

Blake volvió a suspirar.

—¿No piensas decirme cuál fue?

—Eso no es asunto tuyo —repuse—. ¿Cómo supiste que era diferente?

—¿Quieres decir aparte de la inconfundible obsidiana, el séquito alienígena y la rama? —Se rió—. Estás llena de electricidad. ¿Ves? —Se estiró entre los asientos y puso su mano sobre la mía. La energía estática crepitó, sobresaltándonos a ambos.

Daemon agarró la mano de Blake y la apartó.

—No me gustas.

—El sentimiento es mutuo, colega. —Blake me miró—. Pasa lo mismo cuando tocamos a un Arum o a un Luxen, ¿verdad? ¿Sientes cómo les vibra la piel?

Recordé la primera vez que nos tocamos en Biología.

—¿Cómo supiste lo del Departamento de Defensa?

—Conocí a otra humana como nosotros. Defensa la tenía controlada. Al parecer, puso en evidencia sus habilidades y se le echaron encima. Me lo contó todo sobre ellos y lo que quieren de verdad, que resulta que no tiene nada que ver con los Luxen ni con los Arum.

Ahora contaba con toda la atención de Daemon, que se le acercó tanto que prácticamente estaba en el asiento de atrás con Blake.

—¿A qué te refieres?

—Quieren gente como Katy. Los extraterrestres no les importan una mierda. Nos quieren a nosotros.

Un gélido escalofrío de temor me invadió mientras lo miraba, boquiabierta.

—¿Qué?

—Explícate mejor —ordenó Daemon a la vez que la energía estática aumentaba en el diminuto coche.

Blake se inclinó hacia delante.

—¿En serio crees que el Departamento de Defensa no sabe lo que pueden hacer tanto los Arum como los Luxen? ¿Que después de estudiar a los tuyos durante décadas y décadas no saben qué tienen

entre manos? Si eso es lo que piensas, entonces eres un idiota o un ingenuo.

Me recorrió otra punzada de terror, pero esta vez por Daemon y mis amigos. Incluso yo tenía mis dudas, pero ellos parecían estar convencidos de que habían mantenido ocultos sus poderes.

Daemon negó con la cabeza.

—Si Defensa estuviera al tanto de nuestras habilidades, no nos dejarían vivir en libertad. Nos habrían encerrado en un abrir y cerrar de ojos.

—¿En serio? El Gobierno sabe que los Luxen son una raza pacífica, pero que los Arum son diferentes. Dejar libres a los Luxen resuelve el problema alienígena de los Arum. Además, ¿no se deshacen de cualquier Luxen que cause problemas? —Blake se echó hacia atrás de golpe cuando Daemon casi pasa por encima del asiento, lo que me hizo agarrarlo del jersey. No es que yo pudiera mantenerlo en su sitio, pero se detuvo—. Mira, lo único que digo es que Defensa busca peces más gordos: los humanos a los que los Luxen mutan. Somos igual de fuertes que vosotros… incluso más en algunos casos. La única desventaja es que nos cansamos mucho más rápido y tardamos más tiempo en recargar, por así decirlo.

Daemon se recostó en el asiento abriendo y cerrando las manos.

—La única razón por la que el Departamento de Defensa os deja creer que no conocen vuestro gran secreto es porque saben lo que podéis hacerles a los humanos —aseguró Blake—. Y somos nosotros lo que les interesa.

—No —susurré. Mi cerebro se negaba a aceptar aquella idea—. ¿Por qué se interesarían por nosotros en vez de por ellos?

—Por favor, Katy, ¿por qué se interesaría el Gobierno por un montón de humanos con más poderes que las criaturas que los crearon? Pues no sé. ¿Quizá porque dispondrían de un ejército sobrehumano a su disposición o de un grupo de personas que podrían librarse de los extraterrestres si fuera necesario?

Daemon masculló entre dientes una elaborada sarta de palabrotas. Y eso fue lo que más me asustó, porque significaba que estaba empezando a prestar atención a lo que decía Blake. Y que lo creía.

—Pero ¿cómo… cómo es que son más fuertes que los Luxen? —

pregunté.

—Esa es una buena cuestión —admitió Daemon en voz baja.

—¿Recuerdas en la cafetería cuando supe que ese tipo iba a largarse sin pagar la cuenta? Fue porque pude captar fragmentos de sus pensamientos. No todos, pero lo suficiente para saber lo que planeaba. Puedo oír a casi cualquier humano… a cualquiera que no haya mutado.

—¿Mutado? —Dios mío, aquella palabra me trajo a la mente imágenes asquerosas.

—Tú misma has mutado. Dime, ¿has estado enferma hace poco? ¿Tuviste fiebre muy alta?

El temor se apoderó de mí a tal velocidad que me mareé. Daemon se puso tenso en el otro asiento.

—Por tu expresión, veo que te ha pasado. Déjame adivinar: ¿tuviste tanta fiebre que fue como si te ardiera todo el cuerpo? ¿Te duró un par de días y después te sentiste bien… mejor que nunca? —Se volvió de nuevo hacia la ventanilla, negando con la cabeza—. ¿Y ahora puedes mover cosas sin tocarlas? Probablemente no sepas controlarlo. Cuando la mesa se puso a temblar ahí dentro, no fui yo. Fuiste tú. Y eso solo es la punta del iceberg. Pronto podrás hacer muchísimas más cosas, y si no consigues controlarlo, va a ponerse feo. Este maldito sitio está plagado de agentes de Defensa, ocultos a simple vista. Y están aquí buscando híbridos. Que yo sepa, los Luxen no suelen curar a los humanos, pero a veces pasa. —Le lanzó una mirada a Daemon—. Evidentemente.

Me coloqué le pelo detrás de las orejas con manos temblorosas. No tenía sentido mentir acerca de lo que podía hacer. Él tenía razón. Madre mía, Daemon me había mutado.

—Bueno, ¿y por qué sigues aquí si es tan peligroso?

—Por ti —contestó haciendo caso omiso del gruñido casi inaudible de Daemon—. Sinceramente, pensé en no volver, seguir adelante; pero aquí tengo a mi tío… y a ti. No hay muchos como nosotros a los que no haya capturado el Departamento de Defensa. Tienes que saber a qué peligro te enfrentas.

—Pero si ni siquiera me conoces. —Me parecía absurdo que se arriesgara tanto.

—Y tampoco te conocemos a ti —añadió Daemon con los ojos

entrecerrados.

Blake se encogió de hombros.

—Me gustas. Tú no, Daemon. —Sonrió—. Sino Katy.

—Pues tú a mí me caes como una patada en el culo.

Se me hizo un nudo en el estómago. No era el momento de entrar en ese tema. Mi cerebro tenía tal sobrecarga de información que no podía pensar con claridad.

—Blake…

—Con esto no pretendo obligarte a decirme si te gusto o no. Simplemente expongo un hecho: me gustas. —Me miró entrecerrando los ojos—. Y no tienes ni idea de dónde te has metido. Pero puedo ayudarte.

—Qué gilipollez —repuso Daemon—. Si necesita ayuda para controlar sus habilidades, yo puedo encargarme.

—¿En serio? Lo que tú haces es como un acto reflejo para ti; pero para Katy no. Yo tuve que aprender a controlar mis habilidades. Puedo enseñarle, estabilizarla.

—¿Estabilizarme? —Mi risa sonó un poco ahogada—. ¿Qué va a pasarme? ¿Voy a explotar o algo así?

Blake me miró.

—Puedes acabar haciéndote daño a ti misma o a otros. He oído cosas, Katy. Algunos humanos mutados… Bueno, digamos que no terminaron bien.

—No hace falta que la asustes.

—No quiero asustarla, pero es la verdad —respondió Blake—. Si el Departamento de Defensa descubre lo que te ha pasado, te encerrarán. Y si no puedes controlar tus habilidades, te sacrificarán.

Me di la vuelta ahogando una exclamación. ¿Sacrificarme? ¿Como a un animal salvaje? Todo aquello iba demasiado rápido. La noche anterior había pasado un rato agradable y normal con Daemon; justo lo que buscaba en Blake, que había resultado no tener nada de normal. Y mientras yo creía que Blake se sentía atraído por mí porque así lo quería, la verdadera razón era que los dos éramos una especie de X-Men de pacotilla.

Menuda ironía.

—Katy, ya sé que esto es demasiado, pero tienes que estar preparada. Si sales del pueblo, los Arum van a echársete encima.

Siempre y cuando puedas escabullirte sin que Defensa se entere, claro.

—Tienes razón. Es demasiado. —Me volví hacia él—. Pensaba que tú eras normal, y no lo eres. Me estás diciendo que el Departamento de Defensa viene a por mí. Que si alguna vez decido marcharme de este sitio, va a merendárseme algún Arum. Y, mejor aún, que podría perder por completo el control de mis poderes y acabar matando a alguien, ¡por lo que luego me sacrificarían! ¡Lo único que quería hacer hoy era comer unas dichosas patatas fritas y ser normal!

Daemon dejó escapar un silbido suave.

—Nunca vas a ser normal, Katy. Nunca más. —Blake hizo una mueca

—No me digas —le espeté.

Quería pegarle a algo, pero tenía que calmarme. Si había aprendido algo de la enfermedad de mi padre era que no se podían cambiar las cosas. Pero sí podía cambiar cómo les hacía frente. Desde que me mudé aquí, desde que conocí a Daemon y a Dee, había cambiado.

Respiré hondo y contuve la ira, el miedo y la frustración. Lo que necesitaba era un poco de perspectiva.

—¿Qué vamos a hacer?

—No necesitamos su ayuda —dijo Daemon.

—Sí que la necesitáis —susurró Blake—. Me enteré de lo que pasó con Simon y las ventanas.

Le lancé una mirada a Daemon, que negó con la cabeza.

—¿Qué crees que pasará la próxima vez? Simon huyó y quién sabe en qué andará metido. No volverás a tener tanta suerte.

La desaparición de Simon no había sido una suerte, no quería verlo así. Eché la cabeza hacia atrás y cerré los ojos. Una sensación gélida se apoderó de mis extremidades. Ya no se trataba del miedo a poner en peligro a los Luxen, sino también a mí misma. Y a mamá.

—¿Cómo sabes tanto de ellos? —pregunté con un hilo de voz.

—Por la chica de la que os hablé. Ella me lo contó todo. Intenté ayudarla… a escapar, pero no quiso. Defensa tenía algo o a alguien que significaba mucho para ella.

Dios mío. El Departamento de Defensa era como la mafia, usaría todos los medios que fueran necesarios. Aquella idea me hizo estremecer.

—¿Quién era?

—Liz no sé qué más —contestó—. No sé su apellido.

Me dio la impresión de que el coche se encogía. Me sentía atrapada.

Daemon parecía a punto de perder el control en el asiento de al lado.

—¿Sabes qué? —le dijo a Blake—. No hay nada que me impida matarte en este mismo instante.

—Sí que lo hay. —La voz de Blake sonó serena—. Está Katy y el hecho de que dudo que seas capaz de asesinar a sangre fría.

Daemon se puso tenso.

—No confío en ti.

—Ni falta que hace. Katy es la que tiene que confiar.

Y esa era la cuestión. No estaba segura de si confiaba en él, pero era como yo. Y si podía ayudarme a no poner en peligro a Daemon y a mis amigos, haría cualquier cosa. Era así de simple. Todo lo demás tendríamos que verlo sobre la marcha.

Miré a Daemon, que mantenía la vista al frente con una mano apoyada en el salpicadero, como si la pieza de plástico le sirviera de ancla de alguna forma. ¿Se sentía tan impotente como yo? No importaba. No podía… no arriesgaría su vida.

—¿Cuándo empezamos? —pregunté.

—Mañana, si puedes —contestó Blake.

—Mi madre se va a trabajar después de las cinco —dije, y luego tragué saliva.

Blake asintió y Daemon intervino:

—Allí estaré.

—No es necesario —repuso Blake.

—Me da igual. No vas a hacer nada con Katy sin que yo esté presente. —Se volvió de nuevo hacia el chico—. No confío en ti. Para que quede claro.

—Lo que tú digas. —Una ráfaga de aire frío entró en el coche cuando Blake se bajó. Lo llamé y se detuvo con la mano en la puerta—. ¿Qué?

—¿Cómo escapaste de los Arum cuando te atacaron? —quise saber.

Blake apartó la mirada y contempló el cielo con los ojos entrecerrados.

—Todavía no estoy preparado para hablar de eso, Katy. —Cerró la puerta y fue corriendo hacia su coche.

Me quedé allí sentada varios minutos, mirando por la ventanilla sin ver nada en realidad. Daemon murmuró algo entre dientes, luego abrió la puerta y desapareció entre las sombras que rodeaban la cafetería. Me había abandonado.

Más tarde ni siquiera recordaba el viaje a casa. Aparqué en la entrada, apagué el motor y me recosté con los ojos cerrados. La noche se filtró en mi silencioso vehículo. Salí, di un paso y oí crujir los escalones del porche.

Daemon había llegado a casa antes que yo. Bajó los escalones con los ojos ocultos bajo la gorra de béisbol.

Negué con la cabeza.

—Daemon…

—No confío en él. No confío en nada que tenga que ver con él, Kat. —Se quitó la gorra, se pasó los dedos por el pelo y luego volvió a colocársela con un gesto brusco—. Aparece de la nada y lo sabe todo. Mi instinto me dice que no podemos confiar en él. Podría ser cualquiera, trabajar para cualquier organización. No sabemos nada de él.

—Ya lo sé. —De pronto, me sentí hecha polvo. Lo único que quería era tumbarme—. Pero, por lo menos, de esta forma podemos tenerlo vigilado, ¿no te parece?

Daemon dejó escapar una risa corta y seca.

—Hay otras formas de encargarse de él.

—¿Qué? —Mi voz se elevó y se la llevó el viento—. No puedes estar pensando en…

—Ni siquiera sé en qué estoy pensando. —Retrocedió un paso—. Maldita sea, ahora mismo no tengo la cabeza donde debería. —Hubo una pausa—. ¿Por qué estabas con él?

El corazón me dio un vuelco.

—Fuimos a comer algo y yo iba a…

—¿Ibas a qué?

De algún modo, me sentí como si me hubiera metido en una trampa aún mayor. Como no estaba segura de cómo contestar, no dije nada. Ese fue mi mayor error.

Daemon unió las piezas y levantó la barbilla. Durante un instante, una emoción primitiva oscureció el tono verde de sus ojos.

—Te fuiste con Bryon después…

Después de pasar la noche con él… acurrucada entre sus brazos. Negué con la cabeza. Necesitaba que entendiera por qué había ido a ver a Blake.

—Daemon…

—¿Sabes una cosa? En realidad, no me sorprende. —Su sonrisa reflejaba en parte compresión y en parte amargura—. Nos besamos. Y dos veces, además. Pasaste la noche usándome de almohada… y disfrutándolo. Seguro que te entró pánico en cuanto me marché. Así que te fuiste derechita con Boris, porque él no te hace sentir nada. Y te acojona sentir algo por mí.

Cerré la boca bruscamente.

—No me fui derechita con Blake. Me mandó un mensaje invitándome a comer algo. Ni siquiera era una cita, Daemon. Fui a decirle…

—¿Y qué era entonces, gatita? —Dio un paso al frente, observándome atentamente—. Es evidente que le gustas. Ya os habéis besado. Y está dispuesto a ponerse en peligro para entrenarte.

—No es lo que piensas. Si me dejaras explicarte…

—Tú no sabes lo que pienso —me espetó.

Algo espantoso despertó en mi estómago.

—Daemon…

—Eres increíble, ¿sabes?

Estaba segura de que no lo decía en el buen sentido.

—La noche de la fiesta, cuando pensaste que me lo estaba montando con Ash, estabas tan cabreada que te marchaste y reventaste unas ventanas, exponiéndote.

Me estremecí. Era la verdad.

—¿Y qué haces tú ahora? ¿Te lo montas con él cuando no me estás besando?

«Pero a mí me gustas tú.» Las palabras no consiguieron salir de

mis labios. No sé por qué, pero no pude pronunciarlas. No cuando me miraba así, lleno de ira y desconfianza y, peor aún, de decepción.

—¡No me lo estoy montando con él, Daemon! Somos amigos. Eso es todo.

Apretó los labios en una mueca de escepticismo.

—No soy idiota, Kat.

—¡Nunca he dicho que lo seas! —La irritación me aguijoneó, eclipsando el profundo dolor que sentía en el pecho—. No me estás dando la oportunidad de explicarte nada. ¡Como siempre, te comportas como un maldito sabelotodo y no dejas de interrumpirme!

—Y, como siempre, tú me causas más problemas de lo que me habría imaginado.

Retrocedí un paso, estremeciéndome como si me hubiera abofeteado.

—No soy problema tuyo. —Se me quebró la voz—. Ya no.

El arrepentimiento penetró en la ira de Daemon.

—Kat…

—No. Nunca fui problema tuyo. —La rabia me invadió como un incendio fuera de control—. Y que te quede claro que tampoco lo soy ahora.

En sus ojos, las ventanas desde las que se podía contemplar aquel mar de emociones se cerraron de golpe, dejándome temblando en la oscuridad. Y lo supe. Supe que le había hecho más daño de lo que creía posible. Lo había herido de una forma mucho más cruel que él a mí.

—Joder. Todo esto… —agitó una mano a mi alrededor— ni siquiera importa ahora mismo. Olvídalo, ¿vale?

Desapareció antes de que pudiera terminar una frase. Me di la vuelta, asombrada, pero no estaba por ninguna parte. Sentí una punzada de dolor en el pecho y se me llenaron los ojos de lágrimas mientras me volvía de nuevo hacia la puerta de mi casa.

De pronto comprendí algo, y fue como un jarro de agua fría.

Todo ese tiempo había estado muy ocupada apartándolo, repitiéndole que lo que fuera que hubiera entre nosotros no era real. Y ahora que me había dado cuenta de lo profundos que eran

sus sentimientos por mí —y los míos por él—, se había ido.

19

Me pasé toda la mañana y parte de la tarde deambulando por la casa como un zombi. Sentía un extraño dolor punzante en el pecho y me ardían los ojos como si los tuviera llenos de lágrimas que se negaban a caer. Se parecía a los meses posteriores a la muerte de papá.

Escribí sin demasiado entusiasmo una rápida reseña sobre una novela distópica que había leído la semana pasada y luego cerré el portátil. Me tumbé y me quedé mirando la telaraña de grietas que recorría el techo de mi cuarto. Era duro hacerle frente a la verdad; me había pasado toda la mañana intentando negarla. La noche anterior se me había formado un embrollado nudo de emociones reprimidas debajo de las costillas, y todavía seguía allí. De vez en cuando parecía más pesado, más intenso.

Me gustaba Daemon… me gustaba mucho, muchísimo.

Había estado tan absorta alimentando el resentimiento por la forma en la que se había comportado cuando nos conocimos, que había sido incapaz de reconocer mis crecientes sentimientos, lo que quería y lo que él sentía. ¿Y ahora qué? Daemon, que nunca se echaba atrás ante nada, se había marchado sin permitirme explicarme.

No podía negarlo: le había hecho daño.

Me di la vuelta y hundí la cara en la almohada, que todavía olía a él. La apreté con fuerza y cerré los ojos. ¿Cómo habían acabado complicándose tanto las cosas? ¿En qué momento se había convertido mi vida en una rocambolesca telenovela de ciencia ficción?

—¿Estás bien, cielo?

Abrí los ojos y miré a mi madre, que llevaba un uniforme con corazoncitos y espirales. Pero ¿de dónde sacaba esas cosas?

—Sí, solo estoy cansada.

—¿Estás segura? —Se sentó en el borde de la cama y me colocó una mano en la frente. Cuando decidió que no estaba enferma, sonrió un poco—. El árbol de Navidad es precioso.

Me asaltó un repentino torbellino de emociones.

—Sí —asentí con voz ronca—, ¿verdad?

—¿Quién te ayudó?

Me mordí el interior de la mejilla.

—Daemon.

Mamá me alisó el pelo con la mano.

—Qué detalle por su parte.

—Ya. —Me quedé callada un momento—. ¿Mamá?

—¿Qué, cariño?

Ni siquiera sabía qué iba a decir. Todo era demasiado… complicado, demasiado enrevesado debido a lo que eran mis amigos. Negué con la cabeza.

—Nada. Solo que te quiero.

Se inclinó con una sonrisa y me dio un beso en la frente.

—Yo también te quiero. —Se levantó y se detuvo en la puerta—. Había pensado invitar a Will a cenar esta semana. ¿Qué te parece?

Era genial que mamá tuviera una vida amorosa de primera.

—Por mí, bien.

Me obligué a levantarme después de que mamá se fuera a trabajar. Blake llegaría pronto. Igual que Daemon, si es que aparecía.

Fui a la cocina y saqué una Coca-Cola de la nevera. Para pasar el rato, reuní todos los libros de los que tenía dos ejemplares y los coloqué sobre el escritorio. Donar libros me haría sentir mejor.

Cuando fui al piso de abajo a buscar mi Coca-Cola (porque, al parecer, había huido de mí en algún momento), un calor familiar se me extendió por el cuello. Me quedé inmóvil en el último escalón, aferrando la barandilla con la mano.

Llamaron a la puerta.

Bajé del escalón de un salto, corrí hacia la entrada y la abrí de golpe. Apreté el pomo, sin aliento.

—Hola.

Daemon enarcó una oscura ceja.

—Parecía que ibas a atravesar la puerta.

Me sonrojé.

—Estaba… esto… buscando mi refresco.

—¿Buscando tu refresco?

—Se me ha perdido.

Daemon echó un vistazo por encima de mi hombro, con una pequeña sonrisa en los labios.

—Está ahí mismo, en la mesa.

Me di la vuelta y vi la lata roja y blanca burlándose de mí en una mesita rinconera.

—Ah. Vale, gracias.

Daemon entró, rozándome el brazo al pasar. Curiosamente, ya no me molestaba que entrara sin preguntar. Se metió las manos en los bolsillos y se apoyó contra la pared.

—Gatita…

Me estremecí.

—¿Sí…?

La media sonrisa estaba presente, pero carecía del aire de suficiencia habitual.

—Pareces cansada.

Me acerqué un poco.

—No dormí bien anoche.

—¿Estuviste pensando en mí? —preguntó en voz baja.

—Sí —contesté sin vacilar ni un momento.

En sus ojos apareció una leve expresión de sorpresa.

—Vaya, tenía preparado todo un discurso acerca de que tienes que dejar de negar que te pasas el día pensando en mí y que sueñas conmigo por las noches. Ahora no sé qué decir.

Me apoyé en la pared, a su lado. Podía sentir el calor que emanaba de su cuerpo.

—¿Tú, sin habla? Habrá que llamar a los récords Guinness.

Daemon bajó la cabeza. Sus ojos eran tan profundos e infinitos como los bosques del exterior.

—Yo tampoco dormí bien anoche.

Me acerqué un poco más hasta que mi brazo rozó el suyo y Daemon se puso tenso de manera apenas perceptible.

—Anoche…

—Quería disculparme —dijo, y me quedé pasmada de nuevo. Se volvió para mirarme directamente. Encontré su mano sin ni siquiera mirar, y entrelazó sus dedos con los míos—. Siento…

Alguien carraspeó.

Sentí un chispazo de sorpresa. Antes de que pudiera volverme, Daemon entrecerró los ojos, en los que apareció un destello de rabia. Me soltó la mano y retrocedió un paso. Mierda. Me había olvidado de Blake. Y también de cerrar la puerta detrás de mí.

—¿Interrumpo? —preguntó Blake.

—Sí, Bart, tú siempre interrumpes —respondió Daemon.

Me volví y sentí que el corazón se me desinflaba como si alguien lo hubiera reventado. La mirada de Daemon me quemaba toda la espalda.

Blake entró.

—Siento haber tardado tanto en llegar.

—Es una pena que no tardaras más. —Daemon se estiró perezosamente, como un gato—. Y es una pena que no te perdieras o…

—Me devoraran los jabalíes o muriera en un espantoso accidente múltiple. Lo pillo. —Blake pasó a nuestro lado como si tal cosa—. No hace falta que estés aquí, Daemon. Nadie te obliga.

Daemon dio media vuelta y siguió a Blake.

—No preferiría estar en ningún otro sitio.

Ya estaba empezándome a palpitar la cabeza. Practicar con Daemon presente no iba a ser fácil. Me dirigí despacio a la sala de estar, donde los dos chicos estaban enzarzados en un épico duelo de miradas.

Carraspeé.

—Bueno, ejem, ¿y cómo vamos a hacerlo?

Daemon abrió la boca, y sabe Dios qué iría a decir, pero Blake se le adelantó.

—En primer lugar, tenemos que averiguar qué puedes hacer ya.

Me coloqué el pelo detrás de la oreja. Me hacía sentir incómoda tenerlos a los dos ahí mirándome como si fuera… ni siquiera sabía el qué.

—Esto… no creo que pueda hacer mucho.

Blake sonrió.

—Bueno, detuviste la rama. Y está lo de aquella vez con las ventanas. Eso son dos cosas.

—Pero no lo hice a propósito. —Al ver la expresión de confusión de Blake, miré a Daemon, que parecía aburrirse, despatarrado en el sofá—. Quiero decir que no fue algo consciente, ya sabes.

—Ah. —Frunció el ceño—. Vaya, qué decepción.

«Oye, gracias.» Me puse las manos en la cintura.

Daemon posó su brillante mirada en Blake.

—Qué bien se te da motivar a la gente.

Blake no le hizo caso.

—¿Así que han sido estallidos de poder aleatorios? —Cuando asentí con la cabeza, se pellizcó el puente de la nariz.

—¿Puede que se vaya solo? —pregunté, esperanzada.

—Ya habría pasado a estas alturas. Mira, por lo que he averiguado, después de una mutación pueden ocurrir cuatro cosas. —Comenzó a moverse por la sala, evitándome—. El humano es curado, y luego el efecto se desvanece en unas cuantas semanas, incluso meses. O el humano muta y desarrolla las mismas habilidades que un Luxen… o más. Luego están los que digamos que… se autodestruyen. Pero tú ya has pasado esa fase.

«Gracias a Dios», pensé con ironía.

—¿Y?

—Bueno, también están los humanos que mutan más allá de lo que cabría esperar.

—¿Y eso qué significa? —Los dedos de Daemon tamborileaban sobre el brazo del sofá.

Blake se cruzó de brazos y se balanceó sobre los talones.

—Pues que acaban con aspecto de mutante raro y quedan mal de la cabeza, aunque cada caso es diferente.

—¿Voy a convertirme en un mutante? —chillé.

Blake se echó a reír.

—No lo creo.

«No lo creo» no resultaba muy tranquilizador.

Daemon dejó de hacer aquel molesto ruidito con los dedos.

—¿Y tú cómo sabes todo eso, Flake?

—Blake —lo corrigió—. Como ya os conté, he conocido a otros como Katy a los que les ha echado el guante el Departamento de

Defensa.

—Ya. —Daemon esbozó una sonrisita de suficiencia.

Blake negó con la cabeza.

—En fin, volviendo a lo importante. Tenemos que ver si puedes controlarlo. Si no…

Antes siquiera de que yo pudiera responder, Daemon se puso de pie y le soltó a Blake a la cara:

—¿Qué, Hank? ¿Qué pasa si no puede?

—Daemon. —Solté un suspiro—. En primer lugar, se llama Blake. B-L-A-K-E. Y, en serio, ¿podemos saltarnos estos momentos de macho alfa? Porque, de lo contrario, esto va a hacerse eterno.

Se volvió y me lanzó una mirada sombría que me hizo poner los ojos en blanco.

—Vale, ¿y qué sugieres?

—Lo mejor para empezar es ver si logras mover algo voluntariamente. —Blake hizo una pausa—. Supongo que podemos avanzar desde ahí.

—¿Mover el qué?

Blake recorrió la habitación con la mirada.

—¿Qué tal un libro?

¿Un libro? Madre mía, ¿cuál? Negué con la cabeza y me concentré en el que tenía en la cubierta una chica cuyo vestido se convertía en pétalos de rosa. Qué bonito era. Iba de reencarnaciones y el protagonista estaba para chuparse los dedos. Dios, me encantaría salir con…

—Concéntrate —me indicó Blake.

Hice una mueca; pero, vale, no estaba concentrándome de verdad. Me imaginé el libro elevándose en el aire y viniendo hacia mi mano como les había visto hacer a Daemon y Dee tantas veces.

No pasó nada.

Le puse más ganas, esperé más tiempo, pero el libro no se movió del respaldo del sofá… Igual que los cojines, el mando a distancia y una revista de mamá.

Tres horas más tarde, lo máximo que había conseguido hacer era que la mesa de centro temblara y Daemon se quedara dormido en el sofá.

Había fracasado.

Cansada y malhumorada, di por terminado el entrenamiento y desperté a Daemon propinándole un golpe a la pata de la mesa de centro.

—Tengo hambre y estoy cansada y harta.

Blake enarcó las cejas.

—Vale. Podemos seguir mañana. No hay problema.

Lo fulminé con la mirada.

Daemon bostezó mientras estiraba los brazos.

—Vaya, Brad, eres un gran entrenador. Estoy asombrado.

—Cierra el pico —le solté, y luego conduje a Blake a la puerta principal. Ya en el porche, me disculpé—. Lamento estar de tan mal humor, pero ahora mismo me siento como una auténtica fracasada. Como si fuera la campeona en un concurso de incompetentes.

Blake sonrió.

—No eres una incompetente, Katy. Puede que esto lleve su tiempo, pero al final la frustración tiene recompensa. Debes evitar por todos los medios que Defensa se entere de que has mutado y vaya a por el responsable.

Me estremecí. Si provocaba algo así, me moriría.

—Sí, lo sé. Y… gracias por querer ayudar.

Me mordí el labio y lo miré de reojo. Quizá Daemon tenía razón en lo que dijo anoche. Blake arriesgaba mucho solo por estar cerca de mí. ¿No habría sido más lógico que saliera pitando al enterarse de que el Departamento de Defensa estaba atrincherado por aquí? La verdad era que no quería creer que se debía a que sentía algo por mí.

—Blake, ya sé que esto es peligroso para ti y no…

—No pasa nada, Katy. —Me colocó una mano en el hombro y lo apretó, aunque me soltó enseguida. Probablemente tuviera miedo de que Daemon apareciera de la nada y le rompiera la mano—. No espero nada de ti.

Me invadió cierto alivio.

—No sé qué decir.

—No tienes que decir nada.

¿En serio? Confiar en Blake era un acto de fe, pero había tenido muchas oportunidades para entregarnos a Daemon y a mí, y no lo había hecho. Me rodeé el cuerpo con los brazos para protegerme del

frío.

—Lo que estás haciendo al ayudarme es una pasada. Solo quería decírtelo.

La sonrisa de Blake se ensanchó hasta hacer que los ojos color avellana le danzaran.

—Bueno, así puedo pasar más tiempo contigo. —La parte superior de las mejillas se le tiñó de rojo y apartó la mirada mientras carraspeaba—. En fin, nos vemos mañana, ¿vale?

Asentí con la cabeza. Blake me dedicó una sonrisa rarísima y se marchó. Volví a entrar, completamente hecha polvo. Daemon no estaba en el sofá, por supuesto. Por instinto, me dirigí a la cocina arrastrando los pies, y allí estaba. Había pan, fiambre y mayonesa desplegados sobre la encimera.

—¿Qué haces?

—Has dicho que tenías hambre —contestó agitando un cuchillo.

El corazón me dio un brinco.

—No… tenías que prepararme nada, pero gracias.

—Yo también tengo hambre. —Dejó caer mayonesa en el pan y la extendió de manera uniforme. Hizo dos sándwiches de jamón y queso en un periquete. Se volvió y me pasó el mío mientras se apoyaba contra la encimera—. Cómetelo.

Me quedé mirándolo. Él me sonrió y luego le dio un mordisco enorme a su sándwich. Me observó comer, masticando despacio, y el silencio pareció extenderse indefinidamente. Después de que Daemon repitiera, aunque en realidad el segundo sándwich solo tenía queso y mayonesa, yo limpié. Cuando terminé de lavarme las manos y cerré el grifo, Daemon colocó las manos a ambos lados de mis caderas, agarrándose a la encimera con los dedos. Una sensación de calor me recorrió la espalda y no me atreví a moverme. Daemon estaba muy cerca… demasiado cerca.

—Has tenido una conversación muy interesante con Butler en el porche.

Sentí su aliento en el cuello. Intenté reprimir un estremecimiento y fracasé.

—Se llama Blake. Además, ¿estabas escuchando a escondidas?

—Me aseguraba de que todo iba bien. —Me rozó un lado del cuello con la punta de la nariz y se me contrajeron los dedos contra

el fregadero de acero inoxidable—. ¿Así que te parece una pasada que te esté ayudando?

Cerré los ojos y solté una palabrota entre dientes.

—Se está poniendo en peligro, Daemon. Aunque no te caiga bien, le debes un poco de respeto por ello.

—Lo único que le debo es la paliza que se merece. —Apoyó la barbilla en mi hombro—. No quiero que hagas esto.

—Daemon…

—Y no tiene nada que ver con que ese chico me caiga como una patada. —Apartó las manos de la encimera y me las colocó en las caderas—. Ni con el hecho de que…

—¿De que estás celoso? —comenté mientras volvía la mejilla, de modo que quedó audazmente cerca de sus labios.

—¿Yo? ¿Celoso de él? Ni hablar. Lo que iba a decir era que tiene un nombre ridículo. ¿Blake? Rima con*corn flake*. Venga ya.

Puse los ojos en blanco, pero entonces Daemon se enderezó y me apretó contra él. Con mi espalda pegada a la parte delantera de su cuerpo, me rodeó la cintura con los brazos. Una calidez vertiginosa me corrió por las venas. ¿Por qué tenía que acercarse siempre tanto?

—No me fío de él, gatita. Todo lo que tiene que ver con él es demasiado oportuno.

Para mí, las razones de Daemon para no confiar en él eran demasiado obvias. Me retorcí para liberarme y conseguí girarme hasta situarme frente a él. Daemon volvió a apoyar las manos en el fregadero.

—No quiero hablar de Blake.

—¿Y de qué quieres hablar? —me preguntó enarcando una ceja.

—De lo de anoche.

Me observó un momento y luego retrocedió. Se retiró hasta el otro lado de la mesa de la cocina, como si de repente me tuviera miedo. Me crucé de brazos.

—En realidad, quería terminar la conversación que estábamos teniendo antes de que llegara Blake.

—Que va de lo de anoche.

—Sí —asentí despacio, arrastrando la palabra.

Daemon se rascó el mentón, cubierto con una leve sombra de

barba.

—Ya no sé ni qué iba a decirte. —Levanté las cejas en un gesto de sorpresa. Qué decepción—. Mira, anoche estaba cabreado. Y también me pilló un poco descolocado… todo, en general. —Cerró los ojos un momento—. En fin, eso no importa. Lo que importa es el tema de Bart.

Abrí la boca, pero Daemon continuó:

—A una parte de mí le gustaría cogerlo y deshacerse de él. Sería muy fácil. —Aquello me dejó boquiabierta y Daemon sonrió con frialdad—. Lo digo en serio, gatita. No solo supone un peligro para ti sino que, si nos la juega, también es un peligro para Dee. Así que quiero mantenerla lo más lejos posible de esto.

—Por supuesto —murmuré. Yo nunca la implicaría.

Cruzó sus musculosos brazos y dijo muy serio:

—Aunque al seguir con esto podemos tenerlo vigilado. En eso tenías razón anoche.

Esa no era la parte de la conversación de anoche de la que quería hablar. Después de ver lo mucho que lo había afectado creer que había tenido una cita con Blake (aunque parecía haberlo superado bastante rápido) y pasarme todo el día sintiéndome afligida y destrozada, quería que habláramos de nosotros. De lo que había comprendido mientras me pasaba el día recorriendo la casa, deprimida.

—No me gusta, pero… —Hizo una pausa—. Pero te pido una vez más que no quedes con él. Confía en que conseguiré descubrir algo que pueda ayudarte… ayudarnos.

Quise decirle que sí, pero ¿cómo iba Daemon a ponerse a hacer preguntas sin levantar sospechas? Si el Departamento de Defensa estaba por todas partes, ¿quién sabía si habría Luxen trabajando para ellos? Todo era posible.

Como no respondí de inmediato, pareció saber qué decisión había tomado, porque hizo un ruido entre una risa y un suspiro y asintió con la cabeza. Se me partió el corazón.

—Muy bien. Necesitas descansar un poco, mañana será un gran día. Más Butler. Yupi.

Y luego se fue. Se fue de la cocina caminando de verdad en lugar de emplear el truquito de la supervelocidad que solía usar. Y yo me

quedé allí, preguntándome qué diablos acababa de pasar y por qué no lo había detenido y le había dicho lo que pensaba. Lo que sentía.

Valor… Necesitaba encontrar el valor para decirle lo que sentía mañana, antes de que las cosas se torcieran aún más entre nosotros.

20

Transcurrieron días y luego semanas. Cada mañana empezaba igual que la anterior: me despertaba mareada, sintiéndome como si no hubiera dormido nada. Cada día que pasaba, se me marcaban más las ojeras. No hablaba con mamá por las mañanas, lo que era un asco porque ese era el único momento en que nos veíamos. Ella estaba ocupada con el trabajo y con Will; y yo, con el instituto, Blake y un Daemon distante y cerrado que se pasaba la mayor parte de los entrenamientos observando a Blake como si fuera un halcón buscando una presa.

Entre Daemon y yo se había creado un ambiente glacial y, por mucho que intentara iniciar una conversación sobre nuestra relación, él me interrumpía enseguida. Todo aquello me provocaba una profunda pena.

Aunque no les había puesto fin a las sesiones de entrenamiento y rara vez faltaba, Daemon seguía oponiéndose de lleno. La mayoría del tiempo que pasábamos juntos lo dedicaba a intentar convencerme de que Blake no se traía nada bueno entre manos. Que había algo malo en él, aparte del hecho de que era un híbrido. Igual que yo.

Sin embargo, a medida que transcurrían las semanas y el Departamento de Defensa no irrumpía en casa buscándome, atribuí su actitud a una paranoia comprensible. Tenía motivos para no confiar en Blake; recelaba de todos los humanos por lo que les había ocurrido a Dawson y Bethany.

Había que reconocer que Blake hacía todo lo que podía para lidiar con Daemon. Otro se habría rendido, sobre todo teniendo en cuenta que se me daba fatal todo eso de los poderes y que Daemon no se cortaba a la hora de hacerle saber que no era bien recibido. Blake era paciente y me apoyaba, mientras que Daemon era como

un grano en el culo.

Tanto entrenamiento después de clase estaba afectando a mi vida social. Todo el mundo sabía que Blake y yo estábamos quedando; pero nadie, ni siquiera Dee, estaba al tanto de que Daemon también se unía a nosotros. Puesto que Dee estaba siempre en casa de Adam, no sabía dónde pasaba el tiempo su hermano. Así que Carissa y Lesa creían que Blake y yo estábamos saliendo, y yo ya había renunciado a intentar convencerlas de lo contrario. Era un rollo, porque ahora pensaban que estaba tan absorta en él que todo lo demás me daba igual. Sin querer, me había convertido en una de esas chicas que no tienen vida más allá de su novio.

Y yo ni siquiera tenía novio.

Los minuciosos planes de mis amigas para hacer que volviera a formar parte de su mundo eran incesantes; pero, cada vez que Dee quería ir de compras o a Lesa le apetecía ir a comer algo después de clase, yo tenía que rechazar la invitación.

Mis tardes eran puro entrenamiento. Ya no había tiempo para leer ni para mi blog. Aquellas cosas a las que solía dedicar todo mi tiempo libre habían quedado relegadas a un segundo plano.

Antes de empezar, siempre le hacía la misma pregunta a Blake:

—¿Has visto algún Arum?

Y la respuesta siempre era la misma:

—No.

Luego aparecía Daemon y, en algún momento, las cosas se descontrolaban.

Blake intentaba enseñarme a la vez que ignoraba al extraterrestre homicida que ocupaba demasiado espacio.

—Técnicamente, cada vez que utilizamos nuestras habilidades enviamos una parte de nosotros mismos —explicó—. Es decir, si quisiera coger algo, una parte de mí lo haría como una extensión de mi cuerpo. Por eso, usar nuestros poderes nos debilita.

Aquello no tenía ningún sentido para mí, pero asentí con la cabeza. Daemon puso los ojos en blanco.

—No tienes ni idea de lo que estoy hablando —dijo Blake riéndose.

—Pues no —admití con una sonrisa.

—Está bien, volvamos a los brazos, entonces.

Me deslizó los dedos por los hombros y se desató el caos. Daemon se levantó del sofá en un nanosegundo y obligó a Blake a apartarse. Respiré hondo para armarme de paciencia y me volví hacia Daemon, que había sometido a Blake con una mirada asesina.

—Creo que yo puedo ayudarla con esto.

Blake se sentó en el brazo del sofá y agitó una mano.

—Claro, tú mismo. Es toda tuya.

—Cierto —respondió con una amplia sonrisa.

Me estaba muriendo por darle una bofetada.

—No soy tuya. —Aunque una pequeña parte de mí quería que Daemon negara mis palabras.

—Calla —dijo, acercándose a mí.

—¿Por qué no te vas a…?

—Gatita, ese lenguaje no es propio de una dama.

Se situó detrás de mí y me colocó las manos en los hombros. Debía admitir que la carga estática que me provocó al tocarme fue potente… y tentadora. Se inclinó hacia delante y apoyó la mejilla contra mi pelo.

—Aquí el amigo Ben va por buen camino. Cuando utilizamos nuestro poder, cuando empleamos la Fuente, estamos enviando una parte de nosotros mismos. Es como una extensión de nuestra forma física.

La explicación de Daemon tenía tan poco sentido como la de Blake, pero le seguí el rollo.

—Imagina que tienes cientos de brazos.

Hice lo que me pidió. Me imaginé como una de esas diosas hindúes, y solté una risita.

—Katy —protestó Blake con un suspiro.

—Lo siento.

—Ahora piensa en esos brazos y hazlos transparentes en tu mente. —Daemon hizo una pausa—. ¿Puedes ver los brazos? ¿Puedes ver los libros repartidos por toda la sala? Sé que recuerdas dónde está colocado cada uno de ellos.

Sabía que si hablaba me desconcentraría, así que asentí con la cabeza.

—Vale, bien. —Apretó los dedos—. Ahora quiero que conviertas esos brazos en luz. Una luz intensa y brillante.

—¿Como… la tuya?

—Exacto.

Volví a tomar aire y me imaginé mis brazos hindúes como largas y estrechas cintas de luz. Sí, estaba ridícula.

—¿Lo ves? —me preguntó en voz baja—. ¿Y te lo crees?

Esperé un momento antes de responder e intenté con todas mis fuerzas creerme lo que veía. Los brazos de cegadora luz blanca eran míos. Como habían dicho Daemon y Blake, eran extensiones de mi ser. Me imaginé a cada una de esas manos cogiendo los libros desparramados por la sala de estar.

—Abre los ojos —me indicó Blake.

Cuando lo hice, me encontré libros flotando por toda la sala. Los trasladé hasta la mesa de centro y los apilé por orden alfabético sin tocarlos siquiera. Me invadió una embriagadora sensación de entusiasmo. ¡Al fin! Estaba tan eufórica que casi empecé a chillar y a dar saltitos.

Daemon me soltó. En su sonrisa se reflejaba una extraña mezcla de orgullo y algo mucho más profundo que me llegó al corazón. Tanto que tuve que apartar la mirada, y me encontré con la de Blake. Este me sonrió y yo le correspondí.

—Por fin he hecho algo.

—Así es. —Se puso en pie—. Y ha estado genial. Buen trabajo.

Me volví para decirle algo a Daemon, pero sentí una ráfaga de aire cálido y me di cuenta de que en el lugar donde antes estaba Daemon ahora no había nada. Una puerta se abrió y luego se cerró.

Me volví hacia Blake, sorprendida.

—Me…

—Se mueve rapidísimo —comentó, sacudiendo la cabeza—. Yo puedo moverme rápido, pero, caramba, no tanto como él.

Asentí, parpadeando para contener las lágrimas que me quemaban los ojos. La única vez que conseguía hacer algo bien, y el muy cretino se largaba. Qué típico.

—Katy —me llamó Blake con voz suave, agarrándome del brazo —. ¿Estás bien?

—Sí. —Me solté mientras realizaba inspiraciones profundas.

—¿Quieres hablar de ello?

Solté una risa estrangulada, muerta de la vergüenza.

—No.

Blake guardó silencio un momento.

—Probablemente sea mejor así.

—¿En serio? —Me crucé de brazos, luchando con todas mis fuerzas por hacer desaparecer las lágrimas. Llorar no solucionaría nada.

Blake asintió con la cabeza.

—Por lo que tengo entendido, las relaciones entre Luxen y humanos nunca terminan bien. Y antes de que me digas que no hay nada entre vosotros, yo sé que sí. He visto cómo os miráis. Pero no va a funcionar.

Si pretendía darme ánimos, estaba haciéndolo francamente mal. Blake cogió el primer libro de la pila y pasó las manos por la brillante cubierta morada.

—Es mejor que le pongas fin, o que lo haga él, antes de que alguien salga herido.

Sentí un nudo en el estómago.

—¿Herido?

Blake asintió muy serio.

—Míralo de esta forma. Si Daemon pensara que el Departamento de Defensa va a por ti, ¿qué crees que haría? Arriesgar su vida, ¿no? Y si Defensa al final averigua que has mutado, querrán saber quién lo hizo. El primer sospechoso será él.

Pensé en asegurarle que no había sido Daemon, pero sonaría sospechoso; además, tenía toda la razón en lo que había dicho. Daemon era el sospechoso más evidente. Me senté y me pasé una mano por la frente.

—No quiero que nadie salga herido —dije por fin.

Blake se sentó a mi lado.

—Claro que no. Pero lo que nosotros queramos rara vez cambia el resultado, Katy.

Al día siguiente en Trigonometría, Daemon volvió a darme un golpecito en la espalda con el bolígrafo.

—Hoy no voy a ir a tu entrenamiento —me dijo en voz baja.

Me invadió la decepción. Aunque, por lo general, Daemon no era de mucha ayuda durante las sesiones, estaba convencida de que

la única razón por la que había sido capaz de mover los libros era él.

Y, sí, también estaba deseando verlo. Qué desilusión.

Me encogí de hombros, fingiendo que me daba igual.

—Vale.

Sus ojos color esmeralda se encontraron con los míos un instante, y luego Daemon se recostó en la silla y se puso a escribir en su cuaderno. Me sentí rechazada, así que me volví hacia la pizarra y exhalé despacio.

Carissa me lanzó una nota doblada sobre el pupitre y la abrí con curiosidad.

«¿*Y esa cara tan*?»

Caramba, ¿disimulaba tan mal? Garabateé un rápido mensaje:

«*Cansancio. Tus gafas nuevas son* ♥.»

Y era verdad. Tenían un estampado de cebra chulísimo. Conseguí devolverle la nota. No nos preocupaba el profesor: no era probable que pudiera ver nada en el fondo de la clase. Aquel tipo hacía que Papá Noel pareciera un chaval.

Unos segundos después, la nota estaba de nuevo en mi pupitre. Sonreí mientras la desdoblaba.

«*Gracias. Lesa quiere que te diga que Daemon está guapísimo hoy. Y yo estoy de acuerdo*.»

Me reí entre dientes y contesté:

«¡¡¡*Daemon siempre está guapísimo*!!!»

Estiré mi brazo y me dispuse a dejar caer la nota en el pupitre de Carissa. Sin embargo, antes de que saliera de mis dedos, alguien me la arrebató de la mano. «Pero ¡será hijo de…!» Me quedé pasmada y me puse como un tomate. Me volví en la silla y fulminé con la

mirada a Daemon, que se llevó la nota al pecho y me sonrió de oreja a oreja.

—No está bien pasarse notitas —murmuró.

—Devuélvemela —ordené entre dientes.

Daemon negó con la cabeza y me horroricé (y estoy segura de que Lesa y Carissa también) cuando la abrió. Quise morirme mientras observaba cómo aquellos ojos vibrantes recorrían rápidamente la nota. Supe cuándo llegó a mi parte porque levantó mucho las cejas.

Sonrió, le sacó la tapa al boli con la boca y escribió algo en el papel. Les eché una mirada a Lesa y Carissa dejando escapar un gemido. Lesa estaba boquiabierta y las mejillas de Carissa hacían juego con las mías. Santo cielo, Daemon estaba tardando lo suyo.

Al fin, plegó la nota y me la entregó.

—Aquí tienes, gatita.

—Te odio.

Me volví bruscamente. Y justo a tiempo, porque el profe estaba echándole un vistazo a la clase. Cuando se volvió de nuevo hacia la pizarra, manipulé la nota como si fuera una bomba. Desdoblé el dichoso trozo de papel despacio y con mucho cuidado.

Y casi me da algo.

Aquella nota jamás volvería a ver la luz del día. La doblé de nuevo y me la metí en la mochila con movimientos rígidos y todo el cuerpo enardecido.

A mi espalda, Daemon soltó una risita.

Blake y yo trabajamos solos varios días. Como era de esperar, las cosas fluyeron mucho mejor sin la presencia amenazadora de Daemon. Con la ayuda de Blake, pasé de poder mover objetos pequeños durante cortos periodos de tiempo a reorganizar toda la sala de estar con solo pensarlo. Cada vez que conseguía un avance, Blake se ponía supercontento y yo intentaba compartir su alegría (porque era algo bueno), pero cada logro venía acompañado de una sombra de decepción.

Quería compartir mis éxitos con Daemon, y él no estaba allí.

Con el tiempo, Blake pasó a temas más difíciles e intentó enseñarme a controlar las cosas que requerían más poder mediante

una horrible serie de experimentos de ensayo y error. La primera vez que traté de controlar fuego terminé con lo que estaba segura que eran quemaduras de segundo grado en los dedos.

Blake me había entregado varias velas blancas, y el objetivo era encenderlas todas a la vez con la mente. Me permitió tocarlas y, después de pasarme varias horas mirándolas fijamente, logré encender una imaginándome la llama y aferrándome a esa imagen.

En cuanto tuve esa parte dominada, ya no se me permitió tocar la vela. Ahora tenía que crear fuego solo mirándola. Blake agitó una mano sobre las velas y en todas las mechas se encendió una llama diminuta.

—Pan comido —dijo. Luego volvió a pasar la mano por encima y las llamas se apagaron.

—¿Cómo has hecho eso… lo de apagarlas? ¿Los Luxen también pueden hacerlo?

Blake me sonrió.

—Ellos pueden controlar cosas relacionadas con alguna forma de luz, ¿no? Así que mover y detener cosas y manipular el fuego se les da bien. Pueden generar suficiente energía para crear electricidad y avivar una tormenta.

Asentí con la cabeza al recordar la tormenta que se había desatado el día que Daemon había regresado del lago y el señor Garrison estaba esperándolo.

—Y, sí, pueden crear viento, que es como extraer átomos del aire que nos rodea. Pero a nosotros se nos da mejor.

—No dejas de decir eso, pero no entiendo cómo es posible.

Blake se encogió de hombros.

—Ellos solo poseen una clase de ADN. —Hizo una pausa frunciendo el ceño—. Si es que tienen ADN. Pero supongamos que sí. Nosotros contamos con dos tipos diferentes de ADN. Con todas las ventajas de cada uno.

Qué poco científico.

—En fin, inténtalo —me indicó mientras me daba un golpecito con la rodilla.

Hice exactamente lo mismo que había hecho él mientras sostenía la vela, pero algo salió mal y los dedos se me iluminaron como Las Vegas.

—¡Joder!

Blake se apartó de un salto llevándome con él. Me quedé horrorizada mientras me arrastraba hacia la cocina y me metía las manos bajo un chorro de agua fría. Era la primera vez que lo oía soltar una palabrota.

—¡Katy, te he pedido que encendieras la vela, no tus dedos! No es tan difícil, por el amor de Dios.

—Lo siento —farfullé mientras veía cómo mi piel adquiría un desagradable tono rosado y luego rojo. No tardó en arrugarse y ampollarse.

—Tal vez no seas capaz de controlar el fuego ni crearlo —comentó mientras me envolvía los dedos con cuidado con un paño —. Si pudieras, no deberías haberte quemado. El fuego habría sido parte de ti. Pero en este caso era fuego en toda regla.

Fruncí el ceño sintiendo cómo me palpitaban los dedos.

—Un momento. ¿Cabía la posibilidad de que no pudiera trabajar con fuego y me has dejado hacerlo?

—¿Y cómo si no voy a averiguar tus limitaciones?

—Pero ¿tú de qué vas? —Liberé la mano, furiosa—. Te has pasado, Blake. ¿Qué será lo siguiente? ¿Intentar detener un vehículo en marcha poniéndome delante de él, a ver si por casualidad no acabo muerta?

Blake puso los ojos en blanco.

—Deberías poder hacerlo. Al menos, eso espero.

Volví a las velas, indignada. Como necesitaba demostrar mi valía, lo intenté una y otra vez; pero, por mucho que me esforcé, no logré encender el fuego sin tocar las velas.

A la mañana siguiente tuve que inventarme una buena excusa para mi madre. Consistió en alguna estupidez como poner la mano sobre un fogón encendido. Me creyó, y conseguí incluso unos cuantos analgésicos suaves.

Más tarde aquella noche, Blake me explicó que él nunca había podido curar a nadie. Cuando le pregunté cuándo o por qué se le había presentado la ocasión de hacerlo, no tuvo oportunidad de contestar. Una sensación cálida me hormigueó por el cuello, y unos segundos después llamaron a la puerta.

Me puse en pie de golpe.

—Daemon.

—Viva. —Blake fingió tanto entusiasmo que por un instante creí que era actor.

Lo ignoré y corrí hacia la puerta principal.

—Hola —lo saludé con voz entrecortada, sintiéndome acalorada y mareada al verlo. Nunca dejaba de asombrarme lo atractivo que era Daemon—. ¿Vienes a ayudarnos?

Su mirada se posó en mis dedos vendados y asintió con la cabeza.

—Sí. ¿Dónde está Bilbo?

—Blake —lo corregí—. En la sala de estar.

—¿Sobre lo de la mano…? —dijo cerrando la puerta detrás de él.

Cuando me preguntó por ello en clase, evité responder porque tenía serias dudas de que le pareciera bien cómo había ocurrido. Lo último que nos faltaba era que matara a Blake por culpa de mi ineptitud.

—Me la quemé anoche con un fogón. —Me encogí de hombros con la mirada clavada en las puntas de las botas negras que le asomaban por debajo de los tejanos.

—Eso… es…

—¿Patético? —sugerí con un suspiro.

—Sí, muy patético, Kat. Tal vez deberías mantenerte apartada de los fogones un tiempo, ¿no te parece?

Pasó a mi lado y se dirigió al salón. Lo seguí enseguida, pues sabía que no podía dejarlo solo con Blake ni un momento.

Este lo saludó con un desganado gesto de la mano.

—Qué bien que vuelvas a acompañarnos.

Daemon se dejó caer en el sofá al lado de Blake, con una sonrisa, y estiró el brazo por encima del respaldo, arrinconando al chico.

—Sé que me has echado de menos. Pero no pasa nada, ya estoy aquí.

—Genial —contestó Blake.

Empezamos moviendo cosas de un lado a otro. Daemon apenas dijo nada, ni siquiera un «vaya» ni un «felicidades», pero no me quitó la vista de encima ni un momento.

—Mover cosas no es más que un truco de salón. —Blake tenía

los brazos pegados al pecho.

—Caramba. —Daemon ladeó la cabeza—. ¿Acabas de darte cuenta?

Blake no le hizo caso.

—La buena noticia es que ya puedes hacerlo voluntariamente, pero eso no significa que lo controles. Espero que sí, pero no lo sabemos con certeza.

Maldita sea. Blake resultaba deprimente algunas veces.

—Tengo una idea, pero vas a tener que confiar completamente en mí. Si te pido que hagas algo, no puedes responder con un millón de preguntas. —Hizo una pausa mientras Daemon entrecerraba los ojos—. Necesitamos ver algo alucinante.

¿Alucinante? Pero ¡si estaba moviendo cosas sin tocarlas! En mi opinión, aquello era bastante alucinante. Aunque, claro, también estaba todo el jaleo del fuego.

—Lo hago lo mejor que puedo.

—Eso no es suficiente. —Solté un fuerte suspiro—. Vale. Quédate aquí.

Le eché una mirada a Daemon mientras Blake desaparecía en el recibidor.

—No tengo ni idea de qué está tramando.

Mi vecino enarcó una ceja.

—Me imagino que no va a gustarme.

Como si Blake pudiera hacer algo que le gustara. Lo que él no sabía ni entendía era que Blake no me había tirado los tejos. No había intentado nada desde aquel abrazo fallido en la cafetería hacía tantos días. Aunque quizá era simple antipatía.

Mientras esperábamos, oí abrirse cajones en la cocina y el tintineo de cubiertos. Hurra, a destrozar más cristalería.

Blake regresó y se detuvo en la entrada con una mano en la espalda.

—¿Lista?

—Claro.

Sonrió y luego echó el brazo hacia atrás. La luz se reflejó en el afilado borde de metal. ¿Un cuchillo? Y, entonces, el cuchillo de carnicero salió volando directo a mi pecho.

Quise gritar, pero mi garganta no emitió ningún sonido. Levanté

una mano, aterrorizada, y el cuchillo se detuvo en el aire. Se quedó congelado a escasos centímetros de mi pecho, con el extremo puntiagudo apuntando hacia mí. Simplemente se quedó allí, suspendido.

Blake aplaudió.

—¡Lo sabía!

Me quedé mirándolo mientras mi capacidad de razonamiento volvía a ponerse en marcha poco a poco.

—Pero ¿a ti qué narices te pasa, Blake?

A continuación, sucedieron varias cosas a la vez: como me había desconcentrado, el cuchillo se cayó y chocó contra el suelo sin causarle daño a nadie; Blake seguía aplaudiendo; yo solté una retahíla de palabrotas que habrían enfurecido a mi madre, y Daemon, que parecía completamente perplejo, reaccionó.

Salió disparado del sofá como un cohete a la vez que adquiría su verdadera forma. Un instante después, tenía a Blake contra la pared, a un metro del suelo y envuelto en una intensa luz roja blancuzca que iluminaba toda la sala.

Estiré el cuello y susurré:

—Ay, mi madre.

—¡Oye! ¡Oye! —gritó Blake agitando los brazos en medio de la luz—. Contrólate, tío. Katy no estaba en peligro.

No hubo respuesta por parte de Daemon, por lo menos no una que Blake pudiera oír, pero yo sí lo oí. Alto y claro. «Ya está. Voy a matarlo.»

Las ventanas empezaron a sacudirse y las paredes temblaron. El televisor de pantalla plana traqueteó sobre la base. Pequeñas volutas de yeso llenaron el aire. La luz de Daemon se intensificó, tragándose a Blake por completo, y durante un espantoso instante pensé que lo había matado de verdad.

—¡Daemon! —chillé rodeando a toda velocidad la mesa de centro—. ¡Para!

Pero entonces se oyó un chasquido, como cuando el aire se calienta y se carga de electricidad después de que caiga un rayo. Daemon, que aún conservaba su aspecto de Luxen, se apartó de golpe y soltó a Blake, que cayó sobre los pies y se tambaleó hacia un lado mientras se incorporaba.

Daemon empezó a vibrar y se dirigió hacia Blake, pero me interpuse.

—Ya vale. Dejadlo los dos de una vez.

Blake se pasó las manos por la camiseta, colocándosela bien.

—Yo no estoy haciendo nada.

—Me has lanzado un cuchillo, por el amor de Dios —le espeté. Lo que no fue una buena idea, porque oí cómo Daemon prometía: «voy a partirlo en dos»—. Basta.

Un brazo apareció en la luz y unos dedos me rozaron la mejilla. La caricia fue suave como la seda y muy breve. Apenas duró medio segundo y sucedió tan rápido que dudo que Blake llegara a verlo. Entonces su luz se apagó con un parpadeo, y Daemon se irguió en su forma humana, temblando por la ira apenas contenida y con los ojos blancos y afilados como carámbanos de hielo.

—¿En qué diablos estabas pensando?

—¡Katy no estaba en peligro! Si hubiese pensado, aunque fuera por un segundo, que no podía hacerlo, no se lo habría lanzado.

Daemon apretó su enorme puño. Ya fuera como humano o como alienígena, podía causar mucho daño.

—Pero ¡no podías estar seguro de que lo conseguiría! ¡No al cien por cien!

Blake me suplicó con la mirada mientras negaba con la cabeza.

—Te juro que no has estado en peligro, Katy. Si hubiera pensado que no podías detenerlo, no lo habría hecho.

Daemon soltó otra palabrota y me moví para bloquearle el paso.

—¿Quién hace algo así? —soltó Daemon.

Su cuerpo emanaba calor.

—Pues Kiefer Sutherland, por ejemplo. En la película original de Buffy —explicó. Cuando lo miré boquiabierta, hizo una mueca—. La pasaron por la tele hace un par de noches. Le tiró un cuchillo a Buffy y ella lo atrapó.

—Ese era Donald Sutherland: el padre —lo corrigió Daemon, sorprendiéndome.

Blake se encogió de hombros.

—Da lo mismo.

—¡Yo no soy Buffy! —chillé.

Una perezosa sonrisa se le dibujó en los labios.

—Tú eres mucho más guapa que Buffy.

Decir aquello no fue una buena idea. Daemon soltó un gruñido desde el fondo de la garganta.

—¿Tienes ganas de morir? Porque te estás pasando esta noche, colega. Lo digo muy en serio. Te estás pasando. Puedo aplastarte contra esa pared hasta que te quedes sin fuerzas. ¿Puedes contenerme para siempre? ¿No? Eso pensaba.

Blake movió la mandíbula.

—Vale. Lo siento. Pero, si ella no hubiera podido detenerlo, lo habría hecho yo. Igual que tú. Así que pelillos a la mar.

Me puse tensa. Un torbellino de rabia iba aumentando de intensidad en el interior de Daemon, y no estaba segura de poder detenerlo si se lanzaba de nuevo sobre Blake.

—Me parece que ya es suficiente por esta noche.

—Pero…

—Blake, creo que deberías marcharte —dije de manera significativa—. ¿Vale? Creo que tienes que irte.

Blake echó un vistazo por encima de mi hombro y pareció entenderlo, porque asintió con la cabeza.

—Muy bien. —Se dirigió hacia la puerta, pero se detuvo—. Has estado genial, Katy. Me parece que no te das cuenta de lo impresionante que ha sido.

Una suave vibración sacudió el suelo. Blake captó la indirecta y salió pitando de la casa. Solo me relajé cuando oí el estruendo del motor de su camioneta.

—Se acabó —dijo Daemon en voz baja—. Se acabó para siempre.

Me volví despacio. Todavía le brillaban los ojos. Vistos de cerca, eran preciosos: raros pero realmente asombrosos.

—Podía haberte matado, Kat. Y eso no se lo consiento. No consentiré que arriesgue tu vida de esa manera.

—No estaba intentando matarme.

Me miró con incredulidad.

—¿Se te ha ido la pinza?

—No.

Me agaché, cansada, y recogí el enorme cuchillo de asesino en serie. Mientras lo sostenía en la mano, caí en la cuenta de que había

detenido un cuchillo que se dirigía a toda velocidad hacia mi pecho. Me volví hacia Daemon, tragando saliva.

Él seguía despotricando:

—No quiero que sigas practicando con él. No quiero ni que te acerques a él. A ese chico le faltan unos cuantos tornillos.

Congelar algo era un logro enorme. Tanto Blake como Daemon habían dicho que era uno de los usos más poderosos de la Fuente, con la excepción de usarla como arma.

—Voy a partirle la cara. No puedo…

—Daemon —susurré.

—… creer que lo haya hecho. —De pronto, me rodeó con los brazos y me apretó contra su pecho. No lo apuñalé de milagro—. Dios mío, Kat, podría haberte herido.

Al principio no me moví, un tanto aturdida por el contacto físico que Daemon había evitado desde la tarde que me preparó un sándwich. Le vibraba todo el cuerpo, y la mano que levantó para rodearme la nuca le temblaba un poco.

—Mira, es evidente que tienes cierto control. Yo puedo ayudarte a trabajar en ello —dijo apoyando el mentón en mi coronilla. Dios mío, sus brazos, todo su cuerpo, eran tan cálidos y perfectos…—. Esto no puede volver a pasar.

—Daemon. —Mi voz sonó amortiguada contra su pecho.

—¿Qué? —Se apartó un poco, bajando la barbilla.

—Lo he congelado.

—¿Eh? —preguntó frunciendo el ceño.

—He congelado el cuchillo. —Me solté mientras agitaba dicho objeto—. No lo he detenido simplemente, sino que lo he congelado. Se ha quedado suspendido en el aire.

Él también pareció comprender lo que significaba.

—Por el amor de…

Me reí.

—Cielos, es una pasada, ¿verdad?

Daemon asintió con la cabeza.

—Sí. Es… algo importante.

—No podemos dejar de practicar —dije, entusiasmada.

—Kat…

—¡Hay que seguir! Mira, lo de tirarme un cuchillo no ha estado

bien. Y Dios sabe que no me emociona precisamente que lo haya hecho, pero ha funcionado. De verdad. Estamos avanzando…

—¿Qué parte de «podía haberte matado» no entiendes? —Daemon se apartó, lo que normalmente significaba que estaba enfadado, muy enfadado—. No quiero que sigas entrenando con él. No cuando está poniendo tu vida en peligro.

—No está poniendo mi vida en peligro.

Aparte de prenderme fuego a los dedos y el incidente con el cuchillo… Pero, aun así, los riesgos valían la pena. Si lograba controlar esas habilidades y llegar a usarlas para proteger a Daemon y a Dee, ya no sería solo una humana… o solo una humana mutada a un paso de exponerlos ante todo el mundo.

—No podemos parar —argumenté—. Conseguiré controlarlo y usar la Fuente, igual que Dee y tú. Puedo ayudarte a…

—¿Ayudarme a qué? —Se quedó mirándome y luego soltó una carcajada—. ¿A luchar contra los Arum?

Vale. Yo no iba tan lejos; pero, ahora que lo mencionaba, ¿por qué no? Según Blake, tenía el potencial para llegar a ser más fuerte que Daemon. Me crucé de brazos y me di golpecitos en el brazo con la hoja del cuchillo.

—Pues sí, ¿qué pasa si quisiera hacerlo?

Volvió a reírse y me dieron ganas de soltarle una patada.

—No vas a ayudarme a luchar contra los Arum, gatita.

—¿Por qué no? Si puedo controlar la Fuente y ayudar, ¿por qué no? Podría pelear.

—Hay buenísimas razones —me gritó, ya sin pizca de humor—. Para empezar, eres humana.

—No del todo.

Daemon entrecerró los ojos.

—De acuerdo, eres una humana mutada. Pero una humana muchísimo más débil y vulnerable que un Luxen.

Exhalé despacio.

—No sabes lo débil o vulnerable que seré cuando acabe el entrenamiento.

—Lo que tú digas. En segundo lugar, enfrentarse a los Arum no es asunto tuyo. Eso nunca va a pasar.

—Daemon…

—Tendrá que ser sobre mi cadáver. ¿Entendido? Nunca irás a por un Arum. Me da igual que puedas hacer que el mundo deje de girar.

Intenté contener la rabia. Si había algo que odiara más que el lado cretino de Daemon era que me dijera lo que podía o no podía hacer.

—No eres mi dueño, Daemon.

—No se trata de ser el dueño de nadie, cabeza de chorlito.

—¿Cabeza de chorlito? —Lo fulminé con la mirada—. No te aconsejo que me insultes cuando tengo un cuchillo en la mano.

Daemon ignoró ese comentario y prosiguió:

—En tercer lugar, hay algo que no encaja en Blake. No me digas que no lo ves ni lo sientes.

—Oh, no…

—No sabes nada de él… nada más allá de que le gusta el surf y tiene un blog. Qué bien.

—Esa razón no es lo suficientemente buena.

—Porque no quiero verte en peligro. ¿Qué tal esa? ¿Es lo bastante buena para ti? —me gritó, y di un brinco. Apartó la mirada mientras realizaba inspiraciones profundas.

No me había dado cuenta de que esa podría ser la verdadera razón detrás de todo eso. Todo mi ser se ablandó y mi enfado se desvaneció como un copo de nieve al sol.

—No puedes detenerme solo para protegerme.

Volvió la cabeza hacia mí bruscamente.

—Necesito protegerte.

«Necesitar» era una palabra tan fuerte que se apoderó de mi aliento y mi corazón.

—Me halagas, de verdad que sí, pero no tienes por qué protegerme. No soy Dee. No soy otra de tus responsabilidades.

—¡Desde luego que no eres Dee! Pero sí eres responsabilidad mía. Yo te metí en este lío. ¡Y no pienso involucrarte aún más!

La cabeza me daba vueltas. Sus razones para querer que dejara de practicar con Blake eran válidas, pero estaban equivocadas. Necesitaba demostrarle que no era un lastre ni algo que tuviera que cuidar constantemente. Si pensaba eso y continuaba poniéndose en peligro por mi culpa, podían acabar matándolo a él o a Dee.

—No pienso dejarlo —le aseguré.

Daemon se quedó mirándome.

—¿Acaso no te importa que no quiera verte en esa clase de peligro? ¿Saber que no colaboraré en semejante estupidez, como prepararte para enfrentarte a los Arum?

Me estremecí. Sus palabras me dolieron.

—¿Querer ayudaros a ti y a los tuyos es una estupidez?

—Pues sí —dijo apretando los dientes.

—Daemon —susurré—. Entiendo que te preocupes…

—No lo entiendes. ¡Ese es el problema! —Se detuvo, recuperando el control de sus emociones y cerrándose como una concha—. No voy a cooperar. Lo digo en serio, Katy. Si eliges esto, pues… tú misma. Pero no pienso llevarlo en la conciencia, como me pasa todos los santos días con Dawson. Consentirlo sería cometer otro error.

Inhalé bruscamente. Sentí un profundo dolor en el pecho al pensar que cargaba con esa culpa… una culpa que no era suya.

—Daemon…

—¿Qué eliges, Katy? —Me miró directamente a los ojos—. Decídelo ya.

—No sé qué decirte —susurré, con los ojos llenos de lágrimas.

¿Es que no lo veía? Seguir con aquello me proporcionaría más posibilidades de no acabar como Bethany y Dawson, de ser capaz de cuidarme y protegerlo, porque algún día necesitaría mi ayuda.

Daemon retrocedió un paso, como si lo hubiera golpeado.

—Esa no es la respuesta correcta.

Se le endureció la expresión y los ojos se le convirtieron en glaciares. El frío que irradiaba de él me heló hasta la médula. Nunca lo había visto tan distante.

—Lo dejo —me dijo.

21

Una parte de mí quiso saltarse las clases al día siguiente, pero no podía esconderme para siempre. Sorprendentemente, Daemon no se presentó. Tampoco lo vi por los pasillos cuando saqué mis cosas de la taquilla antes de almorzar. No apareció.

Había conseguido echarlo del maldito instituto.

—Hola —dijo Blake acercándose a mí—. Todavía no tienes mejor cara.

Durante toda la clase de Biología, prácticamente había mantenido la cara pegada al libro. Cerré la puerta con un suspiro.

—Ya, no tengo un buen día.

—¿Tienes hambre? —Cuando negué con la cabeza, me tiró de la mochila—. Yo tampoco. Conozco un sitio, sin comida ni gente.

Me pareció una buena idea, porque en este momento no podría soportar ver cómo Adam y Dee se metían mano en la mesa de la cafetería. Resultó que el sitio que Blake tenía en mente era el auditorio vacío. Era perfecto.

Nos sentamos al fondo y apoyamos los pies en los asientos de delante. Blake sacó una manzana de la mochila.

—¿Al final Daemon se tranquilizó anoche?

Gemí para mis adentros.

—Pues… la verdad es que no.

—Me lo temía. —Hubo una pausa mientras le daba un mordisco a la brillante fruta roja—. Nunca estuviste en peligro. Si no lo hubieras parado, lo habría hecho uno de nosotros.

—Ya lo sé. —Me recosté y apoyé la cabeza en el respaldo del asiento—. Es que no quiere que acabe herida.

Me dolió decirlo, porque estaba segura de que detrás de sus palabras de anoche había un mundo de buenas intenciones, pero Daemon tenía que verme como a una igual, no como a alguien débil

y que necesitaba que la rescatasen.

—Es admirable. —Sonrió con la manzana pegada a la boca—. Ya sabes que no me cae bien ese idiota, pero se preocupa por ti. Así que lo siento. No quería causar problemas entre vosotros.

—No es culpa tuya. —Le di una palmadita en la rodilla y no me sorprendió recibir una pequeña descarga—. Todo se arreglará.

Blake asintió con la cabeza.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Claro.

Dio otro mordisco antes de continuar.

—¿Fue Daemon quien te curó? Lo pregunto porque saber quién te cambió podría ayudarme a entender mejor tu poder.

Me invadió la inquietud.

—¿Por qué piensas que pudo ser él?

Blake me lanzó una mirada mordaz.

—Eso explicaría lo unidos que estáis. Mi amigo y yo estábamos muy unidos después. Casi siempre sabía cuándo estaba cerca. Después de que me curara, éramos como dos mitades del mismo ser. Era un vínculo muy… fuerte.

Curarme estaba tan prohibido que ni un ejército de Arum conseguiría que admitiera que había sido Daemon.

—Es bueno saberlo, pero no es el caso. —Me picó la curiosidad —. ¿Dices que estabais muy unidos? ¿Eso te hizo sentirte… atraído por él?

—¿Qué? —Se rió—. No. Éramos como hermanos, pero la conexión (sea lo que sea lo que nos hace) no nos obliga a sentir nada. Crea una relación muy estrecha con quien nos cura. Es más fuerte que un vínculo familiar, pero no tiene nada de sexual, ni siquiera emocional a ese nivel.

Bajé las pestañas antes de que pudiera ver el mar de lágrimas que me quemaba los ojos. Genial, era la mayor imbécil sobre la faz de la tierra. Todo ese tiempo había estado echándole a Daemon en cara la conexión alienígena, y resulta que no era eso lo que motivaba sus actos.

—Bueno, está bien saberlo. —Mi propia voz me sonó extraña—. En fin… ¿por qué es tan importante quién me curó?

Me miró como si pensara que era bastante cortita al tiempo que

se terminaba la manzana.

—Porque tengo entendido que la fuerza del Luxen que te cura da una idea de cuánta fuerza tendrás. Por lo menos, eso es lo que me contó Liz. Sus poderes y limitaciones estaban ligados a quien la curó. Igual que los míos.

—Ah.

Bueno, eso explicaba cómo había conseguido lanzar un satélite al espacio exterior. El ego de Daemon se pondría por las nubes si se enterase. Empecé a sonreír, pero pensar en él renovó el pesar que sentía en el corazón.

—Por eso creí que había sido Daemon, pero él es demasiado poderoso. No te ofendas, pero tú no has conseguido hacer nada extraordinario, así que…

—Vaya, gracias. —Me reí al ver su expresión de disgusto—. En fin, nunca te imaginarías quién fue, y eso es todo lo que pienso decir al respecto, ¿de acuerdo?

—Muy bien. —Sostuvo en alto el corazón de la manzana con el ceño fruncido—. No confías en mí, ¿verdad?

Me disponía a decirle que no era cierto, pero me detuve. Alguien al menos merecía que fuera sincera.

—No te lo tomes como algo personal, pero creo que ahora mismo, teniendo en cuenta la situación, es difícil confiar en los demás.

Blake me miró de reojo y sonrió.

—Buena idea.

Si volvía a ver otro cuchillo en los próximos diez años, necesitaría que me internaran en un psiquiátrico. Que me lanzaran cuchillos no era lo que yo consideraba pasarlo bien, precisamente.

Por suerte, había podido detenerlos todos. Y, sin Daemon por allí, Blake siguió de una pieza. Hacia finales de semana, pasó a lanzarme objetos no mortíferos a la cabeza, como cojines y libros. Después de varias horas, conseguí dominar el arte de no comer tela; aunque nunca permití que los libros me golpeasen ni cayeran al suelo. Eso me parecía un sacrilegio.

Empezar con los cuchillos y terminar con los cojines era como empezar la casa por el tejado, pero comprendía el plan. Mis

habilidades estaban ligadas a mis emociones: como el miedo. Necesitaba aprender a canalizar esos sentimientos intensos y a usarlos cuando no estaba asustada. Y también necesitaba poder controlarlos cuando perdía los nervios.

Solté un gemido mientras recogía los cojines del suelo y los libros de la mesa de centro y colocaba de nuevo cada cosa en su sitio.

—¿Cansada? —me preguntó Blake, apoyado tranquilamente contra la pared.

—Sí —contesté bostezando.

—Ya sabes que los Luxen se cansan usando sus poderes, ¿no? —Cogió el último libro y volvió a ponerlo donde lo había encontrado: la base de la tele.

—Sí, recuerdo que dijiste algo de que nosotros nos cansamos más rápido que ellos.

—En ese sentido, somos como los Luxen. Ellos usan energía para hacer cosas: todo ese asunto de enviar una parte de su ser, ya sabes. Nosotros hacemos lo mismo, pero los Luxen pueden aguantar mucho más tiempo. No sé por qué, tiene algo que ver con el hecho de que solo tenemos medio ADN alienígena. Pero debemos andar con cuidado, Katy. Cuantas más habilidades usamos, más nos debilitamos. Y más rápido.

—Genial —mascullé—. ¿Así que Daemon sí podría haberte tenido toda la noche contra la pared?

—Pues sí. —Se detuvo a mi lado—. El azúcar ayuda. Y también la piedra de Melody.

—¿El qué? —Me masajeé la nuca mientras me dejaba caer en el sofá.

—Es un tipo de cristal: un ópalo muy raro. —Se sentó a mi lado, tan cerca que tenía el muslo pegado al mío. Me aparté un poco.

—¿Y qué hace?

Blake echó la cabeza hacia atrás, apoyándola en el almohadón, y se encogió de hombros.

—Según tengo entendido, puede ayudarnos a aumentar nuestros poderes. Puede que incluso a estabilizarlos para que no nos cansemos como los Luxen.

No me tragaba todo aquel asunto de los cristales. Parecía un

montón de tonterías New Age, pero ¿qué sabía yo?

—¿Tú tienes una?

Blake se rió.

—Qué va. Son muy difíciles de conseguir.

Cogí un cojín, me lo coloqué debajo de la cabeza y cerré los ojos, acurrucándome contra el brazo del sofá.

—En ese caso, supongo que solo cuento con el azúcar.

Hubo un momento de silencio.

—Lo has hecho muy bien, ¿sabes? Aprendes rápido.

—¡Ja! No decías eso la primera semana de entrenamiento. —Bostecé—. Puede que esto no sea tan difícil. Lograré controlar mis habilidades… y todo volverá a la normalidad.

—Nada volverá a ser normal, Katy. En cuanto salgas del alcance del cuarzo beta, los Arum te encontrarán. —Mi lado del sofá se hundió, pero estaba demasiado cansada para abrir los ojos—. Pero, si consigues controlar esto de verdad, entonces podrás defenderte.

Y eso era lo que quería. Apoyar a Daemon, no esconderme detrás de él.

—Eres un aguafiestas, ¿lo sabías?

—No es mi intención.

El almohadón que tenía debajo se inclinó aún más, y sentí los dedos de Blake apartándome el pelo. Abrí los ojos de golpe y me incorporé bruscamente volviéndome hacia él.

—Blake.

Él se sentó recto y se colocó la mano en el muslo.

—Lo siento. No pretendía asustarte. Solo quería asegurarme de que estabas bien.

¿Eso era todo? ¿O había algo más? Ay, Dios, qué situación más incómoda.

—Ahora mismo, las cosas son muy complicadas.

—Es comprensible —contestó, recostándose—. Él te gusta, ¿verdad?

Me apreté el cojín contra el pecho, sin saber qué responder.

—No me mientas. —Se rió cuando fruncí el ceño—. Siempre te pones roja cuando mientes.

—No sé por qué todo el mundo dice eso. Mis mejillas no son un detector de mentiras humano. —Jugueteé con una hebra suelta.

Sabía que debíamos tener esa conversación, sobre todo porque estábamos pasando mucho tiempo juntos—. Lo siento. Es que en este momento…

—No pasa nada, Katy. —Me cubrió la mano con la suya y me la apretó de modo tranquilizador—. De verdad. Me gustas. Eso es evidente. Pero te están ocurriendo muchas cosas, y es probable que algunas empezaran antes de que yo apareciera. Así que no pasa nada. En serio.

En mis labios se dibujó la primera sonrisa auténtica en dos días.

—Gracias por ser tan… comprensivo.

Blake se levantó del sofá y se pasó una mano por el pelo.

—Bueno, puedo permitirme ser paciente. No voy a irme a ninguna parte.

Estaba sentada en clase, intentando concentrarme en lo que decían Carissa y Lesa. La piel me pasaba del calor al frío.

—Bueno, Katy, últimamente estás quedando mucho con el surfista. —Lesa arqueó una ceja—. ¿Serías tan amable de compartir los detalles?

Me encogí en la silla.

—No. Solo pasamos el rato.

—Pasar el rato —repitió Lesa con picardía— es una especie de código para el sexo.

—¡Eso no es verdad! —dijo Carissa boquiabierta.

—Está claro que no has salido con muchos chicos de la zona. —Lesa se recostó en la silla mientras se tiraba de un rizo—. En realidad, para los chicos de la zona casi todo es un código para el sexo.

—Voy a tener que apoyar a Carissa en eso —dije—. Pasar el rato no implica sexo. La última vez…

Sentí un repentino hormigueo en el cuello y se me dispararon las pulsaciones. Vi de refilón a Daemon cruzando la puerta y me concentré en la cara de Lesa como si me fuera la vida en ello.

Daemon pasó a mi lado, moviéndose con esa fluidez tan característica en él, y ocupó su asiento. Me aferré a los bordes de la libreta esperando que el profesor no se entretuviera antes de entrar en clase.

Un boli me dio un golpecito en la espalda.

Me invadió una abrumadora avalancha de emociones y me volví despacio. No pude sacar nada en claro de su expresión reservada.

—Veo que has estado… ocupada —dijo con las pestañas bajadas.

La pega de vivir al lado de Daemon era que se enteraba de prácticamente todo lo que hacía. Y eso quería decir que sabía que seguía entrenando con Blake.

—Sí, más o menos.

Colocó los codos sobre el pupitre y apoyó el mentón en las manos.

—Bueno, ¿y qué anda haciendo Bobo?

—Es Blake —repuse en voz baja—. Y tú sabes perfectamente qué estamos haciendo. Puedes…

—Ni hablar. —Entonces se rió entre dientes, aunque el gesto carecía de humor, y se acercó un poco más. Se le oscurecieron los iris—. Desearía que te lo pensaras mejor.

—Y yo desearía que tú te lo pensaras mejor.

Daemon no respondió. Volvió a acercar los codos al cuerpo y se cruzó de brazos. Era evidente que la conversación había terminado, así que me di la vuelta, asqueada.

Las clases de la mañana se me hicieron eternas. Lesa me esperaba fuera del aula de Biología y me detuvo cuando iba a entrar.

—¿Puedo preguntarte algo? —dijo, mirando a su alrededor.

—Claro —contesté con un suspiro.

Me llevó a una taquilla libre.

—¿Qué está pasando? Te besaste con Daemon antes de Halloween, saliste con Blake una vez y ahora has vuelto con él otra vez, pero es innegable que hay algo entre Daemon y tú.

Hice una mueca.

—Dios, como si fuera un putón.

Lesa se encogió de hombros.

—Créeme, yo no soy la más indicada para hablar mal de nadie. Es simple curiosidad. ¿Sabes lo que haces?

Una de las razones por las que me caía bien Lesa era que no se andaba con rodeos. Decía lo que pensaba y, por ese motivo, era la persona con la que me mostraba más abierta.

—Sinceramente, ni idea. Bueno, sí. No estoy… saliendo con Blake. Ni con Daemon.

—¿En serio?

Me apoyé contra el frío metal y suspiré.

—Es complicado.

—No puede ser tan complicado —concluyó mi amiga—. ¿Quién te gusta?

Cerré los ojos y al fin lo dije en voz alta:

—Daemon.

—¡Ajá! —Me dio un golpecito con la cadera—. Un momento. ¿Y por qué es complicado? Daemon está coladito por ti. Es evidente, incluso cuando os tiráis los trastos a la cabeza. Y te gusta. ¿Dónde está el problema?

¿Cómo podría explicarle el lío en el que estaba metida?

—Es muy complicado. Créeme.

Lesa frunció el ceño.

—Bueno, voy a tener que fiarme de tu palabra, porque Blake viene por el pasillo —anunció, y se dio media vuelta tan rápido que parecía que la hubieran pillado mirándome el escote.

La clase de Biología transcurrió sin incidentes. Por lo general, Blake se comportaba como si no fuéramos mutantes mientras estábamos en el instituto, y yo se lo agradecía. Allí podía ser normal, por raro que sonase.

Descubrí que estaban sirviendo de almuerzo lasaña fría y una ensalada que olía raro. ¡Qué bien! Me eché un poco en el plato mientras me moría por un batido de fresa. No era muy probable que ese día recibiera uno. Daemon había dejado de traerme regalos más o menos al mismo tiempo que había empezado mi entrenamiento. Lo echaba de menos. Y a él también.

Dee y Adam estaban comiéndose la boca cuando me senté. Le eché una mirada a Carissa, que puso los ojos en blanco, aunque sonrió. Dejando de lado mi patética vida amorosa, todavía era una fan de Cupido. Lo único que no podía soportar era ver a mamá y Will enrollándose, lo que me había tocado presenciar ayer antes de que se fuera a trabajar. Puaj.

—¿Vas a comerte la ensalada? —preguntó Dee.

—Qué bien que hayas dejado de besar para comer algo —

comenté, riéndome, mientras le pasaba la bandeja—. Hola, Adam.

—Hola, Katy —me respondió, colorado.

—Lo siento. Es que se me ha abierto el apetito —dijo Dee con una sonrisa.

—Y yo he perdido el mío —repuso Carissa entre dientes.

Blake no apareció por la cafetería, pero Daemon sí. Se había sentado con Andrew y Ash. No pude controlarme y lo miré. Él levantó la vista, sosteniendo un batido, y me dedicó una sonrisita burlona.

Qué cabrón.

Me volví hacia Dee.

—¿Cómo puedes comerte eso? La lechuga tiene los bordes marrones. Es asqueroso.

Adam soltó una carcajada.

—Dee es capaz de comerse cualquier cosa.

—Igual que tú. —Le ofreció una rodaja de tomate con el tenedor —. ¿Quieres?

—Se acabó. —Me recosté en la silla—. Si le das de comer, voy a tener que buscarme otra mesa.

—Lo mismo digo —añadió Carissa.

Dee puso los ojos en blanco, pero cedió.

—Me gusta compartir. ¿Qué tiene de malo? —Entonces me miró con una expresión de esperanza en el rostro—. Me alegro de que hoy comas con nosotros… sola.

Asentí con la cabeza, bastante incómoda, y me concentré en separar la lasaña. Odio la comida a capas, a menos que esas capas impliquen chocolate y mantequilla de cacahuete.

El almuerzo y las clases de la tarde terminaron al fin y me pasé por la oficina de correos para recoger la correspondencia antes de que llegara Blake.

Mientras colocaba las cartas y paquetes en el asiento de atrás, vi un todoterreno negro estacionado al borde del aparcamiento, como si hubieran parado de repente y hubieran dejado el motor en marcha.

«Podría ser un todoterreno cualquiera», me dije mientras cerraba la puerta; pero un escalofrío me recorrió la espalda y se me erizó el vello de los brazos. ¿Habría desarrollado una especie de sexto

sentido raro junto con los poderes alienígenas?

Me dirigí al lado del conductor sin perder de vista el todoterreno. El silenciador escupía un humo asfixiante.

La puerta del pasajero se abrió de repente y vi a dos personas. Brian Vaughn, el agente del Departamento de Defensa con la risa más escalofriante del mundo, estaba inclinado sobre el acompañante, intentando coger la puerta. Apretaba los labios en una mueca de enfado mientras buscaba a tientas la manilla de la puerta con una mano a la vez que apretaba a una chica contra el asiento con el brazo.

Entrecerré los ojos para echarle otro vistazo a la chica, aunque lo que debía hacer era subirme a mi coche y largarme pitando de allí. Lo único que me faltaba era que Vaughn me pillara espiándolo, pero… conocía a aquella chica.

Había visto su cara en un cartel pegado con cinta adhesiva a los ventanales de cristal de FOOLAND. Llevaba el pelo castaño recogido en una coleta apretada dejando al descubierto un rostro pálido y menudo. Sus ojos no brillaban de alegría como en el cartel cuando se volvió hacia la puerta y vio cómo Vaughn la cerraba, dejándola dentro… y a mí fuera.

Tenía la expresión vacía. Pero era ella.

Era Bethany.

22

Bethany, la novia de Dawson, estaba viva. Y estaba con el Departamento de Defensa. Parecía una locura y, mientras regresaba a casa, no dejé de intentar convencerme de que la vista me había engañado. Pero era ella. Ese rostro se me había quedado grabado en la memoria. Me puse a caminar de un lado a otro de la casa hasta que apareció Blake. Estaba aturdida por las implicaciones que podría tener el descubrimiento.

Nada más verme, frunció el ceño.

—Parece que has visto un fantasma.

—Creo que sí lo he visto —contesté abriendo y cerrando las manos a los costados—. Creo que acabo de ver a Bethany con ese tipo de Defensa.

Blake puso cara de confusión.

—¿Quién es Bethany?

No me parecía correcto contarle eso a Blake, pero necesitaba decírselo a alguien.

—Bethany era la novia de Dawson. Y Dawson era el hermano de Daemon y Dee. Se supone que un Arum los atacó y los mató, pero Defensa se llevó sus cuerpos antes de que Daemon y Dee pudieran verlos.

Por sus ojos, supe que lo había entendido.

—Me picaba la curiosidad, ¿sabes? Como los Luxen siempre nacen de tres en tres…

Asentí con la cabeza.

—Pero si de verdad es ella, y estoy convencida de que sí, ¿qué significa?

Blake se sentó en el brazo del sillón reclinable e hizo girar una y otra vez el mando a distancia de la tele por encima de sus manos… sin tocarlo.

—¿Dawson y Bethany estaban muy unidos?

Entonces me di cuenta. Todo parecía tan evidente… Las paredes se inclinaron un poco a medida que el pánico me taladraba el pecho.

—Ay, Dios mío. Dawson curó a Bethany. Eso es lo que piensa todo el mundo. Que se hizo daño de alguna forma y él la curó. Y pudo haberla cambiado… mutado, ¿no?

Blake asintió con la cabeza.

—Ay, Señor…

—Y apuesto a que Bethany es un apodo para Elizabeth y… ¿Qué aspecto tenía aquella chica, esa Liz que te contó lo del Departamento de Defensa?

Blake enarcó las cejas.

—Tenía el pelo castaño, un poco más oscuro que el tuyo, y unos rasgos un tanto angulosos, pero era muy bonita.

Todo empezaba a encajar.

—Esto es de locos. ¿Cómo pudo enterarse Defensa de lo que le había pasado? Dawson y ella desaparecieron justo un par de días después de lo que fuera que pasara entre ellos. A menos que… a menos que alguien que sospechara que la había curado se lo contara al Gobierno. —Se me encogió el estómago mientras me recogía el pelo en un moño descuidado—. ¿Quién haría algo así? ¿Un Luxen?

—No lo sé. No me extrañaría que el Departamento de Defensa tuviera Luxen espiando para ellos —opinó frotándose la frente—. Dios, qué mal rollo.

Era mucho peor que un mal rollo. Quería decir que era muy probable que alguien cercano a los Black los hubiera traicionado de la peor forma posible. La rabia se apoderó de mí. Me volví al tiempo que las cortinas se agitaban como si hubiera entrado una ráfaga de aire en la habitación. Un pequeño tornado de libros y revistas atravesó la sala de estar, girando sin cesar.

—Oye, cálmate, Tormenta.

Parpadeé y el tornado se dispersó. Suspiré y me puse a recoger los libros y revistas desparramados por toda la sala. El pulso me retumbaba en los oídos y mi mente analizaba una y otra vez lo que acababa de descubrir.

—Si el Gobierno tiene a Beth, ¿qué hicieron con Dawson? ¿Crees

que sigue vivo? —pregunté.

Una chispa de esperanza brotó de aquella idea. Si Dawson estaba vivo, eso sería… Sería como si mi padre siguiera vivo. Mi vida cambiaría. Las vidas de Daemon y Dee cambiarían para bien. Volverían a ser una familia…

Blake me agarró del brazo con suavidad y me volvió hacia él.

—Ya sé lo que estás pensando: lo maravilloso que sería que siguiera vivo. Pero el Departamento de Defensa no quiere a Dawson. Querían a Bethany. Y harían cualquier cosa para dominar a los humanos mutados. Si el Gobierno le dijo a su familia que estaba muerto…

—Pero no sabes si les contaron la verdad —protesté.

—¿Para qué mantenerlo con vida, Katy? Si de verdad se trata de Liz… de Beth, entonces ya tienen lo que quieren. Dawson debe de estar muerto.

No podía aceptarlo. Había una posibilidad de que siguiera con vida y nunca me lo perdonaría si no se lo contaba a Daemon y a Dee.

—Katy, es imposible que esté vivo. Son despiadados —insistió, apretándome el brazo—. Lo entiendes, ¿verdad? —Me sacudió el brazo con fuerza—. ¿Verdad?

Levanté la barbilla, sorprendida por aquella obstinación. Lo miré a los ojos y vi algo desconcertante en ellos: una expresión un tanto extraña e inquietante, como cuando me sonrió y me lanzó el cuchillo a la cabeza. Se me heló la sangre.

—Sí, lo entiendo. Es probable que ni siquiera fuera ella. —Tragué saliva y me obligué a sonreír—. ¿Me sueltas el brazo? Estás haciéndome daño.

Blake parpadeó y pareció caer en la cuenta de que me estaba apretando el brazo. Me soltó y dejó escapar una risa ahogada.

—Perdona. Es que no quiero que te hagas ilusiones y luego acabes llevándote una decepción. O que cometas alguna locura.

—No, no me hago ilusiones. —Retrocedí frotándome el brazo—. Y, de todas formas, ¿qué podría hacer? Nunca se lo diría a Daemon o a Dee sin estar segura.

Sonrió, aliviado.

—Bien. Empecemos a practicar.

Asentí con la cabeza y dejé el tema, esperando que Blake se olvidara de ello. Nuestro entrenamiento consistió en congelar cosas y, en cuanto se marchó, corrí a buscar el móvil. Era casi medianoche, pero de todas formas le mandé un mensaje a Daemon:

«¿Puedes venir?»

Esperé diez minutos antes de mandarle otro:

«¡¡¡Es importante!!!»

Pasaron otros diez minutos y empecé a sentirme como una de esas novias neuróticas que no dejan de acosar a los chicos a base de mensajes hasta que responden. Maldito Daemon. Solté un puñado de palabrotas mientras le escribía otro mensaje más:

«Es sobre Dawson.»

No había transcurrido ni un minuto cuando sentí la habitual calidez en el cuello. Fui a abrir la puerta con un nudo en el estómago.

—Daemon…

Olvidé lo que iba a decir y abrí los ojos como platos. Debía de haberlo despertado, porque… iba sin camisa. Otra vez.

Fuera debíamos de estar bajo cero, pero ahí lo tenía delante de mí con un pantalón de pijama de franela y nada más salvo esa piel maravillosa y perfecta que envolvía unos músculos firmes. Todavía recordaba el aspecto que tenía sin camiseta, pero mis recuerdos no le hacían ni pizca de justicia.

Daemon entró en casa, con los luminosos ojos bien abiertos.

—¿Qué pasa con Dawson?

Cerré la puerta, con el corazón acelerado. ¿Y si era un error contárselo? ¿Y si Dawson estaba muerto? Acabaría destrozándole aún más la vida a Daemon. Tal vez debería haberle hecho caso a Blake.

—Kat —me espetó, impaciente.

—Perdona. —Pasé a su lado, procurando no tocar ni un milímetro de su piel desnuda, y entré en la sala de estar. Daemon apareció delante de mí con las manos en las caderas. Respiré hondo —. Hoy he visto a Bethany.

Daemon ladeó bruscamente la cabeza y parpadeó una vez y luego otra.

—¿Qué?

—La novia de Daw…

—Ya te he oído —me interrumpió mientras se pasaba las manos por el pelo alborotado.

Me distrajo momentáneamente el modo en que se le tensaron los músculos de brazos y hombros. «Céntrate.»

—¿Cómo puedes estar segura de que era ella? Nunca la has visto.

—He visto el cartel de su desaparición. Nunca olvidaré esa cara. —Me senté, restregándome las manos sobre las rodillas—. Era ella.

—Joder… —Daemon se sentó a mi lado en el sofá—. ¿Dónde la has visto?

Vi cómo la confusión se apoderaba de su rostro y deseé con toda mi alma poder reconfortarlo de alguna forma.

—En la oficina de correos, después de clase.

—¿Y has esperado hasta ahora para contármelo? —Antes de que pudiera responder, se rió entre dientes—. Porque estabas entrenando con Bilbo Bolsón y has tenido que esperar a que se marchara para hablar conmigo, ¿no?

Me apreté las rodillas y levanté la barbilla. Daemon debería haber sido la primera persona a la que acudiera. La impresión por lo que había visto y las sesiones de entrenamiento no eran ni de lejos algo tan importante.

—Lo siento, pero estoy contándotelo ahora.

Asintió con un gesto cortante y volvió a posar la mirada en el árbol de Navidad. Parecía que había pasado una eternidad desde que lo montamos.

—Dios, no… no sé qué decir. ¿Beth está viva?

Asentí con la cabeza, apretando los labios.

—La he visto con Brian Vaughn. Está con el Departamento de Defensa. Se han parado a un lado de la carretera, y el coche tenía una puerta abierta. Así he podido verlos. Él estaba cerrando la puerta y parecía enfadado.

Daemon volvió la cabeza despacio hacia mí y nuestras miradas se encontraron. El tiempo se detuvo. Infinidad de emociones cruzaron sus ojos, haciendo que pasaran de un verde brillante a un tono oscuro y tormentoso. Supe en qué momento comprendió lo que estaba insinuando: el preciso instante en el que todo su mundo

se desmoronó y resurgió en cuestión de segundos.

Teniendo en cuenta la sospecha de que Dawson había curado a Bethany, no era tan difícil llegar a la conclusión de que la desaparición de ambos se debía al Departamento de Defensa en lugar de a los Arum. Sobre todo después de descubrir que, al curarme, Daemon también me había cambiado a mí. Y faltaba añadir a Blake a la mezcla, junto con todo lo que nos había contado acerca de Defensa y su búsqueda de humanos mutados.

Daemon era listo.

Se puso en pie de pronto y, en cuestión de segundos, abandonó su forma humana y me cegó. Su luz ardió con un tono rojo y blanco mientras atravesaba la sala con un silbido. Se levantó un viento que agitó las bolas del árbol.

«¿Estaba con el Departamento de Defensa?», me susurró su voz, cargada de ira. «¿Ellos son los responsables de esto?»

Siempre tardaba unos segundos en acostumbrarme a oír la voz de Daemon en mi cabeza y, por la costumbre, respondí en voz alta:

—No lo sé, pero eso no es lo peor. ¿Cómo se enteró Defensa de lo que pasó entre Dawson y Bethany a menos que…?

«¿A menos que alguien se lo contara?» Su luz latió y una onda de calor llenó la habitación. «Pero Dawson ni siquiera me dijo a mí que la hubiera curado ni que hubiera pasado nada. ¿Cómo pudo enterarse alguien? A menos que los hubiera visto otra persona aparte de mí, sospechara lo que había ocurrido y nos traicionara…»

Asentí con la cabeza, aunque no estaba segura de si estaba mirándome o no. Lo único que podía ver era su forma, pero no los rasgos ni los ojos.

—Eso es lo que he estado pensando. Tuvo que ser alguien que lo supiera, y eso debería reducir considerablemente la lista de sospechosos.

Transcurrió un momento y la temperatura de la sala siguió aumentando.

«Necesito averiguar quién nos traicionó. Luego le haré desear no haber aterrizado nunca en este planeta.»

Me puse en pie, con los ojos como platos, y me remangué el jersey. Tragué saliva y probé:

«¿Daemon?»

Su luz parpadeó.

«Dime.»

Otra prueba más de que nuestra conexión no había desaparecido.

«Ya sé que estás empeñado en vengarte, pero la pregunta más importante que deberías hacerte es: ¿y si Dawson sigue vivo?»

Daemon flotó hasta mí y me brotaron unas gotitas de sudor en la frente.

«En ese caso, no sabría si alegrarme o no. Estaría vivo, pero ¿dónde? Eso querría decir que lo tiene Defensa, y si es así, ¿qué clase de vida habrá llevado? Ya han pasado dos años.» Sus siguientes palabras sonaron entrecortadas, incluso en mi mente. «¿Qué habrán estado haciéndole?»

Se me llenaron los ojos de lágrimas, haciéndome ver borrosa su luz.

«Lo siento, Daemon. Lo siento muchísimo. Pero la cuestión es que podría estar vivo.» Estiré la mano a través de la luz para tocarle el pecho. La luz latió de manera irregular y luego se calmó. Sentí una vibración en los dedos. «Eso es lo que importa, ¿no?»

«Sí, es verdad.»

Entonces se apartó y, un segundo después, había adquirido su forma humana.

—Tengo que averiguar si mi hermano está vivo, y si no lo está… —Apartó la mirada, apretando la mandíbula—. Debo saber cómo y por qué murió. Es evidente por qué querrían a Beth, pero ¿y a mi hermano?

Volví a sentarme y me pasé la palma de la mano por la frente.

—No lo sé… —Daemon me agarró la mano tan rápido que solté una exclamación ahogada—. ¿Qué haces?

Le dio la vuelta a mi mano con el ceño fruncido.

—¿Qué es esto?

—¿Eh? —Bajé la mirada y el corazón me dio un vuelco. Un intenso moratón violáceo me rodeaba la muñeca, justo donde Blake me había agarrado hacía un rato—. No es nada —respondí con rapidez—. Me he dado un golpe en el brazo con la encimera antes de que llegaras.

Levantó los ojos, traspasándome con la mirada.

—¿Estás segura de que eso es lo que ha pasado? Porque, si no es así, te juro que no tienes más que decírmelo y yo me encargaré de ese problema.

Me obligué a soltar una carcajada y puse los ojos en blanco para añadirle más credibilidad. No me cabía la menor duda de que Daemon le haría algo espantoso a Blake aunque hubiera sido un accidente. Con él todo era blanco o negro.

—Sí, ha sido eso. Dios.

Me observó un momento, luego retrocedió y se sentó en el sofá. Transcurrieron unos segundos.

—No le cuentes nada de esto a Dee, ¿vale? Por lo menos hasta que tengamos algunas pistas. No quiero que sepa nada hasta que estemos seguros.

Genial. Otra mentira más. Aunque entendía el motivo.

—¿Y cómo vas a conseguir pistas?

—Has dicho que has visto a Bethany con Vaughn, ¿no?

Lo confirmé con un gesto de la cabeza.

—Bueno, pues resulta que sé dónde vive. Y es probable que él sepa dónde está Beth y qué le pasó a Dawson.

—¿Cómo sabes dónde vive?

Esbozó una sonrisa un tanto malvada.

—Tengo mis métodos.

Un pánico completamente nuevo me clavó sus gélidas garras.

—Un momento. Dios santo, no puedes ir a por él. ¡Es una locura! ¡Y muy peligrosa además!

Daemon enarcó una ceja negra como el carbón.

—Como si te importara lo que me pase, gatita.

Me quedé boquiabierta.

—¡Claro que me importa, imbécil! Prométeme que no harás ninguna tontería.

Se quedó mirándome unos segundos y su sonrisa se volvió triste.

—No pienso hacer promesas que sé que acabaré rompiendo.

—¡Joder! Qué frustrante eres. No te lo he contado para que hagas alguna estupidez.

—Aunque lo que tengo pensado sea arriesgado e insensato, se trata de un nivel de estupidez bien planeado.

Puse los ojos en blanco.

—Qué tranquilizador. En fin, ¿cómo es que sabes dónde vive?

—Puesto que vivimos rodeados de gente que puede querer hacerle daño a mi familia, suelo tenerlos vigilados igual que ellos me vigilan a mí. —Se echó hacia atrás y estiró los brazos hasta que se le arqueó la espalda. Madre mía, tuve que apartar la mirada. Pero no antes de ver el destello de satisfacción en sus ojos—. Está en un apartamento de alquiler en Moorefield, pero no estoy seguro de en cuál.

Me acomodé mejor en el sofá, bostezando.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Vigilar toda la calle?

—Exactamente.

—¿Qué? Pero ¿tú quién te crees? ¿James Bond?

—Algo parecido —contestó—. Solo necesito un coche menos llamativo. ¿Tu madre trabaja mañana?

Enarqué las cejas.

—No, tiene la tarde libre y es probable que se la pase durmiendo, pero…

—Su coche sería perfecto. —Cambió de posición en el sofá y ahora estaba tan cerca que tenía el brazo desnudo pegado al mío—. Aunque Vaughn haya visto su coche, no sospechará que sea el suyo.

Me aparté un poco.

—No pienso dejarte el coche de mi madre.

—¿Por qué no? —Se acercó unos centímetros, sonriendo. Era una sonrisa encantadora: la misma que había usado con mi madre cuando se conocieron—. Conduzco bien.

—No se trata de eso. —Me pegué al brazo del sofá—. No puedo dejarte su coche si no me llevas contigo.

—No voy a involucrarte en esto —dijo con el ceño fruncido.

Pero yo quería involucrarme, porque me afectaba. Negué con la cabeza.

—Si quieres el coche de mi madre, me tienes a mí también. Es un dos por uno.

Entonces Daemon inclinó el mentón y me miró a través de sus espesas pestañas.

—¿Así que te tengo? Vaya, ese trato suena mucho más interesante.

Me puse colorada. Daemon ya me tenía, pero él no lo sabía.

—Como socia.

—Ajá. —Desapareció y volvió a aparecer en la puerta—. Te quiero lista mañana después de clase. Deshazte de Bartolomeo a toda costa. Y no le digas ni una palabra de esto. Tú y yo vamos a jugar a los espías por nuestra cuenta.

23

Después de inventarme una excusa patética sobre que tenía que pasar tiempo con mamá, conseguí librarme de Blake. Hacerme con las llaves de mi madre tampoco fue un problema. Se había quedado frita en cuanto llegó a casa después de un turno doble, y yo sabía que seguiría durmiendo y no se daría cuenta de que su coche había desaparecido. Habíamos esperado hasta que oscureciera, lo que ocurrió a eso de las cinco y media.

Daemon se reunió conmigo fuera e intentó coger las llaves.

—Ni hablar. Es el coche de mi madre, así que conduzco yo.

Me fulminó con la mirada, pero subió al asiento del pasajero. Sus largas piernas no estaban hechas para los estrechos asientos. Era como si el coche no fuera de su talla. Me reí y Daemon me puso mala cara.

Sintonicé una emisora de rock y él la cambió por una de viejos éxitos. Moorefield solo estaba a quince minutos, pero el viaje iba a hacerse eterno.

—Bueno, ¿y cómo has plantado a Bubú? —me preguntó antes de salir siquiera de la entrada.

Le lancé una mirada asesina.

—Le he dicho que tenía planes con mamá. Tampoco paso todas las horas del día con Blake.

Daemon resopló.

—¿Qué? —Le eché un vistazo y vi que estaba mirando por la ventanilla con una mano preparada en la manilla de la puerta, como si condujera fatal—. ¿Qué? —repetí—. Ya sabes lo que hago con él. No quedamos para ver pelis.

—¿De verdad sé lo que haces con él? —preguntó en voz baja.

—Sí —contesté aferrando el volante con las manos.

Apretó la mandíbula y luego se volvió, orientando el cuerpo

hacia mí lo mejor que pudo en el limitado espacio.

—¿Sabes una cosa? Toda tu vida no tiene por qué reducirse a entrenar con Bradley. Puedes tomarte un poco de tiempo libre.

—Y tú podrías unirte a nosotros. Me gustaba… que ayudaras, que estuvieras allí —admití, y noté que me ponía colorada.

Hubo un momento de silencio.

—Ya conoces mi postura al respecto, pero debes dejar de evitar a Dee. Te echa de menos. Le estás haciendo una jugarreta.

La culpa me carcomió con sus dientecillos afilados.

—Lo siento.

—¿Que lo sientes? —dijo—. ¿Por qué? ¿Por ser una mierda de amiga?

La rabia se apoderó de mí en un segundo, descontrolada y ardiente como una bola de fuego.

—No pretendo ser «una mierda» de amiga, Daemon. Ya sabes lo que hago. Fuiste tú el que me dijo que la mantuviera al margen de esto. Pero dile a Dee que lo siento, ¿vale?

—No. —Noté en su voz el conocido tono de desafío.

—¿Podemos dejar de hablar?

—No a eso también.

Pero no dijo nada más aparte de darme indicaciones para llegar al barrio donde vivía Vaughn. Aparqué el coche a medio camino entre las seis casas sospechosas, dándole las gracias a mamá por tintar las ventanillas.

Entonces, Daemon empezó de nuevo.

—¿Cómo va tu entrenamiento?

—Si te pasaras, podrías verlo por ti mismo.

Me dedicó una sonrisa socarrona.

—¿Todavía puedes congelar cosas y mover objetos de un sitio a otro? —Entrecerró los ojos cuando asentí con la cabeza—. ¿Has experimentado algún estallido de poder inesperado?

Nada aparte del minitornado de la sala de estar después de ver a Bethany.

—No.

—Entonces, ¿por qué sigues entrenando? El objetivo era que consiguieras controlarlo, y ya lo has hecho.

Me dieron ganas de golpear el volante con la cabeza. Solté un

gemido.

—Esa no es la única razón. Y lo sabes.

—Es evidente que no tengo ni idea —contestó mientras empujaba el asiento con la espalda.

—Dios, es increíble cómo te encanta meterte en mis cosas pero luego no quieres implicarte.

—Me gusta hablar de tus cosas. Suele ser entretenido y siempre puedo echar unas risas.

—Bueno, pues yo no quiero hablar de ese tema —le espeté.

Daemon suspiró mientras se retorcía en el asiento intentando ponerse cómodo.

—Este coche es un asco.

—Fue idea tuya. Yo, en cambio, creo que tiene el tamaño perfecto. Aunque quizá sea porque no mido lo mismo que una montaña.

Daemon dejó escapar una risilla.

—Tú mides lo mismo que una muñequita.

—Como digas una muñeca con la expresión vacía, te pego. —Me enrollé la cadena del collar alrededor de los dedos—. ¿Entendido?

—Sí, señora.

Miré hacia fuera a través del parabrisas, debatiéndome entre seguir enfadada con él (porque era fácil) y explicarme. En mi interior bullían tantas emociones que nada conseguía salir.

Mi acompañante suspiró.

—Estás agotada. Y Dee está preocupada. No deja de darme la lata para que averigüe qué te pasa, puesto que ya no quieres quedar con ella.

—Ah, vaya, ¿así que volvemos a la parte en la que haces cosas para hacer feliz a tu hermana? ¿Ganas puntos por preguntar? —le solté antes de poder contenerme.

—No. —Estiró la mano y me cogió la barbilla con suavidad, obligándome a mirarlo. Y, cuando lo hice, me quedé sin aliento. Las emociones se arremolinaban en sus ojos—. Estoy preocupado. Estoy preocupado por un millón de razones y odio todo esto… Odio sentir que no puedo hacer nada al respecto. La historia se repite y, aunque lo veo con total claridad, no consigo impedirlo.

Sus palabras me abrieron una herida en el pecho y, de pronto,

pensé en papá. Cuando era pequeña y me disgustaba (normalmente por alguna tontería como un juguete que quería), nunca conseguía expresar mi frustración con palabras. En su lugar, me daba una pataleta o empezaba a hacer pucheros. Y papá siempre me decía lo mismo:

«Usa palabras, Katy. Usa palabras.»

Las palabras son la herramienta más poderosa. Algo sencillo y tantas veces menospreciado. Pueden sanar, y también pueden destruir. Y ahora necesitaba usar palabras. Le rodeé la muñeca con los dedos, disfrutando de la descarga que me provocó tocarlo.

—Lo siento —susurré.

Daemon parecía confuso.

—¿El qué?

—Todo: no quedar con Dee y ser una amiga espantosa para Lesa y Carissa. —Respiré hondo y le aparté la mano con suavidad. Miré por el parabrisas, parpadeando para contener las lágrimas—. Y siento no poder dejar de practicar. Entiendo por qué no quieres que lo haga. De verdad que sí. Comprendo que no quieras que me ponga en peligro y que no confíes en Blake.

Daemon apoyó la espalda en el asiento y me obligué a continuar:

—Sobre todo, sé que te da miedo que acabe como Bethany y Dawson (sea lo que sea lo que les pasó de verdad) y que quieres protegerme de todo eso. Lo entiendo. Y me… me mata saber que eso te hace daño, pero tienes que entender por qué necesito ser capaz de controlar y usar mis habilidades.

—Kat…

—Déjame terminar, ¿vale? —Lo miré y, cuando asintió con la cabeza, realicé otra inspiración—. No se trata solo de ti y de lo que quieras. Ni de lo que temas. Se trata de mí: de mi futuro y mi vida. De acuerdo, no sabré qué quiero hacer con mi vida respecto a la universidad, pero ahora me enfrento a un futuro en el que, si salgo del alcance del cuarzo beta, van a intentar darme caza. Igual que a ti. Mi madre estará en peligro si un Arum me ve y me sigue a casa. Y también está todo este lío con el Departamento de Defensa.

Apreté la obsidiana con la mano.

—Tengo que poder defenderme a mí misma y a la gente que me

importa. Porque no puedo esperar que tú estés siempre ahí para protegerme. No está bien ni es justo para ninguno de los dos. Por eso entreno con Blake. No para cabrearte ni para enrollarme con él. Lo hago para poder apoyarte, como una igual, y no ser alguien que necesita que la protejas. Y lo hago por mí misma, para no tener que depender de nadie para que me salve.

Las pestañas de Daemon bajaron, ocultándole los ojos. Transcurrieron unos segundos en silencio y luego dijo:

—Ya lo sé. Ya sé por qué quieres hacerlo. Y lo respeto. En serio. —Presentía que se avecinaba un «pero»—. Pero es duro apartarme y dejar que ocurra.

—No sabes qué va a ocurrir.

Asintió con la cabeza y luego se volvió hacia la ventanilla del pasajero. Levantó una mano y se frotó la mandíbula.

—Es duro. Eso es todo lo que puedo decir. Respeto lo que quieres hacer, pero es duro.

No me había dado cuenta de que había estado conteniendo la respiración. Solté el aire con un suave suspiro y asentí. Sabía que Daemon no iba a decir nada más sobre el tema. Respetar mi decisión era mejor que una disculpa. Por lo menos ahora habíamos aclarado las cosas, y eso era importante.

Lo miré de reojo.

—En fin, ¿qué vamos a hacer si vemos a Vaughn?

—Todavía no he pensado en eso.

—Vaya. Qué buen plan. —Me quedé callada un momento—. Dudo mucho que Bethany esté en una de esas casas. Sería demasiado peligroso.

—Estoy de acuerdo, pero ¿por qué la llevaron a un lugar público? —Acababa de hacer la pregunta del millón—. ¿Donde cualquiera podría verla?

Negué con la cabeza.

—Me pareció que Vaughn no estaba muy contento. Tal vez se escapó.

Daemon me miró.

—Eso tendría sentido. Vaughn siempre ha sido un capullo.

—¿Lo conoces?

—No demasiado bien, pero empezó a trabajar con Lane unos

meses antes de que Dawson… desapareciera. —Dio la impresión de que la última palabra se le quedaba atascada en la lengua, como si todavía estuviera acostumbrándose a la posibilidad de que su hermano no estuviera muerto—. Llevábamos Dios sabe cuánto tiempo al cargo de Lane, y entonces Vaughn apareció con él. Estaba allí cuando nos dijeron lo de Dawson y Bethany.

Tragó saliva.

—Lane parecía lamentarlo de verdad, como si Dawson no fuera solo una cosa que hubiera muerto, sino una persona. Tal vez se encariñó con él a lo largo de los años. Dawson… —Carraspeó—. Dawson tenía ese efecto en la gente. Incluso cuando iba de sabelotodo, no podías evitar que te cayera bien. En fin, a Vaughn le importó un pepino.

No sabía qué decir. Así que recorrí el pequeño espacio que nos separaba y le apreté el brazo. Me miró con ojos brillantes. Detrás de él, grandes copos de nieve caían en silencio. Me cubrió la mano con la suya un instante. Algo infinito brotó entre nosotros, más fuerte que algo físico; lo que fue extraño porque avivó en mí toda esa parte física. Entonces, Daemon se apartó y se puso a observar la nieve.

—¿Sabes en qué he estado pensando?

¿En por qué todavía no me había sentado en su regazo? Porque yo sí que estaba preguntándomelo, pero el coche era demasiado pequeño para esa clase de travesuras. Carraspeé y le pregunté:

—¿En qué?

Daemon se recostó en el asiento y observó caer la nieve igual que yo.

—En que, si el Departamento de Defensa sabe lo que podemos hacer, ninguno de nosotros está a salvo. En realidad, nunca lo hemos estado, pero esto lo cambia todo. —Volvió la cabeza hacia mí—. Me parece que no te he dado las gracias.

—¿Por qué?

—Por contarme lo de Bethany. —Se quedó callado y en los labios se le dibujó una sonrisa tensa.

—Tenías que saberlo. Nunca… Un momento. —Dos faros giraron y entraron en la calle. Era el quinto vehículo por lo menos, pero esta vez se trataba de un todoterreno—. Tenemos uno.

Daemon entrecerró los ojos.

—Es del mismo modelo que los que usa Defensa.

Observamos cómo el todoterreno negro reducía la velocidad y aparcaba en la entrada de una vivienda de una sola planta a dos casas de distancia. Aunque nuestro coche tenía las ventanillas tintadas, quise escurrirme en el asiento y esconder la cara. La puerta del conductor se abrió, y Vaughn salió y miró hacia el cielo con el ceño fruncido, como reprochándole que se hubiera atrevido a molestarlo poniéndose a nevar. Otra puerta se cerró y una figura se situó bajo la luz.

—Mierda —soltó Daemon—. Nancy está con él.

—Bueno, no estarías planeando hablar con él, ¿no?

—Pues la verdad es que sí.

Negué con la cabeza, alucinada.

—Pero eso es una locura. ¿Qué ibas a hacer? ¿Irrumpir en su casa y exigirle respuestas? —No podía creérmelo cuando lo vi asentir con la cabeza—. Y luego ¿qué?

—Esa es otra cosa que todavía no he resuelto del todo.

—¡Dios! —exclamé entre dientes—. Se te da fatal hacer de espía.

Daemon soltó una risita.

—Bueno, no podemos hacer nada esta noche. Si uno de ellos desapareciera, probablemente no pasaría nada; pero dos provocaría demasiadas preguntas.

Observé, con el estómago encogido, cómo los dos agentes desaparecían en el interior de la casa. Una luz se encendió dentro, y una figura esbelta se acercó a las ventanas y cerró las cortinas.

—Vaya. Así que les gusta la privacidad, ¿eh?

—Tal vez vayan a darle un poco al mambo.

Le eché una mirada a Daemon.

—Puaj.

Él sonrió de oreja a oreja.

—Esa mujer no me pone nada. —Sus ojos se posaron en mis labios y algunas partes de mi cuerpo se estremecieron en respuesta al ardor de su mirada—. Pero ahora no puedo quitármelo de la cabeza.

Me quedé sin aliento.

—Estás más salido que un perro.

—Si me acaricias, te…

—Ni se te ocurra terminar esa frase —lo amenacé intentando contener una sonrisa. Sonreír no haría más que alentarlo, y Daemon no necesitaba más estímulos para portarse mal—. Y cambia esa cara de inocente. Sé perfectamente…

La obsidiana cobró vida con rapidez, calentándome el jersey y el pecho como si alguien me hubiera apretado un carbón encendido contra la piel. Solté un grito y di un brinco en el asiento, golpeándome la cabeza con el techo.

—¿Qué pasa?

—Un Arum —dije con voz entrecortada—. ¡Hay un Arum cerca! ¿No llevas obsidiana?

Daemon recorrió la carretera en sombras con la mirada, alerta y tenso.

—No. La dejé en mi coche.

Me quedé mirándolo, asombrada.

—¿Lo dices en serio? ¿Dejaste lo único que mata a tu enemigo en tu coche?

—Tampoco es que la necesite para matarlos. Quédate aquí. —Empezó a abrir la puerta, pero lo agarré del brazo—. ¿Qué?

—No puedes salir del coche. ¡Estamos justo delante de su casa! Van a verte. —Hice caso omiso del creciente miedo que siempre me provocaban los Arum—. ¿Todavía estamos lo bastante cerca de Seneca Rocks?

—Sí —contestó con un gruñido—. Nos protegen unos ochenta kilómetros en cada dirección.

—En ese caso, quédate aquí sentado.

Dio la impresión de que no entendía aquel concepto, pero luego apartó la mano de la puerta y apoyó la espalda contra el asiento. Unos segundos después, una sombra subió por la calle, más oscura que la misma noche. Se deslizó hasta el bordillo de la acera, pasó sobre el césped cubierto con una fina capa de nieve y se detuvo delante de la casa de Vaughn.

—Pero ¿qué diablos…? —dijo Daemon apoyando las manos en el salpicadero.

El Arum tomó forma, allí mismo, al aire libre. Iba vestido de la misma manera que los otros a los que nos habíamos enfrentado

antes: pantalones oscuros y chaqueta negra, pero sin gafas de sol. Su pelo rubio pálido se agitó levemente cuando se acercó a la puerta de la casa y apretó el timbre con el dedo.

Vaughn abrió e hizo una mueca. Movió la boca, pero no pude entender lo que dijo. Luego se apartó para dejar entrar al Arum.

—¡Dios mío! —exclamé con los ojos como platos—. No puedo creerlo.

Daemon se recostó en el asiento. Cuando habló, su voz estaba cargada de ira.

—Pues créetelo. Me parece que acabamos de descubrir cómo se enteró Defensa de lo que podemos hacer.

La cabeza me daba vueltas cuando lo miré.

—¿El Departamento de Defensa y los Arum trabajan juntos? Dios mío… ¿Por qué?

Daemon arrugó las cejas mientras negaba con la cabeza.

—Vaughn ha dicho un nombre: Residon. Se lo he leído en los labios.

Este giro de los acontecimientos no presagiaba nada bueno.

—¿Y ahora qué hacemos?

—Lo que a mí me gustaría es volar la casa por los aires, pero eso llamaría demasiado la atención.

—Seguramente —contesté frunciendo la boca.

—Tenemos que ir a ver a Matthew de inmediato.

Matthew vivía aún más perdido que nosotros y, si seguía nevando, no sabía cómo iba a hacer para llevar de vuelta el coche de mamá. Su casa era una cabaña grande construida en la ladera de una montaña. Subí con cuidado por la empinada entrada de grava, con la que no pudo el vehículo de mi madre.

—Si te caes y te partes algo, voy a enfadarme —me dijo Daemon agarrándome del brazo cuando empecé a resbalarme.

—Siento mucho que no todos podamos ser tan asombrosos… —Dejé escapar un chillido cuando me rodeó la espalda con el brazo y me cogió en volandas. Subió por el camino como una flecha mientras el viento y la nieve me azotaban la cara. Cuando me dejó en el suelo, me tambaleé hacia un lado, mareada—. ¿Podrías avisar la próxima vez?

Me dedicó una amplia sonrisa mientras llamaba a la puerta.

—¿Y perderme esa cara? Ni hablar.

A veces me moría por darle un buen puñetazo, pero volver a ver ese lado de él también hacía que una sensación de calidez se extendiera por mi cuerpo.

—Eres un tormento.

—A ti te gusta que te atormente.

El señor Garrison abrió la puerta antes de que pudiera contestar. Entrecerró los ojos al verme al lado de Daemon, tiritando.

—Qué… sorpresa.

—Tenemos que hablar —anunció Daemon.

Sin quitarme la vista de encima, el señor Garrison nos condujo a una sala de estar sin apenas decoración. Las paredes eran de madera desnuda y un fuego crepitaba en la chimenea, irradiando calor y olor a pino. No había ni un solo adorno navideño. Como necesitaba descongelarme, me senté junto al fuego.

—¿Qué pasa? —preguntó el señor Garrison mientras cogía un vasito lleno de un líquido rojo—. Teniendo en cuenta que la traes contigo, supongo que es algo que no va a gustarme.

Me contuve antes de soltarle una respuesta. Aquel tipo era un extraterrestre, pero mi nota de Biología dependía de él.

Daemon se sentó a mi lado. De camino aquí, habíamos decidido (para mi gran alivio) no contarle a Matthew que me había curado.

—Supongo que deberíamos empezar por el principio, y me da que va a ser mejor que te sientes.

El señor Garrison movió la mano, haciendo girar el líquido rojo rubí en el vaso.

—Vaya, esto empieza bien.

—Katy vio a Bethany ayer con Vaughn.

Nuestro anfitrión levantó mucho las cejas. Se mantuvo inmóvil un rato y luego dio un trago.

—No es lo que me esperaba. Katy, ¿estás segura de que era ella?

Asentí con la cabeza.

—Completamente, señor Garrison.

—Matthew, llámame Matthew. —Retrocedió un paso, negando con la cabeza. Me sentí como si hubiera conseguido hacer algo superimportante para poder tutearlo. Matthew carraspeó—. La

verdad es que no sé qué decir.

—Todavía queda lo mejor —dije mientras me frotaba las manos.

—Sé dónde vive uno de los agentes del Departamento de Defensa y hemos ido esta noche.

—¿Qué? —Matthew bajó el vaso—. ¿Estáis locos?

Daemon se encogió de hombros a modo de respuesta.

—Nancy Husher se ha presentado mientras vigilábamos la casa. Y adivina quién más.

—¿Papá Noel? —repuso Matthew con tono seco.

Me reí en voz alta. Caramba, ese tío tenía sentido del humor.

Daemon hizo caso omiso.

—Un Arum, y lo han dejado entrar. Vaughn incluso lo ha llamado por su nombre: Residon.

Matthew se terminó toda la bebida de un trago y dejó el vaso sobre la repisa de la chimenea.

—Esto no está bien, Daemon. Ya sé que quieres ir allí y averiguar por qué Bethany sigue viva, pero no puedes hacerlo. Es demasiado peligroso.

—¿Entiendes lo que significa? —Daemon dio un paso al frente extendiendo las manos con las palmas hacia arriba—. Defensa tiene a Bethany. Vaughn fue uno de los agentes que vino a decirnos que los dos estaban muertos. Así que mintieron sobre ella. Y eso significa que podrían haber mentido sobre Dawson.

—¿Para qué querrían a Dawson? Nos dijeron que estaba muerto. Es evidente que Bethany no, pero eso no quiere decir que él esté vivo. Así que sácate esa idea de la cabeza.

La rabia se reflejó en los ojos verde oscuro de Daemon.

—Si se tratara de uno de tus hermanos, ¿tú te sacarías «esa idea de la cabeza»?

—Todos mis hermanos están muertos. —Matthew recorrió la habitación con paso airado, deteniéndose delante de nosotros—. Vosotros sois lo único que me queda, ¡y no pienso fomentar falsas esperanzas que conseguirán que os maten o algo peor!

Daemon se sentó a mi lado y respiró hondo.

—Nosotros también te consideramos de la familia. Y Dawson pensaba igual.

En los ojos superbrillantes de Matthew apareció un destello de

dolor antes de que apartara la mirada.

—Ya lo sé, ya lo sé. —Fue hasta un sillón reclinable y se dejó caer sacudiendo la cabeza—. Sinceramente, lo mejor sería que no estuviera vivo, y lo sabes. No puedo ni imaginarme…

—Pero, si está vivo, tenemos que hacer algo. —Daemon se quedó callado un momento—. Y, si de verdad está muerto, entonces…

Entonces, ¿qué conclusión les aportaría todo eso? Ya pensaban que estaba muerto, y averiguar que no habían sido los Arum solo serviría para abrir viejas heridas.

—Tú no lo entiendes, Daemon. El Departamento de Defensa no se interesaría por Bethany a menos que… a menos que Dawson la hubiera curado.

Eso era lo que Blake nos había dicho desde el principio, y verlo confirmado me alivió.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Daemon, continuando con la pantomima de que no sabíamos nada.

Matthew se frotó la frente, estremeciéndose.

—Los mayores… no hablan de por qué no se nos permite curar a los humanos, y tienen un buen motivo. Está prohibido, no solo por el riesgo de exponer nuestras habilidades, sino por lo que les hace a los humanos. Ellos lo saben, y yo también.

—¿Qué? —Daemon me miró—. ¿Tú sabes lo que les pasa?

Matthew asintió con la cabeza.

—Modifica al humano, fusionando su ADN con el nuestro. Aunque hace falta desearlo de verdad para que funcione. Entonces el humano adquiere nuestras habilidades, pero el efecto no siempre permanece. A veces desaparece. Otras el humano muere a consecuencia de ello o el cambio sale mal. Pero, si todo sale bien, forma una conexión entre ambos.

A medida que Matthew continuaba, Daemon se fue poniendo cada vez más nervioso, y con razón.

—La conexión entre un humano y un Luxen después de una curación masiva es irrompible a nivel celular. Los une para siempre. Uno no puede sobrevivir si el otro perece.

Me quedé boquiabierta. Blake no me había dicho nada de eso, pero aquello significaba que…

Daemon se puso en pie. El pecho le subía y bajaba con cada inspiración brusca y dolorosa.

—Entonces, si Bethany está viva…

—Dawson tendría que estar vivo —terminó Matthew, con voz cansada—. Si es que la curó.

Tenía que haberlo hecho. No había ningún otro motivo para que el Departamento de Defensa se interesase por Bethany.

Daemon se quedó mirando el fuego, observando cómo se ondulaba y se retorcía. Una vez más, quise hacer algo para consolarlo, pero ¿qué podría hacer yo para mejorar la situación?

—Pero si acabas de decir que es imposible que esté vivo. —Sacudí la cabeza.

—Un débil intento de convencer a nuestro amigo de que no haga que lo maten.

—¿Lo… lo has sabido todo este tiempo? —La voz de Daemon estaba cargada de emociones primitivas. Su forma empezó a desvanecerse, como si estuviera perdiendo el control por completo —. Responde.

Matthew negó con la cabeza.

—No. ¡No! Creía que los dos estaban muertos. Pero si la curó… si la cambió… y está viva, entonces él también tiene que estarlo. Pero no es más que una suposición; una suposición basada en si Katy vio de verdad a alguien a quien nunca ha conocido.

Daemon se sentó. Los ojos le brillaron a la luz del fuego.

—Mi hermano está vivo. Está… está vivo. —Sonó aturdido, perdido incluso.

Inspiré con dificultad, deseando llorar por Daemon.

—¿Qué crees que le estarán haciendo?

—No lo sé. —Matthew se puso en pie de modo vacilante y me pregunté cuánto habría bebido antes de que llegáramos—. Sea lo que sea, no puede…

No podía ser bueno. Y yo tenía una sospecha de lo que podía tratarse. Según Blake, a Defensa le interesaba hacerse con más humanos mutados. ¿Qué mejor forma de lograr ese objetivo que capturar a un Luxen y obligarlo a hacerlo? Se me subió la bilis a la garganta. Pero, si hacía falta desearlo de verdad para llegar a cambiar a un humano, ¿cómo podría conseguirlo Dawson si lo

obligaban? ¿Estaba fracasando? Y, si ese era el caso, ¿qué les estaba ocurriendo a esos humanos? Matthew ya lo había dicho: si el cambio no permanecía, sufrían horribles mutaciones o morían. Dios mío, ¿qué le haría eso a una persona… o a Dawson?

—El Gobierno lo sabe, Matthew. Saben lo que podemos hacer —dijo Daemon al fin—. Es probable que lo hayan sabido desde el principio.

Matthew alzó las pestañas y miró a Daemon a los ojos.

—Para serte sincero, nunca me he creído que no lo supieran. La única razón por la que jamás lo he comentado es que no quería que os preocuparais.

—¿Y los mayores… también lo saben?

—Los mayores dan gracias por tener un lugar donde vivir en paz y mantenerse, básicamente, apartados de la raza humana. Digamos que prefieren seguir la táctica del avestruz. En todo caso, es probable que decidan no creer que nuestros secretos no están a salvo. —Miró su vaso vacío—. Es… más fácil para ellos.

Eso me parecía una soberana estupidez, y lo dije. Matthew respondió con una sonrisa irónica.

—Tú no tienes ni idea de lo que es ser una invitada, ¿verdad, hija? ¿Te imaginas vivir sabiendo que podrían arrebatarte tu casa y todo lo que posees en cualquier momento? Pero aun así debes guiar a la gente; mantenerlos tranquilos y felices… a salvo. Lo peor que podrías hacer sería contarles tus inquietudes más pesimistas a las masas. —Hizo una pausa, observando de nuevo el vaso—. Dime, ¿qué harían los humanos si supieran que hay extraterrestres viviendo entre ellos?

Me puse como un tomate.

—Pues supongo que se les iría la pinza y habría disturbios.

—Exacto —murmuró—. Nuestras especies no son tan diferentes.

Después de aquello, prácticamente no dijimos nada. Nos quedamos allí sentados, absortos en nuestros propios pensamientos. El corazón se me estaba haciendo añicos porque sabía que Daemon quería abalanzarse sobre Vaughn y Nancy ahora mismo, pero no era tan imprudente. Tenía que pensar en Dee: todo lo que hiciera la afectaría.

Y, al parecer, también a mí. Si él moría, yo moría. Ahora mismo,

con todo lo demás que estaba pasando, no podía asimilarlo completamente. Decidí que ya fliparía con esa información más tarde.

—¿Y qué pasa con lo del Arum? —pregunté.

—No lo sé. —Matthew volvió a llenarse el vaso—. No tengo ni la más remota idea de por qué el Departamento de Defensa trabajaría con ellos… qué podrían ganar. Los Arum absorben nuestros poderes, pero no la capacidad de curación… nada de esa magnitud. Ellos tienen una firma térmica diferente de la nuestra, así que con los instrumentos adecuados Defensa sabría que no están tratando con nosotros; pero, si te encontraras con un Arum o un Luxen por la calle, no habría forma de diferenciarnos.

—Un momento. —Me coloqué el pelo detrás de la oreja a la vez que le echaba una mirada a Daemon, que permanecía en silencio—. ¿Y si Defensa capturó a un Arum, creyendo que era un Luxen? A vosotros también os estudiaron, ¿no? Os obligaron a integraros en el mundo de los humanos. No sé qué implica integrarse, pero seguro que era algún tipo de observación. Así que, ¿no habrían acabado dándose cuenta, sobre todo con lo de la firma térmica?

Matthew se puso en pie y se dirigió a un armario situado en la otra esquina de la sala. Lo abrió, sacó una botella cuadrada y se sirvió un vaso.

—Cuando nos estábamos integrando, nunca vieron nuestras habilidades. Así que, si nos basamos en la teoría de que hace tiempo que lo saben, eso quiere decir que estudiaron nuestras habilidades en Luxen que no pudieran contarnos nunca que el Gobierno sabe lo que podemos hacer.

De pronto sentí náuseas.

—Quieres decir que esos Luxen estarían…

—Muertos —dijo, tras lo cual dio media vuelta y bebió un trago —. No sé cuánto te habrá contado Daemon, pero algunos Luxen no se integraron. Y los sacrificaron… como a animales salvajes. No es difícil suponer que usaron a algunos Luxen para estudiar sus habilidades, para aprender sobre nosotros, y que luego se libraron de ellos.

O los hicieron regresar como espías. Unos espías que podrían mantener vigilados a los otros e informar al Departamento de

Defensa de cualquier actividad sospechosa. Parecía una idea un tanto paranoica, pero estábamos hablando del Gobierno.

—Pero eso no explica por qué los Arum trabajarían con el Departamento de Defensa.

—Tienes razón. —Matthew se acercó a la chimenea y apoyó el codo en la repisa mientras agitaba el líquido color rubí con la otra mano—. No me atrevo a especular sobre su significado.

—Ahora mismo, a una parte de mí, eso le da igual. —Daemon volvió a hablar por fin, con voz cansada—. Alguien traicionó a Dawson. Alguien tuvo que contárselo al Gobierno.

—Podría haber sido cualquiera —repuso Matthew con desaliento —. Dawson no intentó ocultar su relación con Bethany. Y, si alguien los vigilaba de cerca, podría haber sospechado que pasaba algo. Todos los observamos atentamente cuando empezaron a salir juntos.

Aquello no consiguió tranquilizar a Daemon, aunque yo tampoco lo esperaba. Nos marchamos de casa de Matthew poco después, en silencio y atascados en algún punto intermedio entre la esperanza y la desesperación.

Llegamos al coche de mi madre y le pasé las llaves cuando me las pidió. Empecé a dirigirme hacia el lado del pasajero y luego me detuve. Di media vuelta, regresé junto a él y le rodeé el cuerpo tenso con los brazos.

—Lo siento —susurré apretándolo fuerte—. Ya se nos ocurrirá algo. Lo recuperaremos.

Después de un momento de vacilación, me envolvió con los brazos y me abrazó tan fuerte que casi me quedo pegada a él.

—Ya lo sé —dijo contra mi coronilla con voz firme y segura—. Lo recuperaré aunque sea lo último que haga.

Una parte de mí ya lo sabía y tenía miedo de lo que Daemon estuviera dispuesto a sacrificar por su hermano.

24

Daemon no quiso que su hermana supiera que Dawson quizá siguiera con vida. Le prometí que no se lo diría porque comprendía que imaginar lo que podrían estar haciéndole a Dawson en ese preciso instante probablemente fuera peor que creerlo muerto. Daemon no quería que su hermana también sintiera esa sensación de impotencia.

Era esa clase de persona, y yo lo respetaba por ello.

Pero se había apoderado de él una creciente tristeza por su hermano que deseé poder aliviar.

Los siguientes días, entrenaba con Blake y luego, después de que se marchara, Daemon y yo íbamos a Moorefield. Brian no había vuelto a casa desde la noche que lo habíamos visto a él y a Nancy con el Arum. No tenía ni idea de lo que planeaba Daemon, pero fuera lo que fuera no iba a permitirle llevarlo a cabo solo, y por una vez él no estaba empeñado en hacerlo todo por su cuenta.

El jueves antes de las vacaciones de Navidad, Blake y yo practicamos cómo manipular luz. Era más difícil que congelar un objeto. Tenía que sacarla de mi interior, una habilidad que ni siquiera entendía bien.

Después de horas en las que no fui capaz de producir ni una chispa, Blake parecía a punto de darse cabezazos contra la pared.

—No es tan difícil, Katy. Puedes hacerlo.

Golpeé el suelo con el pie.

—Eso intento.

Blake se sentó en el brazo del sillón reclinable, masajeándose la frente.

—Ya puedes mover objetos con facilidad. Esto no debería costarte mucho más.

Estaba destrozando mi autoestima.

—Míralo de esta forma. Cada célula de tu cuerpo está envuelta en luz. Visualiza en tu mente todas esas células agrupadas y siente la luz. Es cálida. Debería vibrar y zumbar. Es como si te corrieran relámpagos por las venas. Piensa en algo que te haga sentir igual.

Bostecé.

—Lo he intentado…

Blake salió disparado del sillón; nunca lo había visto moverse tan rápido. Me agarró de la muñeca hasta que su pulgar e índice se tocaron y me miró a los ojos.

—No estás poniéndole las suficientes ganas, Katy. Si no puedes manipular la luz, entonces…

—Entonces, ¿qué? —exigí.

Blake respiró hondo.

—Es solo que… si no puedes controlar la parte más fuerte de ti, puede que nunca estés bajo control de verdad. Y nunca serás capaz de defenderte.

Me pregunté si a Bethany le habría costado tanto.

—Lo estoy intentando. Te lo prometo.

Me soltó la muñeca y se pasó una mano por el pelo de punta. Luego sonrió.

—Tengo una idea.

—Ay, no. —Negué con la cabeza—. No me gustan tus ideas.

Me lanzó una sonrisa por encima del hombro mientras se sacaba las llaves del bolsillo.

—Dijiste que confiarías en mí, ¿no?

—Sí, pero eso fue antes de que me lanzaras un cuchillo al pecho y prendieras fuego a mis dedos.

Blake se rió, lo que me hizo fruncir el ceño. Nada de aquello tenía gracia.

—No voy a hacer nada parecido. Creo que necesitamos salir de aquí y comer algo.

Desconfiada, cambié el peso del cuerpo de un pie al otro.

—¿En serio? Eso… suena bien.

—Claro, coge una chaqueta y vayamos a comer algo.

Últimamente siempre tenía hambre, así que la perspectiva de comer algo grasiento acabó de convencerme. Cogí un jersey grueso, me lo puse y seguí a Blake hasta su camioneta. No era tan enorme

como las que conducían los chicos de por aquí, pero era chula y estaba nueva.

—¿Qué te apetece? —Dio una palmada para calentarse las manos mientras el motor se ponía en marcha con un rugido.

—Cualquier cosa que me haga engordar cinco kilos —contesté mientras me abrochaba el cinturón.

Blake soltó una carcajada.

—Conozco el sitio perfecto.

Pegué la espalda al asiento y decidí hacerle la pregunta que no había podido quitarme de la cabeza desde que Daemon y yo hablamos con Matthew.

—¿Qué le pasó al Luxen que te curó?

Apretó el volante con la mano hasta que los nudillos se le quedaron blancos.

—No… no lo sé. Y no saberlo me mata, Katy. Haría cualquier cosa por averiguarlo.

Me quedé mirándolo mientras me invadía la tristeza. Si Blake estaba aquí, su amigo tenía que estar vivo. Lo más probable era que el Departamento de Defensa lo tuviera retenido. Me dispuse a decir algo al respecto, pero me detuve.

Últimamente había empezado a sentirme rara cuando estaba con Blake. No sabría decir a qué se debía concretamente, y tal vez solo se trataba de que Daemon me lo repetía cada vez que podía, pero ahora veía algo extraño en Blake.

—¿Por qué lo preguntas? —Me miró con una expresión tensa en la cara.

Me encogí de hombros.

—Simple curiosidad. Siento lo que pasó.

Blake asintió con la cabeza y ninguno de los dos dijo nada durante un rato. Cuando pasamos la salida hacia Moorefield, empecé a ponerme nerviosa.

—¿Es seguro que nos alejemos tanto? Seneca Rocks solo tiene un radio de alcance de ochenta kilómetros, ¿no?

—Eso no es más que un cálculo aproximado. No nos pasará nada.

Asentí, incapaz de quitarme de encima el miedo repentino que me anidó en las entrañas. Empecé a impacientarme con cada

kilómetro que Blake me alejaba de casa. Era evidente que había Arum por los alrededores, incluso podían saber quiénes éramos, puesto que al parecer estaban compinchados con el Departamento de Defensa. Eso era una imprudencia, una estupidez incluso.

Me pasé las manos por los vaqueros y miré por la ventanilla mientras Blake tarareaba una canción rock. Metí la mano en el bolso y saqué el móvil. Si de verdad estábamos dentro del ámbito de protección del cuarzo beta, a Blake no debería importarle que se lo contara a Daemon.

—No serás de esas chicas que tienen que decirle a su novio todo lo que hacen, ¿no, Katy? —Blake señaló mi teléfono con la cabeza y sonrió, pero el humor nunca se le reflejó en los ojos—. De todas formas, ya hemos llegado.

No era de esas chicas, pero…

Se detuvo en el aparcamiento de un pequeño tugurio que presumía de servir las mejores alitas de pollo de Virginia Occidental. Unas luces de Navidad adornaban las ventanas oscuras como boca de lobo y una estatua gigantesca de un montañero vigilaba la entrada.

Todo parecía increíblemente normal.

Culpé a Daemon en silencio por hacerme dudar de Blake, volví a guardar el teléfono en el bolso y me dirigí hacia el restaurante.

La cena fue extrañamente tensa. No tenía nada en común con las dos primeras veces que Blake y yo habíamos salido. Conseguir que hablara aunque fuera de surf fue como apretar cristal con la mano: doloroso e inútil. Me puse a hablar de cuánto echaba de menos mi blog y leer, mientras él escribía mensajitos con el móvil. O jugaba a algo. No estaba segura. Una vez me pareció oír el «oinc» de un cerdo. Al final dejé de hablar y me concentré en arrancarles la piel a las alitas.

Eran más de las seis y estábamos sentados a la pequeña mesa, tomando el tercer refresco, cuando ya no pude aguantar más.

—¿Estás listo?

—Unos minutos más.

Esa era la segunda vez que me decía lo de «unos minutos más». Me recosté en la silla, dejé escapar un largo suspiro y me puse a contar los cuadrados rojos de la chaqueta de franela de un tío. Ya

me había aprendido de memoria el villancico que sonaba una y otra vez.

Miré a Blake.

—Yo sí estoy lista para volver a casa.

En sus ojos color avellana apareció un destello de irritación que transformó las motas en marrón oscuro.

—Pensaba que te gustaría salir y relajarte.

—Así es, pero estamos aquí sentados, sin hablarnos siquiera, mientras tú juegas con unos cerdos en el móvil. No le veo la diversión a eso.

Blake colocó los codos sobre la mesa y apoyó la barbilla en las manos.

—¿De qué quieres hablar?

El tono que empleó me hizo enfadar.

—Llevo más de una hora intentando hablar contigo de un montón de temas.

—Bueno, ¿y qué vas a hacer en Navidad? —me preguntó.

Respiré hondo y procuré controlar el mal humor.

—Por una vez, mamá tiene el día libre y vamos a hacer algo con Will.

—¿El médico? Parece que van en serio.

—Pues sí. —Tirité cuando la puerta se abrió y me arrebujé con el jersey—. Estoy segura de que esa es la única razón por la que…

El teléfono de Blake pitó y lo comprobó de inmediato. Cerré la boca, enfadada, y clavé la mirada en la mesa vacía situada detrás de él.

—¿Estás lista? —preguntó.

Gracias a Dios. Cogí el bolso, me puse en pie y salí sin esperar a que pagara la cuenta. Mis botas hicieron crujir la nieve compacta y el hielo. En cuanto llegó noviembre, lo único que había hecho era nevar entre tres y cinco centímetros cada pocos días. Era como un enorme preludio de una tormenta de nieve.

Blake se reunió conmigo unos minutos después con el ceño fruncido.

—Gracias por esperar.

Puse los ojos en blanco pero no dije nada mientras subía a la camioneta. Regresamos a la carretera en silencio. Crucé los brazos

con fuerza, sintiéndome como una novia cabreada, lo que estaba mal. No estábamos saliendo, pero era como si acabáramos de tener una cita infernal.

Y, para empeorar las cosas, iba a paso de tortuga. Me puse a dar golpecitos con la pierna, enfadada e impaciente. Quería llegar a casa de una vez. Esa noche no habría entrenamiento. Iba a coger un puñetero libro y a leer por diversión. Luego escribiría en el blog y me olvidaría de Blake y de ese estúpido poder alienígena de mierda.

Posé la mirada en mi bota. Había algo en el suelo. Algo duro y estrecho bajo la fina suela. Aparté el pie, y las luces de la carretera se reflejaron al pasar por algo dorado y brillante. Empecé a agacharme con curiosidad.

Sin previo aviso, la obsidiana me ardió bajo el jersey a la vez que Blake sacaba la camioneta de la carretera y paraba en una cuneta.

Me volví hacia él. El corazón me iba a mil mientras el calor de la obsidiana me quemaba la piel.

—Hay un Arum cerca.

—Ya lo sé. —Apagó el motor con los dientes apretados—. Sal de la camioneta, Katy.

—¿Qué? —chillé.

—¡Sal de la camioneta! —Estiró una mano y me desabrochó el cinturón—. Estamos entrenando.

Entonces lo comprendí, de forma brusca y aterradora. Dejé escapar un suspiro entrecortado mientras el calor de la obsidiana seguía aumentando.

—¡Me has sacado de la seguridad del cuarzo beta a propósito!

—Si tus habilidades más fuertes están ligadas a tus emociones, tenemos que averiguar cómo aprovecharlas cuando estas te desbordan para ver qué puedes hacer, y luego practicar con menos agitación. Como hicimos con el cuchillo y después con los cojines. —Se estiró más y me abrió la puerta—. Los Arum pueden sentirnos mejor que a los Luxen. Es por lo del ADN. Los Luxen cuentan con un camuflaje incorporado en su ADN, pero nosotros no.

El pecho me subía y me bajaba con rapidez.

—Eso no me lo habías dicho antes.

—Estabas a salvo dentro del alcance del cuarzo beta. No era

relevante.

Lo miré, horrorizada. ¿Y si hubiera salido de compras con mi madre fuera del radio de protección sin saber nada de eso? Nos habrían atacado. ¿A Blake le importaba algo mi seguridad?

—Ahora, sal —me ordenó.

Por supuesto que no.

—¡No! ¡No pienso salir ahí fuera con un Arum! Estás majara…

—Todo va a ir bien. —Parecía como si estuviera pidiéndome que diera un discurso delante de una clase, y no que me enfrentara a un mortífero extraterrestre—. No voy a permitir que te pase nada.

Acto seguido, salió del vehículo y desapareció en el denso límite de la zona arbolada, dejándome sola en la camioneta. Clavé la vista en la creciente oscuridad, demasiado aturdida para moverme. No podía creer que me hubiera hecho eso.

Si sobrevivía a esa noche, iba a matar a Blake.

Una sombra impenetrable se deslizó sobre la carretera y siguió la misma ruta que Blake en dirección al bosque. Se produjo un estallido de luz que llenó el cielo, pero se apagó rápidamente a la vez que oí gritar de dolor a Blake.

Salí de la camioneta a toda prisa, cerré de un portazo y examiné la oscuridad entrecerrando los ojos.

—¿Blake? —Después de un rato sin obtener respuesta, el pánico me atenazó la garganta—. ¡Blake!

Me detuve en el límite del bosque, recelosa de entrar. Me apreté el jersey al cuerpo y me estremecí cuando se hizo un silencio antinatural a mi alrededor. A la mierda. Me volví y me dirigí a la camioneta. Llamaría a mamá. Puede que incluso a Daemon. No iba a…

Una sombra se acumuló delante de la puerta del pasajero antes de que pudiera dar otro paso. Tenía un aspecto oscuro y oleaginoso y se fue amontonando sobre sí misma hasta que el contorno de un hombre me bloqueó el paso.

—Mierda —susurré.

Tomó la forma de un humano con un parecido sorprendente con el que habíamos visto fuera de la casa de Vaughn.

—Hola, pequeña. Pero qué cosita más… especial tenemos aquí.

Di media vuelta y el jersey se agitó como unas alas a mi espalda

cuando salí pitando. Corrí muy rápido… más rápido que nunca en mi vida. Tanto que los copitos de nieve que el cortante viento me lanzaba contra las mejillas parecían guijarros diminutos. Ni siquiera estaba segura de que mis pies tocaran el suelo.

Pero, por muy rápido que corriera, el Arum era más veloz.

Una sombra negra y turbia apareció a mi lado y luego delante de mí. Intenté agarrar la obsidiana, deslizándome por la nieve y el hielo, y me preparé para hundir la punta en cualquier parte que alcanzara con la mano.

Anticipando el movimiento, un brazo tomó forma y se balanceó. Me golpeó en el estómago. Me elevé en el aire y aterricé sobre un costado. Un dolor desconcertante me sacudió los huesos. Me tumbé de espaldas y parpadeé para sacudirme la nieve de las pestañas.

Ahora entendía por qué Daemon se oponía de forma tan categórica a que saliera a enfrentarme a los Arum. Ya me habían dado una paliza y la pelea ni siquiera había empezado.

Una sombra negra e insidiosa se deslizó poco a poco en mi campo de visión. Sin su forma humana, cuando habló su voz fue un murmullo amenazador entre mis propios pensamientos.

«No eresss una Luxen, pero eresss algo excepcional. ¿Qué poderesss tienesss?»

¿Poderes? Los poderes que Daemon me había otorgado al mutarme. Y el Arum me mataría para arrebatármelos. Pero ya había matado a un Arum antes canalizando la energía de Daemon y Dee. Blake creía que esa habilidad (la Fuente) aún existía en mi interior. Tenía que ser así, porque si no moriría.

Y quería ser capaz de defenderme. No quería quedarme allí tumbada ni esperar a que alguien me salvara.

¿Qué me había dicho Blake que visualizara? ¿Relámpagos en las venas y células rodeadas de luz?

El Arum se inclinó sobre mí. Los tentáculos de humo negro eran más densos y más fríos que el duro suelo. Una transparente sonrisa de humo apareció.

«Másss fácil de lo que pensssaba.»

Apreté los ojos con fuerza, me imaginé todas esas células raras que había visto en clase de Biología rodeadas de luz y pensé en aquel momento: la primera vez que había sentido como si un

relámpago me corriera por las venas. Me concentré en aquella imagen mientras el primer roce de los fríos dedos del Arum me tocaba la mejilla. Me aferré a la avalancha de lava al rojo vivo que me recorría las venas.

Empezó con un chasquido, y una lucecita se encendió detrás de mis párpados. Una sensación extraña se extendió por mi brazo, abrasándome. La luz que percibía detrás de los párpados era de un tono blanco rojizo. La fuente del poder resultaba completamente destructiva, de una complejidad terrible.

Podía sentir su calor corriéndome por las venas, susurrándome un centenar de promesas. Me llamaba, me daba la bienvenida. Había estado esperando, preguntándose cuándo respondería a su reclamo.

El viento barrió la nieve de debajo de mi cuerpo cuando me levanté. Cuando abrí los ojos, el Arum se deslizaba hacia atrás, cambiando de forma entre humano y Arum.

Me había puesto de pie y apenas respiraba. Podía sentirlo, y era excitante y aterrador al mismo tiempo. Todos los nervios de mi cuerpo cobraron vida y me hormiguearon, expectantes. Ese poder quería que lo usara. Parecía lo más natural del mundo. Curvé los dedos hacia dentro y todo lo que me rodeaba se iluminó con una luz roja y blanca.

«Destruye.»

El Arum volvió a adquirir su verdadera forma, extendiéndose hasta volverse tan infinito como el cielo nocturno.

Se oyó un restallido que surgió de mi interior y la Fuente brotó de mis dedos, estrellándose contra el Arum a una velocidad alarmante. El Arum giró en el aire, pero la Fuente lo siguió. O yo hice que lo siguiera. Pero el extraterrestre cambiaba de forma tan rápido que resultaba mareante. Entonces se quedó paralizado y después estalló en un millón de finos fragmentos de sombra vítrea.

La obsidiana se me enfrió contra la piel.

—Perfecto —dijo Blake aplaudiendo—. Eso ha sido una auténtica pasada. ¡Has matado a un Arum de un solo disparo!

Las ondas de electricidad regresaron a mí y la neblina blanca rojiza se desvaneció. Cuando la Fuente me abandonó, también lo hizo la mayor parte de mi energía. Me volví hacia Blake y sentí que

otra cosa reemplazaba el vacío que había dejado tras de sí la Fuente.

—Me… me has dejado sola con un Arum.

—Sí, pero mira lo que has conseguido. —Se acercó dando grandes zancadas y sonriéndome como si fuera el alumno más aventajado de la clase—. Has matado a un Arum, Katy. Tú solita.

Respiré hondo y me dolió. Me dolía todo.

—¿Y si no hubiera podido matar al Arum?

La confusión se reflejó en su rostro.

—Pero lo has hecho.

Retrocedí un paso, con una mueca de dolor, y me di cuenta de que tenía los pantalones empapados y pegados a la piel helada e irritada.

—¿Y si no hubiera podido?

Blake negó con la cabeza.

—Entonces…

—Entonces habría muerto. —Me tembló la mano cuando me la apoyé en la cadera. Toda la parte de atrás del cuerpo me palpitaba por la caída—. ¿Te importa siquiera?

—¡Claro que sí! —Se acercó y me apoyó una mano en el hombro.

Chillé cuando una punzada de dolor me bajó por el brazo.

—No… no me toques.

En un abrir y cerrar de ojos, la confusión desapareció y la sustituyó la ira.

—Estás haciendo un drama cuando deberías estar celebrándolo. Has logrado algo… asombroso. ¿No lo entiendes? Nadie mata a un Arum de una sola descarga.

—Me da igual. —Empecé a cojear de regreso a la camioneta—. Quiero irme a casa.

—¡Katy! No te comportes así. Todo va bien. Has…

—¡Llévame a casa de una vez! —grité a punto de echarme a llorar, a punto de cerrarme en banda por completo. Porque algo no iba bien en Blake—. Lo único que quiero es irme a casa.

25

Llegué tarde a Trigonometría el último día de clases antes de las vacaciones y, cuando ocupé mi asiento, hice una mueca de dolor. Era muy posible que me hubiera roto el trasero anoche. Sentarme me dolió muchísimo. Lesa enarcó una ceja mientras observaba mi lucha por ponerme cómoda.

—¿Estás bien? —me preguntó Daemon, haciéndome dar un saltito del susto.

—Sí. —Exhalé mientras me giraba a medias con cuidado, sorprendida de que no me hubiera dado un golpecito en la espalda —. Es que he dormido en una mala postura.

Me dedicó una mirada severa.

—¿Has dormido en el suelo o qué?

Solté una risa seca.

—Me siento como si lo hubiera hecho.

Daemon me detuvo cuando quise volverme.

—Kat…

—¿Qué? —Me invadió la inquietud. Cuando me miraba así, me sentía expuesta hasta la médula.

—Da igual. —Pegó la espalda al respaldo de la silla y me miró entrecerrando los ojos mientras se cruzaba de brazos—. ¿Sigue en pie lo de esta noche?

Asentí con la cabeza mordiéndome el labio y tomé nota mental de comprar unas cuantas bebidas energéticas de camino a casa. Cuando regresé anoche, arrasé la reserva secreta de chocolate de mamá; aunque no me ayudó a reponer energía. Me di la vuelta apretando los dientes e ignoré la oleada de dolor. Podría ser peor. Ahora mismo, podría estar muerta.

Mantenerme en la silla durante las clases fue una auténtica tortura. Me dolía el cuerpo tras chocar contra el frío y duro suelo la

noche anterior. El único respiro fue que Blake no apareció en clase de Biología, y no estaba segura de cómo me hacía sentir eso. Anoche me había quedado tumbada en la cama despierta, repasando todo lo que había sucedido. ¿Blake habría permitido que resultara herida de gravedad o que muriera si no hubiera podido usar la Fuente para acabar con el Arum? No sabía la respuesta, y eso me preocupaba.

Cuando salía de Biología, Matthew me llamó. Esperó a que la clase estuviera vacía antes de hablar.

—¿Cómo estás, Katy?

—Bien —respondí, sorprendida—. ¿Y tú?

Matthew esbozó una sonrisa tensa mientras se apoyaba contra la esquina de su mesa.

—Parecía como si te doliera algo durante la clase. Espero que mi lección no fuera tan mala.

Me puse colorada.

—No, no era por eso. Anoche dormí mal y ahora me duele todo.

Matthew apartó la mirada.

—No quiero entretenerte, pero ¿cómo está…?

Ahora entendía por qué me había parado. Eché un vistazo hacia la puerta abierta.

—Daemon está bien. Quiero decir que está todo lo bien que puede estar, supongo.

Mi profesor cerró los ojos un momento.

—Ese chico es como un hijo para mí… tanto él como Dee lo son. No quiero verlo cometer ninguna locura.

—No hará nada —le aseguré, deseando tranquilizarlo. Y tampoco quería que Matthew se enterase de que Daemon estaba acechando a Vaughn. Dudaba que se lo tomara bien.

—Eso espero. —Me miró con los ojos inyectados en sangre—. Algunas cosas es mejor… no saberlas. La gente busca respuestas y no siempre le gusta lo que encuentra. A veces la verdad es peor que la mentira. —Se volvió de nuevo hacia la mesa y se puso a ordenar un montoncito de papeles—. Espero que duermas mejor, Katy.

Me di cuenta de que había dado la charla por terminada y salí de la clase completamente alucinada. ¿Matthew estaría bebiendo en el trabajo? Porque había sido la conversación más extraña que

había tenido con él. Y la más larga a solas.

A la hora del almuerzo, me reuní con mis amigas e intenté olvidarme de lo de anoche. Ver cómo Dee y Adam se daban el lote fue una buena distracción. Durante los escasos momentos en los que Dee no tenía la boca pegada a la de él, estuvo hablando de ese fin de semana y del día de Navidad. Sin embargo, cada vez que me miraba había tristeza en sus ojos. Se había abierto un abismo entre nosotras, y la echaba de menos. Echaba de menos a mis amigas.

Cuando terminaron las clases, me dirigí a mi taquilla para coger el libro de Inglés, ya que había que entregar un trabajo en cuanto se reiniciaran las clases. Oí que alguien me llamaba justo mientras lo metía en la mochila.

Levanté la mirada y me puse tensa al ver a Blake.

—Hola… No has ido a Biología.

—Se me ha hecho tarde —dijo apoyándose en la taquilla a mi lado—. No voy a poder entrenar esta noche ni durante las vacaciones de Navidad. Voy a visitar a unos parientes con mi tío.

Me inundó un alivio maravilloso que me dejó mareada. Después de lo de anoche, no estaba segura de querer seguir entrenando con Blake, a pesar de la necesidad de ser capaz de defenderme. Pero ese no era el momento de hablar de ello.

—Vale. Espero que te diviertas. —En sus ojos vi una mirada distante y fría cuando asintió con la cabeza. Carraspeé—. Bueno, tengo que irme. Nos vemos cuando…

—Espera. —Se acercó más—. Quería hablar contigo de lo de anoche.

Cerré la puerta de la taquilla con cuidado en vez de dar un portazo, como me habría gustado.

—¿Qué pasa?

—Sé que estás cabreada.

—Pues sí. —Me volví hacia él. ¿De verdad no entendía por qué estaba de mala leche?—. Anoche pusiste mi vida en peligro. ¿Y si no hubiera usado la Fuente? Ahora estaría muerta.

—Yo no habría permitido que te hiciera daño. —Sus palabras y sus ojos estaban llenos de sinceridad—. Estabas a salvo.

—Los moratones que tengo por todo el costado me dicen que sí me hice daño.

Blake dejó escapar un suspiro de exasperación.

—Sigo sin entender por qué no te alegras más por esto. El poder que demostraste… fue alucinante.

Me aparté la mochila de la espalda magullada.

—Mira, ¿podemos hablar del entrenamiento cuando vuelvas?

Dio la impresión de que quería discutir, porque sus ojos se oscurecieron y se agitaron; pero entonces volvió la cara y soltó un suspiro áspero. Estaba deseando largarme del instituto, meterme en la cama y alejarme de él. Alejarme de ese chico que una vez creí que era normal, que una vez creí que quería ayudarme porque éramos iguales, y ahora no estaba segura de si le importaba siquiera si sobrevivía a sus técnicas de entrenamiento.

Cuando llegué a casa, me puse un pantalón de chándal ancho y una camiseta térmica. Lo primero que hice después fue echar una siesta, y me pasé la mayor parte de la tarde durmiendo. Mamá ya se había marchado cuando me levanté. Me preparé un sándwich y luego reuní todos los libros que había adquirido en el último mes.

Los apilé al lado del portátil y estaba intentando configurar la webcam para que no me sacara un primer plano de la nariz cuando sentí aquel conocido hormigueo que era como un aliento cálido contra la nuca. Le eché un vistazo al reloj. Todavía no eran ni las diez.

Me levanté con un suspiro, fui hacia la puerta principal y la abrí antes de que Daemon pudiera llamar. Él se quedó allí, con la mano levantada en el aire.

—Está empezando a molestarme que sepas cuándo llego —dijo frunciendo el ceño.

—Pensaba que te encantaba. Te convierte en un gran acosador.

—Ya te he dicho que no te acoso. —Me siguió hasta la sala de estar—. Solo lo uso para echarte un ojo.

—¿Hay alguna diferencia? —repuse mientras me sentaba en el sofá.

Daemon se sentó a mi lado, con el muslo pegado al mío.

—Claro que sí.

—Tu lógica me asusta a veces. —Deseé haberme puesto otra cosa. Él llevaba simplemente unos vaqueros y un jersey, pero estaba

muy guapo. Y mi camiseta térmica tenía fresitas pintadas. Qué vergüenza—. Bueno, ¿qué haces aquí tan pronto?

Se recostó contra los almohadones y quedó aún más cerca que antes. Su aroma me recordó a una vigorizante mañana otoñal. ¿Por qué, ay, por qué tenía que acercarse siempre tanto?

—¿Bill no ha venido esta noche?

Me coloqué el pelo detrás de la oreja e ignoré la descabellada oleada de deseo que me pedía que me echara a sus brazos.

—No. Tenía algo que hacer con su familia.

Clavó la mirada en el portátil con los ojos entrecerrados.

—¿Qué haces? ¿Otro de esos vídeos?

—Ese era el plan. Hace tiempo que no hago ninguno, pero has aparecido y el plan se ha ido a la porra.

Daemon sonrió de oreja a oreja.

—Todavía puedes grabarlo. Te prometo que me portaré bien.

—Ya, ni de coña.

—¿Por qué no? —Levantó una mano y el libro situado en la cima del montón salió disparado hacia él—. Oye, tengo una idea. Podría fingir ser él.

—¿Qué? —Fruncí el ceño, confusa, mientras me mostraba al chico rubio de la cubierta—. Un momento. ¿No querrás decir…?

Daemon desapareció con un resplandor y en su lugar apareció una réplica exacta del modelo de la cubierta: desde el rizado cabello rubio hasta los ojos azul celeste y la mirada perturbadora. «Madre mía, menudo bombón.»

—Hola…

—Virgen santa. —Le toqué la mejilla dorada con un dedo. Era real. Me eché a reír—. No puedes hacer eso. La gente fliparía.

—Pero llamaría muchísimo la atención. —Me guiñó un ojo—. Sería divertido.

—Pero este modelo —le quité el libro de las manos y lo agité— es una persona de verdad que está por ahí en alguna parte. Es probable que se pregunte cómo acabó en un vídeo para mi sección de «In My Mailbox».

Torció los labios carnosos.

—Tienes razón. —El modelo de la cubierta se desvaneció y Daemon reapareció—. Pero que eso no te detenga. Vamos, graba.

Seré tu ayudante.

Me quedé mirándolo, intentando decidir si hablaba en serio o no.

—No sé yo…

—Me quedaré aquí tranquilito. Simplemente te sostendré los libros.

—No creo que sepas cómo quedarte tranquilito.

—Te lo prometo —me aseguró, sonriendo.

Era probable que aquello acabara siendo un desastre, pero la idea de tenerlo en el vídeo me divertía y me hacía sentir mariposas en el estómago. Ajusté la cámara para incluirlo en el encuadre y pulsé la tecla de grabar.

Respiré hondo y empecé con mi videoblog.

—Hola, soy Katy, de*Katy's Krazy Obsession*. Siento haber estado perdida tanto tiempo. Las clases y… —mi mirada se posó en Daemon durante una fracción de segundo— otras cosas me han impedido conectarme más a menudo; pero, en fin, hoy tengo un invitado. Este es…

—Daemon Black —respondió por mí—. Soy el chico que le quita el sueño y con el que fantasea.

Me puse colorada y lo aparté de un codazo.

—Eso no es verdad para nada. Es mi vecino…

—Y el chico con el que está completamente obsesionada.

Forcé una débil sonrisa.

—Es muy egocéntrico y le gusta oír su propia voz, pero ha prometido quedarse tranquilito. ¿Verdad?

Daemon asintió con la cabeza y le dedicó una sonrisa angelical a la cámara, pero tenía un brillo de diversión en los ojos. Sí, había sido una mala idea.

—Creo que leer es sexy. —Daemon le sonrió a su propia imagen.

Levanté mucho las cejas.

—¿En serio? ¿Desde cuándo?

—Oh, sí, ¿y sabéis qué más me parece sexy? —Se inclinó hacia delante de modo que su cara llenó toda la pantalla e hizo un gesto con la cabeza hacia mí—. A los blogueros les gusta esto. Es ardiente.

Puse los ojos en blanco y le di una palmada en el brazo.

—Aparta —susurré.

Daemon se sentó e intentó quedarse quieto los siguientes cinco minutos. Me fue pasando cada libro, incapaz de abstenerse de hacer algún comentario y apoderarse de toda la grabación. Cosas como: «este tipo parece idiota» o «¿de qué va esta obsesión con los ángeles caídos?». Mi momento favorito fue cuando me puso un libro delante de la cara y soltó: «Este segador de almas parece un tipo interesante. Su trabajo es matar gente».

Al final de la grabación, ya ni siquiera podía sacarme aquella sonrisita tonta de la cara.

—Y eso es todo por hoy. ¡Gracias por vuestra atención!

Daemon prácticamente me pasó por encima para hacer un último comentario:

—Y no lo olvidéis. Hay cosas más guays ahí fuera que ángeles caídos y tíos muertos. Aunque solo es mi humilde opinión. —Guiñó un ojo y me imaginé a toda una legión de mujeres desmayándose.

Hice una mueca de dolor cuando lo aparté y apreté el botón de apagado en la página de la cámara web.

—Veo que te gusta que te graben.

Daemon se encogió de hombros.

—Ha sido divertido. ¿Cuándo harás otro?

—La próxima semana, si consigo más libros.

—¿Más libros? —Puso los ojos como platos—. Pero si tienes unos diez que acabas de decir que no has leído.

—Eso no significa que no vaya a conseguir más. —Sonreí al ver su expresión de incredulidad—. Últimamente no he podido leer mucho, pero lo haré, y entonces no voy a quedarme sin nada nuevo que leer.

—No has tenido tiempo por culpa de él, y eso es absurdo. —Apartó la mirada, apretando la mandíbula—. Te encanta leer. Igual que escribir en el blog. Y has abandonado esas cosas por completo.

—¡No es verdad!

—Mentirosilla —contraatacó—. He comprobado tu blog. Solo has publicado cinco entradas en el último mes.

Me quedé atónita.

—¿También has estado acosándome en el blog?

—Como ya te he dicho, no te acoso. Solo te echo un ojo.

—Y, como ya te he dicho antes, tu razonamiento deja mucho que desear. —Me incliné hacia delante y cerré el portátil—. Ya sabes lo que he estado haciendo. Prácticamente absorbe todo mi tiempo…

—Pero ¿qué diablos…? —exclamó mientras me agarraba la parte posterior de la camiseta térmica y la levantaba.

—Oye. —Me volví rápidamente haciendo caso omiso de la nueva punzada de dolor—. ¿Qué haces? Aparta las manos, capullo.

Daemon levantó la mirada y en sus ojos vi un brillo de desesperación y sed de venganza.

—Dime por qué tienes la espalda como si te hubieras caído por la ventana de un segundo piso.

«Ay, mierda.» Me puse en pie y me dirigí a la cocina buscando un poco de espacio. Tenía a Daemon justo detrás cuando saqué una Coca-Cola de la nevera.

—Me… me caí entrenando con Blake. Pero no tiene importancia. —Sonaba creíble y la verdad le provocaría una furia asesina que no nos convenía a ninguno ahora mismo. Además, Daemon no necesitaba otra cosa más de la que preocuparse—. Te dije que había dormido en una mala postura porque me imaginé que te burlarías de mí.

—Sí, es probable que me hubiera burlado… un poco. Pero, por el amor de Dios, Kat, ¿estás segura de que no te has roto nada?

No del todo.

—Estoy bien.

La preocupación se dibujó en las líneas de su rostro mientras me seguía alrededor de la mesa sin quitarme la vista de encima.

—Últimamente acabas herida cada dos por tres.

—Eso no es verdad.

—Tú no eres torpe, gatita. Así que ¿por qué sigue pasando? —Avanzó, moviéndose como un depredador a punto de abalanzarse sobre su presa. De pronto no supe qué era peor: que se moviera a la velocidad de la luz o con pasos lentos y calculados que me provocaban un escalofrío en la espalda.

—Me tropecé en el bosque la noche que me enteré de lo que eras —le recordé.

—Buen intento —dijo negando con la cabeza—. Corrías a toda

pastilla por el bosque en medio de la noche. Hasta yo… —Me guiñó un ojo—. Bueno, tal vez yo no, pero la gente normal se habría tropezado. Yo soy demasiado guay.

—Bueno… —Dios, qué creído se lo tenía.

—Parece que te duele.

—Sí, un poco.

—Pues déjame que lo solucione. —Extendió una mano y los dedos empezaron a volvérsele borrosos.

—Espera. —Retrocedí—. ¿Te parece una buena idea?

—A estas alturas, curarte no puede empeorar más las cosas. —Trató de tocarme de nuevo, pero le aparté la mano—. ¡Solo intento ayudar!

—No necesito que me ayudes.

Volvió la cabeza apretando tanto los dientes que empezó a palpitarle un músculo. Dio la impresión de que se había dado por vencido, pero entonces me rodeó las caderas con el brazo y un segundo después estaba sentado en el sofá de la sala de estar conmigo en su regazo.

Lo miré atónita.

—¡No es justo!

—No habría tenido que hacerlo si no fueras tan testaruda y me dejaras ayudarte. —Me mantuvo inmóvil, ignorando mis protestas, mientras me deslizaba una mano por debajo de la camiseta térmica y la colocaba sobre la parte baja de mi espalda. Me sobresalté al notar la descarga que me produjo al tocarme—. Puedo hacerte sentir mejor. Es ridículo que no me lo permitas.

—Tenemos cosas que hacer, gente a la que acechar. Déjame levantarme.

Me removí, intentando liberarme, y solté un quejido de dolor. No sabía por qué no quería que me curara; habíamos comprobado que estar cerca de él ya no me dejaba rastro. Pero ya había demasiadas personas que dependían de él.

—No —repuso tajante. Sentí calor en la espalda, una sensación agradable y embriagadora que amenazó con consumirme entera. Levantó una comisura de los labios al oírme inhalar suavemente—. No puedo estar contigo cuando sé que te duele, ¿vale?

Abrí la boca, pero no dije nada. Daemon desvió la mirada y se

concentró en un punto vacío de la pared.

—¿De verdad te molesta que me duela algo? —pregunté.

—No lo noto, si te refieres a eso. —Hizo una pausa y exhaló con suavidad—. El simple hecho de saber que tienes dolores basta para molestarme.

Bajé la mirada y dejé de forcejear. Solo me tocaba con una mano, pero podía sentirlo en cada célula de mi cuerpo. Cuando Blake me había dicho que pensara en algo parecido al calor de un relámpago, había pensado en cuando Daemon me tocaba… en su forma de besar. Eso fue lo que sentí al canalizar la Fuente y destruir al Arum.

Todo ese asunto de la curación tenía un efecto adormecedor. Era como tumbarse al sol o acurrucarse bajo unas mantas cómodas y calentitas. La falta de sueño y el tacto de su mano me envolvieron en ondas regulares y reconfortantes. Me relajé en sus brazos, apoyé la cabeza en su hombro y cerré los ojos. La calidez sanadora de su mano me penetró en la piel, atravesando el músculo magullado y el hueso.

Un rato después, me di cuenta de que ya no me dolía nada, pero Daemon seguía abrazándome. Entonces se puso en pie, sosteniéndome en brazos, y me moví ligeramente para mirarlo a la cara.

—¿Qué haces?

—Te llevo a la cama.

Aquellas palabras me enardecieron el cuerpo.

—Sé caminar sola.

—Pero yo puedo llevarte más rápido. —Y así lo hizo. Estábamos en la sala de estar, rodeados por las titilantes luces del árbol de Navidad, y un segundo después nos encontrábamos en mi cuarto—. ¿Lo ves?

Su presencia me tenía medio embelesada cuando me colocó en la cama, apartando las mantas sin tocarlas. Una habilidad muy útil cuando tienes las manos ocupadas.

Daemon me subió el edredón y vaciló, mirándome.

—¿Te sientes mejor?

—Sí —susurré, incapaz de apartar la mirada. Ahí de pie, con sus ojos destacando en la oscuridad, parecía algo sacado de mis

sueños… o de los libros que leía.

Tragó saliva despacio.

—¿Puedo…? —Se quedó callado y el corazón me dio un vuelco —. ¿Puedo abrazarte? Eso es todo… eso es todo lo que quiero.

Se me formó un nudo en la garganta y sentí una opresión en el pecho que me dejó sin voz. No quería que se marchara, así que asentí con la cabeza.

Una breve expresión de alivio cruzó su rostro estoico, suavizando las líneas duras. Entonces se dirigió a «su» lado, se quitó los zapatos y se metió en la cama junto a mí. Se acercó más, extendiendo un brazo, y yo me acomodé contra su cuerpo, apoyando la cabeza en el espacio entre su hombro y su pecho.

—Me gusta hacerte de almohada —admitió con una sonrisa en la voz—. Aunque me llenes de babas.

—Yo no babeo. —Sonreí y coloqué una mano sobre su corazón —. ¿Y qué pasa con lo de seguir a Vaughn?

—Eso puede esperar hasta mañana. —Inclinó la cabeza hacia un lado y noté sus labios contra mi pelo cuando habló—: Descansa un poco, gatita. Me habré ido antes de que amanezca.

Bajo mi mano, el latido constante de su corazón seguía el mismo ritmo que el mío, un poco acelerado. ¿Se debía a la curación o simplemente al hecho de estar tan cerca? No sabía la respuesta. El sueño me venció antes de darme cuenta. Hacía semanas que no dormía de manera tan plácida y profunda.

26

—¡KATY ANN SWARTZ!

Aquel grito furioso, seguido de una ronca risa masculina, fue lo que me despertó de la satisfactoria y profunda bruma del sueño. Abrí los ojos poco a poco e intenté recordar la última vez que mamá había usado mi nombre completo. Ah, sí, había sido años atrás, cuando intenté acariciar a una cría de zarigüeya que se las había arreglado para meterse en el balcón.

Mamá estaba de pie en la puerta de mi cuarto, vestida con una bata y con expresión de incredulidad. Detrás de ella estaba Will, que tenía una extraña sonrisa de satisfacción en la cara.

—¿Qué pasa? —farfullé.

Mi dura almohada se movió. Bajé la mirada y noté que me ponía roja como un tomate. Daemon seguía en mi cama. Y yo estaba medio tumbada sobre él. Me rodeaba una mano con la suya y la sujetaba contra su pecho. «Ay, Dios mío, no…»

Me solté la mano, muerta de la vergüenza.

—Esto no es lo que parece.

—¿Ah, no? —Mamá se cruzó de brazos.

—Son solo chiquillos —dijo Will, sonriendo—. Por lo menos están vestidos.

—No estás ayudando —replicó ella.

Empecé a sentarme, pero Daemon me apretó la cintura con el brazo mientras rodaba hacia mí y me acariciaba el cuello con la nariz. Lo empujé deseando que la tierra me tragara, pero no se movió.

Abrió los ojos apenas unas rendijas.

—Hum, ¿qué te pasa? —Miré de manera significativa hacia la puerta. Daemon volvió la cabeza con el ceño fruncido y se quedó helado—. Ah, vaya, qué corte. —Carraspeó mientras me quitaba el

brazo de la cintura—. Buenos días, señora Swartz.

Mamá esbozó una sonrisa forzada.

—Buenos días, Daemon. Creo que ya es hora de que te vayas a casa.

Daemon se marchó todo lo rápido que era humanamente posible, y mamá fue al piso de abajo sin decir una palabra. Pasé junto a Will en el pasillo, dándole vueltas al lío en el que me había metido. Estaba descalzo. Al parecer, yo no era la única que había metido a un hombre en su cama.

La encontré colocando bruscamente la cafetera en la base.

—Mamá, te juro que no es lo que piensas.

Se dio la vuelta, colocándose las manos en las caderas.

—Tenías un chico en tu cuarto, en tu cama. ¿Qué se supone que debo pensar?

—Pues parece que tú también has tenido un invitado. —Coloqué bien la cafetera, que estaba a punto de salirse de la base.

—Aquí yo soy la adulta y puedo meter en mi cama a quien me dé la gana, jovencita.

Will se rió desde la puerta.

—Voy a tener que discrepar. Espero ser el único en tu cama.

—Puaj —gemí mientras me dirigía a la nevera a por el zumo de naranja.

Mamá miró a su novio con los ojos entrecerrados.

—¿Esto es lo que haces cuando trabajo por las noches, Katy?

Suspiré.

—No, mamá, te juro que no. Estábamos… estudiando y nos quedamos dormidos.

—¿Estabais estudiando en tu cuarto? —Se arregló un poco el pelo despeinado apartándoselo de la cara—. Nunca había tenido que ponerte normas, pero veo que es necesario que haya algunas.

—Mamá —refunfuñé, echándole una mirada a Will—. Vamos…

—Nada de chicos en tu cuarto. Nunca. —Sacó la leche en polvo —. Ningún chico pasará la noche en ninguna parte de esta casa.

Me senté y tomé un sorbo de zumo.

—¿Puedes dejar de decir «chicos» en plural? Por Dios.

Mamá se sirvió una taza de café.

—Blake está aquí todo el tiempo. Y también tenemos a Daemon.

Así que, sí, es «chicos» en plural.

Aquello me crispó.

—Ninguno de los dos es mi novio.

—¿Se supone que eso debería hacerme sentir mejor después de encontrar a uno de ellos en tu cama? —Tomó un sorbo de café y luego arrugó la nariz en un gesto de desagrado—. Cielo, nunca he tenido que preocuparme de que hagas ninguna estupidez.

Me levanté y le pasé el azúcar que había olvidado servirse.

—No estoy haciendo ninguna estupidez. No tengo nada con ninguno de ellos. Solo somos amigos.

Hizo como si no hubiera escuchado la última afirmación.

—No puedo estar aquí todo el tiempo, y tengo que confiar en ti. Por favor, dime que estás tomando… precauciones.

—Ay, por el amor de Dios, mamá, que no me estoy acostando con nadie.

Por su mirada, noté que no estaba del todo convencida.

—Tú asegúrate de tener cuidado. No querrás acabar siendo una madre adolescente, ¿no?

—Oh, por favor —susurré ocultando la cara detrás de las manos.

—Me tienes preocupada —continuó—. Primero fue Daemon, luego parecía que habías empezado a salir con Blake, pero ahora…

—No estoy saliendo con ninguno de los dos —insistí. Me sentía como si ya se lo hubiese repetido mil veces.

—Parecéis muy unidos. —Will apoyó la cadera contra el fregadero, observándonos—. Daemon y tú.

—Esto no es asunto tuyo —le solté, enfadada porque estuviera presenciando una conversación tan privada y terriblemente embarazosa.

—Katy —me espetó mamá.

Will se rió, restándole importancia.

—No, no pasa nada, Kell. Katy tiene razón. Esto no es asunto mío. Pero es que parece haber algo importante entre vosotros.

Durante un instante, su sonrisa me recordó a la de alguien. Falsa, de plástico… Nancy Husher. Me estremecí. Dios, estaba paranoica.

—Solo somos amigos.

—¿Amigos que duermen cogidos de la mano?

Miré a mi madre, pero estaba ocupada estudiando el interior de su taza desportillada. Me sentía demasiado expuesta, así que me crucé de brazos.

—Siento haberte disgustado, mamá. No volverá a ocurrir.

—Eso espero. —Lavó la taza de café con un leve ceño en el rostro—. Lo único que me faltaba es un nieto.

Di por concluida la conversación, me apreté para pasar junto a Will y fui a la sala de estar. Dios, mamá pensaba que estaba fabricando bebés. Aquella idea me inquietaba incluso a mí.

Cogí la mochila del suelo y la subí al sofá. Cuando levanté la vista, vi a mamá y a Will en el pasillo. Él le susurró algo al oído y ella se rió en voz baja. Antes de poder apartar la vista, la besó… pero nuestras miradas se encontraron.

Horas después, Will aún seguía en la casa. Mi casa, no la suya. ¿Así iban a ser ahora mis sábados cuando mamá librase? ¿Viendo cómo hacían crucigramas cuando no estaban dándose el lote? Me daban ganas de arrancarme los ojos.

La forma en la que me había mirado me hizo sentir como si un millar de asquerosas cucarachas me corretearan bajo la piel. Tenían que ser manías mías, pero no podía quitarme de encima aquella sensación de repelús.

Comprobé rápidamente el blog y descubrí que tenía más de veinte comentarios en la sección de «In My Mailbox». Me picó la curiosidad aquella repentina avalancha de comentarios y les eché un vistazo. Algunos hablaban con entusiasmo de los libros que tenía; otros, del chico sentado a mi lado.

Maldita sea, Daemon se había apropiado de mi blog.

Me coloqué los auriculares y escuché un poco de música mientras hacía los deberes de Inglés. Mamá apareció un poco después y me saqué los auriculares con la esperanza de que no fuéramos a tener otra charla sobre sexo. Sobre todo cuando sabía que Will estaba allí mismo, en la cocina, comportándose como si estuviera en su casa.

—Cariño, Dee ha venido a verte. —Luego se acercó y cerró mi libro de texto—. Y, antes de que digas que estás ocupada o que tienes planes con un chico, tienes que levantarte de ahí e ir a hablar

con ella.

Me comí la última galleta y fruncí el ceño.

—Vale…

Mamá se apartó el flequillo.

—No puedes pasarte todo el día estudiando y quedando con Blake o quien sea.

¿O quien sea? Como si tuviera una larga lista de pretendientes. Suspiré mientras me ponía en pie. Antes de salir de la habitación, la vi mirando el árbol de Navidad y me pregunté qué estaría pensando.

Dee esperaba fuera. Estaba guapísima, toda vestida de blanco. Tardé unos segundos en darme cuenta de que el jersey blanco que llevaba se mezclaba con el fondo. Estaba nevando mucho, tanto que apenas podía ver el límite del bosque a unos metros de distancia.

—Hola —la saludé sin mucha convicción.

Dee parpadeó y apartó los ojos de inmediato de mi cara.

—Hola —respondió con entusiasmo forzado—. Espero no molestarte.

Me apoyé contra la puerta.

—Bueno, acabo de empezar el trabajo de Inglés. Quería quitármelo de encima cuanto antes.

—Ah. —Sus labios rosados se inclinaron hacia abajo—. Bueno, pues va a tener que esperar. Vamos a ver una peli.

Retrocedí un paso. Con todo lo que estaba pasando y todas las mentiras, me resultaba difícil estar con Dee.

—Tal vez en otro momento, ahora mismo estoy muy liada. ¿Qué tal el próximo fin de semana? —No esperé una respuesta y empecé a cerrar la puerta.

Dee hizo esa cosa de la supervelocidad y volvió a abrirla de un empujón. Parecía una hadita furiosa.

—Eso ha sido una grosería, Katy.

Me sonrojé. No podía negarlo y, aun así, era evidente que no había conseguido echarla.

—Lo siento. Es que tengo una montaña de deberes.

—Eso lo entiendo. —Abrió la puerta un poco más—. Pero vas a venir al cine con Adam y conmigo.

—Dee…

—No vas a escabullirte de esto. —Me miró a los ojos y vi dolor en los suyos. Tragué saliva y aparté la mirada—. Sé que Daemon y tú estáis… bueno, lo que sea que pase entre vosotros, y que estás haciendo no sé qué cosa con Blake, y que yo he estado pasando mucho tiempo con Adam; pero eso no significa que no podamos ser amigas.

Se balanceó sobre los talones y juntó las manos bajo la barbilla.

—Ponte los zapatos, Katy, y ven al cine conmigo. Por favor. Te echo de menos. Por favor.

¿Cómo podía decirle que no? Me volví ligeramente y vislumbré a mi madre en la puerta de la cocina. La expresión de su rostro también me suplicaba que aceptara. Me vi atrapada entre las dos y ninguna sabía que intentaba mantenerme alejada de Dee por su propio bien.

—Por favor —susurró Dee.

Recordé que Daemon me había dicho que estaba siendo una amiga de mierda. No era mi intención y Dee no se lo merecía. Asentí con la cabeza.

—Déjame coger la sudadera y los zapatos.

Dee saltó hacia delante y me dio un abrazo rápido y fuerte.

—Estaré esperando aquí mismo.

Supuse que sería por si intentaba escaquearme. Le lancé una mirada a mi madre mientras cogía la sudadera del respaldo del sillón reclinable y me puse unas botas hasta las rodillas de imitación de piel de oveja. Me guardé un poco de dinero en el bolsillo de los vaqueros y salí a disfrutar de aquella fría tarde de diciembre.

El suelo estaba cubierto de nieve, lo que lo volvía resbaladizo bajo mis botas. Dee se puso a dar saltitos a mi lado, luego salió corriendo y se lanzó a los brazos de Adam. Le besó la coronilla rubia con una risita y después se retorció para soltarse.

Yo me quedé atrás, con las manos guardadas en el bolsillo de la sudadera.

—Hola, Adam.

Pareció sorprenderse al verme.

—Hola. ¿De verdad vienes con nosotros?

Asentí con la cabeza.

—Genial. —Miró a Dee—. ¿Y qué pasa con…?

Dee rodeó a toda velocidad la parte delantera del todoterreno de Adam a la vez que le lanzaba una mirada de advertencia a su novio.

Me subí al asiento trasero.

—¿Habéis invitado a… alguien más?

Dee se abrochó el cinturón y se volvió para mirarme.

—Ah, sí, pero no pasa nada. Ya lo verás.

Adam dio la vuelta en la entrada y sentí aquel cálido hormigueo en el cuello. Incapaz de contenerme, me giré en el asiento, deseando verlo.

Daemon estaba de pie en el porche. Solo llevaba puestos unos vaqueros, a pesar del frío que hacía, y tenía una toalla colgada de los hombros. Aunque era imposible, juraría que nuestras miradas se buscaron. Seguí mirando hasta que la casa se perdió de vista, convencida de que él había esperado hasta que ya no pudo ver el vehículo.

Me molestó bastante descubrir a quién había invitado Dee. Ash Thompson estaba esperando en el cine. Me fulminó con la mirada, como de costumbre, y entró delante de nosotros, arreglándoselas para menear las caderas con los tejanos ceñidos y los tacones de diez centímetros por el pavimento cubierto de hielo.

Yo me habría roto el cuello.

Acabé sentada entre Ash y Dee. Qué suerte la mía. Me hundí en el asiento, ignorando a Ash, mientras esperábamos a que las luces se apagaran y empezara la película.

—¿De quién ha sido la idea de elegir una peli de zombis? —preguntó Ash, que sostenía contra el pecho un cubo de palomitas más grande que su cabeza—. ¿Ha sido cosa de Katy? Porque se parecen bastante.

—Ja, ja —mascullé, observando las palomitas. Seguro que ella no tenía mucho dentro de la cabeza para alimentar a un zombi.

Al otro lado estaban Dee y Adam, que habían arrasado el mostrador de golosinas. Dee mojó una chocolatina en salsa de queso y yo contuve una arcada con la mano.

—Qué asco.

—Oye, no critiques mis gustos —dijo, y luego le dio un mordisco enorme—. Es lo mejor de ambos mundos: chocolate y cheddar. Por

eso la «C» es mi letra favorita del alfabeto.

—¿Sabes qué? —intervino Ash arrugando la nariz—. Creo que voy a tener que estar de acuerdo con la muerta viviente. Eso es asqueroso.

Fruncí el ceño.

—¿Es que acaso tengo tan mala pinta?

Ash dijo «sí» al mismo tiempo que Dee respondía «no». Me crucé de brazos y coloqué los pies sobre el asiento vacío que tenía delante.

—Da igual —farfullé.

—Bueno —dijo Adam, arrastrando la palabra—, ¿todo va bien entre Blake y tú?

Me hundí aún más en el asiento y me contuve para no soltar una sarta de palabrotas.

—Sí, todo va de maravilla.

Ash soltó un resoplido.

—Bueno, has estado pasando mucho tiempo con él. —Dee me miró mientras mojaba otra chocolatina—. Debe de iros genial.

—Mira, déjame serte sincera. —Ash se lanzó una palomita cubierta de mantequilla a la boca—. Tenías a Daemon… a Daemon. Y yo sé lo bueno que es tenerlo. Confía en mí.

Una oleada de celos me invadió tan rápido que quise meterle todas las palomitas de golpe por la garganta.

—Estoy segura de que es estupendo.

Ash soltó una risita burlona.

—En fin, que no tengo ni idea de por qué renunciarías a él por Blake. Es mono y todo eso, pero no puede ser tan bueno como…

—Por Dios. —Dee frunció la cara—. ¿Podemos no hablar de lo bueno que es haciendo algo que me obligue a ir a terapia después? Gracias.

Ash se rió entre dientes mientras sacudía el cubo de palomitas.

—Solo digo…

—Me importa un bledo lo que tengas que decir. —Agarré un puñado de sus palomitas en parte para verla entrecerrar los ojos—. No quiero hablar de Daemon. Y Blake y yo no estamos saliendo.

—¿Amigos con derecho a roce? —sugirió Adam.

Solté un gemido. ¿Cómo era posible que mi inexistente vida

sexual se hubiera convertido en el tema del día?

—No hay ningún roce.

Después de aquello, dejaron de interrogarme acerca de Daemon y Blake. A media película, los tres extraterrestres se levantaron y regresaron con más comida. Probé el chocolate mojado en queso, y estaba tan asqueroso como esperaba. Pero, a pesar de tener que aguantar a Ash al lado, me estaba divirtiendo. Durante el tiempo que pasé viendo cómo hordas de zombis devoraban varias partes de humanos, me olvidé de todo lo que estaba ocurriendo. Todo parecía normal.

Sonreía y bromeaba con Dee cuando salimos del cine. El sol ya se había puesto y el suave resplandor de las farolas y de las luces de Navidad inundaba el aparcamiento.

Caminamos cogidas del brazo, detrás de Ash y Adam.

—Me alegro de que hayas venido —dijo en voz baja—. Me he divertido.

—Yo también. Siento… siento no haber pasado mucho tiempo contigo últimamente.

La brisa le agitó los rizos, echándoselos a la cara.

—¿Todo… va bien? Me refiero a que sé que han ocurrido muchas cosas desde que viniste a vivir aquí. Y me da miedo que hayas decidido que ya no quieres ser mi amiga por lo que soy y todo lo que implica.

—No. Ni hablar. —Me apresuré a tranquilizarla—. Por mí como si eres una mujer llama. Sigues siendo mi mejor amiga, Dee.

—Hace mucho tiempo que no da esa impresión. —Esbozó una débil sonrisa—. Por cierto, ¿qué es una mujer llama?

Me eché a reír.

—Es como una mezcla entre una llama y un humano, como un hombre lobo.

Dee arrugó la nariz.

—Qué cosa más rara.

—Sí, ¿verdad?

Nos habíamos detenido junto al todoterreno de Adam. Ash jugueteaba con sus llaves mientras se examinaba las uñas. Estaba empezando a nevar de nuevo y cada copo era más grueso que el anterior. Cerré los ojos un segundo y, cuando volví a abrirlos, había

dejado de nevar. Así, sin más, en un abrir y cerrar de ojos.

27

Cuando papá estaba vivo, me encantaban las fiestas navideñas. Ambos éramos de esas personas que rejuvenecen varios años la mañana de Navidad. Yo solía bajar corriendo las escaleras al amanecer, me sentaba sola delante del árbol y pasaba las primeras horas de la mañana esperando a que mis padres despertaran. Un ritual que solo se interrumpió cuando papá murió.

Los últimos tres años, había hecho bollos de canela yo sola (que llenaban el aire con su dulce aroma) y, cuando mamá llegaba a casa del trabajo, intercambiábamos regalos.

Ese año fue diferente.

Cuando desperté, el aroma a canela ya impregnaba el aire y Will estaba abajo, vestido con una bata a cuadros y compartiendo una taza de café con mamá. Se había quedado a dormir. Otra vez. Al verme en la puerta, se levantó y me abrazó.

Me quedé inmóvil, con los brazos colgando con torpeza.

—Feliz Navidad —me dijo dándome una palmada en la espalda.

Farfullé lo mismo, consciente de que mamá nos observaba desde el sofá con una sonrisa radiante. A continuación, abrimos los regalos, como solíamos hacer con papá. Tal vez eso fue lo que me puso de un humor extraño que me duró toda la mañana, siguiéndome a todas partes, decidido a arruinarme el día.

Mamá había subido a ducharse después de ponernos a Will y a mí a trabajar en la cena. Will sacó un jamón glaseado del horno. En general, había ignorado sus intentos de entablar conversación hasta que tocó «el tema».

—¿Ha habido más visitas nocturnas? —me preguntó con una pícara sonrisa de complicidad.

Batí el puré de patatas más fuerte, preguntándome si intentaba ser el poli bueno en ese asunto para que no le hablara mal de él a

mamá.

—No.

—Tampoco me lo dirías si así fuera, ¿no? —Lanzó los guantes para el horno sobre la encimera y se volvió hacia mí.

Sinceramente, no había visto a Daemon desde el sábado por la mañana. Habían pasado dos días sin tener noticias de él.

—Ese muchacho parece un buen chico —continuó Will mientras sacaba uno de los cuchillos que Blake me había tirado a la cabeza —. Aunque es un poco intenso. —Hizo una pausa y frunció el ceño mientras sostenía el cuchillo en alto—. Bueno, igual que su hermano.

Casi se me cae la espátula.

—¿Hablas de Dawson?

Will asintió con la cabeza.

—Él era el más extrovertido de los dos, pero igual de intenso. Se comportaba como si el mundo pudiera acabarse en cualquier momento y hubiera que vivir cada segundo al máximo. Daemon nunca me dio esa impresión. Es un poco más reservado, ¿no?

¿Reservado? Al principio quise negarlo, pero Daemon siempre se había mostrado… contenido. Como si se guardara la parte más importante de sí mismo.

Will se rió entre dientes mientras cortaba el jamón humeante.

—Todos estaban muy unidos. Supongo que es por ser trillizos. Como los Thompson.

El pulso se me había desbocado sin razón aparente. Volví a ocuparme de las patatas.

—Parece que los conoces bastante bien.

Will se encogió de hombros mientras colocaba varias tajadas gruesas en una de las lujosas fuentes de porcelana de mamá que hacía años que no veía la luz del día.

—Es un pueblo pequeño. Todo el mundo se conoce por aquí.

—Ninguno de ellos te ha mencionado nunca. —Dejé el cuenco en la encimera y estiré la mano hacia la leche.

—No sé por qué habrían de hacerlo. —Se giró hacia mí, sonriendo—. No creo que sepan que Bethany era mi sobrina.

El cartón de leche se me escapó de los dedos, rebotó en la encimera y cayó al suelo. El espumoso líquido blanco se derramó

por las baldosas. Yo, sin embargo, me quedé inmóvil. ¿Bethany era su sobrina?

Will dejó el cuchillo y cogió varias servilletas de papel.

—Es un cabrón resbaladizo, ¿eh?

Reaccioné al fin, me agaché y cogí el cartón.

—¿Bethany era tu sobrina?

—Sí, fue una historia muy triste, pero estoy seguro de que ya la habrás oído.

—Sí, así es. —Volví a dejar la leche en la encimera y lo ayudé a limpiar aquel desastre—. Siento mucho… lo que pasó.

—Yo también. —Tiró las servilletas a la basura—. Destruyó a mi hermana y a su marido. Se mudaron hace cosa de un mes. Supongo que no podían soportar vivir aquí, donde todo les recuerda a ella. Y entonces desaparece ese otro chico, Cutters, igual que Bethany y Dawson. Es terrible que desaparezcan tantos jóvenes.

Ni Daemon ni Dee habían mencionado nunca que Will estuviera emparentado con Bethany, aunque tampoco hablaban de ella a menudo. Preocupada por la relación de Will con todo eso y la mención de Simon, terminé de preparar las patatas en silencio.

—Hay algo que me gustaría que entendieras, Katy. —Entrelazó los dedos delante de él—. No intento ocupar el lugar de tu padre.

Me quedé mirándolo, sorprendida por el cambio de tema. Él me devolvió la mirada, clavando sus ojos pálidos en los míos.

—Sé que es duro cuando uno de los padres fallece, pero no estoy aquí para sustituirlo.

Antes de poder responder, me dio una palmadita en el hombro y salió de la cocina. El jamón se había enfriado en la encimera y el puré de patatas estaba listo, al igual que los macarrones al horno. Hasta ese preciso momento, había estado muriéndome de hambre, pero perdí el apetito al oírle mencionar a mi padre.

En el fondo sabía que Will no intentaba ocupar su lugar: ningún hombre podría hacerlo nunca; pero dos lagrimones me bajaron por las mejillas. Había llorado la primera Navidad sin él, pero no las dos últimas. Tal vez estaba llorando ahora porque esa era la primera Navidad de verdad que pasaba con mamá que involucraba a alguien que no era mi padre.

Golpeé con el codo el borde del cuenco al darme la vuelta y este

salió disparado de la encimera. Congelé el recipiente sin pensarlo para que todo mi trabajo no acabara desparramado por el suelo. Lo agarré en el aire y volví a colocarlo sobre la encimera. Cuando me giré vi una sombra en el pasillo, justo fuera de la puerta de la cocina. Me quedé sin aliento cuando unos pasos más pesados que los de mamá cruzaron el pasillo y empezaron a subir las escaleras. Will.

¿Me habría visto?

Y, si así era, ¿por qué no había entrado de golpe exigiendo saber cómo había congelado un cuenco en el aire?

Al despertar el día después de Navidad, Will ya había desmontado el árbol. Solo por eso se ganó varios puntos negativos. No tenía derecho a quitarlo: no era su árbol. Además, quería aquella bola verde de recuerdo, y ahora estaba guardada en la buhardilla, donde no me atrevía a entrar. Si se sumaba eso a mi creciente aversión por aquel hombre, preveía graves problemas en el futuro.

¿Me había visto detener el recipiente? No lo sabía. ¿Podría ser una coincidencia que el tío de la chica que había mutado como yo ahora saliera con mi madre? Parecía poco probable. Pero no tenía pruebas, y ¿a quién podría recurrir? Bueno, había una persona.

Horas después de que mamá se fuera a trabajar y momentos antes de disponerme a subir las escaleras, sentí un picor cálido en el cuello. Me detuve en el pasillo y esperé conteniendo la respiración.

Alguien llamó a la puerta.

Daemon esperaba en el porche, con las manos en los bolsillos y una gorra negra de béisbol bien calada que le ocultaba la parte superior de la cara, lo que acentuaba sus labios sensuales, que se inclinaban formando una sonrisa torcida.

—¿Estás ocupada?

Negué con la cabeza.

—¿Quieres ir a dar un paseo?

—Claro. Déjame coger algo más abrigado. —Corrí a buscar las botas y la sudadera y luego me reuní con él fuera—. ¿Vamos a vigilar a Vaughn?

—En realidad, no. He descubierto algo. —Me condujo a su todoterreno y esperó hasta que subimos los dos antes de continuar

—: Pero, primero, ¿has tenido una buena Navidad? Iba a pasarme, pero vi que tu madre estaba en casa.

—Estuvo bien. Will pasó el día con nosotras. Eso fue raro. ¿Y qué tal tú?

—Bien. Dee casi le prende fuego a la casa intentando preparar pavo. Aparte de eso, nada del otro mundo. —Salió de la entrada—. Bueno, ¿tuviste muchos problemas por lo del sábado?

Me sonrojé y agradecí que estuviera oscuro.

—Tuve que aguantar un sermón sobre que mi madre no quiere que la haga abuela. —Daemon se rió y yo suspiré—. Ahora tengo que seguir reglas, pero nada serio.

—Lo siento. —Sonrió mientras me miraba de reojo—. No quise quedarme dormido.

—No pasa nada. En fin, ¿adónde vamos? ¿Qué has descubierto?

—Vaughn estuvo en su casa el domingo por la noche unos diez minutos. Lo seguí hasta las afueras de Petersburgo, a un almacén en un polígono industrial que lleva años abandonado. Estuvo allí unas horas y luego se marchó, pero dos agentes se quedaron. —Redujo la velocidad cuando un ciervo cruzó corriendo la carretera—. Ocultan algo allí.

Aquella noticia me llenó de entusiasmo.

—¿Crees que tienen allí a Bethany… o a Dawson?

Me miró, apretando los labios con fuerza.

—No lo sé, pero necesito entrar y alguien tiene que vigilar fuera mientras tanto.

Asentí con la cabeza. Ahora podría ser útil.

—¿Y si los guardias siguen vigilando?

—No hacían nada hasta que apareció Vaughn, que ahora mismo está en casa. Con Nancy. —Hizo una mueca—. Creo que sí hay algo entre esos dos.

Era como con Will y mamá: asqueroso. Pensar en eso me recordó algo que quería preguntarle.

—¿Sabías que el novio de mi madre es el tío de Bethany?

—No. —Frunció el ceño mientras se concentraba en la carretera —. La verdad es que nunca intenté conocerla. Caray, en realidad nunca había intentado conocer a ninguna chica humana.

Sentí un extraño revoloteo en el estómago.

—¿Así que nunca has… salido con una chica humana?

—¿Salir? No. —Me dedicó una mirada rápida, como si intentara decidir qué decir a continuación—. ¿Pasar el rato? Sí.

El revoloteo se convirtió en una serpiente al rojo vivo que me aprisionó las entrañas. Pasar el rato… ¿Pasar el rato de la misma forma en que todos pensaban que lo hacíamos Blake y yo? Me entraron ganas de pegarle a algo.

—En fin, que no sabía que fueran parientes.

Hice a un lado los celos. Aquel no era el momento.

—¿Te parece raro? Me refiero a que está emparentado con Bethany, que es más o menos como yo, y ahora tiene un rollo con mi madre. Sabemos que alguien tuvo que haber traicionado a Dawson y Bethany.

—Es raro, sí, pero ¿cómo iba a saber él lo que había pasado? Tendría que disponer de información privilegiada sobre todo el proceso de curación para saber qué buscar.

—Tal vez sea un infiltrado.

Daemon me dedicó una mirada severa, pero no dijo nada. Aquella posibilidad resultaba inquietante. Will podría estar usando a mamá para vigilarme. Ganándose su confianza, durmiendo en su cama… Iba a cargármelo.

Daemon carraspeó después de un rato.

—He estado pensando en lo que nos contó Matthew, lo de la unión del ADN.

Se me tensaron todos los músculos del cuerpo y mantuve la vista al frente.

—¿Y…?

—Estuve hablando con él después y le pregunté por la conexión, si podía hacer que alguien sintiera algo. Me dijo que no. Yo ya lo sabía, pero pensé que tú deberías saberlo también.

Cerré los ojos y asentí con la cabeza. Ya lo sabía, por supuesto. Apreté los puños con fuerza. Casi le digo que ya estaba enterada de eso, pero mencionar a Blake estropearía por completo el momento.

—¿Y qué pasa con todo eso de «si tú mueres, yo muero»?

—¿Y qué? —respondió él, sin apartar la vista de la carretera—. No hay nada que podamos hacer al respecto salvo evitar que nos maten.

—Es más complicado —insistí mientras veía pasar las onduladas colinas rematadas de blanco—. Estamos unidos de verdad, ¿sabes? Unidos para siempre…

—Ya lo sé —dijo en voz baja.

No había nada que yo pudiera añadir.

Llegamos al polígono industrial abandonado cerca de medianoche, aunque primero pasamos de largo para asegurarnos de que no hubiera coches por la zona. Había tres edificios agrupados cerca de un campo cubierto de blanco. Uno era una achaparrada construcción de ladrillo de una planta y el del centro tenía varias plantas de altura y era lo bastante grande para guardar un jumbo.

Daemon aparcó el todoterreno detrás de uno de los edificios, entre dos cobertizos grandes con la parte delantera mirando hacia la única entrada. Se volvió hacia mí y apagó el motor.

—Tengo que entrar en ese edificio. —Señaló el alto—. Pero tú debes quedarte en el coche mientras tanto. Necesito que vigiles la carretera y no sé qué me espera dentro.

Sentí una punzada de miedo en el estómago.

—¿Y si hay alguien dentro? Quiero ir contigo.

—Puedo cuidarme solo. Tú tienes que quedarte aquí, donde estás a salvo.

—Pero…

—No, Kat, quédate aquí. Mándame un mensaje si viene alguien. —Estiró una mano hacia la puerta—. Por favor.

Puesto que no me había dejado otra opción, no hice nada mientras Daemon salía del coche. Me giré en el asiento y lo vi desaparecer por un lado del edificio. Dejé escapar el aliento que no me había dado cuenta de que había estado conteniendo y me volví hacia delante para clavar la mirada en la carretera principal.

¿Y si Bethany estaba ahí dentro? Dios, ¿y si el que estaba era Dawson? Ni siquiera podía asimilar esa posibilidad y lo que significaría. Todo cambiaría.

Me incliné hacia delante, frotándome las manos, y vigilé la carretera. Mis pensamientos volvían una y otra vez a Will. Si era un infiltrado, estaba jodida. Lo más probable era que me hubiera visto usar mis habilidades; pero, si era el infiltrado, ¿por qué no se había puesto en contacto con el Departamento de Defensa de inmediato?

Algo no cuadraba en esa teoría.

A medida que el interior del todoterreno se iba enfriando con rapidez, mi aliento empezó a formar pequeñas nubes de vapor. Solo habían transcurrido diez minutos, pero parecía una eternidad. ¿Qué estaba haciendo Daemon ahí dentro? ¿Turismo?

Cambié de posición, intentando mantener el calor. A lo lejos, dos faros perforaron la oscuridad. Contuve la respiración.

«Por favor, pasa de largo. Por favor, pasa de largo.»

El vehículo aminoró la velocidad al acercarse a la entrada del polígono industrial. El corazón se me aceleró cuando me di cuenta de que se trataba de un todoterreno negro.

—Mierda. —Saqué el teléfono del bolsillo y le envié un breve mensaje a Daemon:

«Compañía.»

Cuando no respondió ni lo vi salir del almacén, empecé a inquietarme. El todoterreno se había perdido de vista, probablemente hubiera aparcado en la parte delantera. Me volví en el asiento y aferré el cuero hasta que me dolieron los dedos.

Ni rastro de Daemon.

No iba a permitir que el miedo ni el equivocado intento de Daemon de mantenerme a salvo me impidieran ayudarlo. Inhalé una bocanada de aire frío, abrí la puerta y la cerré con cuidado detrás de mí. Me acerqué poco a poco a la esquina del edificio, sin apartarme de las sombras, dejando atrás varias puertas metálicas cerradas con candado. No había ventanas, solo una puerta de acero por la que no esperaba poder entrar después de intentar abrirla. Había algo incrustado en el ladrillo por encima de la puerta, algo redondo que brillaba a la luz de la luna; pero con aquella oscuridad no podía distinguir de qué color era. Volví la mirada hacia las puertas metálicas, que eran perfectas para operaciones de descarga, y vi que también tenían un objeto redondo incrustado encima.

Me agaché al borde del edificio y estiré el cuello para ver qué había al otro lado. El camino estaba despejado. Sin sentirme aliviada del todo, di la vuelta en la esquina, manteniéndome cerca de la pared. Más adelante, vi otra puerta. ¿Daemon habría ido por ahí? Me acerqué sigilosamente a la entrada mordiéndome el labio.

Vi movimiento por el rabillo del ojo. Me pegué al edificio,

conteniendo el aliento, mientras dos hombres vestidos de negro rodeaban la parte delantera hablando en voz baja. El resplandor naranja de un cigarrillo brilló, luego parpadeó por el aire y se apagó al chocar contra el suelo.

Estaba atrapada.

Un terror espantoso me cortó la respiración tan rápido que me mareé. Los músculos se me paralizaron mientras giraba la cabeza hacia un lado. El hombre más alto (el fumador) levantó la vista. Supe el instante exacto en que me vio.

—¡Eh! —gritó el fumador—. ¡Alto ahí!

Y una mierda. Me aparté de la pared y eché a correr. Conseguí recorrer unos metros antes de que gritara de nuevo:

—¡Alto o disparo!

Me detuve y levanté las manos. Cada inspiración me abrasaba los pulmones. «Mierda, mierda, mierda.»

—Mantén las manos en alto y date la vuelta —ordenó el fumador—. Ya.

Obedecí y giré sobre los talones. Estaban a unos pasos de distancia. Habían desenfundado unas brillantes pistolas negras y me apuntaban directamente. Iban vestidos como paramilitares o algo así, con uniforme de combate completo. Dios mío, ¿qué había encontrado Daemon?

—No te muevas —dijo el más bajito mientras se me acercaba con cautela—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Apreté la boca y sentí el embriagador torrente de la Fuente abarrotándome las venas, provocado por el miedo. Me brotó energía estática bajo la ropa, erizándome el vello del cuerpo. La energía exigía que la invocara, que la usara, pero canalizarla me expondría por completo.

—¿Qué haces aquí? —repitió el más bajo, a menos de medio metro de distancia.

—Me… he perdido. Estaba buscando la interestatal.

El fumador miró al agente más bajo.

—Gilipolleces.

El corazón me martilleaba tan fuerte que me parecía que iba a salírseme del pecho, pero mantuve la Fuente controlada dentro de mí.

—Es verdad. Esperaba que esto fuera… una especie de oficina de turismo o algo así. He tomado la salida equivocada.

El hombre situado más cerca bajó el arma unos milímetros.

—La autopista está a varios kilómetros. Debes de haberte equivocado muchísimo de salida.

Asentí con la cabeza con entusiasmo.

—No soy de por aquí. Y todos los caminos y señales parecen iguales. Como los nombres de los pueblos: todos suenan igual. —Seguí divagando, haciéndome la tonta—. Estoy intentando llegar a Moorefield.

—Está mintiendo —soltó el fumador.

Toda esperanza que hubiera despertado en mí se desvaneció de golpe. El fumador se acercó sin dejar de apuntarme con la pistola. Estiró una mano y me colocó la palma contra la mejilla. La mano le olía a tabaco y desinfectante.

—¿Lo ves? —dijo el más bajo mientras empezaba a guardarse la pistola en la funda que llevaba atada al muslo—. Solo está perdida. Estás paranoico. Venga, cielo, sal de aquí.

El fumador gruñó y me rozó la otra mejilla, ignorando a su compañero. Llevaba algo caliente y afilado en la palma. El miedo me disparó las pulsaciones. ¿Era un cuchillo?

—Me he perdido. Lo juro…

Un dolor punzante y ardiente me recorrió la mejilla, bajándome por el cuello y extendiéndose por el hombro. Abrí la boca para gritar, pero no salió ningún sonido.

El dolor me invadió en oleadas. Se me fue nublando la vista y me doblé en dos, rompiendo el contacto con lo que fuera que tenía el hombre en la mano.

—¡Jesús! —exclamó el bajito—. Tienes razón. Es una de ellos.

Caí de rodillas mientras la agonía disminuía, dejando tras de sí un dolor sordo que me palpitaba en el fondo de la piel. Aspiré una bocanada de aire y me llevé una mano a la mejilla, esperando encontrar la piel desgarrada, pero solo estaba caliente.

—Ya te lo he dicho. —El fumador me agarró del brazo y tiró de mí hacia delante. Cuando levanté la cabeza, me había colocado una pistola entre los ojos—. Lo que hay en este cañón te hará algo mucho peor. Así que más te vale pensarlo detenidamente antes de

responder a la siguiente pregunta. ¿Quién eres?

Me había quedado sin habla y el miedo me tenía paralizada.

El hombre me sacudió.

—Contesta.

—Yo… yo…

—¿Qué pasa aquí? —preguntó una nueva voz, acercándose por detrás de los dos hombres.

El fumador se hizo a un lado y se me cayó el alma a los pies. Era Vaughn.

—La hemos pillado merodeando por aquí —informó el fumador, como si acabara de capturar el bagre más grande hasta la fecha—. Es una de ellos.

Vaughn se acercó con el ceño fruncido. Su poblado bigote se agitaba mientras resoplaba.

—Buen trabajo. Yo me encargaré de ella.

Sentí que me faltaba el aire. Vaughn había estado dentro, como Daemon. ¿Lo habría capturado? ¿Le habría hecho algo? Si era así, la culpa sería únicamente mía. Yo había empezado todo eso al contarle que había visto a Bethany.

—¿Seguro? —preguntó el agente más bajo.

Vaughn asintió con la cabeza y me agarró el otro brazo, obligándome a ponerme en pie.

—Hace tiempo que le tengo echado el ojo a esta.

—Habría que preparar las jaulas —comentó el fumador mientras me soltaba el brazo a regañadientes—. Tarda un momento en hacerle efecto. Tal vez convendría doblar la cantidad.

¿Jaulas? Se me secó la boca.

El oficial más bajo me echó un vistazo entrecerrando los ojos.

—Ya que la hemos atrapado nosotros, ¿no deberíamos recibir una recompensa?

—¿Una recompensa? —preguntó Vaughn en voz baja.

El fumador se rió.

—Sí, como con la otra. Esa sí que fue una buena recompensa. A Husher le dará igual, siempre y cuando no la estropeemos.

Antes de que mi cerebro pudiera asimilar lo que quería decir aquel hombre, Vaughn me empujó a un lado con tanta fuerza que perdí el equilibrio y caí al suelo. Levantó una mano y unos

relámpagos le crepitaron alrededor del brazo con un resplandor blanco rojizo envolviéndole el cuerpo hasta que no fue más que luz.

Ahogué un grito al comprender que Vaughn era… Daemon.

—¡Maldita sea! —gritó el fumador a la vez que se llevaba una mano a la pistola—. ¡Es un truco!

Daemon, que palpitaba de luz y poder, liberó la energía. Esta alcanzó primero al fumador, haciéndolo retroceder unos metros. La luz trazó un arco y golpeó al agente más bajo, que también salió volando contra un lado del edificio. Se oyó un crujido escalofriante y el hombre cayó al suelo, con la piel y la ropa humeando. Se estremeció una vez y luego su cara se convirtió en… cenizas.

—Dios mío —susurré.

Una ligera brisa bajó por el edificio y agitó los restos del hombre. Fragmentos de su cuerpo se elevaron en el aire y se alejaron flotando hasta que no quedó nada. Pasó lo mismo donde había caído el fumador. No quedó ni rastro de ellos.

La luz de Daemon se atenuó y, cuando lo miré, había recuperado su forma humana. Esperaba que en cualquier momento se pusiera como loco por no haberme quedado en el todoterreno, pero lo único que hizo fue agacharse para cogerme la mano y ayudarme a ponerme en pie con cuidado. La gorra de béisbol le ocultaba los ojos, pero tenía los labios apretados en un gesto duro e inflexible.

—Tenemos que largarnos de aquí —dijo.

Y yo estuve de acuerdo.

28

De vuelta en mi casa, nos sentamos en el sofá frente a frente con las piernas cruzadas. Yo sostenía una humeante taza de chocolate caliente que él me había colocado entre las manos, pero no conseguía entrar en calor. No dejaba de repasar en mi cabeza todo lo que había ocurrido, terminando con los hombres convertidos en cenizas. Me recordaba a los vídeos de la bomba atómica que lanzaron sobre Hiroshima. La onda de calor había sido tan intensa que había convertido a la gente en ceniza y había dejado grabadas sus sombras para siempre en los edificios.

Habíamos llevado su coche al bosque y luego Daemon lo había frito, calcinándolo hasta que no quedó prácticamente nada. Habíamos eliminado toda prueba de nuestra presencia allí, pero con el tiempo echarían en falta a los dos hombres y empezarían a hacer preguntas, sobre todo sus familias. Porque tenían familias…

La gorra de béisbol había acabado sobre la mesa de centro, pero no conseguía leer nada en los ojos de Daemon. Había estado callado durante todo el camino de regreso.

Apreté la taza caliente.

—Daemon… ¿estás bien?

Asintió con la cabeza.

—Sí.

Di un sorbo y lo miré.

—¿Qué había dentro del edificio?

Se frotó la nuca mientras cerraba los ojos un instante.

—No había nada en el primer par de habitaciones, solo oficinas vacías, pero es evidente que usan mucho ese sitio. Había tazas de café y ceniceros llenos por todas partes. Al adentrarme más, he visto… jaulas. Unas diez. Una parecía que la habían usado hacía poco.

Me entraron náuseas.

—¿De verdad crees que tenían personas ahí?

—¿Luxen? Sí. Y puede que a otros como tú. —Dejó caer las manos sobre las piernas—. En una de las jaulas había sangre seca. Todas tenían cadenas y esposas recubiertas con una piedra de color rojo oscuro que nunca había visto.

—Yo he visto algo fuera del edificio, encima de las puertas. Era brillante y me pareció negro porque estaba oscuro. —Aparté la taza —. Ese hombre me tocó la mejilla con algo y, Dios, me dolió una barbaridad. Me pregunto si sería lo mismo que viste tú.

Las comisuras de sus maravillosos labios descendieron.

—¿Cómo te sientes ahora?

—Perfectamente. —Le resté importancia con un gesto de la mano—. ¿Has visto algo más?

—No me ha dado tiempo de subir, pero tengo la sensación de que había… algo allí arriba. —Se puso en pie con un movimiento fluido y elegante y colocó los brazos detrás de la cabeza—. Tengo que volver a entrar.

Lo seguí con la mirada.

—Es demasiado peligroso. Van a darse cuenta de que los agentes han desaparecido. No puedes volver.

Dio media vuelta y me miró.

—Mi hermano tal vez esté allí o algo que me diga dónde está. No puedo rendirme así sin más solo porque sea demasiado peligroso.

—Eso lo entiendo. —Me levanté, apretándome las manos—. Pero ¿de qué vas a servirle a Dawson (o a Dee) si te capturan?

Daemon se quedó mirándome un rato.

—Tengo que hacer algo.

—Ya lo sé, pero tiene que estar mejor planeado que las ideas que has tenido hasta ahora. —Hice caso omiso del destello de enfado que apareció en su brillante mirada—. Porque esta noche podrían haberte capturado.

—No me preocupa lo que me pueda pasar, Kat.

—¡Pues eso es un problema!

Daemon entrecerró los ojos.

—Nunca te habría implicado en esto si hubiera sabido que ibas a

rajarte.

—¿Rajarme? —Los sucesos de aquella noche acentuaron mis emociones y me sentí abrumada, a punto de perder el control y sentarme en algún rincón—. Yo soy la que te involucró a ti. Yo vi a Bethany.

—Y yo acepté dejarte venir conmigo. —Se pasó una mano por el pelo revuelto mientras soltaba un fuerte suspiro—. Si te hubieras quedado en el coche, podría haberme dado tiempo de revisar las plantas superiores.

Me quedé boquiabierta.

—Te habrían pillado dentro. ¡He salido del coche porque no respondías a mi mensaje! Si me hubiera quedado allí, ahora los dos estaríamos en esas jaulas.

La parte superior de las mejillas se le tiñó de rojo mientras apartaba la mirada.

—De acuerdo. Ahora mismo los dos estamos cabreados. Deberíamos dejarlo por esta noche y descansar un poco o lo que sea.

Yo no quería dejarlo, pero él tenía razón. Me crucé de brazos.

—Vale.

Después de dedicarme una última mirada, cogió la gorra de la mesa y se volvió para marcharse, pero se detuvo. Le temblaron los hombros y su voz fue un susurro:

—Nunca había matado a un humano.

De repente, su cabreo tenía más sentido. No se trataba únicamente del sentimiento de impotencia por no poder hacer nada. La necesitad de consolarlo, de tocarlo, se volvió algo físico. Le coloqué una mano en el brazo.

—No pasa nada.

Daemon apartó el brazo con el ceño fruncido.

—Sí que pasa, Katy. He matado a dos humanos. Y no… no hagas nada.

Me estremecí, más por el hecho de que usara mi verdadero nombre que por su comportamiento. Daemon desapareció y la puerta principal se cerró de golpe. Me pasé las manos por la cabeza y me mordí el labio tan fuerte que noté un sabor metálico en la boca.

Daemon no iba a volver a ese almacén. Ni en un millón de años.

Pero ni siquiera logré convencerme a mí misma.

Esa noche me costó dormir y me pasé la mayor parte del día siguiente tensa como la cuerda de un arco. No dejé de vigilar la entrada de la casa de al lado, asegurándome de que el coche de Daemon seguía allí. Podría regresar al almacén en un santiamén sin su todoterreno, pero ver el vehículo me proporcionaba cierto alivio.

Los siguientes días de las vacaciones de invierno transcurrieron lentamente. La mayor parte del tiempo esperaba que en cualquier momento los SWAT irrumpieran en mi casa exigiendo saber qué les había ocurrido a los agentes. Pero no ocurrió nada. El día antes de Nochevieja, Dee se pasó por casa.

—¿Te gustan mis botas nuevas? —Extendió una de sus esbeltas piernas. Las botas de cuero negro le llegaban justo por debajo de las rodillas. Tenían una barbaridad de tacón—. Me las regaló Daemon.

—Son una pasada. ¿Qué número calzas?

Dee soltó una risita y luego volvió a meterse una piruleta en la boca.

—Vale, antes de que me digas que no, ya tengo el visto bueno de Ash.

—¿Para qué? —pregunté frunciendo el ceño.

—Ash va a dar una pequeña fiesta de Nochevieja en su casa. Solo vamos a ir unos pocos. Incluido Daemon.

—Eh, dudo que a Ash le parezca bien que vaya a su fiesta.

—Que sí, en serio. —Dee revoloteó por la sala de estar como una mariposa atrapada—. Me ha asegurado que no le importa. Creo que en el fondo le caes bien.

—Muy bien —murmuré. Me estaba mareando de mirarla—. No sé yo…

—Oh, vamos, Katy. Hasta puedes invitar a Blake si quieres.

Hice una mueca.

—No voy a invitarlo.

Dee se detuvo de pronto con la piruleta colgando de los dedos.

—¿Tenéis problemas? —preguntó esperanzada.

—¿Sabes? Si de verdad estuviera saliendo con él, me habría molestado ese tono de alegría; pero, como no estoy saliendo con él,

me da igual.

Mi amiga entrecerró los ojos con suspicacia.

—¿Y qué os traéis entonces entre manos?

—Nada —contesté con un suspiro.

Chupó la piruleta un momento mientras me observaba.

—Y a mi hermano tampoco le ocurre nada, ¿no? Se pasa el día dando vueltas por la casa sin ninguna razón.

Fruncí la boca.

—Dee…

—Es mi hermano, Katy. Y lo quiero. Y tú eres mi mejor amiga, aunque últimamente no te hayas comportado como tal. —Me dedicó una rápida sonrisa antes de continuar—. Así que me siento atrapada entre vosotros. Sé perfectamente que ninguno de los dos me ha puesto en esta situación, pero quiero que… los dos seáis felices.

Me senté preguntándome cómo habíamos terminado hablando de eso.

—Es muy complicado, Dee.

—No puede ser tan complicado —repuso ella, recordándome a Lesa—. Os gustáis, y ya sé que Daemon arriesgaría mucho al tener una relación contigo, pero es decisión suya. —Se sentó a mi lado. El cuerpo le vibraba, rebosante de energía—. En fin, que creo que tenéis que hablar o… no sé, ceder a la pasión.

Solté una carcajada.

—Ay, Dios mío, ¿lo dices en serio?

Sonrió de oreja a oreja.

—Bueno, ¿vas a venir con nosotros mañana por la noche?

Por muchas ganas que tuviera de ver la casa de los Thompson, porque estaba segura de que sería chulísima y superpija, no acababa de decidirme.

—Me lo pensaré.

—¿Prometido? —Me dio un golpecito con el codo—. Me haría muy feliz que vinieras.

Ir de fiesta con ellos sonaba mejor que lo que yo tenía planeado, que era nada. Dee se quedó un poco más, me pidió prestados un par de libros y luego se marchó. Entonces, más o menos a la hora de cenar, apareció Will con comida china. No rechacé la comida, pero

no estaba de humor para charlar. Mamá prácticamente flotaba por la cocina, disfrutando de un subidón de enamoramiento.

Cuando se fueron, me pasé el resto de la tarde leyendo. Terminé un libro para un blog tour y empecé otro nuevo que no había planeado leer. Era agradable y relajante tener tiempo para la lectura. Podía sentir cómo una pequeña parte de mi antiguo yo regresaba poco a poco. No Katy, la tímida, sino la que hacía lo que quería porque le gustaba.

Cuando fueron casi las diez, dejé el libro y me planteé llamar a Daemon. ¿Pensaba volver al almacén sin mí? Era muy probable. Para distraerme, entré en uno de los sitios web de noticias locales y busqué alguna mención de los dos agentes desaparecidos. Lo había comprobado cada noche, sin resultados.

Pero esa noche fue diferente.

El titular del *Charleston Gazette* decía:

«MÉDICO LOCAL VENCE LA LEUCEMIA Y APOYA LA FINANCIACIÓN DE UN NUEVO CENTRO DE TRATAMIENTO CONTRA EL CÁNCER EN EL CONDADO DE GRANT».

Recorrí el artículo con la mirada. Se trataba de Will. Había una fotografía suya que probablemente le habían sacado durante las rondas de tratamiento, porque reconocí el aspecto demacrado.

No podía creérmelo. ¿Mamá lo sabía? Es decir, el cáncer no era una razón para no salir con alguien, pero ¿después de todo por lo que había pasado con papá? ¿Podría volver a pasar por algo así si el cáncer regresaba?

En cuanto a mí, si aquel tipo acababa gustándome, si no era un infiltrado, ¿podría hacerle frente a eso otra vez? Volví a la página de búsqueda, incapaz de asimilar ese nuevo dato.

Hice una pausa para buscar una taza de chocolate y retomé mi investigación. Mis dedos se quedaron suspendidos encima del teclado mientras un sentimiento de culpa me encendía las mejillas. Entonces, con una mueca de vergüenza, busqué «Blake Saunders», diciéndome a mí misma que solo quería ver su antiguo blog, ya que nunca me había dicho cómo se llamaba.

Los primeros enlaces llevaban a un atleta de universidad, pero más abajo, casi al final de la primera página, vi una noticia sobre los asesinatos de su familia. Pinché en el enlace y leí el desgarrador

artículo sobre las muertes de sus padres y su hermana. Describía el suceso como un brutal robo con allanamiento.

Había otro puñado de artículos que decían lo mismo, y luego encontré el obituario de sus padres, que me llevó a la página de una funeraria en Santa Mónica: Acres Soleados. ¿A quién diablos se le había ocurrido llamar a una funeraria Acres Soleados? Negué con la cabeza y tomé un sorbo de chocolate antes de pinchar en las fotografías de la familia que había en la página. Blake era muy mono de niño, igual que su hermana. Se me encogió el estómago al ver las fotografías de su hermanita y él jugando en unos columpios. Era una niña tan pequeña y probablemente había tenido una muerte horrible… Parpadeé para contener las lágrimas que me quemaban los ojos, conmovida por alguien a quien ni siquiera había conocido. Pero es que no estaba bien ni era justo. Por lo general, aquellos adjetivos nunca se podían aplicar a la muerte, pero eso… eso estaba mal.

Seguí recorriendo las fotografías y me detuve en una más antigua del padre de Blake. Pude ver el parecido en la sonrisa fácil y los ojos color avellana. El hombre situado junto a su padre me resultó extrañamente conocido. Compartía algunos rasgos con el padre de Blake, pero tenía la cara más redonda. Algunas imágenes iban acompañadas de un pie de foto, pero esa no. Revisé otras cuantas fotografías más con avidez y entonces me detuve en una que parecía una reunión familiar cerca de Navidad.

Me incliné para acercarme más y dejé la taza sobre la mesa antes de derramarla. Una punzada de asombro me dejó sin respiración cuando conseguí ver bien al tipo que estaba en la otra fotografía con el padre de Blake.

El hombre agarraba con una mano el hombro de un Blake más joven y le sonreía a la cámara desde debajo de un hirsuto bigote castaño claro. El pie de foto lo identificaba como Brian Vaughn.

Los pensamientos se me agolparon en la cabeza mientras volvía a pinchar rápidamente en el obituario y le echaba un vistazo buscando miembros de la familia vivos. Decía que Brian Vaughn era el hermanastro del difunto… del padre de Blake.

Dejé escapar una risa de sorpresa que sonó estrangulada, me puse en pie y recorrí la habitación con la mirada, expectante,

aunque no estaba segura de qué buscaba. La sorpresa se apoderó de mí, luchando por contener la creciente oleada de rabia.

Blake estaba emparentado con un agente del Departamento de Defensa.

Qué… coincidencia.

Empecé a caminar de un lado a otro de la sala de estar, respirando de forma rápida y entrecortada. La parte ilógica de mi cerebro intentaba convencerme de que no era más que una coincidencia, que se trataba de otro Brian Vaughn que se parecía al agente de Defensa. Pero me asaltó la cruda realidad de haber sido engañada… de haberme puesto yo solita en manos del Departamento de Defensa.

Su relación con el Departamento de Defensa explicaba por qué Blake sabía tanto sobre los Luxen y los humanos mutados. Por qué me había preguntado tantas veces quién me había curado. Por qué se había vuelto tan imprudente y peligroso durante las sesiones de entrenamiento.

Ni siquiera sabía dónde vivía; pero sí dónde vivía Vaughn.

Me obligué a detenerme antes de coger las llaves del coche. No iría a casa de Vaughn ni de coña. ¿Qué iba a hacer? ¿Irrumpir allí? Esa idea era peor que los típicos planes de Daemon.

Debatiéndome entre hablar con Daemon y olvidarme del tema hasta saber a qué me enfrentaba, volví a sentarme y pegué las rodillas al pecho. ¿De verdad me había engañado tanto? ¿Había estado todo ese tiempo trabajando con alguien ligado al Departamento de Defensa?

La rabia y el miedo se alternaban. Uno de ellos se apoderaba de mí durante varios minutos y luego me liberaba, permitiendo que la otra emoción me apresara.

Mi mirada se posó en las llaves del coche. Vaughn no había estado en su casa y Blake afirmaba que estaría fuera hasta que se reanudaran las clases visitando a la familia con su… tío. Aquella era la oportunidad perfecta para ver si podía encontrar alguna prueba irrefutable que indicara que Blake trabajaba con el Departamento de Defensa.

–¡Mierda! –exploté mientras me ponía en pie de un salto.

La furia cobró vida en mi interior, tiñéndolo todo con una luz

blanca rojiza. Una parte iba dirigida a mí misma, pero la mayoría tenía un blanco. Blake había estado en mi casa, había hablado con mi madre, se había ganado mi confianza y me había besado. Esa clase de traición era tan profunda que me dejó una huella permanente en el alma.

Daemon era la última persona a la que debía acudir en ese momento. Si Blake estaba trabajando para el Departamento de Defensa, necesitaba mantener a Daemon bien lejos de todo eso. Por lo menos hasta estar segura de que no se lanzaría a hacer algo aún más estúpido que lo que yo estaba a punto de hacer.

Una vez tomada la decisión, cogí la sudadera y me la pasé por encima de la cabeza. Agarré las llaves y el móvil y salí de la casa.

Había cometido muchísimas tonterías en mi vida. Acariciar a la cría de zarigüeya había sido una de ellas y ponerme delante de aquel camión, otra. Incluso me había cabreado una vez por la piratería de libros y había publicado un manifiesto casi sin sentido en mi blog.

Aquello, sin embargo, probablemente encabezara la lista.

Pero cuando llegué a la carretera, aferrando el volante con las manos, me recordé que ahora era una persona muy diferente. Podía darle una buena paliza a alguien si era necesario y no permitiría que Blake se saliera con la suya.

Aparqué dos calles más abajo de donde vivía Vaughn y salí al gélido aire con olor a nieve. Me coloqué la capucha sobre la cabeza, metí las manos en el bolsillo central y caminé hasta la casa de Vaughn. Y yo que le echaba la bronca a Daemon por su falta de planificación, ahora entendía que a veces ciertas situaciones requerían estupidez bien planeada.

Esta era una de ellas.

La casa de Vaughn me pareció vacía cuando me acerqué por detrás. Por suerte, las dos casas situadas más cerca estaban algo separadas. Una tenía un cartel de ejecución hipotecaria y la otra estaba igual de oscura. Empezaron a caer pequeños copos de nieve mientras me dirigía sigilosamente a la parte delantera. Mi aliento salía en forma de bocanadas de vapor, que se quedaban suspendidas en el aire como si fueran nubes.

No había ningún coche en la entrada.

Consciente de que aquello no significaba que la casa estuviera completamente vacía, consideré el siguiente paso. No había ido hasta allí para quedarme mirando el exterior de la casa. Quería entrar. Quería encontrar pruebas que vincularan a Blake con Vaughn y quería ver si había algo acerca del paradero de Dawson y Bethany.

Me dirigí a la parte trasera de la casa e intenté abrir la puerta. Estaba cerrada con llave, como me esperaba, pero entonces recordé que tanto Daemon como Blake habían mencionado lo fácil que era manipular cerraduras. Debería ser pan comido.

Un sistema de alarma ya sería otro tema.

Me pegué a la puerta con los ojos cerrados y visualicé la cerradura. La corriente de energía estática me bajó por los brazos y saltó de las puntas de mis dedos, atravesando la madera. El chasquido de la cerradura al girar sonó como el estallido de una bomba nuclear en mi cabeza.

Me tomé un momento para prepararme para lo que podría estar esperándome al otro lado de la puerta. Si había alguien dentro, tendría que defenderme. La idea de herir a alguien, puede que incluso matarlo, me asqueaba; pero sabía que quienquiera que fuese no se lo pensaría dos veces antes de encerrarme en una jaula.

Diciéndome a mí misma que podía hacerlo, abrí la puerta y entré despacio en la cocina. Había una luz encendida encima de los fogones que proyectaba un tenue resplandor por la habitación. Cerré la puerta detrás de mí y respiré hondo. «Esto es una locura.» Avancé con sigilo, agradecida de que mis botas tuvieran la suela fina.

Ya no era Katy, la tímida… Me había convertido en toda una allanadora de moradas.

Apreté los puños bajo las mangas de la sudadera y continué por el pasillo. El comedor estaba vacío salvo por un saco de dormir enrollado en el suelo. En la sala de estar había dos sofás pegados a la pared, pero ningún televisor. Me recordó a una casa piloto, donde todo es falso.

Se me pusieron los pelos de punta.

Subí las escaleras despacio, conteniendo la respiración. Nada en esa casa parecía real. No percibía los olores típicos de un hogar,

como a sobras de comida o perfume. Olía a vacía. En la parte superior de las escaleras había un baño que era evidente que se había usado. Había productos para el pelo en el lavamanos y dos cepillos de dientes.

Salí del baño con el estómago encogido. Las puertas de todos los dormitorios estaban abiertas. Cada uno contaba únicamente con una cama y una cómoda. Todos estaban vacíos.

La última habitación al final del pasillo era una especie de despacho. En el centro había un enorme escritorio, pero por lo demás la habitación estaba vacía. Sobre el escritorio había un monitor, pero sin disco duro. Rodeé la mesa y abrí el cajón central. No había nada. Revisé los cajones laterales y me frustré cuando los encontré todos vacíos. Abrí el último de un tirón.

–Bingo –susurré.

Saqué una carpeta gruesa y pesada del fondo del cajón. La levanté con cuidado, la coloqué sobre el escritorio y la abrí. Contenía fotografías, cientos de ellas.

Me temblaron las manos al revisarlas. Noté un zumbido en los oídos mientras iba pasando foto tras foto.

Una mía caminando de mi coche a la parte delantera del instituto en manga corta. Había varias sacadas desde el exterior del Smoke Hole Diner, en las que apenas pude distinguirnos a Dee y a mí sentadas delante de la ventana, y luego otra de nosotras dos saliendo por la puerta en la que yo llevaba algo en el brazo y Dee se reía. Otras muchas nos mostraban juntas, en el instituto, en mi porche y en su coche. Había una en la que nos abrazábamos delante de FOOLAND el día que la conocí.

También había fotografías de Daemon. Lo habían captado con los ojos entrecerrados y una expresión de enfado en la cara mientras rodeaba su todoterreno apretando las llaves en la mano. Había otra en la que estaba en su porche, sin camiseta y en vaqueros, y en la que yo lo fulminaba con la mirada desde los escalones.

Cogí una y la sostuve bajo la luz que entraba por la ventana. Yo llevaba mi biquini rojo de pie en la orilla del lago. Estaba mirando hacia un lado y Daemon me observaba sonriendo (sonriendo de verdad) sin que me diera cuenta. No sabía que sonriera estando conmigo en aquel entonces.

Dejé caer la foto como si me hubiera quemado la piel. Era surrealista.

Había más. Fotografías que dejaban constancia cronológica de mi vida desde el momento en que llegué a ese lugar hasta hace unos días. Había fotos de mi madre dirigiéndose al trabajo y algunas de ella y Will. Aunque no había ninguna de Blake y yo juntos.

Sin embargo, la peor de todas, la que casi me hace caer de rodillas, era una de Daemon llevándome en brazos desde el lago la noche que había enfermado. Estaba oscura y se notaba el grano en la imagen, pero pude distinguir la camiseta de dormir blanca, la forma en que el brazo me colgaba inerte y la expresión de absoluta concentración en el rostro de Daemon mientras ponía un pie en el escalón del porche.

Mierda, ¿tal vez estaban vigilándome en ese preciso momento? No podía permitirme pensar en eso.

La sensación que me produjo aquella violación me atravesó la piel y el hueso. Habían estado vigilándonos desde el principio. Quise llevarme todas esas fotografías. Quise quemarlas. Donde debería haber habido miedo, solo había rabia. ¿Quién les había dado el derecho de hacer eso? Invadida por una ira tan potente que podía saborearla, reuní las fotografías y volví a colocarlas en la carpeta. Sabía que no podía llevármelas. Las metí de nuevo en el cajón y me quedé allí de pie con manos temblorosas.

El fondo del cajón estaba levantado por una esquina. Aparté la carpeta y busqué a tientas hasta que conseguí agarrar el borde. Al despegar el papel adhesivo, vi varias hojas de papel. La mayoría eran recibos, algo que parecía extraño que alguien quisiera ocultar, teniendo en cuenta todo lo demás. También había comprobantes bancarios que mostraban transferencias de dinero. Casi se me salen los ojos de las órbitas al ver las cantidades. Otro trozo de papel tenía una dirección con las letras «DB» escritas debajo.

¿Dawson Black? ¿Dee Black? ¿Daemon Black?

Me metí el papel en el bolsillo, volví a pegar el papel adhesivo y guardé la carpeta. Cerré el cajón, aturdida, y me dispuse a levantarme.

–¿Qué estás haciendo aquí? –me preguntó una voz.

29

Casi se me sale el corazón por la boca al oír aquella pregunta. Me levanté bruscamente, permitiendo que el torrente de energía me recorriera la piel; pero, en cuanto miré a la persona que estaba en la puerta, solté una exclamación ahogada.

La luz de la luna que entraba por la ventana bañó el pálido rostro de Bethany cuando se adentró en la habitación. Llevaba unos tejanos y una camiseta holgados que cubrían su cuerpo delgado, y el pelo le caía formando mechones sucios.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—¿Bethany? —pregunté con voz ronca.

Inclinó la cabeza hacia un lado.

—¿Katy? —Su voz imitó la mía.

Me quedé mirándola, desconcertada por el hecho de que supiera cómo me llamaba.

—¿Cómo sabes quién soy?

Una sonrisa débil y espeluznante le tiró de los labios.

—Todo el mundo sabe quién eres —dijo con una voz que me recordó a la de una niña—. Y yo también.

Tragué saliva.

—¿Te refieres al Departamento de Defensa?

—Me refiero a que quienquiera que esté observando lo sabe. Siempre lo saben. Y siempre tienen la esperanza. Cada vez que nos acercamos. —Hizo una pausa y cerró los ojos, suspirando—. Tienen la esperanza de que nos acerquemos.

Ay, Señor, esa chica estaba como una cabra.

—Beth, ¿el Departamento de Defensa te retiene?

—¿Retenerme? —Soltó una risita—. Ya nada puede retenerme. Él lo sabe. Aunque no deja de atraparme. Es casi como un juego. Un juego interminable en el que nadie gana. Vine aquí y mi familia…

Mi familia ya no está aquí. —Suspiró—. No deberías estar aquí. Si te ven, te cogerán.

—Ya lo sé. —Me sequé el sudor de las manos en los vaqueros—. Beth, podemos…

—No confíes en él —susurró, recorriendo la habitación con la mirada—. Yo lo hice. Le confié mi vida, y mira lo que pasó.

—¿En quién? ¿En Blake? —Aunque no necesitaba que me lo dijera—. Mira, puedes venir conmigo. Podemos mantenerte a salvo.

Se enderezó y negó con la cabeza.

—Ya no podéis hacer nada por mí.

—Claro que sí. —Di un paso hacia delante, extendiendo una mano hacia ella—. Podemos ayudarte, protegerte. Podemos recuperar a Dawson.

—¿Dawson? —repitió, abriendo mucho los ojos.

Asentí con la cabeza con la esperanza de haber dado con la clave para hacer que me escuchara.

—¡Sí, Dawson! Sabemos que está vivo…

Bethany levantó una mano y una ráfaga de viento huracanado se estrelló contra mi pecho, levantándome del suelo. Choqué contra la pared con tanta fuerza que juraría haber oído agrietarse el yeso. Y me quedé allí, clavada a más de un metro del suelo, con las manos y las piernas pegadas a la pared.

Al parecer, nombrar a Dawson no había sido una buena idea.

Se movió tan rápido que no la vi hasta que la tuve debajo. Unos largos y greñudos mechones de pelo se elevaron de sus hombros y se extendieron alrededor de su cabeza como si fuera una Medusa moderna. Sus pies se separaron del suelo a la vez que el contorno de su cuerpo se volvía borroso y quedaba envuelto en una luz azulada. En cuestión de segundos, estuvo a la misma altura que yo.

Dios mío… Nunca había visto a Blake hacer nada parecido.

—No hay esperanza para mí —dijo abandonando la voz de niña —. Ni siquiera estoy segura de que haya esperanza para ti. Así que deberías marcharte de aquí, arriésgate con los Arum si quieres, pero no con ellos… o acabarás como yo.

Un gélido escalofrío de miedo me bajó por la espalda.

—Bethany…

—Escúchame, y escucha con atención. —Ahora estaba por

encima de mí y me miraba desde lo alto casi rozando el techo abovedado con la cabeza—. Todo el mundo miente. ¿El Departamento de Defensa? —Se rió con una risita aguda—. Ellos ni siquiera saben lo que planean. Ya vienen.

—¿De qué estás hablando? —Intenté despegar la cabeza de la pared, pero no me dejaba moverme—. ¡Beth!, ¿quién viene?

La luz azul la envolvió por completo.

—¡Tienes que irte YA!

Me caí de la pared de repente y choqué contra el suelo delante de la puerta con un fuerte gruñido. Me puse en pie a toda prisa y di media vuelta.

Bethany tenía el mismo aspecto que un Luxen, salvo porque su luz era azul y menos intensa. Flotó por el techo y su voz me resonó en la cabeza: «Vete. Vete antes de que sea demasiado tarde. ¡VETE!».

Un pulso de energía me hizo salir por la puerta y me empujó por el pasillo. No me estaba dejando demasiadas opciones. En lo alto de las escaleras, me volví y lo intenté una vez más.

—Bethany, podemos…

Se deslizó por la pared y levantó las manos. Antes de poder gritar siquiera, me caí del primer escalón y descendí de espaldas por la empinada escalera. Me detuve a treinta centímetros del rellano, rebotando en el aire como si estuviera enganchada a una cuerda elástica.

Mis pies se posaron en el descansillo y, de repente, me encontré de pie.

«Vete», me rogó su voz. «Vete muy lejos de aquí.»

Y me fui.

Tenía las manos frías y temblorosas cuando le di al contacto del coche. La nieve caía sin cesar, cubriendo las calles. Era preciso que llegara a casa antes de quedarme atascada. Tenía los neumáticos defectuosos, y no podrían hacerle frente a más de dos centímetros de nieve. Y, sinceramente, no quería quedarme allí tirada. Me mantuve ocupada pensando en esas cosas. Tenía que mantener todo lo demás a raya hasta poder llegar a casa y flipar como es debido. Ahora solo debía llegar hasta allí sin salirme de la carretera ni

chocar contra un árbol.

A mitad de camino, dos faros se aproximaron a toda velocidad por el otro carril, yendo en la dirección de la que yo acababa de venir. Cuando el vehículo se me acercó, sentí un hormigueo en la nuca. Los neumáticos del todoterreno chirriaron cuando dio media vuelta y se situó rápidamente detrás de mí.

—Mierda —susurré mientras le echaba un vistazo al salpicadero. Era casi medianoche.

Daemon fue pisándome los talones hasta casa, llamándome una y otra vez. Ignoré las llamadas para concentrarme en la creciente falta de visibilidad debido a la nieve. Apareció al lado de mi coche cuando aparqué en la entrada y abrió la puerta bruscamente.

—¿De dónde diablos venías? —preguntó, enfadado.

—¿Y tú adónde ibas? —repuse mientras salía del coche.

Me fulminó con la mirada.

—Tengo el presentimiento de que al mismo lugar del que venías, pero no dejo de repetirme que no puedes ser tan estúpida.

Le lancé una mirada que no desmerecía la suya mientras subía los escalones dando unos buenos pisotones.

—Bueno, puesto que tú ibas hacia allí, supongo que eso quiere decir que también eres un estúpido.

—Has ido de verdad, ¿no? —preguntó con incredulidad mientras entraba detrás de mí—. Por favor, dime que no has estado allí. Que solo has ido a dar una vuelta en coche a medianoche.

Lo miré con cara de póquer por encima del hombro.

—He ido a casa de Vaughn.

Se quedó mirándome un rato. Unos copos de nieve se derritieron humedeciéndole los mechones de pelo que se le pegaban a las mejillas.

—Estás loca.

Me saqué la sudadera mojada y la tiré a un lado. Debajo solo llevaba una camiseta sin mangas y se me erizó la piel.

—Igual que tú.

Torció los labios carnosos haciendo una mueca.

—Yo puedo cuidarme solo, gatita.

—Yo también. —Me aparté el pelo de la cara—. No estoy indefensa, Daemon.

Se quedó inmóvil un momento, y luego un estremecimiento le recorrió el cuerpo. Un segundo después lo tenía delante de mí, con las manos en mis gélidas mejillas.

—Ya sé que no estás indefensa, pero hay cosas que yo sería capaz de hacer y tú no. Cosas con las que sé que no podrías vivir, pero yo sí. ¿Qué habrías hecho tú si alguien te viera? ¿Qué habría hecho yo si te hubieran capturado o…?

No terminó la frase, pero supe a qué se refería. Esa noche podrían haberme capturado o algo peor, y no le preocupaba que la conexión hubiera acabado provocando su propia muerte. Estaba preocupado por mí.

No sé por qué hice lo que hice a continuación. Tal vez fue por todo lo que había pasado esa noche. O tal vez fue el tono de su voz… el miedo detrás de sus palabras. Demasiadas emociones bullían en mi interior. Me sentía en la cuerda floja por dentro, inclinándome primero en una dirección y luego en la otra.

Coloqué las manos en sus mejillas. Estaban calientes, como siempre: como el roce de un rayo de sol. Su piel suave vibró bajo mis manos. Me incliné hacia él y no se movió… ni respiró. Me invadió un embriagador torrente de poder al saber que podía provocar eso en él. Cerré los ojos y le rocé los labios con los míos.

—Gatita —gruñó con voz ronca.

Lo besé con suavidad y pasé las manos por su sedoso pelo dejando que los mechones se deslizaran entre mis dedos. Saboreé en él mi creciente deseo, mi propia necesidad y angustia. Era excitante, aterrador. Me aparté.

—Gatita —repitió con voz tensa—. No puedes hacer eso y luego parar. No funciona así.

Lo miré y me quedé sin aliento.

—No cuando eres mía. —Daemon retrocedió arrastrándome con él, se deslizó pared abajo y me subió a su regazo hasta que quedé a horcajadas sobre él—. Y eres mía.

Me agarré a sus hombros cuando acercó mi boca a la suya. Ese beso fue perezoso, exploratorio… y sensual. Por una vez, no luché contra la intensidad de mi respuesta. Le di la bienvenida, disfrutando de la calidez que me invadió. Fui yo la que profundizó el beso. Daemon emitió un sonido en el fondo de la garganta y me

rodeó con los brazos, apretándome contra él.

Encontré con los dedos los mechones de pelo que se le rizaban en la nuca y los hundí en ellos. No tenía suficiente de él… nunca lo tendría. No recordaba haber sentido nunca eso por nadie. No recordaba que nadie me hubiera besado nunca así. No sé durante cuánto tiempo nos besamos, pero me pareció una eternidad, y al mismo tiempo no fue suficiente.

—Espera, espera —jadeé mientras me apartaba un poco. Cerré los ojos y respiré hondo—. Hay algo importante.

Me colocó las manos en las caderas y me empujó hacia abajo apretándome contra él.

—Esto es importante.

—Ya lo sé. —Dejé escapar una exclamación ahogada cuando deslizó las manos por debajo del dobladillo de mi camiseta y me acarició las costillas—. Pero esto es muy importante. He encontrado algo en casa de Vaughn.

Daemon se quedó inmóvil y abrió los ojos. Eran luminosos, hermosos, míos.

—¿Has entrado en casa de Vaughn?

Asentí con la cabeza.

—Sí, así es.

—¿Ahora eres una delincuente profesional? —preguntó en voz baja. Cuando negué con la cabeza, torció el gesto—. Tengo curiosidad por saber cómo te has metido en su casa, gatita.

Me mordí el labio y me preparé.

—Abriendo la cerradura.

—¿Con qué…?

—De la misma forma que lo harías tú.

Se le contrajo un músculo en la mandíbula.

—No deberías hacer ese tipo de cosas.

Me retorcí un poco, incómoda por el rumbo de la conversación, pero Daemon me agarró más fuerte. Si empezábamos a discutir sobre lo que se suponía que debía o no debía hacer, nunca acabaríamos.

—He descubierto algunas cosas. Y también he encontrado a alguien. —Intenté levantarme, pero apretó los brazos a mi alrededor—. ¿Piensas soltarme?

Me dedicó una sonrisa tensa.

—No.

Suspiré y junté las manos de forma remilgada en el pequeño espacio que nos separaba.

—Nos han estado vigilando. Desde el momento en que me mudé aquí. —Por el modo en que le brillaban los ojos, me di cuenta de que aquello iba a ir bastante bien. Le hablé de las fotografías, los recibos y las transferencias de dinero—. Pero eso no es todo. Ha aparecido Bethany.

—¿Qué? —De repente, los dos estábamos de pie. Daemon retrocedió, buscando espacio—. ¿Te ha dicho algo de Dawson?

—La verdad es que no… bueno, no le ha sentado bien oír su nombre.

Me lanzó una mirada fría y circunspecta.

—Explícate.

—Se ha puesto en plan ninja alienígena conmigo. —Tenía demasiado calor, así que busqué un coletero y me recogí el pelo—. Me ha tirado contra la pared.

Daemon alzó las cejas, interesado, y puse los ojos en blanco.

—De esa manera no, pervertido. Es como una mutante superpoderosa. Incluso ha hecho eso de parecerse a un gusiluz.

Se frotó la barbilla.

—¿Te ha dicho algo útil?

Le conté lo que me había dicho, haciendo hincapié en el hecho de que la mayor parte no tenía sentido.

—Creo que está chiflada. Y se ha puesto como loca cuando he mencionado a Dawson. No me ha dado muchas opciones de seguir interrogándola. Me ha echado de la casa.

—Mierda —exclamó entre dientes mientras se volvía—. Aparte de atrapar a uno de los agentes del Departamento de Defensa, ella era mi última esperanza para averiguar dónde puede estar Dawson.

—Hay algo más. —Rebusqué en el bolsillo y saqué el trozo de papel—. He encontrado esto.

Daemon lo cogió y puso cara de sorpresa.

—¿Crees que DB significa Dawson Black?

—Es posible. —Apretó el papel con fuerza—. ¿Puedo usar tu portátil? Quiero ver dónde está esta dirección.

—Claro.

Fui a la mesa de centro, abrí el ordenador y cerré rápidamente la página que había estado mirando. No quería contarle lo de la posible implicación de Blake en todo aquello. No hasta que supiera la verdad.

Daemon se sentó a mi lado y tecleó rápidamente la dirección en Google Maps. La tecnología moderna resultaba aterradora. No solo nos proporcionó indicaciones para llegar hasta la mismísima puerta, sino que Daemon pudo usar la vista satélite y ver que se trataba de un edificio de oficinas en Moorefield.

Me mordí una uña mientras Daemon garabateaba cómo llegar hasta allí.

—¿Vas a ir?

—Me gustaría ir ahora mismo, pero primero tengo que echarle un vistazo al lugar. Lo comprobaré mañana y volveré más tarde. —Se metió el trozo de papel de cuaderno en el bolsillo y me miró. En sus ojos había un brillo de esperanza—. Gracias, Kat.

—Te lo debía, ¿no? —Me froté los brazos, tiritando—. Tú me has salvado el culo muchas veces.

—Y menudo culo. Pero te has arriesgado demasiado al hacer esto. —Estiró un brazo por detrás de mí, tiró de la manta y me la colocó sobre los hombros. Mantuvo los bordes unidos mientras me examinaba la cara con atención—. ¿Por qué lo has hecho?

Bajé la mirada.

—Estaba pensando en todo lo que está pasando y quería ver qué había dentro.

—Ha sido una locura muy peligrosa, gatita. No puedes volver a hacer nada parecido. Prométemelo.

—Vale.

Me cogió el borde de la barbilla con los dedos y me hizo levantar la cabeza para mirarlo.

—Prométemelo.

Encorvé los hombros.

—Ni hablar. Vale. Te lo prometo. Pero tú tienes que prometerme lo mismo. Ya sé que no puedes olvidarte de esto. Lo entiendo, pero tienes que ir con cuidado, y tampoco puedes largarte sin mí.

Daemon puso mala cara.

—No deberías involucrarte en esto.

—Ya lo estoy —insistí—. Y no soy una frágil humana, Daemon. Estamos juntos en esto.

—¿Juntos? —Le dio vueltas en la cabeza a aquella palabra y luego se le dibujó una lenta sonrisa en los labios—. De acuerdo.

Le sonreí de manera vacilante.

—¿Eso quiere decir que me llevarás cuando vayas a comprobar la dirección?

Daemon asintió con una sonrisa de resignación. Hablamos de las fotografías y de cuánto debía de saber el Departamento de Defensa. Él se estaba tomando aquella violación de nuestra intimidad mucho mejor que yo, pero descubrí que estaba acostumbrado a que el Gobierno se metiera en sus asuntos.

—¿Qué crees que ha querido decir Bethany con «ya vienen»? —le pregunté.

Estaba recostado contra el respaldo del sofá (la viva imagen de la arrogancia relajada y perezosa), pero yo sabía que por dentro estaba alerta y listo para actuar.

—No tengo ni idea.

—Supongo que quizá no sea nada. Me refiero a que parecía un poco pirada.

Daemon asintió con la cabeza, con la vista clavada al frente. Transcurrieron varios segundos antes de que volviera a hablar.

—No puedo dejar de preguntarme cómo estará ahora mi hermano. ¿Estará igual? ¿Pirado? No creo que pueda… enfrentarme a algo así.

La desesperación que noté en su voz me partió el corazón. Quién sabe qué nos depararía el mañana, y las cosas todavía estaban bastante en el aire entre nosotros, pero Daemon… me necesitaba.

Me acerqué unos centímetros. La mirada casi salvaje que me lanzó hizo flaquear mi confianza. Seguí avanzando y me acurruqué contra él, apoyando la cabeza en su hombro. Daemon realizó una inspiración brusca y yo apreté los ojos con fuerza.

—Aunque esté… pirado, podrás afrontarlo. Tú puedes hacerle frente a cualquier cosa. No me cabe la menor duda.

—¿En serio?

—En serio.

Me pasó un brazo por los hombros muy despacio y noté que apoyaba la barbilla sobre mi cabeza.

—¿Qué vamos a hacer, gatita?

Su voz profunda me hizo estremecer.

—No lo sé.

—Tengo unas cuantas ideas.

—Estoy segura. —Sonreí.

—¿Te las cuento? Aunque se me da mucho mejor la práctica que la teoría.

—Te creo.

—Si no estás convencida, puedo ofrecerte un avance. —Hizo una pausa y pude oír la sonrisa en su voz—. A los amantes de los libros os encantan los avances, ¿no?

Solté una carcajada.

—Veo que has estado investigando en mi blog.

—Tal vez —respondió—. Como ya te he dicho, tengo que echarte un ojo, gatita.

30

A la mañana siguiente, Daemon y yo comprobamos el edificio de oficinas en Moorefield. Habíamos pensado que estaría vacío, teniendo en cuenta que era más o menos un día festivo, pero el aparcamiento estaba abarrotado de vehículos.

Daemon se bajó la gorra para ocultarse la cara, salió del coche y examinó la oficina desde la calle. Cuando regresó, me sonrió y sacó el coche rápidamente del aparcamiento.

—Parece que es la oficina de un abogado. Tiene, como mínimo, dos plantas encima de la principal. Cierran en Año Nuevo, y el domingo, evidentemente. La mala noticia es que tienen sistema de alarma.

—Mierda. ¿Sabes desconectarlo?

—Friendo el sistema. Si lo hago lo bastante rápido, no debería activar la alarma. Pero eso no es todo. Sobre las puertas y las ventanas hay más de esa dichosa piedra roja negruzca. —Ensanchó aún más la sonrisa—. Pero eso es bueno. Sean lo que sean esas piedras, tienen que significar algo.

Así era. Dawson podría estar ahí dentro ahora mismo.

—¿Y si hay guardias?

No respondió.

Supe lo que significaba eso: haría cualquier cosa para recuperar a su hermano. Algunas personas podrían pensar que estaba mal, pero yo lo entendía. Si se tratara de mi madre, por ejemplo, nadie estaría a salvo.

—¿Cuándo vas a volver?

Se quedó callado de nuevo. Sabía que eso significaba que no quería contármelo porque planeaba hacerlo por su cuenta. Seguí insistiendo todo el camino a casa, pero no cedió.

—Bueno, ¿vas a ir a la fiesta de Ash? —me preguntó, cambiando

de tema.

—No lo sé. —Jugueteé con el botón del jersey—. No creo que ella quiera que vaya, pero volviendo…

—Yo quiero que vayas.

Lo miré y sentí que el pecho iba a estallarme. Qué forma tan deliciosamente tierna de despistarme. Daemon me contempló con sus maravillosos ojos verdes.

—¿Gatita?

—Vale. Iré.

Al menos allí podría tenerlo vigilado, porque sabía que iría a examinar las oficinas esa misma noche. O, al menos, eso era lo que me decía a mí misma. El hecho de que Daemon quisiera que fuera no pesaba más que la importancia de tener que echarle un ojo yo a él.

La fiesta no empezaba hasta las nueve, pero él iba a ir antes para ayudar a Adam con algunas cosas. Se suponía que yo iría con Dee y, con un guiño pícaro, Daemon me dijo que él me llevaría de vuelta a casa.

Cuando regresé, estuve charlando con mamá antes de que se fuera a trabajar. Pareció alegrarse de que pasara Fin de Año con Dee. Por supuesto, no mencioné que Daemon iba a llevarme a casa.

Cogí un libro de la encimera y fui al piso de arriba a relajarme un rato. Sorprendentemente, solo conseguí leer unas veinticinco páginas de la novela de fantasía urbana antes de quedarme frita.

Un rato después, me despertó el sonido de la puerta de mi habitación al cerrarse. Me coloqué de costado y fruncí el ceño mientras posaba la mirada en la puerta, luego en la cómoda, después en la puerta del armario y finalmente en la forma rígida y callada de Blake.

«¿Blake?»

Me incorporé de golpe; pero, con un alarmante despliegue de velocidad, Blake se lanzó hacia delante y me agarró del brazo. El miedo me clavó sus púas afiladas. Me erguí y le aparté la mano; luego me volví y salté de la cama a toda velocidad.

—Oye, oye, tranquila, Katy. —Rodeó rápidamente la cama, con las manos levantadas en un gesto conciliador—. No quería asustarte.

El pulso me iba a mil por hora mientras retrocedía contra el escritorio. Verlo en mi cuarto me resultó inesperado y aterrador.

—¿Cómo… cómo has entrado?

Hizo una mueca mientras se pasaba una mano por el pelo de punta.

—He estado llamando un par de minutos, pero no respondías. Así que… digamos que he entrado sin preguntar.

Igual que había entrado yo en casa de Vaughn. Le lancé una mirada a la puerta situada detrás de él. En lo único en que podía pensar era en quién era su tío, su grado de implicación con el Departamento de Defensa… y lo peligroso que podía ser.

—Katy, lo siento. No pretendía asustarte. —Se acercó un poco más y sentí el torrente de electricidad estática subiéndome por los brazos en respuesta a la posible amenaza. De algún modo, lo sintió y se puso pálido—. ¿Qué mosca te ha picado? No voy a hacerte daño.

—Ya lo has hecho —contesté, y luego tragué saliva.

Bajó las manos con expresión herida.

—Por eso he venido en cuanto he llegado al pueblo. He tenido toda la semana para pensar en lo que pasó con el Arum, y lo siento. Entiendo por qué estás molesta. —Se quedó callado un momento, con aspecto arrepentido—. Por eso estoy aquí. Quería aclarar las cosas contigo.

¿Estaba diciendo la verdad? Yo no dejaba de abrir y cerrar las manos. Me sentía como un animal enjaulado sin ninguna salida.

—Es evidente que presentarme así en tu casa no ha sido una buena idea. —Sonrió—. Solo quería hablar contigo.

Me obligué a calmarme.

—Vale. Esto… ¿puedes esperarme unos segundos?

Blake asintió con la cabeza y salió de la habitación. Cuando me quedé sola, me desplomé contra el escritorio, mareada por la adrenalina. Blake no sabía que había descubierto su relación con Vaughn, y eso significaba que yo tenía la sartén por el mango. Y, si de verdad trabajaba con el Departamento de Defensa, necesitaba calmarme de una vez. Blake no era peligroso si creía que yo no tenía ni idea de nada.

Me puse rápidamente unos tejanos ajustados y un jersey de

cuello alto. Mientras bajaba las escaleras, realicé inspiraciones profundas y regulares. Blake me esperaba en la sala de estar, sentado en el sofá. Le dediqué una sonrisa falsa.

—Lo siento. Es que me has pillado desprevenida. No me gusta que la gente… se meta así en mi cuarto.

—Lógico. —Se levantó despacio y entonces noté que estaba muy pálido, lo que destacaba sus ojeras—. No volveré a hacerlo.

Se me fueron los ojos hacia el portátil y de repente deseé haber borrado el historial de búsquedas. Entré en la sala, sintiéndome como si pisara arenas movedizas. No sabía cómo hablar con él, cómo mirarlo siquiera. Ahora era un desconocido para mí. Alguien en quien no podía confiar, por muy inofensivo que pareciera en ese preciso momento. Una parte de mí quería ponerse hecha una fiera con él y la otra quería huir.

—Tenemos que hablar —dijo, incómodo—. ¿Qué te parece si vamos a comer algo?

Mi desconfianza se disparó y Blake soltó una risa forzada.

—Estaba pensando en el Smoke Hole Diner.

Dudé. No quería ir a ningún sitio con Blake, pero tampoco quería estar sola en la casa con él; así que ir a algún lugar público sería la mejor opción. Le eché un vistazo al reloj de la pared. Eran casi las siete.

—Tengo que estar de vuelta en una hora.

—De acuerdo —contestó con una sonrisa.

Me puse las botas y cogí el móvil. Seguía nevando, así que nos decidimos por su camioneta. Miré hacia la casa de al lado mientras subía. El todoterreno de Daemon no estaba, y tampoco el coche de Dee. Mi amiga había mencionado algo sobre ir a comprar cotillón.

—¿Qué tal pasaste las Navidades? —preguntó mientras metía la llave en el contacto.

—Bien, ¿y tú? —Mi cinturón de seguridad estaba atascado, como siempre, y le di un tirón—. ¿Hiciste algo emocionante? —«¿Cómo una misión encubierta para el Departamento de Defensa?»

—Pasé algo de tiempo con mi tío. Un rollo.

Me quedé paralizada cuando mencionó a Vaughn y la correa se me escapó de los dedos y regresó bruscamente al soporte.

—¿Estás bien?

—Sí —contesté, y luego respiré hondo—. Este maldito cinturón está atascado. No sé por qué tengo tantos problemas con los cinturones de seguridad, pero siempre me dan la lata.

Tiré de la correa, mascullando una palabrota. Conseguí soltarlo por fin y me volví. Mi mirada pasó sobre el salpicadero y se posó en el suelo.

La luz del exterior se reflejó en algo que asomaba por la esquina de la alfombrilla. Solté la correa y me agaché para coger el frío metal del suelo mientras Blake toqueteaba los limpiaparabrisas intentando eliminar una fina capa de nieve del cristal.

Observé la tira de metal azul y dorado, que me resultó extrañamente familiar. Se la había visto a alguien. Le di la vuelta y vi que tenía grabada la forma del Estado. Una escamosa sustancia rojiza, parecida al óxido, cubría la mitad del Estado y las letras. Le pasé un dedo por encima, dejando al descubierto el nombre grabado en la correa. Caí en la cuenta despacio, sobre todo por la incredulidad, porque sabía a quién le pertenecía ese trozo de reloj.

«Simon… Simon Cutters…»

Se lo había visto puesto. Y… y la cosa de la correa no era óxido. Se me hizo un nudo en el estómago y me recorrió un violento escalofrío. Era sangre. La sangre de Simon, probablemente. El corazón se me desbocó y apreté la correa con la mano, con la esperanza de que Blake no me hubiera visto cogerla.

Se me cortó la respiración mientras le echaba una ojeada.

Blake estaba observándome. Su mirada se posó en mi mano y luego subió, regresando a mi cara. Nuestros ojos se encontraron y un miedo puro y primitivo se apoderó de mí.

—Mierda —susurré.

Una débil sonrisita se abrió paso entre los labios de Blake.

—Maldita sea, Katy…

Me volví en el asiento e intenté alcanzar la manilla de la puerta con la mano libre. La abrí y conseguí sacar medio cuerpo de la camioneta antes de que me agarrara del brazo.

—¡Katy! ¡Espera! Puedo explicarlo.

No había nada que explicar. El reloj ensangrentado pertenecía a Simon… que había desaparecido. Si sumaba eso a todo lo demás…

tenía que salir pitando de allí. Eché todo el peso del cuerpo hacia delante y logré soltarme. Me puse en pie como pude y rodeé la parte delantera de la camioneta.

Blake fue más rápido y me alcanzó antes de pisar siquiera el primer escalón del porche. Me agarró por los hombros y me dio la vuelta. No me resistí y, cuando me volví, lo ataqué. Blake esquivó los golpes, me sujetó los brazos y me los inmovilizó a los costados en un brutal abrazo.

—¡Suéltame! —grité, aunque sabía que no había nadie que pudiera oírme. Solo me tenía a mí misma para salir de ese lío—. ¡Suéltame, Blake!

—Puedo explicarlo. —Dejó escapar un gruñido cuando logré darle un codazo en el estómago, pero siguió agarrándome—. ¡No he matado a Simon!

Forcejeé, empujando el peso del cuerpo de un lado a otro. Era mentira, por supuesto.

—¡Suelta!

—Es que no lo entiendes.

Una corriente de electricidad estática me corrió por la piel en respuesta a la amenaza y una luz blanca rojiza me nubló los bordes del campo de visión. Los ojos de Blake mostraron cierta sorpresa.

—No lo hagas, Katy.

—Suéltame —gruñí mientras sentía cómo la explosión de relámpagos ardientes me recorría las venas.

—No quiero hacerte daño, pero lo haré —me advirtió.

—Lo mismo digo. —Y lo haría… podía hacerlo.

Blake me soltó, empujándome hacia atrás. Se me resbalaron las botas en el hielo y la nieve y sacudí los brazos luchando por conservar el equilibrio. Entonces me atacó. Un destello de intensa luz azul me cegó. El dolor me retumbó en el cráneo, desgarrándome y arrebatándome el control de la Fuente. Grité al sentir que me fallaban las piernas.

Blake se abalanzó sobre mí, sujetándome antes de que cayera, y me hizo subir los escalones casi a rastras.

—Te he advertido que no lo hicieras. Y no me has hecho caso.

Les pasaba algo a mis habilidades motoras. Abrí la boca, pero no salió nada salvo suaves gemidos. Las piernas no me funcionaban y

no sentía los pies. Notaba un sabor metálico al fondo de mi boca, y me goteaba sangre de la nariz y me parecía que también de los oídos.

La puerta se abrió delante de nosotros y Blake me arrastró adentro; luego se cerró de golpe, sacudiendo las fotografías de las paredes. Seguí intentando hablar, pero solo salieron palabras incomprensibles. ¿Qué me había hecho?

—Se te pasará —me dijo, como si me hubiera leído la mente—. Duele, ¿verdad? Una de las primeras cosas que nos enseñan a controlar es una descarga concentrada de la Fuente, que es como si te disparasen con una pistola eléctrica supercargada. Todos tenemos que recibir una descarga, para saber lo mucho que duele.

Me dejó caer en el sofá y la cabeza me rodó hacia un lado mientras parpadeaba despacio. Su rostro se desdibujó varias veces y luego se estabilizó. Tenía una expresión severa cuando se inclinó sobre mí y me retiró unos mechones de pelo de la cara. Intenté apartarle la mano, pero mi brazo no quiso cooperar.

—Sé que puedes oírme. Espera un par de minutos más y se te pasará.

Se sentó y me recorrió con la mano la pierna que me colgaba fuera del sofá. Después me la colocó al lado de la otra. El corazón me palpitó con fuerza y gimoteé.

Blake sacudió la cabeza mientras metía una mano en el bolsillo delantero de mi sudadera y sacaba mi móvil. Lo sostuvo en alto entre nosotros y la Fuente brilló en su mano destruyendo el frágil aparato electrónico. Tiró los restos al suelo.

—Ahora quiero que me escuches, Katy.

Apreté los ojos con fuerza para contener un torrente de lágrimas. Blake me había sometido, así de rápido. ¿Y yo planeaba entrenar para enfrentarme a los Arum… además de al Departamento de Defensa? Pero qué tonta era.

—Yo no maté a Simon. No sé qué le pasó, pero no… no me dejaste otra opción —dijo con voz grave—. Tuve que limpiar tu desastre, asegurarme de que no te expusieras antes de que ellos supieran qué hacer contigo. Si no hubieras reventado esas ventanas delante de él, Simon todavía estaría por aquí soñando con la universidad. No me dejaste otra opción.

—No —repuse con voz ronca, horrorizada por lo que estaba diciendo.

—¡Sí! Se lo habría contado a todo el mundo.

—Estás… estás loco. No… tenías que matarlo.

—¡Escúchame! —gritó con los ojos desorbitados mientras se pasaba los dedos por el pelo—. Después de irme de la fiesta, me quedé por allí y lo vi marcharse en cuanto rompiste las ventanas. Lo seguí a casa y estaba tan borracho que paró a un lado de la carretera. No dejaba de hablar del tema y tuve que entregarlo. No sé qué hicieron con él.

—Había… sangre en su reloj.

—Se defendió, pero estaba vivo la última vez que lo vi.

Pero aquellos que descubrían la verdad sobre los Luxen desaparecían. Simon… Simon no iba a regresar. Y no había suficiente aire en la casa. El pecho me subía y bajaba, pero me sentía como si no pudiera respirar. Los ojos se me llenaron de lágrimas mientras miraba a Blake.

—Escúchame, Katy. Esto es más grande de lo que crees. —Me sujetó por las mejillas, obligándome a mirarlo—. No tienes ni idea de a quién implica esto, de las mentiras y de lo que la gente haría por conseguir poder. No tuve otra opción.

Podía sentir cómo regresaban mis fuerzas. Un momento más…

—Me mentiste.

—¡No todo es mentira! —Apretó los dedos, haciéndome daño y dejándome moratones en la piel, hasta que se me escapó un grito ahogado. Aspiró de manera entrecortada—. ¿Sabes qué? Se suponía que las cosas no iban a ser así. Se suponía que debía prepararte, asegurarme de que eras un sujeto viable. Y luego te entregaría. Si no lo hago, matarán a Chris. Y no puedo… no voy a permitir que pase eso.

¿Chris? Debían de haberse dañado algunas de mis neuronas porque tardé unos cuantos segundos en recordar quién era Chris.

—Tu amigo… ¿El que te curó?

Blake cerró los ojos mientras asentía.

—Tienen a Chris. Y si no cumplo, le harán daño. Lo matarán. Y no puedo dejar que eso ocurra. No por lo que significa para mí, porque sé… sé que si lo matan yo también moriré, pero algunas de

las cosas que hacen…

Lo sabían… Uno no podía sobrevivir sin el otro. Ay, Dios mío, lo sabían. Esa información les proporcionaba un poder aterrador.

—Sé que entiendes lo fuerte que es ese vínculo. —Blake abrió los ojos—. No quieres decirme quién te curó, pero harías cualquier cosa por proteger a ese Luxen, ¿no? Cualquier cosa. Chris… es la única familia de verdad que me queda. Y no me importa lo que puedan hacerme a mí, pero ¿a él?

Mientras miraba a Blake a los ojos, un hilito de simpatía se liberó. Si el Departamento de Defensa retenía a Chris, utilizándolo para obligar a Blake a hacer cosas por ellos, eso quería decir que estaba atrapado. Tuve un momento de absoluta claridad. ¿Dawson y Bethany estarían en la misma posición? Pero había algo más. Blake y yo teníamos algo en común. Él haría cualquier cosa por Chris. Y yo haría cualquier cosa por Daemon.

Con una explosión de energía, me doblé debajo de él, tratando de quitármelo de encima. Blake me agarró de las manos y me tiró del sofá. Choqué contra el suelo de costado y me quedé sin aliento. Me colocó de espaldas y se sentó a horcajadas sobre mis caderas, levantándome las muñecas unidas por encima de la cabeza.

Me aplastó con su peso.

—No quería hacer esto. Nunca he querido tener nada que ver con esto.

Me aferré a la rabia que hervía en mi interior, pues sabía que si cedía al miedo (o, peor aún, a la compasión) no podría defenderme.

—¿Hacer qué, exactamente? ¿Mentirme? ¿Trabajar para el Departamento de Defensa? ¿Para tu tío?

Blake parpadeó.

—¿Sabes lo de Brian? ¿Desde cuándo?

No me digné contestarle. Me apretó las muñecas con más fuerza hasta que sentí los huesos rozándose.

—¡Dímelo!

—Vi el obituario de tus padres y uní las piezas.

—¿Cuándo? —Me sacudió haciendo que me golpeara la cabeza contra el suelo—. ¿Cuánto hace que lo sabes? ¿A quién se lo has contado?

—¡A nadie! —grité, mareada y débil—. No se lo he contado a

nadie.

Se quedó mirándome durante varios segundos y luego aflojó las manos.

—Eso espero, por el bien de esa persona. Esto es más grande de lo que piensas. No todo lo que te dije es mentira. El Departamento de Defensa quiere humanos como nosotros. Ese es su plan fundamental. —Se incorporó un poco, pero todavía sentía como si me asfixiara con su peso—. Sé lo que estás haciendo, Katy. No invoques la Fuente. Soy más fuerte que tú. La próxima vez no te recuperarás tan rápido. Voy a hacerte daño.

—Eso ya lo sé —le solté.

—Me gustas. En serio. Ojalá las cosas fueran diferentes. No tienes ni idea de lo mucho que desearía que las cosas fueran diferentes. —Cerró los ojos un instante y, cuando los abrió, vi el brillo de las lágrimas—. Todo lo que te conté acerca de mi amigo era verdad, pero crecí sabiendo de la existencia de los Luxen. Mi padre trabajaba de enlace con el Departamento de Defensa, en ingeniería genética. Y, bueno, ya sabes quién es mi tío. Ni siquiera estoy seguro de que el accidente que me cambió no estuviera preparado. —Soltó una risa forzada—. Ellos sabían lo unidos que estábamos Chris y yo, así que tal vez esperaban que me curase. Y los Arum sí encontraron a mi familia. Nada de eso es mentira.

—Pero ¿y después? Todo lo demás es mentira.

—Mi familia había muerto, Katy. Lo único que me quedaba era mi tío. Me entrenaron y, desde que era niño, me enviaron a zonas donde sospechaban que un humano más o menos de mi edad había mutado.

—Dios mío… —Sentía náuseas y quería que se quitara de encima. Quería que se largara—. ¿Así que esto es lo que haces? ¿Vas por ahí y finges ser el amigo de alguien? ¿Les tiendes trampas a los demás?

—Mi labor es descubrir si son aprovechables.

—¿Aprovechables? —susurré. Ya sabía a qué se refería—. Y, si no lo son, los sacrifican.

Blake asintió con la cabeza.

—O algo peor, Katy… Hay cosas peores que la muerte.

Me estremecí. Ahora tenía sentido su obsesión con que pudiera

controlar la Fuente, su creciente temeridad.

—Vine para ver si podías controlar la Fuente. Si serías un activo para el Departamento de Defensa o un desperdicio. Pero ya te habían echado el ojo antes de que yo llegara. Te vigilaron y vieron lo unida que estabas a los Black. Me enteré de que incluso orquestaron los ataques de los Arum con la esperanza de que uno de los Black interviniera y te salvara. Te curara.

Solté una exclamación ahogada. ¿Todo lo que me había pasado había sido una especie de experimento? ¿Y si hubiera muerto?

—¿Y si nadie hubiera sobrevivido al ataque del Arum para curarme?

Blake se rió.

—¿Qué importa otro Luxen muerto para esa gente? Pero luego, cuando sospecharon que alguien te había curado, hicieron las llamadas necesarias y me trajeron. —Inclinó la cabeza y bajó el tono de voz—. También quieren saber quién te curó. Sin suposiciones ni conjeturas. Vas a tener que decírselo.

El corazón me dio un vuelco.

—Nunca lo diré.

En sus labios se dibujó una sonrisa de tristeza.

—Oh, sí lo harás. Tienen formas de hacerte hablar. Ya lo sospechan. Yo apuesto por Daemon. Es tan evidente… Pero quieren pruebas. Y, si no colaboras, encontrarán la manera de obligarte. —La sonrisa se le borró de los labios y en sus ojos apareció una mirada de angustia—. Igual que hicieron conmigo.

Tragué saliva, turbada por el dolor que veía en sus ojos.

—¿Como con Bethany y Dawson?

Blake bajó las pestañas y asintió.

—Hay más, Katy. No… no tienes ni idea… Pero no importa. Es probable que te encuentres con él muy pronto. Solo con hacer una llamada, tío Brian y Nancy vendrán. Nancy se pondrá contentísima. —Soltó una risa desagradable—. Tío Brian la ha mantenido al margen de esto. Ella no tiene ni idea de lo bien que lo estás haciendo. Te llevarán con ellos. Cuidarán de ti… mientras te comportes. Tienes que comportarte, ¿me oyes?

Durante un instante, la mente se me quedó en blanco y el pánico reemplazó la calma que había conseguido. Forcejeé como una loca

debajo de él, pero me sujetó con facilidad.

—Lo siento —me dijo con un susurro ronco y, Dios mío, lo creí —. Pero, si no lo hago, le harán daño a Chris y no puedo… —Se le quebró la voz y tuvo que tragar saliva.

En ese punto, mi miedo no conocía límites. Era cierto que Blake no tenía más opciones. Se trataba de su vida y la de su amigo, o la mía. No, no, eso no era cierto. Sí tenía otra opción, porque yo nunca traicionaría a otra persona para salvarme.

Pero ¿lo haría por Daemon?

Se me encogió el corazón y supe la respuesta. Tonos grises… Una enorme y gigantesca zona gris en la que no podía pensar en ese momento.

—No. Tienes otras opciones —insistí—. Puedes enfrentarte a ellos. ¡Huye! Podemos encontrar una manera de liberar…

—¿Podemos? —Volvió a reírse—. ¿Quiénes, Katy? ¿Daemon? ¿Dee? ¿Tú y yo? Dios, todos nosotros podríamos intentar enfrentarnos al Departamento de Defensa y fracasaríamos. ¿Y los Black van a querer ayudarme, sabiendo que trabajo para la gente que se llevó a su hermano?

Se me encogió el estómago.

—Aún tienes una opción. No tienes que hacer esto. Por favor, Blake, no tienes que hacerlo.

Apartó la mirada, apretando la mandíbula.

—Sí tengo que hacerlo. Y, un día, tú estarás en la misma posición que yo. Entonces lo entenderás.

—No. —Negué con la cabeza—. Yo nunca le haría esto a otra persona. Encontraría una salida.

Me miró a los ojos y vi que los suyos eran una inmensidad vacía.

—Ya lo verás.

—Blake…

Un golpe en la puerta principal interrumpió mis palabras. El corazón se me desbocó y Blake se quedó inmóvil encima de mí, con los ojos entrecerrados y la respiración agitada. Me tapó la boca con una mano.

—¿Katy? —llamó Dee—. Es hora de divertirse. ¡Date prisa! Adam nos está esperando en el coche.

—¿Qué está haciendo aquí? —me preguntó él en voz baja.

Temblé mientras lo miraba con los ojos muy abiertos. ¿Cómo se suponía que iba a responder si me estaba tapando la boca?

Dee volvió a golpear la puerta.

—Katy, sé que estás ahí. Abre la puerta.

—Dile que has cambiado de opinión. —Me apretó más fuerte la mano contra la boca—. Díselo o te juro por Dios que la haré pedazos. No quiero hacerlo, pero lo haré.

Asentí con la cabeza, y Blake levantó los dedos muy despacio y me puso de pie. A continuación, me sacó de la sala de estar y me llevó hacia la puerta a base de empujones.

—Vamos —gimoteó Dee—. Ni siquiera contestas al teléfono. Dile a Blake que tienes que irte. Sé que está ahí contigo. Su camioneta está aparcada fuera. —Entonces soltó una risita—. Así que ¡hola, Blake!

Apreté los ojos para contener las lágrimas.

—He cambiado de opinión.

—¿Qué?

—Que he cambiado de opinión —repetí a través de la puerta—. No quiero salir esta noche. Prefiero quedarme en casa.

«Por favor», supliqué en silencio. «Por favor, vete. No quiero meterte en esto. Por favor.»

Hubo una pausa cargada de tensión y luego Dee aporreó la puerta aún más fuerte.

—No seas idiota, Katy. Vas a salir con nosotros esta noche. ¡Así que abre la maldita puerta!

Blake me lanzó una mirada dura y supe que Dee acabaría atravesando la puerta. Respiré hondo y reprimí un sollozo áspero y seco.

—¡No quiero ir contigo! Ni siquiera quiero salir más contigo, Dee. Vete y déjame en paz de una vez.

—Caray —susurró Blake.

—¿Katy…? —dijo Dee con voz ronca—. ¿Qué pasa? Tú… no eres así.

Apreté la frente contra la puerta y las lágrimas me bajaron por las mejillas.

—Pues ya ves que sí. Por eso no he quedado contigo últimamente. ¿De acuerdo? No quiero que sigamos siendo amigas.

Así que, por favor, déjame en paz. Vete a darle la tabarra a otra persona. No tengo tiempo para esto.

El único sonido que se oyó fue el de sus tacones contra el porche. Blake fue a la ventana y los vio subirse al todoterreno de Adam. Cuando oyó el chirrido de los neumáticos, se acercó y me agarró el brazo. Me llevó de vuelta a la sala de estar y me obligó a sentarme en el sofá.

—Lo superará —comentó a la vez que sacaba su móvil del bolsillo.

—No —susurré mientras lo veía escribir algo en el teléfono—. No lo superará.

Puesto que Blake estaba distraído con el móvil, vi mi única oportunidad. Mientras recurría a la Fuente, no había ni una sola parte de mí que dudara de lo que debía hacer a continuación, ni siquiera por un segundo. La ira nublaba mi código moral. Ahora todo estaba distorsionado. No había bien ni mal.

Un viento feroz aulló por toda la casa. Las fotografías que colgaban en el pasillo se sacudieron y cayeron al suelo, haciéndose añicos. Los armarios traquetearon, las puertas se abrieron y los libros se cayeron.

Blake se volvió rápidamente hacia mí, bajando el teléfono y con los ojos llenos de asombro.

—Eres increíble.

A mi alrededor flotaban mechones de pelo y los dedos me dolían por la energía que crepitaba en mi interior. Sentí que las puntas de mis pies se separaban del suelo.

Blake cerró el teléfono y extendió una mano. El viento que estaba creando se volvió contra mí y me lanzó contra la pared. Aturdida, luché contra la fuerza que me retenía; pero, al igual que me pasó con Beth, no pude doblegarla.

—No has recibido un adiestramiento completo. —Blake avanzó hacia mí con una sonrisa irónica—. Hay mucho potencial, no me malinterpretes, pero no puedes enfrentarte a mí.

—Que te jodan —solté.

—Me habría apuntado a eso. —Volvió a acercar la mano a él y fue como si estuviera atada a una cuerda invisible. Contra mi voluntad, mi cuerpo fue directo hacia él y me quedé allí suspendida,

dándole patadas y golpes al aire—. Cánsate. No importa.

—Voy a matarte —juré, recibiendo con los brazos abiertos la creciente oleada de furia que iba apoderándose de mí.

—No eres capaz. —Hizo una pausa, inclinando la cabeza hacia un lado—. Al menos, todavía no.

Su teléfono pitó y lo abrió con una sonrisa.

—El tío Brian está de camino. Ya casi ha terminado.

Grité mientras sentía cómo la energía palpitaba a mi alrededor. La vista se me nubló una vez más y pude sentir cómo todas y cada una de las células de mi cuerpo se calentaban. La rabia alimentó mi lado extraterrestre, proporcionándole fuerza. La dirigí directamente hacia Blake.

Este retrocedió, enarcando las cejas.

—Hazlo lo mejor que puedas. Simplemente te lo devolveré.

Una ventana se hizo pedazos en el piso de arriba con un sonido explosivo y discordante. Levanté la cabeza mientras Blake se daba la vuelta. Dos rayos de luz bajaron las escaleras a toda velocidad, se separaron y fueron directos hacia Blake. Una forma más pequeña y menos poderosa se detuvo en seco.

La luz parpadeó y Dee cobró forma, observándome boquiabierta.

—Estás… estás brillando.

La otra luz se estrelló contra Blake, haciéndolo retroceder varios metros. Me volví y sentí que regresaba al suelo. Blake rugió mientras apartaba la luz y él también empezó a brillar, igual que Bethany. Una intensa luz azul lo rodeó mientras se echaba hacia atrás y liberaba un pulso de luz.

Dee se lanzó hacia delante, parpadeando, mientras intentaba llegar hasta Adam. El pulso los alcanzó y se quedaron paralizados. Ambos adquirieron sus formas humanas durante un breve segundo. Un iridiscente hilo de luz escapaba de la nariz de Dee y se derramaba de su boca.

Avancé tambaleándome y gritando el nombre de mi amiga. Blake me sujetó por detrás y me tiró al suelo.

Dee fue la primera en caer. Se desplomó, parpadeando y después con los ojos cerrados. Forcejeé debajo de Blake y conseguí incorporarme sobre los codos. Volví a gritar, pero ni siquiera parecía mi voz.

Adam… Adam estaba mucho peor. Un río de luz le salía de la boca, los ojos y las orejas. Su cuerpo humano se estremeció. Un resplandor líquido goteaba en el suelo. Estaba envuelto en luz, pero esta titilaba de manera errática. Dio un paso al frente, levantando una mano.

—¡No! —grité.

Blake se apartó de mí, irguiéndose, y golpeó a Adam con otra descarga.

Y Adam cayó.

Blake me empujó por la parte posterior de la cabeza y me obligó a pegar la cara contra el suelo de madera mientras apoyaba una rodilla en el centro de mi espalda.

—¡Mierda! —exclamó con voz ronca—. ¡Mierda!

Sentí que no podía respirar.

—No quería… no quería que pasara eso —dijo inclinándose sobre mí. Apretó la cabeza contra mi hombro y su cuerpo se estremeció—. Dios, no quería herir a nadie. —Tembló y luego levantó la cabeza. Soltó una risa entrecortada—. Bueno, al menos ahora sé que ninguno de los dos te curó, porque estoy bastante seguro de que ambos están muertos.

31

La última vez que había llorado tanto fue cuando el enfermero me obligó a apartarme de la cama de papá durante sus últimos momentos. No era agradable presenciar cómo luchaba por exhalar su último aliento.

—No está muerta —dijo Blake. Parecía aliviado—. Todavía está viva.

La sangre y las lágrimas se mezclaban en mi cara. Los sollozos me obstruían la garganta, dejándome sin habla. Dee seguía viva. A duras penas. Su luz continuaba parpadeando suavemente, pero Adam…

Ay, Dios. La luz de Adam se había atenuado y no brillaba más que una bombilla a punto de fundirse. Podía ver la forma de sus manos y piernas. Su cara también era perceptible, al igual que el resto de su cuerpo. Parecía la pálida y traslúcida cáscara de un humano. Bajo la cáscara semitransparente se veía una red de venas plateadas. Me recordó a una medusa.

Adam estaba muerto.

Unos silenciosos sollozos me rasparon la garganta hasta que me quedó tan ronca y dolorida que apenas podía respirar. Todo era culpa mía. Yo había confiado en Blake cuando Daemon prácticamente me había rogado que no lo hiciera. Me había hecho amiga de Dee y ella había sabido que algo iba mal porque me conocía. No había matado a Adam con mis propias manos, pero lo había conducido a eso. Había muerto intentando protegerme.

—Calla —me susurró Blake mientras me soltaba y me daba la vuelta—. Tienes que calmarte. —Me pasó una mano por la mejilla —. Vas a ponerte enferma.

—No me toques —dije con voz ronca apartándome de él—. No te… acerques… a mí.

Se puso en cuclillas y me observó mientras me arrastraba hacia Dee. Quería ayudarla, pero no sabía cómo. Miré a Adam y me quedé sin aliento. Sin saber qué más hacer, me interpuse para que Dee no pudiera verlo. Era lo único que podía hacer.

Apenas cinco minutos después, la puerta de un coche se cerró fuera. Blake se puso de pie con fluidez y se acercó a mí de forma amenazadora. Me puso una mano en el hombro y entonces su móvil pitó. Me estremecí, pues sabía lo que esperaba al otro lado de la puerta.

Pero lo que no me esperaba fue la llamarada de calor que irradió de mi obsidiana. Levanté la cabeza.

—Arum…

Blake me clavó los dedos.

—Quédate quieta.

Oh, Dios mío… Miré a Dee. Era vulnerable, una presa fácil. La puerta principal se abrió. Se oyeron unos pasos pesados en el pasillo y la obsidiana me abrasó la piel. Levanté las manos temblorosas y saqué la piedra.

Vaughn fue el primero en entrar. Enarcó las cejas al posar la mirada en los cuerpos que había a mi lado.

—Blake, ¿qué ha pasado aquí?

Sentí que Blake se ponía tenso, pero no aparté la mirada de los dos Arum que entraron detrás de Brian. Uno era Residon y el otro se parecía mucho a él. Sus ojos codiciosos estaban al descubierto y fueron directamente hacia Dee. Me volví, sintiendo que se me erizaba el vello de la nuca.

—He tenido que defenderme o me habrían eliminado. No tenía otra opción. —Blake carraspeó y, cuando volvió a hablar, parecía confuso—: ¿Dónde está Nancy?

—Esto no tiene nada que ver con Nancy. —Vaughn se pasó un largo dedo por la frente—. Dices eso muy a menudo, Blake. Siempre hay opciones. Sin embargo, no se te da nada bien buscarlas. —Se volvió hacia los Arum—. Llevaos al muerto. Mirad a ver si podéis obtener algo de él.

—¿El muerto? —dijo Residon con una voz rasposa—. Queremos a la que aún está viva.

—No. —Mi voz sonó áspera e irregular—. ¡No! No pueden

quedarse a ninguno. No pueden tocarlos.

Residon se rió.

Vaughn se arrodilló delante de mí y ahora, al tenerlo tan cerca, vi el parecido.

—Esto puede ir de una de estas dos maneras: o vienes con nosotros por tu propia voluntad o se los entrego a estos tipos. ¿Entendido?

Miré a los Arum.

—Quiero que ellos se vayan primero.

—¿Estás negociando? —Vaughn se rió mientras levantaba la mirada hacia su sobrino—. ¿Lo ves? Eso es lo que debes hacer cuando se te presenta algún imprevisto.

Blake apartó la vista, apretando los dientes.

—¿Qué quieres decir con que no es asunto de Nancy?

—Eso mismo.

Un estremecimiento sacudió el cuerpo tenso de Blake.

—Si no la entregamos, van a matar…

—¿Te parece que me importe? ¿En serio? —Vaughn soltó una carcajada mientras se ponía en pie y volvió a concentrar su atención en mí. Se apartó la chaqueta dejando a la vista una pistola—. Residon, coged al muerto y deshaceos de él.

¿Llevarse su cuerpo para que Ash y Andrew tuvieran que enfrentarse a lo mismo que Daemon y Dee? Sin cuerpo, sin sensación de conclusión. Mi cerebro desconectó.

Lo que surgió en mí, reemplazando la pena y la impotencia, fue algo primario y antiguo. No solo de origen extraterrestre, sino una combinación de ambos: exterior y orgánico. Tomé aire, pero había algo… más. Las partículas que nos rodeaban (átomos diminutos pero poderosos, demasiado pequeños para verlos a simple vista) se iluminaron mientras danzaban en el aire y luego se quedaron congeladas. Emitían un deslumbrante resplandor blanco, como si fueran un millar de estrellas titilantes.

Inhalé y vinieron hacia mí, a toda prisa, cayendo como estrellas fugaces. Se amontonaron y giraron, rodeando mi cuerpo y los que yacían en el suelo. Me puse en pie mientras se unían, posándose en mi piel y atravesándola hasta que se fundieron con mis células. Todo mi cuerpo aumentó de temperatura, mezclándose con la

rugiente marea de emociones que se había apoderado de mí.

Ya no era solo Katy. Algo, alguien más, se movía en mi interior. Otra parte de mí que se había separado meses atrás, en Halloween, había regresado.

Los Arum fueron los primeros en sentirlo. Adoptaron su verdadera forma: sombras altas e imponentes, densas y turbias como aceite oscuro. Iban a morir.

—¡No la matéis! —gritó Vaughn mientras desenfundaba su pistola y me apuntaba—. Mira, niña, no querrás cometer ninguna imprudencia. Piénsalo bien.

Él también iba a morir.

Blake retrocedió. Su mirada iba de su tío a mí.

—Dios santo…

En el fondo de mi mente, sabía que había algo más alimentando ese poder… alguien más desde el exterior. Fue como aquella noche en el claro. Lo que había en mí se había unido por completo con mi otra mitad. Me elevé en el aire. Ya no los veía en color, solo en un tono blanco teñido de rojo.

—Joder —masculló Vaughn. Le tembló el dedo—. No me obligues a hacerlo, Katy. Vales mucho dinero.

¿Dinero? ¿Qué tenía que ver el dinero con eso? Pero me daba igual. Recibí gustosa la sensación que me invadía. Mi vista cambió, se empañó y se estremeció. Incliné la cabeza hacia un lado. El aire se llenó de electricidad estática, que devoró el oxígeno. Blake jadeó y cayó de rodillas.

Los Arum se elevaron, dieron media vuelta y se lanzaron hacia la puerta. Sus negros tentáculos se extendieron tras ellos derribando muebles y tirando al suelo marcos de fotos. Se detuvieron en seco.

—¿Os marcháis ya? —dijo una voz profunda y furiosa desde la entrada—. Me ofendéis.

Daemon cambió a su verdadera forma y eliminó al primer Arum con una descarga seguida de otra… y luego otra. Fragmentos del Arum se separaron y flotaron más y más alto hasta desaparecer en forma de pequeñas volutas antes de llegar al techo.

Atraje a Residon, el que había querido llevarse a Dee, de nuevo hacia mí. Estaba atrapado entre Daemon y yo, como una pelota de ping-pong. Mi luz latió. La de Daemon ardió. Y Residon rugió.

«Dime qué ha pasado», susurró la voz de Daemon entre mis pensamientos.

Le conté toda la historia de Blake y Vaughn mientras nos encargábamos de Residon haciéndolo pedazos. Pero un movimiento me llamó la atención. Vaughn estaba intentando abrir la ventana. Cuando no consiguió nada así, agarró la lámpara de pie y la blandió hacia el cristal.

Congelé la lámpara y luego se la arranqué de las manos. Vaughn dio media vuelta y echó a correr por detrás de Daemon. Blake se las había arreglado para salir en medio del caos. Igual que hicieron Daemon y Residon. Tres formas entraron a toda velocidad en mi casa. Oí un lamento, que me llegó a lo más hondo, oscureciendo una parte de mí. Hubo un chasquido, y uno de los grandes robles se vino abajo y cayó cerca de la entrada.

Ash había recuperado su forma humana. Se aferró al cuerpo sin vida de su hermano y lo acunó en su regazo. Tenía la cabeza inclinada hacia atrás y la boca abierta mientras se lamentaba y lloraba. Dee se movía a su lado, recuperando cada vez más fuerzas. Y supe que su gemido se uniría pronto al de Ash.

¿Vaughn? ¿Blake? No escaparían. Salí de la sala de estar, con los pies en el suelo, pero sin sentir los pasos que daba. Pasé junto a Matthew, que entró rápidamente en la habitación. Su grito de incredulidad me partió el corazón.

Nunca había visto brillar a Daemon con tanta intensidad. Era una luz blanca, pura y concentrada, teñida de rojo cuando se lanzó por la entrada hacia la masa de sombras. Su luz destelló con fuerza y levanté un brazo para protegerme los ojos. Pensé en los agentes del Departamento de Defensa que había convertido en cenizas… y me vino de nuevo a la cabeza la imagen de una bomba atómica.

La luz era igual de brillante.

Un rayo surgió de Daemon y se estrelló contra Residon, haciéndolo girar en el aire. Suspendido sobre el suelo, el Arum pasó de ser sombras a tener forma humana y luego se quedó paralizado. La parte superior de su cuerpo era de humano y la parte inferior, nada más que humo. Y entonces se rompió en un millar de fragmentos con un fuerte crujido que sonó como un trueno.

La nieve cayó con más intensidad.

Por el rabillo del ojo, vi a Vaughn salir corriendo de detrás de mi coche… donde había estado agazapado. Arma en mano, se lanzó hacia su todoterreno en el mismo momento en que Blake iba hacia el bosque.

Antes de poder moverme siquiera, Daemon extendió un brazo recubierto de luz y el todoterreno se elevó en el aire y se dio la vuelta por encima de Vaughn, dejándolo al descubierto. El techo cedió con un crujido y saltaron cristales en todas direcciones mientras el metal se partía.

Me quedé inmóvil, intimidada por tal poder.

Daemon se lanzó hacia Blake y lo atrapó por la garganta. Un instante después, tenía al chico contra el capó de mi coche y, en su forma humana, no resultaba menos aterrador ni poderoso.

—No tienes ni idea de lo mucho que va a dolerte esto —dijo Daemon, cuyos ojos eran como esferas de luz blanca—. Cada moratón que le hayas hecho a Kat, te lo devolveré multiplicado por diez. —Apartó a Blake del capó y los pies del chico quedaron colgando en el aire—. Y voy a disfrutar muchísimo.

Vaughn atacó entonces. Se lanzó hacia delante y levantó el arma.

—¡Daemon! —grité mientras corría hacia ellos.

Vaughn apretó el gatillo. Una, dos, tres veces. Daemon volvió bruscamente la cabeza y sonrió… asombrosamente, sonrió. Y las balas… se detuvieron a pocos centímetros de su cara. Se quedaron allí flotando, como si alguien hubiera apretado la tecla de pausa.

—No deberías haber hecho eso —gruñó Daemon.

La certeza de lo que iba a suceder a continuación se reflejó en el pálido rostro de Vaughn.

—¡No… no!

Las balas dieron la vuelta y regresaron al remitente a una velocidad alarmante. Alcanzaron a Vaughn en el pecho y eso fue todo. No hubo oportunidad para más reacciones. Las piernas del hombre se doblaron y quedó reducido a nada más que un montón de carne sin vida al lado del metal retorcido del todoterreno.

Una mancha roja se extendió por la nieve formando un riachuelo escarlata.

Blake se soltó, chocó contra un lado del parachoques de mi

coche y luego echó a correr hacia el bosque. Era rápido.

Pero no tanto como Daemon ni como yo. El viento y la nieve me azotaron mientras lo perseguía. Mis venas no bombeaban sangre, sino luz. Alcancé a Blake junto a un pino. Dio media vuelta y me lanzó una descarga de luz, que me golpeó en el pecho haciéndome retroceder unos pasos. El dolor me provocó una sacudida por el cuerpo, pero me enderecé… y seguí avanzando.

Blake me lanzó otro pulso de luz.

Me rebotó en el hombro y una cascada de calor líquido me bajó por el brazo, pero seguí adelante, acosándolo, hostigándolo. Otro proyectil me hizo doblar la pierna, pero volví a levantarme.

Le temblaban las manos.

—Lo siento… —dijo—. Katy, lo siento. No tenía otra opción.

Siempre había opciones. Yo misma había elegido muchísimas malas. Por lo menos, era capaz de admitirlo. Una parte de mí sentía pena por él. Su familia lo había hecho así, pero tenía opciones. Simplemente había elegido las equivocadas.

Como yo.

¿Como yo…?

Una luz hermosa se acercó por detrás y se desplazó a mi derecha. Daemon había recuperado su verdadera forma.

«¿Qué quieres hacer con él?», me preguntó con calma.

«Él… él mató a Adam.» Entonces mi poder parpadeó y pude ver piel bajo mis manos. Estaban cubiertas de rojo. Un interruptor se apagó en mi interior. Todo me abandonó y me tambaleé en el suelo mientras mis botas se hundían en la nieve. No podía seguir.

—Él lo mató. E hirió a Dee.

La forma de Daemon ardió tan brillante como el sol y, por un momento, pensé que era por Blake; pero entonces se fue apagando y adquirió su forma humana. Hubiera mutado o no, a Daemon le costaría matar a otro humano, sobre todo después de Vaughn. Estaba segura. La herida que le había dejado acabar con los dos agentes aún no había cicatrizado. Si añadía a Blake a la lista, quizá nunca pudiera sanar. La herida seguiría abierta para siempre.

Respiré hondo y dije:

—Esta noche ha muerto demasiada gente.

Blake se volvió bruscamente hacia mí.

—Lo siento… Lo siento mucho. Nunca quise que pasara nada de esto. Solo quería proteger a Chris. —Inspiró de manera entrecortada y se limpió la sangre que le goteaba de la nariz—. Lo…

—Cierra el pico —gruñó Daemon—. Vete. Vete ahora mismo antes de que no te dé la oportunidad.

La incredulidad se reflejó en el rostro de Blake.

—¿Vais a dejar que me vaya?

Daemon me miró y yo bajé la cabeza, exhausta y avergonzada. Si le hubiera hecho caso a Daemon al principio, si hubiera confiado en su instinto con respecto a Blake… Pero no lo había hecho.

—Vete y nunca jamás vuelvas por aquí —le advirtió Daemon, y el viento se llevó sus palabras—. Si vuelvo a verte, te mataré.

Blake vaciló solo un momento, luego se dio la vuelta y echó a correr. Dudé que llegara muy lejos, porque en cuanto Nancy (quienquiera que fuera en realidad) y el Departamento de Defensa se dieran cuenta de que había fracasado, matarían a Chris, como Blake temía. Y ese sería el fin para Blake. Tal vez por eso Daemon lo había dejado ir. De todos modos, Blake prácticamente estaba muerto.

O tal vez era que ninguno de los dos podía seguir matando. Yo no, y Daemon tampoco. Esa noche habían muerto demasiados. Se me doblaron las piernas y me arrodillé en la nieve. Utilizar la Fuente me había debilitado, y luchar contra Blake y las heridas infligidas habían hecho que los pensamientos se me amontonasen formando un interminable torrente de confusión y arrepentimiento. Dudaba que alguna vez pudiera volver a sentirme lo bastante fuerte.

Perdí el conocimiento de manera intermitente y tuve la vaga sensación de que alguien me abrazaba. Una calidez increíble me recorrió las venas. Cuando abrí los ojos de nuevo, estaba bañada en luz.

«¿Daemon?»

Oí un zumbido a través de la conexión y luego… «Te dije que no podíamos confiar en él.»

El dolor que sentí no podría curarlo con sus manos ni podría borrarlo con su luz. Apreté los ojos con fuerza, pero las lágrimas escaparon.

«Lo siento. Pensé… pensé que si aprendía a luchar podría

mantenerte a salvo, a todos vosotros.»

Su luz se retiró y entonces vi a Daemon observándome. Sus ojos eran de un brillante tono blanco. La rabia que lo invadía era tan fuerte que le sacudía el cuerpo, lo que no concordaba para nada con la dulzura de su abrazo.

—Daemon, lo…

—No lo digas. No te disculpes. —Me apartó de su regazo y me colocó en el frío suelo. Se puso en pie e inhaló de manera entrecortada—. ¿Has sabido que trabajaba con el Departamento de Defensa todo este tiempo?

—No. —Me levanté y me tambaleé hacia un lado mientras mis piernas se acostumbraban a funcionar de nuevo. Daemon extendió una mano, me agarró por el codo hasta que dejé de balancearme y luego me soltó—. No me enteré hasta hace un par de noches. Y aun así no estaba segura.

—Mierda —soltó dando un paso atrás—. ¿Fue la noche en que fuiste a casa de Vaughn por tu cuenta?

—Sí, pero no estaba segura. —Levanté las manos y me sorprendió ver que las tenía cubiertas de sangre. ¿Era mía o de otra persona?—. Debería habértelo contado entonces, pero no lo sabía a ciencia cierta, y no quería añadirte más preocupaciones. —Se me quebró la voz—. No lo sabía.

Daemon apartó la mirada, apretando la mandíbula.

—Adam está muerto y mi hermana casi pierde la vida.

Realicé una dolorosa inspiración.

—Lo sien…

—¡No! ¡Ni se te ocurra disculparte! —gritó, y el brillo de sus ojos perforó la oscuridad y mi corazón—. La muerte de Adam va a destruir a mi hermana. Te dije que no podíamos confiar en Blake, que si querías aprender a luchar yo te habría enseñado. Pero no me hiciste caso. ¡Y has metido al Departamento de Defensa en tu vida, Kat! Quién sabe de qué nueva información disponen ahora.

—¡No le conté nada! —Mi respiración era rápida y superficial—. Nunca le dije que fuiste tú quien me curó.

Daemon entrecerró los ojos.

—¿Acaso crees que no lo supuso?

Se me crispó el rostro de dolor y no supe qué decir.

—Lo siento —susurré.

Daemon se estremeció.

—¿Y esas veces que acabaste cubierta de moratones? Fue él, ¿verdad? Te estaba haciendo daño durante el entrenamiento, ¿no? ¿Y ni una sola vez se te pasó por la cabeza que podía haber algo raro en él? ¡Maldita sea, Kat! Me mentiste. ¡No confiaste en mí!

—Sí que confío…

—¡Gilipolleces! —Lo tenía pegado a la cara—. ¡No me digas que confías en mí cuando es evidente que nunca lo has hecho!

No había nada que yo pudiera decir.

Una descarga de energía salió de él y se estrelló contra un viejo roble, que se rajó con un fuerte chasquido y luego se dobló contra un árbol situado a su lado. Di un brinco, jadeando.

—Todo esto se podría haber evitado. ¿Por qué no confiaste en mí? —Se le quebró la voz y aquel sonido me recorrió como si fuera un látigo con púas.

Deseé haberlo hecho. Debería haber depositado mi confianza en la única persona en la que siempre había confiado. Me habían engañado. Peor aún, había dejado que me engañaran. Las lágrimas me corrían por las mejillas en un interminable río de remordimiento.

Daemon realizó otra inhalación temblorosa mientras empezaba a caminar hacia mí, pero se detuvo bruscamente.

—Yo te habría mantenido a salvo.

Entonces, con un destello de luz blanca rojiza, desapareció. Y yo me quedé sola en medio de la gélida noche, con mis opciones, mis errores… y mi culpa.

32

Cuando volví a casa, todos se habían marchado salvo Matthew, que se había quedado para ayudar a… limpiar. Alguien se había llevado el cuerpo de Vaughn, además de su todoterreno y la camioneta de Blake. Había marcos rotos por todas partes y la mesa de centro estaba completamente arañada. No tenía ni idea de cómo iba a explicar la ventana rota en el pasillo de arriba.

Pero el lugar donde había caído Adam era lo peor.

Un líquido brillante se amontonaba en dos manchas. Matthew estaba intentando limpiarlo con manos temblorosas y la mandíbula apretada. Cogí unas toallas del armario de la ropa y me arrodillé a su lado.

—Yo me encargo —susurré.

Matthew se incorporó, levantó la cabeza y cerró los ojos. Dejó escapar un suspiro entrecortado.

—Esto no debería haber pasado.

Se me llenaron los ojos de lágrimas mientras secaba lo que quedaba de Adam.

—Lo sé.

—Todos son como hijos para mí. Ahora he perdido a otro, ¿y para qué? No tiene sentido. —Le temblaron los hombros—. Nunca tiene sentido.

—Lo siento. —Noté las mejillas húmedas y me limpié la cara con el hombro—. Esto es culpa mía. Adam intentaba protegerme.

Matthew no dijo nada durante varios minutos. Me ocupé de la mancha y empapé dos toallas antes de que colocara su mano sobre la mía.

—No es únicamente culpa tuya, Katy. Te encontraste con este mundo, lleno de traición y avaricia. No estabas preparada para lidiar con él. Como tampoco lo está ninguno de ellos.

Levanté la cabeza, parpadeando para intentar contener las lágrimas.

—Confié en Blake cuando debería haber confiado en Daemon. Dejé que esto pasara.

Matthew se volvió hacia mí y me colocó las manos en las mejillas.

—No puedes asumir toda la responsabilidad de esto. Tú no tomaste las decisiones de Blake. No lo obligaste a hacer lo que hizo.

Un sollozo entrecortado se me quedó atascado en la garganta mientras la pena me desgarraba. Sus palabras no aliviaban la culpa que me corroía, y él lo sabía. Entonces ocurrió algo rarísimo. Me abrazó y me vine abajo. Los sollozos sacudieron todo mi cuerpo. Apreté la cabeza contra su hombro, haciendo temblar su cuerpo, o quizá él también lloraba su pérdida. Pasó el tiempo y llegó un nuevo año. Lo recibí con el rostro cubierto de lágrimas y el corazón destrozado. Cuando mis lágrimas se secaron, tenía los ojos tan hinchados que casi no podía abrirlos.

Matthew se separó y me apartó el pelo.

—Esto no es el final de nada para ti… ni para Daemon. Es solo el principio, y ahora ya sabéis a qué os enfrentáis. No acabéis como Dawson y Bethany. Ambos sois demasiado fuertes para eso.

Me pasé el resto de la noche intentando ocultarle a mi madre lo que había sucedido. Tarde o temprano, tendría que contárselo. Seguramente los satélites habrían captado lo que había pasado la noche anterior. Y estaba el asunto de que parte de lo que Vaughn había dicho no tenía sentido, una persistente sensación de que lo peor aún estaba por llegar. Supuse que ocurriría en los próximos días o semanas. También habría preguntas sobre Adam.

Pero mi madre no tenía por qué saberlo ahora mismo.

La convencí de que el viento había lanzado una rama contra la ventana de arriba. Algo creíble, ya que Daemon había derribado varias fuera. Lo de las fotografías fue más difícil de explicar.

Luego me pasé durmiendo todo el día de Año Nuevo. Cuando desperté el siguiente domingo por la mañana, me comí unas galletas y después volví a dormirme para evitar la agobiante oscuridad que me aguardaba. La culpa me carcomía hasta en sueños. Soñé con

Blake y Adam, incluso con Vaughn. Me rodeaban mientras nadaba en el lago, deslizándose bajo la superficie y arrastrándome hasta el fondo.

Así que fue extraño que cuando desperté aquella tarde me diera una ducha, me abrigara bien y saliera rumbo al lugar que atormentaba mis sueños. Mamá ya se había ido y recordaba vagamente haber oído a Will en la casa antes.

Seguía nevando, pero la luna había salido y se reflejaba en la inmaculada superficie, y conseguí llegar al lago sin problemas. Me quedé de pie junto al agua congelada y perfecta, arropada con el jersey y la bufanda que mi madre me había regalado en Navidad. Incluso me había puesto los guantes a juego.

Allí las cosas estaban más claras. No eran menos intensas, pero sí más manejables. Adam había muerto y, con el tiempo, el Departamento de Defensa vendría a buscar a Vaughn. Y, cuando lo hicieran, volverían a por mí… y a por Daemon.

Y había matado. No con mis propias manos, pero los había conducido a todos por esa senda. Había muerto gente: inocentes y otros que no lo eran tanto. Daemon tenía razón: una vida era una vida. Fueran enemigos o no, nunca podría lavarme la sangre de las manos; había calado la piel y había dejado una mancha oscura.

Y, cada vez que cerraba los ojos, veía el cuerpo de Adam. Sentía una opresión en el pecho que era probable que no desapareciera nunca.

No estaba segura de si debía ir al instituto al día siguiente. Parecía algo inútil después de todo. Todavía no tenía ni idea de quién había traicionado a Dawson y Bethany, y había más infiltrados por ahí, vigilándome… vigilándonos a todos. Había aparecido un reloj invisible que marcaba el tiempo que quedaba hasta mi fin, y no podía culpar a nadie salvo a mí misma.

Un minuto después, sentí que un cálido hormigueo me acariciaba el cuello. Me quedé sin aliento y no conseguí que mi cuerpo se girase. ¿Por qué estaba Daemon allí? Tenía que odiarme. Igual que Dee.

La nieve crujió bajo sus pies, lo que me resultó extraño. Podía moverse con tanto sigilo cuando quería… El calor de su cuerpo me envolvió cuando se detuvo justo detrás de mí. No podía ignorarlo

para siempre y sabía que podría quedarse allí eternamente si lo decidía. Me volví hacia él, sorprendida y cautelosa.

—Sabía que estarías aquí. —Miró a lo lejos, apretando la mandíbula—. Es adonde yo vengo cuando necesito pensar.

Dije lo primero que me vino a la mente.

—¿Cómo está Dee?

—Sobrevivirá —contestó, con una sombra de tristeza en la mirada—. Tenemos que hablar. —Se inclinó hacia delante antes de que pudiera responder—. ¿Estás ocupada ahora mismo? No estoy seguro de si interrumpo algo. Mirar al lago puede requerir mucha concentración.

No conseguí sacar nada de sus palabras ni de su expresión.

—No estoy ocupada.

Su mirada superbrillante se posó en mí.

—En ese caso, ¿vuelves conmigo?

Me invadió la inquietud. ¿Iba a matarme y a esconder mi cuerpo? Algo drástico aunque probable después de todo lo que había provocado. Se me secó la garganta mientras regresábamos a su casa en silencio. Entré después de él, con las manos húmedas y temblorosas.

—¿Tienes hambre? —preguntó—. No he comido nada en todo el día.

—Sí, un poco.

Fue a la cocina y sacó un paquete de embutido. Me senté a la mesa mientras él preparaba dos sándwiches de jamón y queso. Le puso el doble de mostaza al mío, pues sabía que era así como me gustaba. Comimos en medio de un tenso silencio.

Por fin, después de que él limpiara, me puse en pie.

—Daemon, yo…

—Todavía no —repuso.

Se secó las manos y luego salió de la cocina sin contestarme. Respiré hondo y lo seguí. Cuando empezó a subir las escaleras, se me disparó el pulso.

—¿Por qué vamos arriba?

Daemon me miró por encima del hombro con una mano en la barandilla de color caoba.

—¿Por qué no?

—No lo sé. Es que parece…

Siguió subiendo y no me dejó más alternativa que seguirlo. Pasamos por delante del cuarto vacío de Dee. Parecía la habitación de Barbie: todo era de color rosa. Había otro cuarto con la puerta cerrada. Supuse que sería el de Dawson y que probablemente no lo habían tocado desde que desapareció. Transcurrieron meses antes de que mamá y yo empezamos a sacar las cosas de papá.

—¿Dónde está Dee? —pregunté.

—Con Ash y Andrew. Creo que estar con ellos la ayuda a…

Asentí con la cabeza. Lo que más deseaba en el mundo era retroceder en el tiempo, hacer más preguntas, no ser tan estúpida.

Daemon abrió una puerta y el corazón me brincó en el pecho. Se hizo a un lado y pasé rozándolo.

—¿Tu cuarto?

—Sí. El mejor lugar de toda la casa.

Su habitación era grande y estaba sorprendentemente limpia y organizada. Unos cuantos pósters de grupos colgaban de las paredes, pintadas de un azul intenso. Todas las persianas estaban bajadas y las cortinas corridas. Agitó una mano y la lámpara de la mesita de noche se encendió.

Había muchos aparatos electrónicos caros: un televisor de pantalla plana, un portátil que me dio mucha envidia, un equipo de música e incluso un ordenador de sobremesa. Mi mirada se dirigió a la cama.

Era grande.

Y el edredón azul parecía cómodo y tentador. Había mucho espacio para moverse… o simplemente dormir. No se parecía en nada a mi cama de niña pequeña. Me obligué a apartar la mirada de la cama y me acerqué al portátil.

—Qué ordenador más chulo.

—¿A que sí? —contestó mientras se quitaba los zapatos.

Apenas podía respirar.

—Daemon… —Los muelles de la cama chirriaron bajo su peso mientras yo pasaba los dedos por la tapa del portátil—. Siento muchísimo todo lo que ha ocurrido. No debería haber confiado en él… debería haberte hecho caso. No quería que nadie saliera herido.

—Adam no está herido. Está muerto.

Se me formó un nudo en la garganta cuando me volví hacia él. Sus ojos relucían a la luz de la lámpara.

—Si… si pudiera volver atrás, lo cambiaría todo.

Daemon negó con la cabeza mientras se miraba las manos abiertas. Las cerró.

—Ya sé que no siempre nos llevamos bien y que todo esto de la conexión te asustó, pero sabías que siempre podrías confiar en mí. Cuando sospechaste que Blake estaba con el Departamento de Defensa, deberías haber acudido a mí. —La impotencia le quebró la voz—. Pude haber evitado todo esto.

—Sí que confío en ti. Ciegamente —le aseguré acercándome un poco—. Pero cuando pensé que podría estar involucrado con ellos, no quise meterte. Blake ya sabía y sospechaba demasiado.

Daemon negó con la cabeza, como si no me hubiera escuchado.

—Debería haber hecho algo más. Cuando te lanzó aquel maldito cuchillo, debí intervenir en ese momento y no mantenerme al margen, pero es que estaba tan cabreado…

Se me llenaron los ojos de lágrimas. ¿Cómo podía seguir llorando o pensar que eso mejoraría las cosas? Algunos papeles se agitaron sobre el escritorio a mi espalda.

—Intentaba protegerte.

Levantó los ojos y me traspasó con la mirada.

—¿Querías mantenerme a salvo?

—Sí. —Tragué saliva intentando deshacerme del nudo que me oprimía la garganta—. Al final no resultó así, pero cuando descubrí que Blake y Vaughn estaban emparentados, en lo único en que podía pensar era en que me había engañado… que le había permitido que me engañara. Y él sabía lo unidos que estábamos. Te habrían hecho lo mismo que a Dawson. Nunca podría haber vivido con eso.

Cerró los ojos y volvió la cabeza.

—¿Cuándo supiste con certeza que Blake trabajaba con el Departamento de Defensa?

Era la segunda vez que lo llamaba por su nombre. Así de seria era la situación.

—En Fin de Año… el viernes. Blake apareció mientras dormía y

vi el reloj de Simon en su camioneta. Me aseguró que Simon sigue vivo, que el Departamento de Defensa se lo llevó, pero había… había sangre en el reloj.

Daemon soltó una palabrota y luego preguntó:

—¿Mientras dormías? ¿Lo hacía a menudo?

Negué con la cabeza.

—No, que yo sepa.

—Nunca deberías haberte preocupado por si resultaba herido. —Se puso de pie y se pasó las manos por el pelo—. Sabes perfectamente que puedo cuidar de mí mismo. Que puedo arreglármelas solo.

—Ya lo sé —contesté—. Pero no iba a ponerte en peligro a sabiendas. Significas demasiado para mí.

Volvió la cabeza de repente hacia mí y me miró con atención.

—¿Y eso qué quiere decir exactamente?

—Eh… —Negué con la cabeza—. Eso no importa ahora.

—¡Y una mierda que no! —exclamó—. Casi destruyes a mi familia, Kat. Por poco consigues que nos maten a los dos, y nada de esto ha terminado. ¿Quién sabe cuánto tiempo nos queda antes de que llegue el Departamento de Defensa? Dejé que ese capullo se fuera. Sigue por ahí y, por muy terrible que suene, espero que reciba su merecido antes de que pueda informar a nadie. —Daemon soltó una palabrota—. ¡Me mentiste! ¿Y ahora me dices que todo esto es porque sientes algo por mí?

El rubor se apoderó de mi cara. ¿Por qué estaba obligándome a hacer eso? Lo que yo sintiera carecía de importancia ahora.

—Daemon…

—¡Contéstame!

—¡Vale! —Levanté las manos—. Sí, siento algo por ti. Lo que hiciste por mí en Acción de Gracias… me hizo… —Se me quebró la voz—. Me hizo feliz. Tú me hiciste feliz. Y todavía me importas. ¿De acuerdo? Siento algo por ti… algo que ni siquiera puedo expresar con palabras porque todo parece demasiado pobre en comparación. Siempre te he deseado, incluso cuando te odiaba. Te deseo aunque me sacas de quicio. Y sé que lo he fastidiado todo. No solo para ti y para mí, sino también para Dee.

Se me escapó un sollozo. Las palabras salían de mí como un

torrente, una tras otra.

—Nunca había sentido esto por nadie. Como si me fallaran las piernas cuando estoy contigo, como si no pudiera respirar. Y me siento viva… ya no me quedo al margen y veo la vida pasar. Nadie me ha hecho sentir nunca nada parecido. —Las lágrimas me ardían en los ojos cuando retrocedí. El corazón me latía tan rápido que me dolía—. Pero nada de eso importa, porque sé que ahora me odias. Y lo entiendo. ¡Ojalá pudiera volver atrás y cambiarlo todo! Me…

De pronto, Daemon estaba delante de mí, con sus cálidas manos en mis mejillas.

—Nunca te he odiado.

Parpadeé para contener la humedad que se me acumulaba en mis ojos.

—Pero…

—No te odio, Kat. —Me miró fijamente a los ojos—. Estoy furioso contigo… y conmigo. Estoy tan enfadado que puedo saborearlo. Quiero encontrar a Blake y hacerlo picadillo. Pero ¿sabes en qué estuve pensando ayer durante todo el día? ¿Toda la noche? ¿El único pensamiento del que no puedo escapar, por muy cabreado que esté contigo?

—No —susurré.

—Que tengo suerte, porque la persona que no puedo sacarme de la cabeza, la persona que significa más para mí de lo que puedo soportar, sigue viva. Sigue aquí. Y esa persona eres tú.

Una lágrima me bajó por la mejilla. La esperanza me invadió tan rápido que me dejó mareada y sin aliento. Aquella sensación se parecía a saltar del borde de un precipicio sin saber lo profunda que sería la caída. Peligrosa y excitante.

—¿Y eso… qué significa?

—No tengo ni idea. —Siguió con el pulgar el recorrido de una lágrima por mi mejilla mientras esbozaba una leve sonrisa—. No sé qué nos deparará el mañana, cómo van a ser las cosas dentro de un año. Joder, puede que acabemos matándonos el uno al otro por alguna estupidez la próxima semana. Es una posibilidad. Pero lo único que sí sé es que lo que siento por ti no va a cambiar.

Oírle decir eso solo consiguió hacerme llorar más fuerte. Daemon inclinó la cabeza y me secó las lágrimas con los labios

hasta que las atrapó todas con su aliento. Entonces sus labios encontraron los míos y la habitación se desvaneció. El mundo entero desapareció durante esos preciados momentos. Quise perderme en aquel beso, pero no pude. Me aparté, jadeando.

—¿Cómo puedes seguir queriendo estar conmigo? —pregunté.

Daemon apoyó su frente contra la mía.

—Oh, todavía quiero estrangularte. Pero estoy chiflado. Y tú estás loca. Tal vez por eso. Hacemos buena pareja.

—Eso no tiene sentido.

—En cierto modo sí, al menos para mí. —Me besó de nuevo—. Puede que tenga que ver con que por fin has admitido que estás profunda e irremediablemente enamorada de mí.

Solté una carcajada débil y vacilante.

—Yo no he admitido nada de eso.

—No con esas palabras, pero los dos sabemos que es verdad. Y me parece bien.

—¿En serio? —Cerré los ojos y respiré hondo. Tenía la impresión de que hacía meses que no podía respirar de verdad. Tal vez años—. ¿Y tú sientes lo mismo?

Su respuesta fue besarme… y besarme otra vez. Cuando al fin levantó la cabeza, estábamos en la cama y me tenía en sus brazos. No recordaba que nos hubiéramos movido. Así de buenos eran sus besos. Tuve que esperar a que el corazón me latiera más despacio para poder hablar.

—Esto no cambia lo que he hecho. Todo esto sigue siendo culpa mía.

Daemon estaba tumbado de costado a mi lado, con una mano apoyada en la tela que me cubría el vientre.

—No es solo culpa tuya. Tomos somos responsables. Y estamos juntos en esto. Nosotros podremos hacerle frente a lo que quiera que nos aguarde, juntos.

El corazón se me desbocó al oír aquellas palabras.

—¿Nosotros?

Daemon asintió con la cabeza mientras me desabrochaba los botones del jersey y dejó escapar una risa suave cuando llegó a la parte donde estaban mal abotonados.

—Si hay algo, es un «nosotros».

Levanté los hombros y me ayudó a quitarme el jersey.

—¿Y qué significa exactamente «nosotros»?

—Tú y yo. —Daemon se desplazó hacia abajo y me sacó las botas—. Nadie más.

La sangre me bombeó con fuerza mientras me quitaba los calcetines de un tirón y volvía a acostarme.

—Creo que… que me gusta cómo suena.

—¿Crees? —Me colocó una mano en el estómago, la deslizó hacia abajo y la introdujo debajo del dobladillo de mi camiseta—. Creer no es suficiente.

—Vale. —Di un brinco cuando extendió los dedos sobre mi piel —. Me gusta.

—A mí también. —Bajó la cabeza y me besó con suavidad—. Apuesto a que te encanta.

Mis labios se curvaron en una sonrisa contra los suyos.

—Desde luego.

Daemon hizo un sonido profundo en el fondo de la garganta mientras me cubría de besos la mejilla todavía húmeda, abrasándome la piel y encendiendo un fuego. Nos susurramos cosas el uno al otro, y las palabras lograron cerrar lentamente la herida que se me había abierto en el pecho. Creo que a él le pasó lo mismo. Le conté todo lo que Blake había dicho y hecho. Él me habló de lo enfadado que había estado al verme con Blake. Atesoré las verdades que admitió.

El miedo que había sentido al ver a los Arum y a Blake ese fin de semana estaba presente en cada leve y delicado roce de sus dedos. Puede que hasta entonces no hubiéramos pronunciado aquellas preciadas palabras, pero había amor en cada caricia y en cada suave gemido. No necesitaba que me lo dijera, porque me rodeaba su amor por mí.

El tiempo se detuvo para nosotros. El mundo y todo aquello de lo que habíamos formado parte solo existían al otro lado de la puerta cerrada del dormitorio, pero allí solo estábamos nosotros. Y, por primera vez, no había nada entre nosotros. Nos mostramos abiertos y vulnerables ante el otro. Nuestra ropa fue desapareciendo. Su camisa. La mía. Un botón se desabrochó en sus vaqueros… y también en los míos.

—No tienes ni idea de cuánto deseo esto. —Su voz sonó ronca contra mi mejilla. Áspera—. Creo que incluso he soñado con ello. —Las puntas de sus dedos se deslizaron sobre mi pecho y bajaron por mi vientre—. Qué locura, ¿eh?

Todo parecía una locura. Encontrarme en sus brazos así, cuando estaba convencida de que nunca me perdonaría. Levanté la mano y recorrí su mejilla con los dedos. Daemon giró la cabeza al sentir la caricia y apretó los labios contra la palma de mi mano. Y, cuando bajó la cabeza de nuevo hacia la mía, cobré vida bajo él, solo para él.

A medida que nuestros besos se hacían más profundos y nuestras exploraciones aumentaban, nos perdimos en la forma en que nuestros cuerpos se movían el uno contra el otro, en la sensación de que no lográbamos acercarnos lo suficiente. Las prendas de ropa que todavía llevábamos eran un obstáculo del que quería librarme, porque estaba preparada para dar el siguiente paso y podía sentir que Daemon también. Ni mañana ni la próxima semana estaban garantizados. Nunca lo estaban, pero en nuestro caso las cosas no parecían estar para nada a nuestro favor. Solo contábamos con el ahora, y yo quería aprovechar el momento y vivirlo. Quería compartir el momento con Daemon… para compartirlo todo con él.

Sus manos… sus besos me abrumaban por completo. Y, cuando su mano bajó por mi vientre y se deslizó aún más abajo, abrí los ojos y pronuncié su nombre con un susurro apenas audible. Un débil brillo rojo y blanco recorría el contorno de su cuerpo, proyectando sombras por las paredes del cuarto. Había algo de una arrolladora belleza en encontrarse a punto de perder el control, de lanzarse a lo desconocido, y yo quería caer y no volver a emerger nunca.

Pero Daemon se detuvo.

Levanté la mirada hacia él mientras recorría con las manos su firme abdomen.

—¿Qué pasa?

—No… no vas a creértelo. —Depositó otro beso dulce y tierno en mis labios—. Pero quiero hacer esto bien.

Empecé a sonreír.

—Dudo que pudieras hacerlo mal.

En los labios de Daemon se dibujó una media sonrisa de suficiencia.

—Ya, pero no estoy hablando de eso. Eso lo haría a la perfección, pero quiero… quiero que tengamos lo que tienen las parejas normales.

Aquellas estúpidas y malditas lágrimas me anegaron los ojos y parpadeé para contenerlas. Ay, Dios mío, iba a ponerme a berrear como un bebé.

Daemon me acunó la mejilla y dejó escapar un sonido estrangulado:

—Lo que menos me apetece en este mundo es parar, pero quiero llevarte por ahí… que tengamos una cita o algo así. No quiero que todo lo demás ensombrezca lo que estamos a punto de hacer.

Daemon se apartó de mí (lo que pareció costarle un gran esfuerzo) y se tumbó con cuidado en su lado de la cama. Me rodeó la cintura con un brazo y me atrajo de nuevo hacia él. Me rozó la sien con los labios.

—¿Está bien?

Eché la cabeza hacia atrás y clavé la mirada en aquellos ojos verde oscuro. Aquello… aquello estaba más que bien. Me hicieron falta varios intentos para poder hablar, porque la emoción me atenazaba la garganta.

—Creo que tal vez te quiero.

Daemon me apretó con el brazo mientras me besaba la mejilla ruborizada.

—Ya te lo dije.

Esa no era la respuesta que esperaba.

Soltó una risita y se apoyó sobre el costado… bueno, más bien sobre mí.

—La apuesta… he ganado. Te dije que me confesarías que me quieres en Año Nuevo.

Le rodeé el cuello con los brazos y negué con la cabeza.

—No. Has perdido.

Daemon frunció el ceño.

—¿Por qué lo dices?

—Mira la hora. —Hice un gesto con la barbilla hacia el reloj—. Es más de medianoche. Estamos a dos de enero. Has perdido.

Se quedó mirando el reloj un momento, como si fuera un Arum al que estuviera a punto de hacer papilla, y luego me miró a los ojos y sonrió.

—No. No he perdido. Aun así gano.

33

Regresé a mi casa justo antes de las seis de la mañana, sintiéndome animada y… feliz. Tenía que ducharme y prepararme para ir a clase. A una parte de mí le parecía mal la sonrisa que adornaba mi cara. ¿Debía estar contenta después de todo lo ocurrido? No estaba segura. No parecía justo.

Y tenía que ver a Dee.

Cuando salí del baño lleno de vapor envuelta en una bata, no me sorprendió encontrar a Daemon recostado en mi cama, recién duchado y con otra muda de ropa. Había sentido su presencia en algún momento.

Me acerqué a la cama.

—¿Qué haces?

Dio una palmadita en el espacio que había a su lado y me subí de rodillas.

—Tenemos que mantenernos pegados las próximas semanas. No me sorprendería que el Departamento de Defensa se presentara en cualquier momento. Estamos más seguros juntos.

—¿Esa es la única razón?

Una sonrisa perezosa e indulgente se extendió por sus labios mientras me tiraba del cinturón de la bata.

—No es la única razón. Probablemente, la más inteligente, pero desde luego no la más apremiante.

Las cosas habían cambiado entre nosotros en cuestión de horas. La noche anterior hablamos un poco más… y también nos besamos más antes de quedarnos dormidos en los brazos del otro. Ahora había un ambiente de franqueza y colaboración entre nosotros. Daemon seguía siendo un auténtico sabelotodo. Y, sí, esa sonrisita arrogante todavía me irritaba.

Pero lo amaba.

Y aquel cretino también me amaba a mí.

Daemon se sentó y me colocó en su regazo. Luego me dio un beso en la frente.

—¿En qué estás pensando?

Hundí la cabeza en el espacio entre su hombro y su cuello.

—En muchas cosas. ¿Crees… crees que está mal sentirse feliz en este momento?

Sus brazos se apretaron a mi alrededor.

—Bueno, yo no les enviaría un mensaje a todos mis contactos ni nada por el estilo. —Puse los ojos en blanco—. Además, no soy completamente feliz. Creo que todavía no lo he asimilado todo. Adam era… —Se quedó callado mientras tragaba saliva.

—Era un tío genial —susurré—. No espero que Dee pueda perdonarme, pero quiero verla. Necesito asegurarme de que está bien.

—Te perdonará. Solo necesita tiempo. —Me rozó la sien con los labios y sentí una opresión en el corazón—. Dee sabe que intentaste advertirla. Me llamó cuando le dijiste que se fuera y yo les pedí a ella y a Adam que se mantuvieran apartados de aquí, pero aparcaron calle abajo y volvieron. Ellos tomaron esa decisión, y sé que Dee volvería a hacerlo.

Se me formó un nudo en la garganta.

—Hay tantas cosas que yo no volvería a hacer.

—Lo sé. —Me colocó dos dedos debajo de la barbilla y me levantó la cabeza—. No podemos centrarnos en eso ahora. No serviría de nada.

Me estiré y lo besé en los labios.

—Quiero ver a Dee después de clase.

—¿Qué vas a hacer a la hora de la comida?

—¿Aparte de comer? Nada.

—Bien. Nos la saltaremos.

—Para ir a ver a Dee, ¿verdad?

Su sonrisa se tornó traviesa.

—Sí, pero primero hay cosas que quiero hacer, y casi no nos queda tiempo.

Enarqué una ceja.

—¿Vas a intentar hacerle un hueco a una comida rápida?

—Tienes una mente muy sucia, gatita. Yo estaba pensando en que podríamos ir a dar un paseo o algo así.

—Qué gracioso —murmuré, y comencé a levantarme, pero me lo impidió.

—Dilo.

—¿El qué? —pregunté.

—Dime lo que me dijiste antes.

El corazón me subió a la garganta. Le había dicho un montón de cosas, pero sabía qué era lo que quería oír.

—Te quiero.

Los ojos se le oscurecieron y un segundo después me besó hasta que me dieron ganas de mandar al diablo todo el asunto ese de «hacerlo bien».

—Eso es lo único que necesito oír.

—¿Esas dos palabras?

—Siempre esas dos palabras.

La noticia del fallecimiento de Adam todavía no había llegado al instituto, y yo no pensaba contárselo a nadie más aparte de Lesa y Carissa. La historia era que había muerto en un accidente de coche. La policía lo respaldaría si alguien hacía preguntas. Mis amigas se lo tomaron como era de esperar. Hubo un montón de lágrimas, y de nuevo me sorprendió que a mí todavía me quedaran.

Daemon me dio con el boli una vez en clase para recordarme nuestros planes para la hora del almuerzo y luego otra más porque le apeteció. Un manto de culpa me siguió durante la mayoría de las clases de la mañana, alternándose con breves momentos de euforia. Sabía que, incluso si Dee me perdonaba, eso no cambiaría nada. Necesitaba aceptar el papel que había desempeñado en aquel asunto.

Pero también sabía que no podía dejar de vivir.

Cuando entré en clase de Biología, miré a Matthew a los ojos. Le temblaron los labios antes de abrir su libro. Lesa se mostró desacostumbradamente apagada debido a lo que le había contado. A media clase, el intercomunicador se encendió y la voz de la secretaria resonó:

—Señor Garrison, Katy Swartz debe acudir al despacho del

director.

Una punzada de inquietud me atravesó el estómago al coger la mochila. Me encogí de hombros como respuesta a la expresión de Lesa y le dirigí una mirada casi de pánico a Matthew mientras me encaminaba a la salida. Le envié un mensaje rápido a Daemon desde el móvil de mamá, que me había prestado esa mañana, para hacerle saber que me habían hecho ir a ver al director. No esperaba que me contestara. Ni siquiera estaba segura de que llevara el móvil encima.

La canosa secretaria lucía un peinado a lo Brigitte Bardot y un jersey rosa. Me apoyé en el mostrador, esperando a que levantara la vista. Cuando lo hizo, me miró entrecerrando los ojos a través de las gafas.

—¿En qué puedo ayudarte?

—Soy Katy. Creo que me han llamado para ver al director.

—¡Oh! Oh, sí, pasa, querida. —Había compasión en su voz mientras se ponía en pie. Se dirigió cojeando al despacho del director Plummer—. Por aquí.

No podía ver nada a través del cristal de las ventanas, así que no tenía ni idea de lo que me esperaba cuando la secretaria echó todo su peso sobre la puerta para abrirla. Descarté cualquier trabajo en el sistema educativo en el futuro si aquella mujer no había podido jubilarse a su edad.

El director Plummer estaba sentado detrás de su escritorio, sonriéndole a quienquiera que estuviera sentado al otro lado. Mi mirada siguió la suya y me asombró ver a Will.

—¿Qué pasa? —pregunté mientras retorcía el asa de la mochila contra el hombro.

Will se puso en pie de inmediato y se acercó rápidamente a mi lado. Me apretó la mano libre.

—Kellie ha tenido un accidente.

—No —creo que jadeé. Una abrumadora inquietud se apoderó de mí mientras lo miraba—. ¿Qué quieres decir? ¿Está bien?

Vi en su rostro una expresión afligida y demacrada cuando evitó mirarme a los ojos.

—Salió del trabajo esta mañana y creen que se encontró con una placa de hielo.

—¿Es muy grave? —Me tembló la voz.

En lo único en que podía pensar era en papá: papá en una cama de hospital, pálido y frágil, el olor a muerte que impregnaba las paredes y los murmullos de las enfermeras… y luego el maniquí en el ataúd que se parecía bastante a papá, pero que no podía ser él. Ahora todos esos recuerdos fueron reemplazados por otros de mamá. «Esto no puede estar pasando.»

Will me rodeó los hombros con un brazo y me hizo dar la vuelta con suavidad. Estábamos saliendo del despacho, pero yo no era consciente de nada de eso.

—Está en Urgencias. Es lo único que sé.

—Tienes que saber algo más. —No reconocí mi propia voz—. ¿Está despierta? ¿Puede hablar? ¿Necesita que la operen?

Will negó con la cabeza mientras abría la puerta. Fuera había dejado de nevar y los quitanieves estaban despejando el aparcamiento. El aire era gélido, pero yo no lo sentía. Estaba entumecida. Will me llevó a un todoterreno color habano que no reconocí. La inquietud despertó en mi interior y tuve una idea horrible. Me detuve a un par de metros del lado del pasajero.

—¿Tienes coche nuevo? —le pregunté.

Will frunció el ceño mientras abría la puerta.

—No. Uso este en invierno. Es perfecto para las carreteras cubiertas de nieve. He intentado convencer a tu madre para que se busque algo parecido, aparte de esa maldita caja de cerillas que tiene.

Asentí con la cabeza, sintiéndome estúpida y paranoica. Tenía sentido. Por aquí mucha gente tenía un vehículo «de invierno». Y, con todo lo que había ocurrido, había olvidado lo que había descubierto sobre Will: su enfermedad.

Entré y aferré la mochila contra el pecho después de abrocharme el cinturón de seguridad. Entonces me acordé de Daemon. Comprobé el teléfono y vi que todavía no me había contestado. Le envié otro mensaje rápido, diciéndole que mamá había tenido un accidente. Lo llamaría y le dejaría un mensaje más detallado en cuanto supiera… la gravedad del asunto.

Me quedé sin aliento al pensar en perderla.

Will se frotó las manos antes de darle a la llave. La radio se

encendió inmediatamente. Era un parte meteorológico. La voz del hombre que salía de los altavoces era alegre. Lo odié. Los meteorólogos estaban atentos a una tormenta que se estaba formando en el sur y que se esperaba que llegase a Virginia Occidental a principios de la próxima semana.

—¿En qué hospital está? —pregunté.

—En el Winchester —contestó mientras se giraba para coger algo del asiento trasero.

Mantuve la mirada al frente, intentando contener el pánico. «Se va a poner bien. Seguro que sí. No le pasará nada.» Me temblaban los labios. ¿Por qué no nos habíamos puesto en marcha de una vez?

—¿Katy?

Me di la vuelta hacia él.

—¿Qué?

—Lo siento mucho —dijo con rostro inexpresivo.

—Se va a poner bien, ¿no? —Volví a quedarme sin aliento. Quizá no estaba contándome la peor parte. Quizá estaba…

—Tu madre se pondrá bien.

No tuve tiempo para sentir alivio ni para preguntarle qué había querido decir. Will se inclinó hacia delante y vi una aguja larga y aterradora. Me eché hacia atrás en el asiento, pero no fui lo bastante rápida. Me clavó la aguja en un lado del cuello. Sentí un pinchazo y luego un frescor me corrió por las venas, seguido de una leve sensación de ardor.

Le aparté la mano, o eso me pareció. De cualquier forma, la aguja ya no estaba en su mano y Will me observaba con curiosidad. Me llevé una mano débil al cuello. No pude sentirme el pulso, pero este palpitaba desenfrenado en mi interior.

—¿Qué… qué me has hecho?

Will colocó las manos en el volante y salió del aparcamiento del instituto sin responder. Volví a preguntárselo. Al menos, eso creo, pero no estaba segura. La carretera se desdibujó formando un caleidoscopio blanco y gris. Mis dedos se deslizaron sobre la manilla de la puerta, pero no conseguí que me obedecieran, y luego no pude mantener los ojos abiertos.

Recurrir a la Fuente era completamente imposible. La oscuridad se fue apoderando de mi vista y me resistí con cada atisbo de fuerza

que me quedaba. Si perdía el conocimiento, sabía que todo habría acabado; pero no pude evitar que la cabeza se me inclinara hacia un lado.

Mi último pensamiento fue: «Hay infiltrados por todas partes».

34

Cuando volví en mí, la cabeza me martilleaba a lo bestia y tenía la boca seca. Ya me había sentido así antes, cuando una amiga y yo nos bebimos una botella entera de vino barato en una fiesta de pijamas. La diferencia era que entonces tuve calor y sudé, y ahora estaba congelándome.

Levanté la cabeza de la áspera manta donde tenía apoyada la mejilla y abrí los ojos con esfuerzo. Solo pude ver formas borrosas e indistinguibles durante varios minutos. Me incorporé apoyándome en las manos y me mareé.

Tenía los brazos y los pies desnudos. Alguien me había quitado el jersey, los zapatos y los calcetines, dejándome con la camiseta sin mangas y los vaqueros. Tenía la piel de gallina debido a que en aquel sitio estábamos casi bajo cero. Sabía que me encontraba en el interior de algún edificio. Pude deducirlo por el zumbido constante de las luces y las voces lejanas.

Al final, la vista se me aclaró, aunque casi hubiera preferido que siguiera borrosa.

Estaba en una jaula parecida a las que usan para los perros. Los barrotes de metal negro estaban separados lo suficiente para, tal vez, poder meter la mano. Levanté la mirada y me di cuenta de que no podría ponerme de pie ni tampoco tumbarme completamente recta sin tocar el metal. Había grilletes y cadenas colgando de la parte superior. Dos de ellos me aprisionaban los tobillos entumecidos y helados.

El pánico se apoderó de mí, haciéndome jadear, mientras miraba a mi alrededor frenéticamente. Estaba rodeada de jaulas. Una brillante sustancia de un tono negro rojizo cubría el interior de los barrotes situados más cerca de mí y la parte superior de los grilletes que me rodeaban los tobillos.

Me repetí a mí misma una y otra vez que debía mantener la calma, pero no estaba funcionando. Me deslicé sentada, enderezando la espalda todo lo que pude, y me llevé las manos a los tobillos para quitarme aquellas cosas. En cuanto toqué la parte superior del metal con los dedos, un dolor abrasador me subió por los brazos directo a la cabeza. Solté un chillido mientras apartaba las manos.

El terror me invadió, tragándome como una marea creciente. Intenté tocar los barrotes y me recorrió el mismo dolor punzante, tirándome de espaldas. Un grito escapó de mi garganta mientras me estremecía, con las manos pegadas al pecho. Ahora reconocía ese dolor. Era el mismo que había sentido cuando el fumador me colocó aquel objeto contra la mejilla.

Intenté invocar el poder que habitaba en mí. Podría volar esas jaulas en pedazos sin tocarlas. Pero no había nada en mi interior. Era como si estuviera vacía o desvinculada de la Fuente. Estaba indefensa, atrapada.

Un bulto de tela se movió en la jaula situada más cerca y se incorporó. Pero no era un bulto, sino una persona… una chica. El corazón me martilleó contra las costillas mientras la chica se sentaba y se apartaba unos grasientos mechones de largo pelo rubio de su pálida cara.

Se volvió hacia mí. Era de mi edad, más o menos. Un espantoso moratón azul rojizo le salía del nacimiento del pelo y le recorría la mejilla izquierda. Habría sido guapa si no estuviera tan flaca y desaliñada.

La chica suspiró, bajando la cara.

—Antes era muy guapa.

¿Me habría leído el pensamiento?

—Yo…

—Sí, puedo leerte el pensamiento. —Tenía la voz ronca y pastosa. Apartó la mirada, examinó las jaulas vacías y luego se concentró en las puertas dobles—. Supongo que eres como yo… propiedad de los Dédalos. ¿Conoces a algún extraterrestre? —Entonces se rió y apoyó la barbilla puntiaguda en las rodillas dobladas—. No tienes ni idea de por qué estás aquí.

¿Dédalos? ¿Qué diablos era eso?

—No. Ni siquiera sé dónde estoy.

La chica empezó a mecerse un poco.

—Estás en un almacén. Es una especie de zona de transporte. Pero no sé en qué Estado. Estaba desmayada cuando me trajeron. —Hizo un gesto con los dedos señalando el moratón—. No estaba integrándome.

Tragué saliva.

—Eres humana, ¿no?

Oí otra risa ahogada y triste.

—Ya no estoy segura del todo.

—¿El Departamento de Defensa está involucrado en esto? —le pregunté. «Sigue hablando.» No perdería la chaveta del todo si podía seguir hablando.

Mi compañera asintió con la cabeza.

—Sí y no. Los Dédalos sí; son parte del Departamento de Defensa. Y yo estoy aquí por ellos, pero tú… —Entrecerró los ojos. Eran castaño oscuro, casi negros—. Solo pude captar fragmentos de pensamientos de los tipos que te trajeron. Tú estás aquí por una razón diferente.

Qué tranquilizador.

—¿Cómo te llamas?

—Mo —contestó con voz ronca mientras se tocaba los labios secos—. Todo el mundo me llama Mo… o solían hacerlo. ¿Y tú?

—Katy. —Me arrastré para acercarme un poco más, con cuidado de no tocar la jaula—. ¿En qué no estabas integrándote?

—No estaba cooperando. —Mo bajó la cabeza, escondiendo la cara detrás de las greñas—. Creo que ni siquiera piensan que lo que hacen está mal. Para ellos, es como una gran zona gris. —Levantó la barbilla—. Tenían a otro aquí. Un chico. Pero no es como nosotros. Se lo llevaron justo después de traerte.

—¿Qué aspecto tenía? —pregunté, pensando en Dawson.

Antes de que pudiera responderme, una puerta se cerró en algún lugar fuera de aquella sala grande y fría. Mo se echó para atrás y se rodeó las rodillas dobladas con los delgados brazos.

—Hazte la dormida cuando vengan. El que te trajo no es tan malo como el resto. No te conviene provocarlos.

Pensé en el fumador y su compañero y se me revolvió el

estómago.

—¿Qu…?

—Calla —susurró—. Ya vienen. ¡Hazte la dormida!

No sabía qué otra cosa hacer, así que me fui a la parte posterior de la jaula y me tumbé con un brazo sobre la cara para poder echar un vistazo por debajo sin que me vieran.

La puerta se abrió y vi entrar en la habitación dos pares de piernas cubiertas con pantalones negros. No dijeron nada mientras se acercaban a nuestras jaulas. El corazón se me había acelerado de nuevo, empeorando el dolor de cabeza. Se detuvieron delante de la jaula de Mo.

—¿Hoy vas a comportarte? —preguntó uno de los hombres. Noté la risa en su voz—. ¿O vamos a tener que hacerlo por las malas?

—¿Tú qué crees? —soltó Mo.

El hombre se rió y se agachó. Le colgaban unas esposas negras de las manos.

—No queremos estropearte el otro lado de la cara, encanto.

—Habla por ti —refunfuñó el segundo hombre—. Esta zorra casi se carga cualquier posibilidad de que tenga hijos.

—Si vuelves a tocarme —dijo Mo—, lo haré.

El hombre abrió la jaula y Mo se les echó encima de inmediato. Pero no era rival para ellos. La agarraron por las piernas y la sacaron de la jaula hasta que quedó tendida en el frío suelo de cemento. El que la había insultado le dio la vuelta de manera violenta, pegándole la cara al suelo. Mo gruñó cuando la sujetó con una rodilla y la obligó a colocar los brazos a la espalda. Dejó escapar otro grito leve cuando le tiró de los brazos.

No podía quedarme quieta viendo aquello. Me incorporé, haciendo caso omiso de las náuseas.

—¡Basta! ¡Le estáis haciendo daño!

El que la sujetaba por la espalda frunció el ceño al verme.

—Fíjate, Ramírez. Ya está despierta.

—A esa hay que dejarla en paz —respondió Ramírez—. Ya nos pagan suficiente para fingir que no está aquí, Williams. Ponle esa cosa y larguémonos.

Williams se levantó de encima de Mo, se acercó a mi jaula y se

puso de rodillas para quedar a mi altura. No era muy mayor, tendría unos veintitantos años. La expresión de sus disolutos ojos azules me asustó más que las jaulas. ¿Ponerme el qué?

—Es guapa.

Me aparté, deseando cubrirme con las manos la fina tela de la camiseta.

—¿Por qué estoy aquí? —La voz me tembló a pesar de que lo miré a los ojos.

Williams se echó a reír mientras miraba por encima del hombro.

—Escúchala, haciendo preguntas.

—Déjala en paz. —Ramírez puso en pie a la otra chica, que permanecía en silencio. Mo tenía la cabeza agachada y el pelo le cubría la cara—. Tenemos que llevar a esta de vuelta al centro. Vamos.

—Podríamos borrarle el cerebro y divertirnos un rato.

Me eché hacia atrás ante aquella sugerencia. ¿Podían hacer algo así? ¿Borrarme los recuerdos? Lo único que tenía eran mis recuerdos. Mi mirada iba veloz de uno a otro hombre.

Ramírez soltó una palabrota entre dientes.

—Hazlo de una vez, Williams.

Cuando Williams empezó a ponerse de pie, retrocedí a gatas.

—Espera. ¡Espera! ¿Por qué estoy aquí?

Williams abrió la puerta de la jaula con una llave pequeña y agarró las cadenas. Les dio un tirón y caí de espaldas.

—No tengo ni idea de lo que quiere de ti, y la verdad es que me da igual. —Volvió a tirar de la cadena—. Ahora pórtate bien.

Para demostrarle lo que opinaba de esa sugerencia, le solté una patada. Si pudiera escapar de él… Le di con el pie debajo del mentón, echándole la cabeza hacia atrás. Williams respondió propinándome un puñetazo en el estómago que me dobló en dos. Jadeé mientras me agarraba por las muñecas a la vez que cogía las esposas de la parte superior de la jaula y tiraba para que la cadena unida a ellas llegara al suelo.

—¡No! —gritó Mo—. ¡No!

El miedo que oí en su voz aumentó el mío y volví a forcejear. No sirvió de nada. Williams me colocó las esposas alrededor de las muñecas y el mundo estalló en dolor. Empecé a gritar.

Y no paré.

Mis gritos solo se apagaron cuando ya no pude emitir nada más fuerte que un susurro áspero. Sentía como si tuviera la garganta en carne viva. Ahora solo escapaban de mis labios gemidos y quejidos incontrolables.

Habían pasado horas desde que los hombres se fueron con Mo. Horas sin nada más que un dolor hirviente y abrasador que me subía por los brazos y me rebotaba en el cráneo. Era como si me arrancaran continuamente la piel, desgarrándomela para llegar a algo que había debajo.

Perdí el conocimiento de manera intermitente. Aquellos momentos de nada eran pura dicha, un corto respiro que terminaba demasiado pronto. Al despertar, me encontraba atrapada en un mundo donde el dolor amenazaba con acabar con mi cordura. Muchas veces, pensé que terminaría matándome. Aquello tenía que acabar en algún momento, pero las olas de dolor continuaban llegando, cubriéndome, asfixiándome.

También me había quedado sin lágrimas cuando se detuvieron mis gritos. Intentaba no moverme ni sacudirme cuando el dolor aumentaba de pronto. Eso solo lo empeoraba. Ya no tenía frío. Tal vez porque ahora lo único que podía sentir era el tormento que me infligía lo que fuera que recubriera las esposas.

Sin embargo, a lo largo de todo ese martirio, nunca deseé morir. Quería sobrevivir.

En algún momento, las puertas se abrieron. Demasiado agotada para levantar la cabeza, mantuve la vista clavada en las vigas de metal (sin verlas realmente) a través de los barrotes. ¿Me quitarían las esposas? No iba a hacerme demasiadas ilusiones.

—Katy…

Bajé la vista y capté el pelo entrecano, el rostro atractivo y la sonrisa que le había permitido meterse en mi vida y en la cama de mi madre. El novio de mamá… el primer hombre en el que se había fijado desde la muerte de mi padre. Creo que estaba enamorada de él. Aquello era lo que hacía que todo fuera mucho peor. No me importaba lo que significara para mí. Ya tenía mis sospechas, y también estaba la renuencia a que ocupara el lugar de papá, pero

mamá… Eso la mataría.

—¿Cómo lo llevas? —me preguntó, como si de verdad le importara—. Tengo entendido que ese revestimiento es doloroso para los que son como tú y los Luxen. Es prácticamente lo único que puede incapacitar por completo tanto a los Luxen como a los mutados. El ónice mezclado con otras cuantas piedras, como los rubíes, provoca esa reacción tan extraña. Es como si dos fotones rebotaran uno contra otro, buscando una salida. Eso es lo que les está haciendo a tus células mutadas.

Se ajustó la corbata, aflojándosela alrededor del cuello.

—Yo soy lo que el Departamento de Defensa llama un infiltrado, aunque estoy seguro de que a estas alturas ya te lo habías imaginado. Eres una chica lista, pero probablemente estarás preguntándote cómo lo supe. La noche que te llevaron a emergencias después de que te atacaran, te recuperaste demasiado rápido. Y el Departamento de Defensa ya te tenía vigilada por tu proximidad con los Black.

Y, como era médico… caramba, sabría de inmediato si alguien sanaba anormalmente rápido. La indignación se apoderó de mí como si fuera una enfermedad. Tuve que intentarlo varias veces antes de conseguir pronunciar unas palabras roncas:

—¿Empezaste a… salir con mi madre… solo para poder… vigilarme? —Cuando me guiñó un ojo, quise vomitar—. Hijo de… puta.

—Bueno, salir con tu madre tuvo sus ventajas. No me malinterpretes. Le tengo cariño. Es una mujer encantadora, pero…

Deseé hacerle mucho, mucho daño.

—¿Les… contaste lo de… Dawson y Bethany?

Me sonrió, mostrando sus dientes blancos y perfectos.

—El Departamento de Defensa ya los tenía vigilados. Lo hacen cada vez que un Luxen entabla relación con un humano, con la esperanza de que el Luxen mute al humano. Yo me alojaba en casa de sus padres cuando regresó de la excursión. Tuve mis sospechas, y acerté.

—Estabas… estabas enfermo.

Algo oscuro se reflejó en sus ojos.

—Vaya, veo que has estado investigando. —Cuando no dije

nada, sonrió con suficiencia—. Y nunca volveré a enfermar.

Parpadeé. Había vendido a su única familia.

—Primero los atraje… y bueno, ya sabemos lo que ocurrió después. —Se arrodilló e inclinó la cabeza hacia un lado—. Pero tú eres diferente. La fiebre fue más alta, respondiste al suero de manera milagrosa, y eres más fuerte que Bethany.

—¿Suero?

—Sí. Se llama Dédalo, por la división del Departamento de Defensa que supervisa a los humanos mutados. Llevan años trabajando en él. Es una mezcla de ADN humano y extraterrestre. Te lo inyecté cuando te pusiste enferma. —Soltó una carcajada—. Vamos, ¿pensabas que sobrevivirías a una mutación de esa magnitud sin ayuda?

Dios mío…

—No todos los humanos mutados sobreviven al cambio o a la vacuna de refuerzo desarrollada para aumentar sus habilidades. Eso es lo que intentan averiguar los Dédalos. Por qué solo algunos (como tú, Bethany y Blake) reaccionan favorablemente a la mutación y otros no. Y, en cuanto a ti, tengo entendido que eres asombrosa en ese aspecto.

¿Me había inyectado algo? Me sentía violada a un nivel completamente nuevo. La rabia continuó aumentando en mi interior, eclipsando el dolor.

—¿Por qué? —pregunté con voz ronca.

Will parecía satisfecho, entusiasmado.

—Es bastante simple. Daemon tiene algo que yo quiero y tú te asegurarás de que se comporte el tiempo suficiente para que esta reunión termine de manera beneficiosa para ambas partes. Y tengo algo, además de a ti, por lo que él haría cualquier cosa.

—Te… matará —logré decir, haciendo una mueca de dolor.

—Lo dudo. No deberías hablar —comentó tranquilamente—. Creo que te has dañado de manera permanente las cuerdas vocales. Llevo un rato abajo, esperando a que dejaras de gritar.

¿Abajo? Entonces comprendí que probablemente estuviéramos en el almacén que Daemon pretendía investigar la noche que nos encontramos con los agentes. Me moví inquieta y gemí cuando Will hizo que las esposas entraran más en contacto con mi piel. Debí de

perder el conocimiento unos segundos, porque cuando abrí los ojos Will se había inclinado hacia mí.

—¿Sabías que el poder curativo de los Luxen es más fuerte cuando una persona está herida y que los efectos se debilitan cuanto más tiempo pase entre el daño y la curación? Así que creo que no va a poder solucionar lo de tu voz.

Realicé una inspiración dolorosa y entrecortada que me abrasó la garganta.

—Que te… jodan.

Will se rió.

—No te enfades, Katy. No voy a hacerle daño. Ni a ti. Solo te necesito dócil mientras Daemon y yo negociamos. Y, si coopera, ambos saldréis vivos de este edificio.

Una inesperada descarga de dolor me recorrió y el cuerpo se me puso rígido mientras dejaba escapar un grito ahogado. Era como si mis células rebotaran de verdad unas contra otras, intentando escapar.

Will se puso en pie, apretando los puños a los costados.

—Este fin de semana casi pensé que lo había perdido todo. Puedes imaginarte lo mucho que me cabreé cuando me enteré de que Vaughn había muerto. Se suponía que iba a traerte hasta mí ese día. Ese pobre chico no tenía ni idea de que su propio tío estaba saboteando lo que Nancy le había ordenado hacer.

Se rió mientras pasaba los dedos por los barrotes.

—Pensándolo bien, era una situación bastante complicada. Vaughn sabía que Nancy se enfadaría y seguramente se vengaría con el amiguito extraterrestre de Blake. Aunque yo no soy quién para decir nada, puesto que entregué a Bethany y Dawson. Debería haberlo intentado con ellos, pero no lo pensé. Dawson se parece mucho a su hermano. Habría hecho cualquier cosa por Bethany.

La rabia se abrió paso a través del dolor, ardiendo con la misma intensidad.

—Eres…

Will se detuvo en la parte delantera de la jaula.

—Que yo sepa, todavía no ha funcionado.

No tenía ni la más remota idea de lo que estaba hablando, pero las piezas empezaron a encajar. Will había traicionado a su propia

sobrina. Los recibos de transferencias bancarias tenían sentido. Había estado pagándole a Vaughn, pero ¿para qué? No lo sabía. Fuera lo que fuese, era suficiente para que Vaughn fuera en contra del Departamento de Defensa y también explicaba por qué había impedido que Blake le contara a Nancy mis progresos.

—No te preocupes. Daemon es listo. —Will le dio la vuelta a mi viejo móvil, sonriendo—. Ha contestado. Y digamos que mi respuesta lo conducirá hasta nosotros.

Me concentré a través del dolor, prestando atención a lo que me decía.

—¿Qué… quieres de él?

Will tiró el teléfono a un lado y agarró los barrotes de tortura. Me miró a los ojos y vi ese entusiasmo de nuevo, el asombro infantil.

—Quiero que me mute.

35

Había esperado un montón de cosas. Como que tal vez quisiera que Daemon aniquilara una ciudad entera o robara un banco, pero ¿mutarlo? Si no hubiese estado sufriendo un dolor atroz, me habría reído de algo tan absurdo.

Will debió de notar lo que estaba pensando, porque puso mala cara.

—Tú no tienes ni idea de lo que eres capaz de hacer. ¿Qué importan el dinero y el prestigio cuando posees el poder para obligar a la gente a acatar tu voluntad? ¿Cuando nunca enfermas? ¿Cuando ningún humano ni ninguna forma de vida extraterrestre pueden detenerte? —Se le pusieron los nudillos blancos—. Tú no lo entiendes, niña. Sé que viste cómo tu padre sucumbía al cáncer, y estoy seguro de que fue horrible para ti, pero aun así no tienes ni idea de lo que se siente cuando tu cuerpo se vuelve contra ti, cuando cada día es una batalla simplemente para sobrevivir. —Se apartó de los barrotes—. Estar enfermo y a punto de morir cambia a las personas, Katy. Haré cualquier cosa para no volver a sentirme nunca tan débil, tan indefenso. Y creo que tu padre, si le hubieran dado la oportunidad, habría estado de acuerdo conmigo.

Me estremecí.

—Mi padre nunca… le habría hecho daño a otra persona…

Will sonrió.

—Tu ingenuidad es adorable.

No era ingenuidad. Conocía a mi padre, y lo que haría. Otra oleada de puro dolor me obligó a cerrar los ojos. A medida que retrocedía, surgió una sensación diferente.

Daemon estaba allí.

Dirigí la mirada rápidamente hacia la puerta, y Will se volvió con expectación, aunque no se había oído ni el más mínimo ruido.

—Está aquí, ¿verdad? Puedes sentirlo. —Su tono estaba teñido de alivio—. Todos sospechábamos de él, pero podíamos estar equivocados. Solo cuando Blake acabó con Adam y casi con Dee, pudimos confirmar que había sido Daemon.

Volvió a mirarme.

—Agradece que la cadena de pruebas acabe conmigo. Cuando terminemos con esto, todos saldremos bien parados. Si Nancy se entera de lo que hemos hecho, ninguno de vosotros saldrá de aquí esta noche. —Echó una mirada por encima del hombro—. Tienes que recordar una dirección. El 1452 de la calle Hopes en Moorefield. Allí encontrará lo que está buscando. Tiene hasta medianoche, luego habrá perdido la oportunidad.

Recordaba la dirección por la hoja de papel que había encontrado, pero aquello era un tema discutible, porque estaba segura de que Daemon iba a hacer pedazos a Will.

Justo en ese momento, las puertas dobles se abrieron y chocaron contra las blancas paredes de cemento. Daemon atravesó la entrada con la cabeza baja y los ojos brillantes. Incluso en mi estado, pude sentir el poder que irradiaba de él. No era un poder Luxen, sino humano: nacido de la desesperación y la pena.

Miró a Will y apartó el rostro rápidamente. Buscó mi mirada y la sostuvo. Una multitud de emociones cruzó su rostro. Intenté decir algo e inconscientemente quise acercarme a él. Aquel movimiento involuntario hizo que el ónice de las esposas entrara en mayor contacto con mi piel. Me estremecí en el suelo de la jaula, con la boca abierta en un grito mudo.

Daemon se lanzó hacia delante, pero no tan rápido como lo haría normalmente. Agarró los barrotes y luego apartó la mano con un siseo.

—¿Qué es esto? —Se miró las manos y luego de nuevo a mí. El dolor fracturó la luz de sus ojos.

—Ónice mezclado con rubí y hematita —respondió Will—. Una bonita combinación que no les sienta bien a los Luxen ni a los híbridos.

Daemon miró a Will.

—Voy a matarte.

—No, no lo creo. —Aunque Will había retrocedido, demostrando

que no confiaba del todo en su plan—. Todas las entradas de este edificio están cubiertas de ónice, así que sé que no puedes canalizar tu poder ni utilizar la luz. También tengo las llaves de la jaula y las esposas. Y yo soy el único que puede tocarlas.

Daemon soltó un gruñido desde el fondo de la garganta.

—Tal vez no sea ahora, pero lo haré. Puedes estar seguro.

—Y tú puedes estar seguro de que estaré preparado cuando llegue ese día. —Will me miró, arqueando una ceja—. Ya lleva un rato ahí dentro. Supongo que entiendes lo que eso significa. ¿Acabamos con esto?

Daemon lo ignoró, se acercó al otro lado de la jaula y se arrodilló. Volví la cabeza hacia él y sus ojos examinaron cada centímetro de mi cuerpo.

—Voy a sacarte de ahí, gatita. Te lo juro.

—Por muy dulce que me parezca tu declaración, la única forma de sacarla de ahí es hacer lo que yo te diga, y solo disponemos de… —comprobó su Rolex— unos treinta minutos antes de que llegue la próxima ronda de agentes. Y, mientras que yo tengo toda la intención de dejaros ir a los dos, ellos no opinarán lo mismo.

Daemon levantó la cabeza, apretando la mandíbula.

—¿Qué quieres?

—Quiero que me mutes.

Se quedó mirando a Will un momento y luego soltó una tétrica carcajada.

—¿Estás mal de la cabeza?

Will entrecerró los ojos.

—No tengo que explicártelo todo. Ella sabe el motivo y puede ponerte al corriente. Quiero que me cambies. —Pasó una mano por encima de la jaula y agarró el manojo de cadenas—. Quiero convertirme en lo que es ella.

—No puedo mover la nariz y hacer que ocurra así sin más.

—Ya sé cómo funciona —repuso con desdén—. Tengo que estar herido. Tienes que curarme y yo puedo ocuparme del resto.

Daemon negó con la cabeza.

—¿Qué es el resto?

Una vez más, Will me miró y sonrió.

—Katy también puede aclararte eso.

—Vas a aclarármelo tú ahora mismo —gruñó Daemon.

—O no. —Will tiró de las cadenas y me doblé. Mi grito no fue más que un quejido, pero Daemon se puso en pie de golpe.

—¡Basta! —rugió—. Suelta las cadenas.

—Pero si ni siquiera has oído lo que te ofrezco. —Levantó las malditas cadenas y me ahogué en un mar de dolor.

Me desmayé unos segundos y, cuando desperté, vi a Daemon en la parte delantera de la jaula, con los ojos muy abiertos y llenos de desesperación.

—Suelta las cadenas —dijo—. Por favor.

Se me rompió el corazón. Daemon nunca suplicaba.

Will soltó las cadenas y me desplomé contra la jaula. El dolor seguía allí, pero no era nada comparado con lo que había sido segundos antes.

—Eso está mucho mejor. —Will se acercó a la jaula en la que había estado Mo—. Este es el trato. Mútame, y te daré la llave de la jaula. Pero no soy idiota.

—¿De verdad? —se burló Daemon.

Al hombre le tembló el labio.

—Tengo que asegurarme de que no vendrás a por mí cuando me marche. Y sé que lo harás en cuanto ella esté fuera de esa jaula.

—¿Tan predecible soy? —Sonrió, petulante, y su postura cambió, adoptando aquel aire arrogante tan característico en él; pero yo sabía que por dentro estaba en tensión y listo para actuar—. Creo que voy a tener que mejorar.

Will dejó escapar un suspiro de exasperación.

—Cuando me marche, no me seguirás. Disponemos de menos de veinte minutos para hacer esto, y luego solo tendrás otros treinta, más o menos, para ir a la dirección que le he dado a Katy.

Daemon me echó una mirada rápida.

—¿Esto es una búsqueda del tesoro? Me encanta.

«Siempre dándoselas de listillo —pensé—, incluso en las peores situaciones.» Creo que era una de las cosas que me hacían quererlo.

—Puede ser. —Will se le acercó despacio y se sacó una pistola de la espalda. Daemon simplemente enarcó una ceja, mientras que a mí me dio un vuelco el corazón—. Tendrás que tomar una decisión después de sacarla de la jaula. Puedes venir a por mí o puedes

conseguir lo único que siempre has deseado.

—¿El qué? ¿Un tatuaje de tu cara en mi culo?

Las mejillas de Will se tiñeron de rojo por la ira.

—A tu hermano.

Toda la arrogancia de Daemon se desvaneció. Dio un paso atrás.

—¿Qué?

—He pagado un montón de dinero para ponerlo en una posición de la que podría «escapar». Además, dudo mucho que lo busquen. —Will sonrió con frialdad—. Ha demostrado ser bastante inútil. Pero tú… tú, por otro lado, eres más fuerte. Tú tendrás éxito donde él ha fracasado una y otra vez.

Me humedecí los labios secos.

—¿Fracasado… en qué?

Daemon giró la cabeza bruscamente hacia mí, entrecerrando los ojos al oír mi voz, pero Will contestó:

—Llevan años obligándolo a mutar a humanos. Pero no ha funcionado. No es tan fuerte como tú, Daemon. Tú eres diferente.

Daemon respiró hondo. Will le estaba ofreciendo todo lo que siempre había querido: a su hermano. Nunca rechazaría algo así. Y se esforzaba por no mostrar ninguna emoción. Para Will, su rostro se mantuvo inexpresivo; pero yo reconocí la leve tensión en la mandíbula, la forma en que sus ojos parpadearon y la línea apretada de su boca. Estaba atrapado entre la euforia y la idea de que estaría creando a alguien que podría acabar destruyendo a los que amaba. Y alguien que estaría irrevocablemente ligado a él… y a mí. Si Daemon curaba a Will, sus vidas se unirían.

—Preferiría darte caza y romperte todos los huesos del cuerpo por lo que has hecho —dijo Daemon por fin—. Arrancarte la carne del cuerpo lentamente y luego hacértela tragar por hacerle daño a Kat. Pero mi hermano significa más que la venganza.

Will palideció, visiblemente afectado por aquellas palabras.

—Esperaba que tomaras esa decisión.

—Sabes que tienes que estar herido para que esto funcione, ¿no?

Will asintió con la cabeza y se apuntó a la pierna con la pistola.

—Ya lo sé.

Daemon parecía decepcionado.

—Estaba esperando ser yo el que infligiera los daños.

—Pues no va a ser así.

Lo que sucedió a continuación fue realmente macabro. Una parte de mí quiso apartar la mirada o ceder al dolor, pero no lo hice. Vi cómo Will echaba el brazo hacia atrás y luego, después de unos segundos, se disparaba en la pierna. No dijo absolutamente nada. Había algo raro en aquel hombre, aparte de lo obvio; pero luego Daemon le colocó una mano sobre el brazo. El ónice no bloqueó sus poderes curativos. Daemon podría haber dejado que se desangrara, pero el ónice le impediría sacarme.

Me desmayé de nuevo, incapaz de seguir luchando contra el dolor. Cuando recobré el conocimiento, vi a Will descorriendo el pestillo de la puerta de la jaula. Se acercó a mí, sin un solo rasguño, y abrió las cadenas. Las esposas cayeron de mis muñecas y casi lloro de alivio.

Will me miró a los ojos.

—Te sugiero que no le cuentes esto a tu madre. La mataría, ya lo sabes. —Sonrió, pues había conseguido lo que quería—. Cuídate, Katy.

A continuación, salió de la jaula y de la habitación. No sabía cuánto tiempo nos quedaba. No podían ser más de diez minutos. Intenté sentarme, pero me fallaron los brazos.

—Daemon…

—Estoy aquí. —Y ahí estaba. Entró con cuidado en la jaula y me ayudó a salir—. Te tengo, gatita. Ya se ha acabado.

Noté en sus manos la calidez curativa, que avivó las pocas fuerzas que me quedaban. Cuando me depositó sobre mis pies fuera de la jaula, podía sostenerme sola y le aparté las manos con suavidad. Sabía que no estaba al cien por cien de sus fuerzas después de curar a Will. Además, había agentes en camino y un tiempo limitado para llegar hasta Dawson.

—Estoy bien —susurré con voz ronca.

Daemon emitió un sonido profundo mientras me aferraba las mejillas y me cubría los labios con los suyos. Cerré los ojos y me hundí en aquella caricia. Cuando se apartó, los dos estábamos sin aliento.

—¿Qué has hecho? —pregunté, e hice una mueca al oír el sonido de mi voz.

Daemon apretó su frente contra la mía y sentí su media sonrisa contra mis labios.

—Para que la mutación funcione, ambas partes tienen que desearlo, gatita. ¿Recuerdas lo que dijo Matthew? No he puesto todo de mi parte, ya me entiendes. Eso por no mencionar que tenía que estar muriéndose o casi. Es probable que la mutación no haya surtido efecto. Por lo menos, no hasta el punto que él cree.

Me reí a pesar de todo y el sonido fue áspero.

—Eres un genio del mal.

—Soy un genio en general —respondió mientras me recorría con la mirada y entrelazaba sus dedos con los míos—. ¿Seguro que estás bien? Tu voz…

—Sí —susurré—. Me pondré bien.

Me dio otro beso, suave y profundo, que borró la mayor parte de las horas que había pasado allí; aunque estaba segura de que persistirían algún tiempo, resurgiendo de vez en cuando, como la mayoría de las cosas desagradables. Sin embargo, por un momento, no nos encontrábamos en un lugar tan horrible, no teníamos aquel reloj gigante marcando el inexorable paso del tiempo sobre nuestras cabezas y yo me sentía segura en sus brazos. Preciada, amada. Estábamos juntos. Dos mitades del mismo átomo que se habían reunido para formar uno solo que era infinitamente más fuerte.

Daemon suspiró contra mi boca y luego sentí que sus labios se curvaban en una sonrisa real.

—Ahora vayamos a buscar a mi hermano.

36

Mis botas y mi jersey estaban en paradero desconocido, así que Daemon me pasó el suyo por encima de la cabeza, con lo que él se quedó con una camiseta fina de algodón y vaqueros. No podíamos hacer nada con respecto a los zapatos. Pero había sobrevivido. En realidad, tener los pies helados era agradable comparado con lo que acababa de experimentar.

Sin tiempo que perder, Daemon me cogió en brazos y salió corriendo del almacén. Una vez fuera y sin verse afectado ya por el ónice, sentí el cortante viento contra las mejillas cuando cogió velocidad. Segundos después, estaba abrochándome el cinturón en el asiento del pasajero de su todoterreno.

—Puedo sola —murmuré mientras obligaba a mis dedos a sujetar el metal.

Daemon vaciló al ver que me temblaban las manos y luego asintió con la cabeza. En un abrir y cerrar de ojos, ya estaba detrás del volante y girando la llave.

—¿Lista?

Cuando el cinturón se enganchó en su sitio, me recosté contra el asiento, sin aliento. El ónice había hecho algo más que bloquear la Fuente. Me sentía como si hubiera escalado el monte Everest llevando un peso de cincuenta kilos atado a la espalda. No entendía cómo Daemon todavía iba a toda máquina, sobre todo después de la labor de curación con Will, aunque hubiera admitido que había sido una chapuza.

—Podrías dejarme —dije cuando caí en la cuenta—. Irías más rápido… sin mí.

Daemon enarcó las cejas mientras rodeaba con cuidado los contenedores de basura.

—No pienso dejarte.

Yo sabía cuánto deseaba llegar hasta el edificio de oficinas… hasta Dawson.

—No me pasará nada. Puedo quedarme en el coche y… tú puedes hacer la cosa esa de la supervelocidad.

Daemon negó con la cabeza.

—Ni hablar. Tenemos tiempo.

—Pero…

—Que no, Kat. —Pisó a fondo en cuanto salió del aparcamiento —. No voy a dejarte sola. Ni por un segundo, ¿está claro? Tenemos tiempo. —Se apartó el pelo de la frente con una mano mientras apretaba la mandíbula con fuerza—. Cuando recibí el mensaje sobre lo de tu madre y luego no me contestaste, pensé que tal vez ya estabas en el hospital en Winchester; así que llamé, y cuando me dijeron que tu madre no estaba ingresada…

El alivio me inundó. Mamá estaba bien.

Daemon negó con la cabeza.

—Pensé lo peor… creí que te tenían. Y estaba dispuesto a hacer pedazos este maldito pueblo. Pero luego me llegó el mensaje de Will… Así que no, no pienso perderte de vista.

Sentí una opresión en el pecho. Mientras yo era presa del pánico en aquella jaula, no había tenido tiempo de considerar que Daemon era consciente de todo lo que estaba pasando; pero ahora sabía que esas horas debían de haber sido un infierno para él, una repetición de los días posteriores a la supuesta muerte de Dawson. Se me partió el corazón al pensarlo.

—Estoy bien —susurré.

Me miró de reojo mientras aceleraba por la carretera principal en dirección este. Si no nos paraban por exceso de velocidad, sería un milagro.

—¿De verdad?

Asentí con la cabeza en lugar de hablar porque tenía la sensación de que le afectaría oír mi voz dañada.

—Ónice —dijo aferrando el volante—. Hacía años que no lo veía.

—¿Sabías lo que hacía? —Si mantenía la voz baja casi no sonaba áspera.

—Cuando nos estábamos integrando, los vi usarlo con aquellos

que causaban problemas, aunque yo era joven. Pero, de todas formas, debería haberlo reconocido en cuanto lo vi. Lo que pasa es que nunca lo había visto así: en barrotes y cadenas. Y tampoco sabía que te afectaría a ti de la misma forma.

—Fue… —Me quedé callada mientras respiraba hondo.

Había sido el dolor más atroz que jamás había experimentado. Supuse que era como dar a luz, más una cirugía sin anestesia. Como si las células mutadas de debajo de mi piel intentaran liberarse, rebotando entre sí. Como si me desgarraran desde dentro… Al menos, eso me había parecido.

La idea de que otra persona pasara por eso me provocó un nudo en el estómago. ¿Controlaban así a los Luxen que causaban problemas? Era inhumano y una tortura. No hacía falta mucha imaginación para pensar que así habrían estado controlando a Dawson… y al amigo de Blake. ¿Y habían retenido a Dawson durante más de un año y a Chris quién sabe cuánto?

Horas… Yo solo había pasado horas en la jaula con el ónice. Horas que permanecerían conmigo hasta que exhalara mi último aliento. Pero solo habían sido horas, mientras que era probable que otros hubieran pasado años. Durante aquellas horas, algunas partes de mi alma se habían oscurecido… endurecido. Hubo momentos en los que habría hecho cualquier cosa para que parase. Sabiendo eso, no podía ni imaginarme lo que les habría hecho a otros… y a Dawson.

La ansiedad se apoderó de mí. No podría soportar que Daemon pasara por eso. Enjaulado y sufriendo sin un final a la vista… La desesperanza que acabaría invadiéndolo, el dolor que lo convertiría en una persona diferente. No me veía capaz de poder vivir con eso.

—¿Kat? —Su voz estaba cargada de preocupación.

Esas horas y lo que había aprendido en ese tiempo me habían cambiado. No. Ya había empezado a cambiar antes de eso: había pasado de ser alguien que odiaba los enfrentamientos a alguien que quería entrenar y conseguir poder para luchar… y matar. Mentirles a las personas que me importaban se había convertido en algo que hacía de forma natural, cuando antes siempre había sido una persona bastante honesta. Era para protegerlas, sí, pero mentir era mentir. Ahora era más audaz, más valiente. Algunas partes de mí

también habían cambiado para mejor.

Y sabía, sin lugar a dudas, que mataría para proteger a Daemon y a mis seres queridos sin vacilar ni un momento. La antigua Katy no podría entenderlo.

Las cosas ya no eran blancas o negras, sino de un tono gris: mi brújula moral se había vuelto ambigua.

Necesitaba que Daemon supiera algo.

—Blake y yo no somos muy diferentes.

—¿Qué? —Me miró bruscamente—. Tú no te pareces en nada a ese hijo de…

—Sí nos parecemos. —Me volví hacia él—. Hizo lo que hizo para proteger a Chris. Traicionó, mintió, mató. Ahora lo entiendo. No significa que nada de lo que hizo estuviera bien, pero lo entiendo. Yo… yo haría cualquier cosa para protegerte.

Se quedó mirándome mientras lo que yo no había llegado a decir flotaba en el aire entre nosotros. No estaba segura de si me había convertido en una versión mejor de mí misma o no. Y tampoco estaba segura de si eso cambiaría la forma en la que Daemon me veía, pero tenía que saberlo.

Daemon estiró una mano y entrelazó sus dedos con los míos. Se mantuvo concentrado en la oscura carretera mientras apretaba nuestras manos unidas contra su muslo y las mantenía allí.

—Aun así, no te pareces en nada a él, porque al final no le harías daño a alguien inocente. Tú tomarías la decisión correcta.

Yo no estaba tan segura de eso, pero su fe en mí me llenó los cansados ojos de lágrimas. Parpadeé para contenerlas y le apreté la mano. Daemon no lo dijo, pero yo sabía que él no tomaría la «decisión correcta» si alguien a quien quería estuviera en peligro. No había tomado la «decisión correcta» cuando los dos agentes del Departamento de Defensa nos sorprendieron en el almacén.

—En cuanto a Will, ¿qué… qué crees que le pasará?

Daemon soltó un gruñido.

—Dios, quiero ir a por él, pero hicimos un trato. En el peor de los casos, se cabreará cuando la mutación desaparezca y volverá a por nosotros. Si pasa eso, me encargaré de él.

Enarqué las cejas. Para mí, el peor de los casos sería que regresara de cualquier forma (normal, mutado o lo que sea) y

volviera a acercarse a mi madre.

—¿Crees que es imposible que la mutación permanezca?

—Sí, siempre y cuando Matthew tenga razón. Me refiero a que quería hacerlo para sacarte de ahí, pero no era ese tipo de deseo auténtico y profundo. Se rozó una arteria, pero no estaba muriéndose. —Me miró un momento—. Ya sé lo que estás pensando. Que si mutó, estamos conectados a él.

Curar a Will sin saber con certeza cuál sería el resultado suponía un riesgo y un sacrificio enormes para Daemon.

—Sí —admití.

—Ahora no podemos hacer nada al respecto, salvo esperar.

—Gracias. —Carraspeé, pero no sirvió de nada—. Gracias por sacarme de allí.

Daemon no respondió, pero sus dedos apretándome los míos me anclaban a la realidad. Le hablé de los Dédalos; pero, como esperaba, no sabía nada de ellos. La pequeña charla que mantuvimos de camino al edificio de oficinas debilitó aún más mi voz y, cada vez que mis palabras terminaban con una nota áspera, Daemon se estremecía. Apoyé la cabeza contra el respaldo a la vez que obligaba a mis ojos a permanecer abiertos.

—¿Estás bien? —me preguntó Daemon mientras nos acercábamos a la calle Hopes.

Esbocé una sonrisa temblorosa.

—Sí. No te preocupes por mí ahora. Todo…

—Todo está a punto de cambiar.

Paró en la parte posterior del aparcamiento, frenando en seco. Se soltó la mano y apagó el motor. Respiró hondo mientras le echaba un vistazo al reloj en el salpicadero. Nos quedaban cinco minutos.

Cinco minutos para sacar a Dawson de allí si lo que Will había dicho era verdad. Cinco minutos no eran, ni de lejos, tiempo suficiente para prepararse para aquello.

Me quité el cinturón de seguridad haciendo caso omiso del cansancio que se había apoderado de mis huesos.

—Vamos.

Daemon parpadeó.

—No tienes que entrar conmigo. Sé… que estás cansada.

Ni de coña iba a dejar que Daemon se enfrentara a aquello solo. Ninguno de nosotros tenía la menor idea de lo que nos aguardaba allí dentro, de en qué condiciones estaría Dawson. Abrí la puerta e hice un gesto de dolor al sentir como si miles de alfileres y agujas se me clavaran en los pies. Daemon apareció a mi lado en un segundo y me cogió de la mano mientras bajaba la vista para mirarme a los ojos.

—Gracias.

Sonreí a pesar de que por dentro las entrañas se me retorcían. A medida que nos acercábamos a la puerta principal, comencé a rezar una pequeña oración en mi cabeza dirigida a quienquiera que estuviera escuchando. «Por favor, que esto no acabe mal. Por favor, que esto no acabe mal.» Porque, en realidad, había tantas cosas que podrían salir mal que resultaba aterrador.

Daemon agarró el tirador de las puertas dobles de cristal y, sorpresa, sorpresa, no estaban cerradas con llave. Nuestra desconfianza aumentó. Era demasiado fácil, pero ya habíamos llegado hasta allí.

Levanté la mirada y vi un trozo redondo de ónice incrustado en el ladrillo. Una vez dentro, estaríamos sin poderes, con excepción de la curación. Si aquello era una trampa, estábamos jodidos.

Entramos. A la derecha, el sistema de alarma tenía una luz verde, lo que significaba que no estaba conectada. ¿Cuánto dinero había invertido Will en aquello? Los guardias del almacén, Vaughn y toda la gente a la que había tenido que sobornar para que dejaran el edificio de oficinas abierto.

El dinero no debía de haber sido un obstáculo para él. Por favor, si hasta había entregado a su propia sobrina.

El vestíbulo era como el de cualquier otro edificio de oficinas: mostrador semicircular, plantas artificiales y baldosas baratas. Había una puerta que daba a una escalera y que habían dejado convenientemente abierta. Le eché un vistazo a Daemon y le apreté la mano. Nunca lo había visto tan pálido, tenía la cara tan tensa que parecía hecha de mármol.

En cierta forma, su destino esperaba arriba. Su futuro.

Enderezó los hombros y se dirigió hacia la puerta. Subimos la escalera tan rápido como pudimos. Cuando llegamos arriba, me

temblaban las piernas de agotamiento, pero el miedo y la emoción me bombeaban adrenalina en la sangre.

En el último rellano, había una puerta cerrada. Encima de esta, había más ónice: una buena señal. Daemon me soltó la mano y rodeó el picaporte con los dedos mientras un ligero temblor le subía por el brazo.

Contuve el aliento mientras abría la puerta. Se me pasaron por la cabeza fugaces imágenes del inminente encuentro. ¿Habría lágrimas y gritos de alegría? ¿Estaría Dawson en condiciones de reconocer a su hermano? ¿O habría una trampa esperándonos?

La habitación estaba a oscuras y la única iluminación provenía de la luz de la luna que entraba por una ventana. Había un par de sillas plegables apoyadas contra la pared, un televisor en el rincón y una jaula grande en medio de la habitación, equipada con el mismo tipo de esposas que colgaban de la mía.

Daemon entró despacio en la habitación y las manos le cayeron a los costados. Su cuerpo emanó calor a la vez que se le tensaba la espalda.

La jaula… estaba vacía.

Una parte de mí no quería procesar lo que eso significaba, no podía permitir que ese pensamiento penetrase y arraigase. El estómago se me encogió y las lágrimas me quemaron el fondo de la dolorida garganta.

—Daemon —lo llamé con voz ronca.

Él se acercó a la jaula con pasos rígidos, se quedó allí un momento y luego se arrodilló, apretándose una mano contra la frente. Un estremecimiento sacudió su cuerpo. Corrí a su lado y le coloqué una mano sobre la rígida espalda. Los músculos se le contrajeron cuando lo toqué.

—Nos ha mentido —dijo con voz entrecortada.

Estar tan cerca, estar a pocos segundos de ver a su hermano de nuevo, resultaba desgarrador. La clase de devastación de la que uno no se recuperaba. No había nada que yo pudiera decir. No había palabras que pudieran hacerlo sentir mejor. El vacío que se abría en mi interior no era nada comparado con lo que sabía que estaría sintiendo Daemon.

Me arrodillé detrás de él, conteniendo un sollozo, y apoyé la

mejilla contra su espalda. ¿Habría estado Dawson allí alguna vez? Por lo que había dicho Mo, había muchas probabilidades de que hubiera estado en el almacén; pero, si había estado allí, ahora había desaparecido.

Había desaparecido otra vez.

Daemon se incorporó de pronto. El movimiento me cogió desprevenida y perdí el equilibrio; pero él se dio la vuelta, me agarró antes de llegar al suelo y me puso en pie.

Mi corazón titubeó y después se aceleró.

—Daemon…

—Lo siento. —Su voz sonó áspera—. Tenemos… que salir de aquí.

Asentí con la cabeza, dando un paso atrás.

—Lo… lo siento mucho.

Él apretó los labios formando una fina línea.

—No es culpa tuya. Tú no has tenido nada que ver con esto. Nos ha engañado. Nos ha mentido.

Francamente, lo único que me apetecía era sentarme a llorar. Aquello era tan injusto…

Daemon me cogió de la mano y regresamos al coche. Subí y me abroché el cinturón con los dedos entumecidos y el corazón apesadumbrado. Salimos del aparcamiento y tomamos la carretera en silencio. Varios kilómetros después, dos todoterrenos negros pasaron a nuestro lado a toda velocidad. Me volví en el asiento, esperando que los vehículos dieran un giro de ciento ochenta grados en medio de la carretera, pero siguieron adelante.

Me di la vuelta y miré a Daemon. En ese instante, su mandíbula parecía tallada en hielo. Los ojos le brillaban como diamantes desde el momento en que salimos del edificio de oficinas. Quise decir algo, pero no había palabras que pudieran hacerle honor a su pérdida.

Daemon había perdido a Dawson otra vez. La injusticia de aquella situación me corroía.

Me estiré entre los dos asientos y coloqué una mano en su brazo. Me miró un segundo, pero no dijo nada. Me recosté en el asiento y observé pasar el paisaje formando un borroso mar de sombras. No aparté la mano de su brazo, esperando que le proporcionara

consuelo, como él había hecho antes por mí.

Para cuando llegamos a la carretera que conducía a nuestra calle, apenas podía mantener los ojos abiertos. Era tarde, pasada la medianoche, y lo único positivo era que mamá estaba trabajando y no preguntándose dónde diablos había estado todo el día. Probablemente me hubiera mandado varios mensajes, y no iba a hacerle ni pizca de gracia cuando le respondiera con alguna excusa patética.

Mamá y yo teníamos que hablar. Ahora no, pero pronto.

Daemon aparcó el todoterreno delante de su casa y apagó el motor. El coche de Dee estaba en la entrada junto con el de Matthew.

—¿Los llamaste para contarles lo que había pasado… conmigo?

Daemon inspiró y me di cuenta de que no había estado respirando durante todo ese rato.

—Querían ayudar a buscarte, pero los hice quedarse aquí por si acaso…

Por si acaso las cosas salían mal. Una medida muy inteligente. Por lo menos, Dee no había tenido que experimentar la desgarradora esperanza que luego se había convertido en una desesperación infinita, como le había pasado a Daemon.

—Si la mutación no permanece, encontraré a Will y lo mataré —me aseguró.

Era probable que yo lo ayudara. Pero, antes de poder responder, Daemon se inclinó y me besó. La tierna caricia no concordaba para nada con lo que acababa de decir. Mortífero y dulce: así era Daemon; dos tipos muy diferentes de almas vivían en él, fusionadas.

Se apartó con un estremecimiento.

—No puedo… no puedo ver a Dee justo ahora.

—Pero ¿no se preocupará?

—Le mandaré un mensaje después.

—Vale. Puedes quedarte conmigo. —«Para siempre», quise añadir.

Una sonrisa irónica apareció en sus labios.

—Me marcharé antes de que tu madre vuelva a casa. Lo juro.

Eso sería una buena idea. Me pidió que esperara mientras bajaba y rodeaba la parte delantera del todoterreno, moviéndose más

despacio que de costumbre. Los últimos sucesos habían hecho mella en él. Abrió la puerta y estiró los brazos hacia mí.

—¿Qué haces?

Enarcó una ceja.

—Has ido descalza todo este tiempo, así que no vas a caminar más.

Quise decirle que podía caminar, pero un instinto me advirtió que no lo presionara. Daemon necesitaba hacerlo, en ese instante necesitaba cuidar de alguien. Cedí y me deslicé hacia el borde del asiento.

La puerta principal de su casa se abrió de golpe y chocó contra la pared, haciendo un ruido parecido al de un disparo. Yo me quedé paralizada, pero Daemon dio media vuelta, con los puños apretados, preparándose para enfrentarse a cualquier cosa y esperando lo peor.

Dee salió corriendo. Mechones de pelo negro y rizado se agitaban a su espalda. Incluso desde allí pude ver las lágrimas que relucían en sus pálidas mejillas y bajo sus ojos hinchados. Pero estaba riéndose. Sonreía, parloteando sinsentidos, pero sonreía.

Bajé del asiento e hice una mueca cuando el penetrante frío me hirió la piel. Daemon dio un paso adelante a la vez que la puerta de la casa empezaba a cerrarse pero luego se detenía. Una figura alta y delgada llenó la entrada, meciéndose como un junco. Cuando la forma dio un paso al frente, Daemon tropezó.

Dios mío, Daemon nunca tropezaba.

Comprendí el motivo despacio y tuve que parpadear, demasiado asustada para creer lo que veía. Todo aquello era surrealista, como si me hubiera quedado dormida en el camino de regreso y estuviera soñando con algo demasiado perfecto.

Porque bajo el resplandor de la luz del porche había un chico de pelo oscuro y ondulado que se rizaba alrededor de unos pómulos anchos, labios grandes y expresivos y ojos apagados pero aún de un llamativo tono verde. De pie en el porche había una réplica exacta de Daemon. Estaba demacrado y pálido, pero era como ver a Daemon en dos lugares al mismo tiempo.

—Dawson —susurró Daemon con voz ronca.

Entonces echó a correr, aporreando con los pies el suelo congelado y luego los escalones. Los ojos se me llenaron de

lágrimas, que cayeron por mis mejillas mientras Daemon estiraba los brazos y su cuerpo más ancho ocultaba el de su hermano.

De algún modo, no sabía cómo, Dawson estaba en casa.

Daemon abrazó a su hermano, pero Dawson… simplemente se quedó allí, con los brazos colgando. Su rostro era igual de hermoso que el de su hermano, pero estaba trágicamente falto de expresión.

—¿Dawson…? —La voz de Daemon estaba cargada de incertidumbre cuando se apartó.

Sentí que las entrañas se me retorcían formando dolorosos nudos de ansiedad que me subieron por la garganta, donde se quedaron atascados y me dejaron sin aliento.

Mientras los dos hermanos se miraban fijamente (con el viento levantando copos de nieve del suelo y haciéndolos girar hacia el cielo nocturno), recordé lo que Daemon había dicho antes. Había estado en lo cierto. En ese momento, todo cambió… para bien y para mal.